



*Mi amada*  
**PÍCARA**

*Dama*   *Beltrán*

# Índice

[Portadilla](#)

[Copyright](#)

[Nota](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía de la autora](#)

[Otros títulos](#)

*Mi amada*  
PÍCARA

*Dama*  *Beltrán*

©*Mi amada pícara*

©Dama Beltrán

ASIN:

Primera edición: agosto 2018

Fotos de cubierta: Adobe Stock

Corrección y maquetación: Paola C. Álvarez

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito, que, como es lógico, no lo dará porque me he pasado muchas horas y he perdido muchos acontecimientos familiares por escribir la novela.

Mi querido/a lector/a, aquí tienes la historia de Trevor Reform, el dueño del Club de caballeros que frecuentaban William, Roger y Federith. Hasta que no apareció O'Brian no supe de su existencia, imagino que tú tampoco. Pero como siempre te digo, nunca sé qué pasará en mis novelas porque no las planeo. Tan solo aparecen y me dedico a escribirlas. Espero que esta lectura sea de tu agrado y que continúes disfrutando de las historias de mis chicos/as.

Atentamente,

Dama Beltrán

Para mi amiga y compañera Alissa Brontë, por muchos años juntas  
viviendo en este mundo de locos en el que hemos decidido permanecer.

¿Somos los dueños de la verdad absoluta? ¿Sabemos con certeza qué hay a nuestro alrededor? ¿Lo comprendemos, lo admitimos, lo reforzamos?

Dama Beltrán

10/01/2018

# Prólogo



**Londres, 11 de abril de 1868. Club de caballeros Reform.**

La velada pasada resultó más fructífera de lo que esperaba. Nunca imaginó que, con un simple aliciente, los miembros del club abarrotaran las salas de juego. Sonrió de medio lado y se acarició la cuidada barba. Si continuaba de ese modo, Reform se convertiría en el club más poderoso e importante no solo de Londres, sino del país entero. Sin eliminar esa sonrisa de placer, llevó el vaso hacia sus labios y dio un gran sorbo a la bebida. Celebraba, en silencio y solo, ese triunfo. Y no era para menos. Su pequeño plan se transformaba en un poderoso proyecto. Jamás imaginó que lograría aquello que imaginó la noche en la que se decidió a invertir, la poca fortuna que guardaba, en un local que estaba a punto de derrumbarse. Había trabajado mucho para convertirlo en un respetable lugar, hasta él mismo ayudó a los trabajadores en las dificultosas obras. Fueron días llenos de desesperación, pero también de interminables sueños que, por fin, se alcanzaban. Satisfecho consigo mismo, posó la copa sobre la mesa, levantó los pies para acomodarlos sobre esta y cruzó sus brazos por detrás de la cabeza. Empezaba a ser el hombre importante que aspiró a convertirse mientras sus hombros soportaban el peso de los sacos de arena. Nada ni nadie podía impedirle llegar hasta esa cima que ambicionó.

Aunque, por supuesto, no todo había sido perfecto. Trevor había olvidado, en algún momento de ese pasado, el carácter sociable y respetuoso con el que nació, transformándose en un hombre soberbio, engreído y presuntuoso. Tal vez el poder, que le proporcionaba tener bajo su control a toda la sociedad importante de Londres, provocó que dejara de lado esos principios morales que siempre había valorado y que, ahora, ni recordaba. Orgullosa de sus proyectos, intentó cerrar los ojos para encontrar esa calma que le ofrecía el conocimiento de su poder, pero descubrió que Berwin, su secretario desde hacía cuatro años, había dejado lejos de su alcance el libro de cuentas.

Intrigado por averiguar qué suma alcanzaría esa vez, se incorporó y lo cogió. Mientras hojeaba las páginas, se deleitó con uno de los puros que le regaló el señor Fisheral. El humo de ese habano empezó a rodearle mostrando, a los ojos de cualquiera que accediera a la oficina en ese momento, un aura gris. De repente, su boca se torció, frunció el ceño y partió en dos el carísimo puro. ¿Por qué diantres la mesa número siete no podía aportarle los mismos beneficios que las demás? Enojado, golpeó la mesa haciendo que la copa de *whisky* cayese al suelo, esparciendo el licor ambarino sobre la superficie de caoba oscura.

—¡Maldita sea! ¿Cómo es posible que ocurra esto? ¡Todas las noches igual! ¿Qué diablos sucede en esa dichosa mesa? —gritó enfadado.

Ante los alaridos encolerizados, alguien apareció en la puerta, pero no entró, sino que permaneció bajo la protección de la gruesa hoja de madera.

—¿Me ha llamado, señor Reform? —preguntó Berwin inquieto.

Trevor le miró como si le bastara esa mirada para aniquilarlo. La boca, adornada con una esmerada perilla, se torcía hacia la izquierda. Los ojos no eran marrones, sino rojos y el ceño lo mantenía tan fruncido, que parecían arrugas de vejez.

—¡Dime que tus cálculos no son exactos! —tronó al pobre secretario que, consciente de lo que ocurriría cuando revisara el extracto de cuentas, se quedó clavado en esa entrada.

—Mucho me temo que lo son, señor —respondió con pesar—. Sin lugar a dudas, algo pasa en la mesa número siete —añadió.

—¿Algo pasa? —repitió con un grito ensordecedor—. ¿Y qué es ese *algo*, Berwin? ¿Cómo es posible que no hayas descubierto qué sucede en esa maldita mesa? ¿Acaso no tienes ojos en la cara para desvelar la razón por la que siempre termino con pérdidas? —increpó, levantándose del asiento y caminando airado hacia su empleado.

—Le prometo que no aparto mis ojos de ese condenado lugar —dijo temeroso el empleado.

—¿Y? —preguntó enarcando las negras cejas.

—Y todos los caballeros juegan de manera correcta —explicó.

—¿Has investigado al crupier? Tal vez él sea el motivo del problema —apuntó enfurecido.

—Él no es el culpable de lo que sucede —dijo con valentía.

Berwin encontró la fuerza necesaria para dar varios pasos hacia el interior de la oficina, siempre manteniendo una distancia prudente con el señor Reform, pero no podía permitir que el joven fuera despedido injustamente. Gilligan había crecido en el club y era el muchacho más fiel que podían encontrar. Si el dueño decidía prescindir de sus servicios, todos los empleados lo defenderían con uñas y dientes.

—Entonces... ¿de quién es la culpa? —espetó abriendo los ojos de par en par.

—Posiblemente esté maldita... —susurró.

—¿Maldita? —repitió atónito.

—Brujería, hechizo, maldiciones... —enumeró desesperado.

Solo le quedaba esa alternativa por ofrecer. Todas las noches clavaba sus ojos en aquel lugar del club y no apreciaba nada extraño. Los caballeros jugaban honestamente y el joven crupier realizaba su trabajo de manera intachable. ¿Qué otra opción le quedaba?

—¿Estás diciendo que pierdo dinero por culpa de un hechizo que ha confabulado una bruja? —soltó sin respirar.

—Puede tratarse de alguna de sus amantes, señor. Como ha podido averiguar, no todas han sido damas respetables —sugirió tontamente.

—¿Crees, de verdad, en las palabras que salen de tu boca? —replicó enfurecido—. ¿Estás alegando que obtengo pérdidas en una de las mejores mesas por culpa de una amante despechada? —continuó vociferando mientras colocaba sus manos en la cintura.

—Es una opción a tener en cuenta...

—¡Maldita sea! ¿Cómo puedes decir tal estupidez? ¡¿Maldiciones, hechizos?! ¿Es que no puede haber nadie sensato en este club salvo yo? —clamó levantando sus manos como si quisiera coger algo del techo—. ¡Está bien! ¡Este problema se zanjará hoy mismo, cueste lo que cueste! —aulló acercándose al escritorio.

Mientras escribía algo en un papel, Berwin lo observó sin pestañear. Su carácter agrio y su rudeza al hablar se debían a la desesperación que tenía por averiguar qué ocurría en la dichosa mesa. Aunque esa frustración era compartida por todos los empleados del club. ¿Qué sucedía en aquel lugar?

—Que uno de los holgazanes que andan por las salas entregue esta nota al inspector O'Brian —ordenó al tiempo que casi le estampaba la carta en la cara.

—Como guste, señor, lo haré ahora mismo —aseguró temeroso mientras salía del despacho sin tocar con los pies el suelo.

«¿Qué diablos sucederá en esa mesa?», se preguntó Trevor recorriendo el espacio de la oficina sin parar. «¿Por qué no puedo obtener los beneficios que deseo?». Cansado de merodear de un lado para otro sin hallar una respuesta, regresó a su asiento para continuar con el repaso. Pese a que esa mesa no le proporcionaba la recompensa que aspiraba, las demás subsanaban las pérdidas.

Con los ojos marrones clavados en las hojas, agarrando con su mano derecha la botella de la que bebía directamente, no advirtió que el tiempo transcurría y que no había tenido noticias sobre la llegada del inspector. Solo cuando apartó la mirada del libro y la dirigió hacia el ventanal que había detrás de su espalda, descubrió que había anochecido. Enfadado, nuevamente, se levantó del asiento con brusquedad, caminó hacia la puerta, la abrió, salió al rellano, donde una enorme baranda de madera le ofrecía una amplia visión del club, y gritó:

—¿Ha venido el inspector? ¡Berwin! ¡Berwin! ¿Dónde diablos te has metido? —agarró el pasamanos como si quisiera arrancarlo de cuajo.

Ante los gritos, a los que ya estaban acostumbrados los trabajadores, una figura se movió entre la oscuridad y todas las miradas se centraron en el pobre secretario.

—Señor Reform, el inspector no va a venir —informó con miedo—. Uno de los agentes nos ha informado que esta noche no está de servicio.

—¿Cómo dices?! —tronó abriendo los ojos como platos y aferrando sus manos a la baranda con más fuerza.

—Lo que intento explicarle es que... —insistió Berwin.

—¡Maldita sea! ¡No sois más que un atajo de holgazanes! —berreó—. ¡Está claro que si yo no pongo remedio, ninguno de vosotros lo hará!

Se giró sobre sus talones, se metió en la oficina y minutos después apareció vestido correctamente. Bajó las escaleras, pisándolas como si quisiera traspasarlas. Los empleados, justo en ese momento, tuvieron que hacer miles de labores que requerían su inmediata atención, así que se quedó el secretario solo ante la bestia.

—Quiero mi carruaje en la puerta ahora mismo —masculló.

—Ya lo tiene, señor.

—Bien. Iré a buscar personalmente a ese inspector y no me moveré de Scotland Yard hasta que me atiendan como requiero —señaló mientras Berwin le ayudaba a ponerse el abrigo negro—. No apartes los ojos de esa maldita mesa hasta que regrese. Anota cualquier cosa sospechosa que encuentres y, si por algún motivo divino descubres qué está ocurriendo antes de que aparezca con ese agente, házmelo saber a la mayor brevedad posible.

—Por supuesto, señor Reform. No me moveré de aquí hasta que regrese —apuntó retrocediendo un par de pasos.

Refunfuñando y soltando por la boca millones de improperios aprendidos desde su niñez, Trevor abandonó el lugar donde se sentía poderoso para salir en busca de la persona que había rehusado ayudarlo. Justo al poner los pies sobre los adoquines de la calle, una suave y húmeda brisa lo recibió. Frunció el ceño, se alzó el cuello del abrigo y subió al carruaje para resguardarse, de ese frío clima, en el interior.

El trayecto apenas duró diez minutos, tiempo que Trevor aprovechó para reflexionar sobre la exposición que le ofrecería al inspector para que le ayudara. «Brujería...», caviló. ¿Cómo se le había ocurrido a Berwin tal tontería? No podía quitarle la razón sobre el tema de sus amantes puesto que ninguna aceptó, de buen grado, dar por finalizada su *affaire* con él, pero eso no era motivo suficiente para que su secretario imaginara tales sandeces. El problema debía ser otro. Uno que le resultaba imposible averiguar con tan solo la observación y que requería de la experiencia de un hombre como el inspector.

Esperó con nerviosismo a que el cochero le abriese la puerta. En aquel momento, todo le parecía ir más lento de lo que ansiaba, tal vez, la

desesperación por averiguar la verdad le hacía impaciente. Pero se encontraba en un tremendo aprieto. No solo le preocupaban las pérdidas, sino la reacción que tendrían los socios cuando descubriesen que una mesa podría estar trucada. La confianza y el respeto, que hasta ahora mantenía con sus clientes, se verían mermados y eso desencadenaría una ruina imposible de solventar. Con la mirada clavada en la fachada de Scotland Yard, Trevor aguardó a que el sirviente bajara del carruaje.

—Señor, ¿desea que le espere? —preguntó el cochero nada más abrir la puerta.

No le respondió. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que lo único que hizo fue salir del vehículo y caminar con paso firme y rápido hacia el edificio.

Durante unos segundos permaneció de pie en la entrada, esperando a que alguno de los agentes, que se movían de un lado para otro, lo reconociera y se acercara para atenderlo. Desesperado por esa impasibilidad, por esa despreocupación que tenían las personas que debían velar por la seguridad de los ciudadanos, se desabrochó el abrigo y él mismo se dirigió hacia uno de ellos.

—Quiero hablar con el inspector O'Brian —declaró con solemnidad.

—Todo el mundo que entra por esa puerta quiere hablar con él —le respondió el agente sin tan siquiera levantar el rostro para mirarlo.

—Pero ninguno es Trevor Reform, el dueño del club Reform —apuntó soberbio, engreído y con un tono de voz que se podía equiparar a la mismísima reina Victoria.

Cuando Borshon escuchó el nombre de la persona que permanecía a su lado, se levantó del asiento con rapidez.

—Disculpe, señor Reform —dijo asombrado y abochornado—. No le he reconocido.

—Si me hubiese mirado cuando me he acercado, seguro que lo habría hecho —señaló enfadado—. ¿Dónde se encuentra el inspector? Necesito hablar con él ahora mismo.

—Esta noche no está de servicio, pero puedo atenderle yo mismo, si lo desea —indicó extendiendo la mano para saludarlo.

—No. Quiero al señor O’Brian —declaró con rotundidad sin aceptar ese saludo.

—Pero...

—No voy a marcharme de aquí hasta que mantenga una conversación con el inspector. Me da igual el tiempo que tarde en acudir a mi llamada, así que ordene a alguno de esos necios que se presente ante él y le informe que el señor Reform desea verlo inmediatamente. Mientras tanto, esperaré en su despacho. Es ese, ¿verdad? —preguntó señalando una oficina que había al fondo, donde las paredes no eran de hormigón sino de cristales.

—Sí, señor —corroboró Borshon, aguantando las ganas de agarrar por el cuello al insolente y cambiarle el rostro de color a uno más apropiado para su agrio carácter.

—Perfecto. Dese prisa, como comprenderá soy un hombre muy ocupado y no puedo perder toda la noche —agregó antes de dirigirse hacia el despacho de Michael.

Borshon agarró su sombrero entre las manos y lo retorció como si fuera el cuello de aquel engréido. Respiró hondo e hizo llamar a uno de los agentes que tenía cerca. No iba a presentarse él mismo frente a la puerta de su inspector después de haberle dejado bien claro que esa noche nada ni nadie podría interrumpirle. Sin embargo, estaba seguro que cuando escuchara el nombre de Reform, aunque fuera a regañadientes, acudiría a Scotland Yard.

Trevor se acomodó en una de las sillas que encontró frente al escritorio del inspector, se recostó y se cruzó de piernas. Mientras observaba su alrededor, metió la mano en el bolsillo derecho y sacó uno de los habanos que guardaba en la pitillera. Despacio y degustando el sabor, fue inspirando el contenido de ese cigarro al tiempo que clavaba sus oscuros ojos en aquello que le llamaba la atención. Solo dos cosas hicieron que retuviese la mirada algo más de un minuto: un recorte de periódico, que el inspector había enmarcado, y el dibujo del rostro de un criminal que andaban buscando. Sin ningún interés por averiguar qué habría en esa nota de prensa para que se le fuera otorgado un lugar tan importante, cerró los ojos intentando recapitular la información que podía ofrecerle al agente.

—¿Desea un café mientras aguarda la llegada del inspector? —preguntó Borshon de manera educada.

—¿No tenéis algo más fuerte? —soltó Trevor sin abrir los ojos.

«¿Explosivos?», pensó el agente mientras mostraba una imperturbable sonrisa.

—Nuestro inspector no acepta licor dentro de las oficinas —indicó sin inmutarse.

—Una lástima... —dijo Trevor tras chasquear la lengua—. Os haré llegar una caja si obtengo lo que deseo.

—Muchas gracias, aunque mucho me temo que se le devolverá el mismo día —replicó—. Como le he comentado...

—No me dé explicaciones —le interrumpió moviendo la mano derecha como si estuviese despidiendo a un sirviente—. Espere a leer la etiqueta de las botellas y luego convenga con su superior como vea apropiado.

¿Podría cogerle de las solapas de su abrigo y echarlo como si fuera un vulgar ladrón? Borshon mantuvo la sonrisa mientras se giraba para marcharse. Fuera de los ojos del señor Reform, frunció el ceño, murmuró una serie de insultos hacia este y respiró hondo. ¿Cómo podía transformarse un hombre humilde en un monstruo repulsivo?



Michael apareció por la puerta de jefatura con el rostro sonrojado por la ira. Buscó con la mirada a Borshon y observó que este no tenía mejor aspecto que él.

—¿Dónde está? —preguntó mirando de un lado a otro.

—Ese imbécil se ha metido en su despacho —contestó con desdén.

—¿Imbécil? —espetó enarcando las cejas al sorprenderse de cómo había denominado su hombre de confianza a un personaje tan importante de Londres.

—Memo, petulante, engreído, soberbio, imbécil... —enumeró sin respirar—. En resumen, el *distinguido* señor Reform se encuentra en su despacho.

—¿Te ha dicho qué necesita? —solicitó algo más calmado y divertido por

la descripción de Borshon.

—*Whisky*, coñac, Bourbon, un bastón por el culo... —mencionó a regañadientes.

—Quieres decir que... no ha desvelado nada —señaló Michael mirando de reojo al hombre que lo había hecho llamar.

—Nada —respondió Borshon—. Ese parásito no ha abierto la boca salvo para decir tonterías.

—Está bien. Veré qué puedo hacer por él —declaró antes de dar un paso hacia su despacho.

—Si necesita un par de manos para sacarlo de ahí, cuente con las mías. Estoy deseando plegar ese estirado rostro con un buen derechazo —alegó burlón.

Michael no respondió al comentario, estaba centrado en averiguar qué necesitaría un hombre como el señor Reform. Hasta ese momento, jamás había requerido de su ayuda. Él mismo solventaba las trifulcas que surgían en su establecimiento y controlaba a la perfección a los socios. ¿Qué motivo le habría hecho salir de su adorado club?

—Buenas noches, señor Reform —le saludó en la puerta mientras extendía la mano derecha.

—Buenas noches, inspector... —comentó Trevor levantándose del asiento para responder al saludo.

—He de admitir que estoy bastante sorprendido por su visita —empezó a decir sin tan siquiera acercarse a la silla. Si tomaba asiento podrían tardar más de lo que deseaba y quería aparecer en la fiesta de los Dustings lo antes posible. No podía dejar sola a April el primer día que había decidido asistir a una fiesta.

—Necesito su ayuda —confesó Trevor.

—¿Para qué? —espetó Michael entornando los ojos.

—Desde un tiempo a esta parte, una de las mesas que siempre ha obtenido grandes beneficios tan solo me ofrece pérdidas —indicó sin rodeos.

—¿Piensa que le están robando? —se interesó al tiempo que se posaba

inadecuadamente sobre la esquina de la mesa.

—Todos mis empleados la han observado con detalle y, por ahora, no hemos hallado nada que nos indique que se trate de hurto —manifestó manteniéndose de pie—. Por eso requiero de su pericia para averiguar qué sucede.

—Le ayudaré..., pero esta noche no puedo acudir a su club. Mañana sin tardar...

—¡No puedo esperar a mañana! —exclamó desesperado.

—Un día más no le causará ningún problema —agregó Michael severo.

—¿No puede concederme un par de horas? —espetó Trevor clavando sus ojos marrones en los azulados.

—Esta noche tengo una propuesta que no puede esperar —dijo incómodo. Se puso de pie y aguardó a que Reform aceptara su negativa.

—Solo le pido dos horas. Si no logra averiguar qué sucede en ese tiempo, puede marcharse dónde desee —expuso con firmeza.

Michael sopesó rápidamente qué debía hacer. Era la primera vez que el dueño del club requería de su ayuda. ¿Y si necesitaba más tiempo además de esas dos horas? ¿Y si no llegaba a la fiesta para estar con April? «El deber está por encima del placer», recordó la frase que su antecesor le expuso el mismo día que le colocaba el pin que lucía con orgullo en su corbata. Respiró hondo, miró a Reform y le dijo:

—Está bien. Lléveme hasta su club, pero he de advertirle que, si no descubro lo que ocurre en dos horas, me marcharé.

—Prometo que no le entretendré más de lo acordado —declaró con firmeza.

Con una enorme sonrisa de satisfacción, Trevor se abrochó los botones del abrigo y caminó delante del inspector hacia la salida. Por suerte para él, acudía a su llamada el único hombre que podía solventar el problema. O eso esperaba, porque si no lo hacía, si no hallaban qué sucedía, terminaría pensando que Berwin tenía razón y que alguna despechada examante había hechizado la mesa.



Pese a que no eran ni las diez de la noche, el club había alcanzado el aforo permitido. Michael no apartó la mirada de todos aquellos que se habían sentado frente a las mesas de juego y gritaban desesperados al no ganar. Con suspicacia y argucia fue reconociendo uno a uno a los individuos que encontró a su paso. Como era de esperar, la afamada alta sociedad vaciaba sus bolsillos en un lugar donde nadie le reprocharía las cuantiosas pérdidas.

—Arriba podremos observar sin que nadie note su presencia —comentó Trevor con cierta preocupación. Si los socios se volvían hacia él y advertían la figura del inspector, saldrían de las salas despavoridos.

—¿Cómo ha logrado que acudan tantos jugadores a estas horas? —demandó Michael mientras subía las escaleras que les conducían hacia la primera planta.

—Ofreciéndoles más placer —respondió Trevor ufano.

—¿Más placer? —repitió O'Brian expectante.

Reform paró su caminata en mitad del largo pasillo, apoyó las palmas sobre la barandilla y con una actitud endiosada miró hacia abajo.

—No solo el juego causa un estado de frenesí en ellos, hay que ofrecerles otros estímulos para que no se aburran y se marchen a otro club. Si se les retiene, si se les da aquello que necesitan, aparecen temprano y se marchan al amanecer —indicó de manera presuntuosa, como si los años de experiencia le hubieran otorgado el don de la sabiduría absoluta.

—¿Qué estímulos ha encontrado para llenar las salas antes del crepúsculo y mantener esa fidelidad? —espetó O'Brian sin poder apartar sus ojos de aquellas cabezas que se movían de un lado para otro.

Trevor, para contestar, levantó la mano derecha, como si estuviese saludando a un conocido. De repente, uno de sus empleados cabeceó, afirmando y entendiendo su decisión. Se dirigió hacia una de las puertas que había cerradas bajo el piso y la abrió. Con rapidez, una decena de mujeres hermosas y vestidas pecaminosamente salieron del interior de la habitación.

—Nadie se puede resistir a una mujer que muestra sus dotes sin pudor —

dijo jocoso Trevor—. ¿No le parece acertado ese estímulo, inspector? Porque, como puede apreciar, los rostros de mis socios han cambiado en cuanto las han visto llegar.

—Solo veo lujuria y lascivia en ellos —respondió Michael entornando sus ojos.

—Sexo y juego... una combinación perfecta para este club —reflexionó Reform con vanidad.

—¿Dónde está la mesa que tanto le preocupa? —cambió rápidamente de tema el inspector. No le interesaba lo que observaba puesto que, para él, ese tipo de seducciones no le llamaban la atención.

—Justo ahí —le señaló Trevor con la mano—. Entre esos dos gruesos pilares de madera. Como puede advertir, el crupier está barajando con normalidad. Por suerte, hay pocos caballeros jugando en ella. Pero a lo largo de la velada, esa maldita zona puede alcanzar unos diez participantes.

—¿Sabe si la frecuentan los mismos caballeros todas las noches? —demandó mirando hacia los tres que se habían sentado frente al empleado.

Amusgó los ojos y contuvo la respiración. ¡No podía ser! Sus ojos le engañaban. Miró de reojo a Trevor, intentando discurrir por qué motivo él no se había dado cuenta de lo que sucedía en aquel lugar, pero tras observarlo con los ojos clavados en las prostitutas, supo que, por mucho que ella se hubiera colocado frente a él, no le habría prestado ninguna atención.

—Lo normal es que no permanezcan mucho tiempo en el mismo lugar —explicó sin apartar las pupilas de las mujeres—. Son como insectos rodeados de flores, van de un lugar a otro perdiendo y ganando —agregó el dueño del club mientras sonreía lascivamente a una de sus prostitutas—. Preciosas, ¿verdad? —dijo de repente.

—¿Las mesas? —preguntó Michael confuso aún por su descubrimiento.

—Las mujeres... —discurrió Trevor—. Son diosas del pecado, figuras con exuberantes curvas e incitadoras al placer. Desde que aparecen en los salones, ningún caballero puede pensar en otra cosa que no sea elegir a la adecuada, apartarla lejos de las miradas y poseerla. Como puede percibir, no hay mejor forma de adquirir la fidelidad de los clientes.

—Tiene usted un concepto muy limitado sobre las mujeres —apuntó

Michael divertido.

—¿Usted no? —espetó alanzando las cejas.

—No —negó categóricamente Michael.

—Pues no creo que haya otra forma de definir las. Tanto las damas de la alta sociedad como las que recorren las calles de los suburbios solo provocan en los hombres una cosa: deseo. Y, claro está, yo solo soy un intermediario que, ofreciendo aquello que ansían, ve cómo su club adquiere una buena posición en esta ciudad —señaló orgulloso.

—Yo no estaría tan seguro de esa premisa —prosiguió mordaz.

En el fondo se alegraba de haber aceptado el caso *de la mesa número siete*. Aunque pareciera paradójico, alguien iba a bajarle los humos al señor Reform y que mejor opción que una persona del sexo que infravaloraba de esa manera.

—¿Por qué lo dice? —solicitó entornando los ojos.

—Mientras usted ha centrado su atención en los escotes y en las curvas de sus empleadas, yo he descubierto qué sucede en la mesa que tanto le preocupa —comentó dándose la vuelta y apoyando la cintura en la baranda de madera.

—¡Miente! —exclamó Trevor.

—¿Qué se apuesta? —le desafió, mientras se cruzaba de brazos.

—Si soluciona el problema, le daré todo aquello que me pida —declaró solemne.

—Me parece justo puesto que, posiblemente, me ha arruinado una velada bastante prometedora —convino Michael—. Bien, deje de clavar sus ojos en las curvas de las rameras y céntrese en la mesa que tanto le perturba —le indicó sin moverse—. ¿Qué ve?

—A mi empleado repartiendo sobre el tapete las cartas y a tres caballeros que esperan expectantes los resultados que obtiene la casa —explicó lacónico.

—Fíjese en el caballero de la izquierda, el que está más alejado. ¿No observa nada extraño en él? —insistió, conteniendo en sus palabras la carcajada que estaba a punto de soltar.

—Salvo que presenta una vestimenta algo desaliñada, nada más —

comentó Trevor clavando sus ojos en dicho personaje.

—Observe sus manos, señor Reform, ¿no le parecen demasiado pequeñas para un hombre? ¿No le parece extraño que no se haya quitado el abrigo pese a la temperatura que mantiene en su local?

—Hay muchos hombres que se horrorizan de los cuerpos que sus progenitores les han ofrecido. Tal vez ese caballero...

—¿Y qué le sucede a su rostro? ¿También es producto de la genética que no posea una sombra de vello en la barbilla? —insistió divertido.

—¿Cómo puede apreciar esos detalles desde aquí arriba? —preguntó Trevor sorprendido—. Yo apenas distingo las cartas que ha mostrado el crupier.

—Cualquiera que tenga ojos para examinarla, puede descubrir que...

—¿Examinarla? —clamó atónito Trevor volviéndose hacia el inspector—. ¿Me está diciendo que hay una mujer disfrazada en esa mesa?

—Sí, y si mis conjeturas no son falsas, ella será la culpable de las pérdidas que tanto le atormentan. Las dos manos que ha jugado desde que me señaló la mesa, las ha ganado. ¿Qué decía sobre las mujeres? ¿Que solo servían para distraer a sus clientes y ofrecerles el deseo carnal que requieren? Pues como puede advertir, mientras usted corretea bajo las faldas de sus rameras, ella se centra en ganar cada partida que empieza.

—¡Una mujer! —exclamó sin dar crédito a sus palabras—. ¡Una mujer! —repitió para asimilar el descubrimiento. Sus ojos, inyectados en sangre, se quedaron clavados en ella como si pudiese aniquilarla desde donde se encontraba.

—Sí, y ahora, si me disculpa, he de proseguir con la segunda parte de mi trabajo que consiste en bajar y arrestarla para que no continúe con su estafa —comentó Michael descruzándose y dando un paso hacia las escaleras.

—¡No lo haga! —ordenó Trevor agarrándole del brazo impidiéndole que avanzara.

—¿Disculpe? —preguntó observando esa gran mano sobre su antebrazo.

—No la detenga... aún —murmuró soltando ese agarre como si le quemara—. Déjeme averiguar cómo esa desgraciada ha saqueado mis ganancias noche

tras noche. Además, me gustaría hacerla padecer todo lo que me ha hecho sufrir antes de que se encuentre entre los barrotes de una de sus prisiones — dijo apretando la mandíbula con tanta fuerza que un leve dolor de cabeza apareció de repente—. Nadie juega con Trevor Reform sin llevarse un buen escarmiento —sentenció.

—No tengo ningún problema en apresarla otro día, pero, como comprenderá, si no acato los mandatos legales a los que declaré lealtad... — continuó divertido Michael mientras dirigía la mirada hacia el mismo lugar que Trevor: ella.

—No se ande con rodeos, inspector. Le debo un favor. Gracias por resolver el caso y puede marcharse por donde ha venido —afirmó Trevor sin poder apartar la mirada de aquella pequeña figura que se escondía bajo una prenda demasiado grande.

Michael no replicó las ásperas palabras del dueño del club. Era más, se las perdonó porque, para su placer, la vida le había dado al vanidoso empresario una fuerte patada en el estómago. «Por desgracia, señor Reform, nada es lo que parece ni nadie tiene la verdad absoluta», meditó al tiempo que bajaba raudo hacia el primer piso. Debía dirigirse lo antes posible hacia la residencia de los Dustings, todavía tenía la esperanza de encontrar a los Campbell en la fiesta y, si Dios era piadoso, le concedería su deseo de bailar, por primera vez, con April.

# Capítulo I



**Jueves, 15 de abril de 1868. Hogar de Valeria Giesler.**

—Por favor, no salgas hoy —le rogó Kristel cuando Valeria cogió la peluca rubia que tenía sobre el tocador—. Si tus sospechas son ciertas, él podría sorprenderte en cualquier momento y, ¿sabes qué podría pasarte si descubren quién eres en realidad? —agregó con dramatismo.

Valeria, con el postizo en las manos, se dirigió hacia la silla que había al lado de su cama, se sentó para embutirse los zapatos que, aunque grandes para sus pies, eran los adecuados para el atuendo y resopló. No debió comentarle a su angustiada amiga que, desde el pasado sábado, el señor Reform, propietario de la sala de juegos a la que asistía para obtener las ganancias que necesitaban, paseaba por los salones como si buscara un diamante en el suelo. Pero esa corazonada de que algo marchaba mal la hizo hablar más de la cuenta. Sin embargo, hasta esa misma noche, el comportamiento inesperado del hombre no le dio a entender que tenía alguna sospecha sobre ella.

Reform mantenía una conducta distante, esquiva y, sobre todo, inalcanzable. Ni tan siquiera se dignaba a hablar con los socios cuando estos pasaban por su lado y le saludaban con un leve movimiento de cabeza. Déspota, orgulloso, altivo y una deidad eran las palabras que acompañaban siempre a su apellido. Valeria intentaba no mirarlo cada vez que aparecía por la mesa número siete, pero le resultaba imposible no hacerlo. ¿Quién podría apartar los ojos de un ser tan misterioso? Hasta las mujeres que trabajaban allí miraban al señor Reform como si quisieran comérselo. Escuchó, en más de una ocasión, cómo hablaban sobre él y ensalzaban sus artes amatorias. ¿Habría yacido con todas? ¿Por eso hablaban de aquella forma tan desinhibida? ¿Sería un amante cálido y cariñoso pese a mostrarse tan frío y descortés? Se levantó de la silla, ocultando el sonroje de sus mejillas. No era adecuado que su amiga

advirtiese lo que aquel hombre le provocaba. Si Kristel averiguaba hasta qué punto la alteraba cuando caminaba cercano a ella, cerraría la puerta con llave y se la tragaría en el momento.

Regresó al pequeño tocador para confirmar que las pinzas se ajustaban, convenientemente, a su cabeza. Al observar sus ojos azules reflejados en el espejo, recordó los de él. No mostraban ningún tipo de sentimiento o emoción, eran tan oscuros y fríos como una gélida noche invernal. ¿Acaso el mismísimo diablo estaba encarcelado en aquel cuerpo? «¿Qué más da? —se dijo—. Lo único en lo que debes centrarte es en ganar cada partida. Lo que haga o lo que sienta ese ambicioso hombre de negocios, no ha de preocuparte». No obstante, y pese a ese firme pensamiento, la imagen del señor Reform la asaltó de nuevo. Su cabello corto, estirado hacia atrás para controlar cualquier rizo indomable. La mandíbula firme, severa, masculina, oculta bajo una pequeña barba rasurada con elegancia... y su gran figura.

Valeria tenía la certeza de que el señor Reform podía rodearse de un centenar de personas y que destacaría sobre todas ellas. Era un hombre muy alto, de espalda ancha. Sus piernas, esbeltas y musculosas, lo alzaban y engrandecían frente a los demás. ¿Sería ese el motivo por el que se negó a aparecer por el otro club? ¿Se sentía atraída por esa figura inalcanzable? Porque, para su seguridad, la opción de visitar el otro club era la más adecuada. El dueño no le supondría ningún problema puesto que, al ser tan mayor, no abandonaba el dormitorio donde vivía y los empleados estaban más concentrados en manipular las partidas que en hacer ganar a la banca. Pero no le gustaba el trabajo fácil y rehusó esa alternativa, o, tal vez, se había empeinado en desplumarlo a él, a ese rufián que alardeaba de su superioridad y menospreciaba la vida de los demás.

—Quizá todo ha sido producto de mi imaginación —dijo para no preocuparla más—. Si lo piensas con detenimiento es lógico que el dueño del club regente las salas para confirmar que nada altere la paz de sus clientes.

—Pero... no debes sentirte cómoda con todas esas mujeres descocadas merodeando a tu alrededor, mostrando sin pudor sus senos o sus nalgas —añadió Kristel con la esperanza de hacerla recapacitar.

—Ni las miro —aseguró Valeria, centrándose en la tarea de abrocharse el cinturón. Debía dejar la prenda con bastante holgura para disimular la silueta de sus caderas—. Solo cuento las cartas que el crupier pone sobre la mesa.

—¿Ni las miras? —repitió incrédula su amiga.

—¿A ellas? No, ¿para qué? —espetó volviéndose hacia el espejo. Sí, no había duda, con aquellas prendas que había guardado de su padre parecía un muchacho canijo y escuálido más que una mujer que había sobrepasado los veinticinco años.

—No sé... Yo las observaría de vez en cuando, solo para saber cómo son y por qué los caballeros no pueden apartar sus manos de ellas —expuso mirando a Valeria como si necesitara excusarse por tener ese pensamiento.

—Pues son mujeres como tú o como yo. Nosotras nos ganamos el sueldo con el don que poseo para los números y ellas ofreciendo lo único que atesoran: su cuerpo —añadió tocando la tela del abrigo que le había extendido Kristel.

Debía comprarse otro lo antes posible. Ese, pese a tenerle mucho cariño, pronto llamaría la atención por su imagen tan desaliñada. Por desgracia, los caballeros que visitaban el club vestían de manera imaculada y lo único que ella podía ofrecer era un suave olor a canela, que, lógicamente, pasada la velada en aquel zulo lleno de humo, se eliminaba con rapidez.

—Yo no soy como ellas... —refunfuñó Kristel—. Además, ¿quién querría yacer con una mujer que cojea cuando camina? —resopló.

—Un hombre que no le importe ese pequeño defecto físico. Un hombre que, cuando descubra quién es la persona que hay bajo esa apariencia, sea capaz de adorarte como lo hago yo —dijo abrazándola para calmar esa pesadumbre que sentía desde que se hicieron amigas.

—No deberías ir... —insistió Kristel sin soltarla.

—He de hacerlo —perseveró Valeria mientras retiraba con suavidad los brazos que la rodeaban con tanta fuerza que le impedían hasta respirar.

—¿Y si el señor Reform te descubre y llama a las autoridades? —insistió en el tema que la mantenía tan alarmada.

—No tienen nada contra mí. Además, si descubren que una mujer ha estado en un club de hombres desplumando a la banca y a los jugadores que la acompañaban, los periódicos se harían eco de la noticia y el pobre señor Reform vería cómo su queridísimo club se arruinaría debido al escándalo —respondió con tanta seguridad que, por un instante, Kristel pareció

convencida.

No, no podía pensar en que algún día alguien desvelaría su secreto. Llevaba varias semanas sentada en aquella silla para conseguir lo que se había propuesto y la presencia de aquel tenebroso hombre no la haría retroceder en su decisión. Se lo había prometido a su madre en su último aliento de vida y, aunque terminase recluida en una austera cárcel, cumpliría esa promesa.

—Ellos no soportarían la pérdida de su hermana —alegó Kristel cuando Valeria se acercó a los pequeños para darle el acostumbrado beso antes de marcharse—. ¿No crees que ya han sufrido bastante?

—Ellos necesitan el futuro que les he prometido. Ya sabes que Martin sueña con cuidar el rebaño que compraremos y Phillip quiere hacerse cargo de la siembra que tendremos en ese hermoso campo. Sería una desgracia no hacerles cumplir sus sueños —indicó después de besarles las sonrojadas mejillas.

Los pequeños apenas sintieron esa caricia en sus rostros, por suerte, dormían plácidamente. Antes no era así. Se despertaban en mitad de la noche, llorando o gritando debido a la hambruna que soportaban. Pero desde que se decidió llevar a cabo su plan, tanto ella como Kristel podían comprar en el mercado todo aquello que necesitaban y mantener sus pequeños estómagos repletos de alimentos. Eso provocaba en ellos unos sueños tan intensos y reparadores que, una vez cerrados sus ojos, nada los despertaba. ¿Cómo iba a dejarlo todo por una corazonada? ¿Cómo podía volver a escuchar aquellos tristes lamentos producidos por el hambre? No, de ninguna manera. Aunque tuviese que pasar el resto de su vida alejada de las personas que amaba, tenía que ser fuerte y continuar, y si para ello tenía que enfrentarse cara a cara con el mismísimo señor Reform, ¡lo haría!

—Una desgracia sería que algún día su hermana mayor no apareciera por esa puerta para abrazarlos y mimarlos —declaró Kristel enojada.

—Pero, por fortuna —dijo acercándose de nuevo a su amiga—, tendrían a su lado a una maravillosa mujer que los cuidaría como si fuera yo y estoy segura de que no notarían mi ausencia —añadió dándole un beso en la mejilla—. Ya sabes dónde está el dinero y qué debes hacer si no aparezco.

—Sí, lo sé —respondió a través de un enorme suspiro.

—Descansa un rato. Te prometo que volveré lo antes posible —manifestó

antes de cerrar la puerta con mucho cuidado.

Cuando salió, Valeria se subió las solapas del abrigo para resguardarse del frío. Después de rezar, como cada noche, a las almas de sus padres para que la ayudaran a regresar, se dirigió hacia el club. Muy pronto alcanzaría la suma necesaria para no visitar más aquel lugar apestado de humo y de caballeros desvergonzados. Dejarían de vivir en Brick Lane y podrían marcharse los cuatro hacia el pueblecito donde les esperaba esa pequeña granja en la que vivirían felices. Una vez logrado esto, dejaría su pasado en aquella miserable ciudad, borrando de sus mentes las calamidades que habían padecido desde que se quedaron huérfanos.

Arropada y oculta bajo la oscuridad de la noche, continuó andando hasta que llegó a la calle donde se encontraba el club. Durante todas las noches que había acudido hasta el momento, jamás se decidió a mirar hacia el primer piso, lugar donde se decía que el dueño tenía su despacho y las habitaciones que requerían sus clientes. Sin embargo, el cambio de actitud del señor Reform la tenía tan alterada y alarmada que se decidió alzar la mirada y clavarla en esa parte de local que no solía observar.

De repente, las fuerzas de sus piernas empezaron a desaparecer y notó cómo se ralentizaban los latidos de su corazón. Estaba allí. Esa silueta que sería hallada sin esfuerzo alguno, permanecía en la ventana, como si la estuviese esperando. La luz anaranjada que lo iluminaba le ofrecía una visión más terrorífica de la que ya poseía. ¿Qué diablos miraba? ¿Por qué notaba un cosquilleo recorrerle el cuerpo? ¿Su corazónada sería cierta? ¿Sabía él quién se ocultaba bajo aquellas ropas masculinas? Astuto, hábil y perspicaz eran otros adjetivos que los caballeros utilizaban para describirlo. «No pienses tonterías, Valeria —se animó—. Ese cretino tan solo mira hacia la calle para contar cuántos caballeros se acercan hoy a su local, nada más».

Le costó mucho apartar la mirada de esa imagen peligrosa, pero cuando lo logró, la clavó en el suelo y prosiguió el camino hacia la entrada del edificio. No podía preocuparse de otra cosa que no fuese ganar todas las partidas posibles, en regresar a su, por ahora, hogar, y hacer desaparecer ese pálpito que le gritaba que todo estaba a punto de cambiar...

Como era habitual, al poner un pie en la primera escalera del local, un sirviente le abrió la puerta y le dio la bienvenida.

—¿Me permite su abrigo, señor? —le preguntó como solía hacer cada vez que aparecía.

—No, muchas gracias —comentó endureciendo la voz—. No deseo enfermar por permanecer unas míseras horas ahí dentro. El dueño de este club debería prestar más atención a la temperatura que posee el interior.

—Le haré llegar su queja, señor. Espero que pase una buena noche —dijo el empleado para despedirse.

Siempre le contestaba igual, pero hasta el momento, ni le habían obligado a quitarse el chaquetón ni el mismísimo señor Reform le había pedido disculpas por no avivar los fuegos de las chimeneas. ¿Cómo iba a centrarse en semejante trivialidad? Él no podría malgastar su valioso tiempo en nimiedades porque, si lo hacía, no podría disfrutar del placer que le proporcionaría introducirse en una tina repleta de champán con sus fulanas... Otro inesperado sonroje apareció en sus mejillas. ¿Por qué le hervía la sangre al pensar tales tonterías? Por rabia. Sí, Valeria se encolerizaba al observar el comportamiento miserable de una persona que no recordaba su pasado, donde las calamidades eran la sombra diaria. Todo eso lo olvidó para dar paso a un presuntuoso y avaro hombre de negocios.

—Disculpe mi torpeza —dijo una voz tras darle un empujón que casi la hizo caerse de espaldas.

Valeria levantó su rostro para increpar al caballero la inapropiada torpeza cuando se quedó muda. Reconoció con rapidez ese hercúleo cuerpo y esos ojos tan negros como el carbón. ¿Qué hacía el inspector allí? ¿Por qué mostraba un extraño brillo en la mirada? Temblando de miedo, agachó la cabeza y le respondió.

—No se disculpe, yo tampoco he mirado por donde voy.

—Siendo así —dijo con un tono que a Valeria le resultó burlón—, buenas noches, caballero, y le deseo una velada afortunada.

—Gracias —le dijo con voz temblorosa.

Con paso rápido, dejando atrás a ese hombre que desprendía seriedad y peligro, se dirigió hacia la sala donde debía permanecer las horas siguientes. Tal vez hoy sí aceptaría esa copa de bienvenida que los camareros ofrecían a los socios nada más llegar, para calmar la intranquilidad que la presencia del

inspector le otorgó. Miró a su alrededor, buscando la otra figura masculina que tanto la aterraba. Por suerte para ella, aún no merodeaba por la zona. ¿Qué habría sucedido para que el señor Reform hiciera llamar al agente? ¿La corazonada, esa que le impedía hasta respirar, le señalaba que habían averiguado su secreto? No, no podía ser ese el motivo porque, si lo fuera, ella no habría accedido al local, el inspector la habría apresado sin dudarle un solo segundo.

Suspiró hondo, intentando encontrar el control que había perdido tras hallar a la persona que podría cambiar el rumbo de su vida, pero... ¿quién puede relajarse en una situación igual?

—Señor... —dijo un empleado—. ¿Le apetece...?

Valeria no escuchó terminar la pregunta del mozo, cogió la primera copa que encontró a su alcance, se la bebió de un trago y luego hizo lo mismo con otra.

—Delicioso —comentó chasqueando la lengua—. Ha de indicarle al señor Reform que cumple las expectativas de sus codiciosos clientes.

—Se lo haré saber —respondió el empleado antes de despedirse con un leve movimiento de cabeza.

Con el licor recorriendo su garganta, calentando ese estómago que permanecía vacío, Valeria avanzó hacia la sala donde esperaba, al fin, poder jugar. Despacio, y sin querer llamar demasiado la atención, se posó en el asiento más alejado de la puerta donde no podría verla salvo que se sentara a su lado. ¿Por qué pensaba tan a menudo en él? ¿Por qué la preocupaba tanto si decidía bajar de la oficina y pasear por su local? La respuesta le golpeó la cabeza como si fuese un grueso bastón: porque si se cumplía la advertencia de Kristel, no volvería a ver a sus hermanos.

—Buenas noches, milord. ¿Cartas? —preguntó el crupier cuando ella tomó asiento.

—Sí —respondió mientras metía la mano en el bolsillo derecho para sacar las nueve fichas que se había guardado la noche anterior.

Como siempre hacía, las contó y posó sobre el tapete la de menor cantidad. Ese era el sistema que utilizaba: comenzar con la más pequeña y según aparecían las cartas, y después de calcular la posibilidad de hallar el

mejor resultado, aumentaba o se paraba. Valeria tenía la certeza de que si algunos de los allí presentes estuvieran más pendientes de averiguar qué cartas podían aparecer, en vez de distraerse con las fulanas que el señor Reform había contratado, no se marcharían a sus hogares con los bolsillos vacíos.

*—Tienes un don —le dijo una tarde de verano el señor Fhiodher, el profesor que, clandestinamente, le daba clases después de que Valeria realizara los quehaceres por los que había sido contratada—, y deberías aprovecharlo.*

*—No creo que, en el futuro, se me permita utilizarlo para nada —comentó ella mirando de nuevo los libros que tenía sobre la mesa.*

*—Si estuviese en tu lugar, lo haría —insistió el profesor.*

*—¿No se da cuenta de que soy una mujer? —preguntó apartando los libros de la mesa de un manotazo.*

*—¿Y? —perseveró el anciano recolocando en su lugar esos tomos que habían caído al suelo.*

*—Contar, sumar, multiplicar o solucionar algoritmos no serán de utilidad para mí. Como ya sabe, mis padres solo piensan en encontrar un buen marido y convertirme en una esposa respetable.*

*—Bueno... —murmuró mientras agarraba sus manos por la espalda y se dirigía hacia el pizarrón que había colgado en la pared—, una esposa eficiente puede llevar las cuentas del hogar.*

*—No me deprima más —expresó Valeria pegando su rostro a las portadas de esos libros de álgebra—. ¿Cree de verdad que un marido dejaría a su esposa realizar tales tareas? Si alguno de los que intentan cortejarme descubre que puedo solucionar problemas aritméticos que ellos no resolverían en años, me quemarían en una hoguera por brujería.*

*—Eres muy inteligente y, si fuese tú, utilizaría ese ingenio para conseguir aquello que me proponga. Tal vez un día encuentres a ese hombre que, no solo se enamora de tu belleza sino también de aquello que guardas en tu mente.*

*—¡No quiero un marido, señor Fiodher! ¡Quiero regresar a Alemania! ¿Cree que calculando fracciones o solucionando teorías sobre las relaciones binarias regresaré al país del que no debí partir jamás? —soltó irónica.*

—*Si eres capaz de deducir el tiempo, el coste y cómo saldrás de tu habitación, sin que tus padres lo averigüen hasta que estés dentro de un barco que haya zarpado la semana anterior, quizá...* —le respondió con una enorme sonrisa.

—¿Blackjack? —preguntó el crupier despertándola del recuerdo.

—Para empezar, está bien —afirmó mirando sin parpadear las dos cartas que el empleado posó a su lado.

—¿Aumenta la apuesta, señor? —espetó intrigado el mozo.

—Sí, la aumento... —respondió posando sobre la ficha anterior dos más.



«Valeria Giesler...», susurró para sí Trevor mientras se ponía la chaqueta del traje. En ningún momento había imaginado que ella tuviese origen alemán, aunque claro, tampoco había pensado, alguna vez, que una mujer se disfrazaría de hombre y entraría en su club para marcharse con los bolsillos repletos. Por eso pensó que era una empleada de Hondherton, ¿cómo iba a cuestionarse otra razón? Pero aclarada la duda sobre el tema de espionaje, se centró en el verdadero motivo; ella era una huérfana que tenía bajo su protección a dos hermanos y los sacaba adelante con las ganancias que obtenía en el juego. Mas, eso no justificaba el fraude que realizaba. Tenía muchas formas de adquirir la fortuna que requería para sobrevivir sin poner en peligro la reputación de su club. «Siempre gana y de manera limpia», meditó Trevor saliendo de su despacho.

Desde que el inspector le explicó su hallazgo, había permanecido más tiempo del que solía emplear en los salones. Observaba, con discreción, las jugadas de ella y, en ningún momento, robaba ni engañaba. Su forma de apostar era calculada, racionada y, por supuesto, esquiva y recelosa. En multitud de ocasiones, cuando ella fijaba sus ojos en las cartas, podía apreciar cómo aquella pequeña cabecita premeditaba, con increíble precisión, qué carta aparecería después. ¿Cómo lo hacía? ¿Acaso era una jugadora empedernida o tal vez había memorizado algún resquicio en la baraja? No, eso

tampoco podía ser. Todos los crupieros comenzaban la noche con naipes nuevos que él mismo revisaba con exhaustividad. Entonces... ¿cómo conseguía ganar todas las partidas?

Intrigado por averiguar la verdad, Trevor decidió hallar la respuesta esa misma noche. Antes de descender por las escaleras de sólido roble oscuro, apoyó las manos sobre la barandilla y la contempló acceder al interior del *hall*. Seguía ocultando su cuerpo con ese abrigo que barría el suelo a su paso. Reform frunció el ceño al advertir que el inspector se dirigía directamente a ella. Sus palmas se extendieron por el pasamanos y lo agarró con fuerza. Le había solicitado que no se acercara, que no la investigara, que se olvidara de Valeria, porque ella era su problema y debía zanjarlo sin la ayuda de nadie. Con los ojos marrones clavados en esa escena, contempló cómo el rostro de la mujer palidecía al descubrir quién era la persona con quien había tropezado. «¡Maldito seas!», gruñó Trevor. No quería que abandonara el club asustada ante la presencia de Michael. Si lo hacía, si ella se marchaba esa misma noche, se temía que no volvería a verla y, aunque le pareciera extraño, le agradaba salir de su despacho para espiarla.

De reojo apreció cómo uno de los empleados se acercaba a la puerta por donde aparecían las mujeres que entretendrían a sus afamados clientes. En esta ocasión, no le apetecía que merodearan con sus típicos movimientos descocados. Deseaba mantenerse concentrado en el comportamiento de Valeria, pero les había prometido un buen trabajo, un buen salario y debía cumplir con su palabra. Con desgana, levantó la mano para que el criado acatará la orden y, como era habitual, este abrió la puerta para que saliese esa docena de atrevidas buscando su paga.

Con el ceño fruncido, bajó las escaleras. Debía continuar con esa discreción que había mantenido desde el sábado. Nadie parecía extrañado por su cambio de actitud, tal vez porque todo el mundo suponía que, como dueño de un lugar así, era su deber merodear por los salones para confirmar que todo estaba en orden y que no se armaría ninguna trifulca entre los jugadores. Antes de que Valeria apareciese le designó esa tarea a Wolf, apelativo que le venía perfecto, pero desde que abandonó el despacho, desde que tenía un estímulo para levantarse del cómodo asiento, él mismo se ocupaba de esa seguridad. Aunque no era la primera vez que empleaba las grandes dimensiones de su cuerpo para calmar los delirios de algún socio... Sin ir más lejos, el mes anterior tuvo que esquivar una navaja que iba directa a su pecho. «Quehaceres

habituales», definía él las peleas que se iniciaban sin poder apaciguarlas antes de que volaran las sillas o los clientes salieran despavoridos.

Con la firme idea de continuar con ese reconocimiento rutinario, Trevor caminó por el gran pasillo mirando de reojo aquella zona. No había nadie con ella salvo el crupier. ¿Tendría Berwin razón? ¿Sus socios empezaban a pensar que la mesa estaba maldita? Porque no era normal que, pasadas las diez de la noche, nadie se decidiera jugar en aquel lugar. Enojado, caminó directamente hacia ellos. ¿Cómo actuaría cuando la descubriese? ¿Se marcharía alegando cualquier excusa? ¿O, por el contrario, continuaría jugando como si él no existiera? Trevor notó un dolor extraño en su estómago. ¿Estaba nervioso? ¿Le alteraba enfrentarse a ella? ¿O solo se trataba de ese orgullo masculino que le gritaba lo ridículo que se encontraría si perdiese ante una mujer? No, eso no era motivo suficiente para sentir tal punzada hiriente. Algo, un palpito, un presentimiento, le golpeaba el pecho para indicarle que la decisión que acababa de tomar no era la adecuada. ¿Por qué? ¿Acaso no sería capaz de llevar a cabo su plan? ¡Claro que lo haría! Y, una vez que ella no tuviese escapatoria, una vez que fuera consciente de que sabía quién se ocultaba bajo la harapienta vestimenta, disfrutaría humillándola.

Despacio, para no alterarla todavía, se desabrochó los botones de la chaqueta y se sentó a su lado. De repente, un embelesador perfume a canela le llegó a su nariz. ¿Provenía de ella? ¿Valeria utilizaba el olor de una especia para rociar su cuerpo? Esa pregunta lo condujo directamente a una imagen que no debía permitirse porque lo único que pretendía era avergonzarla, no imaginar cómo se vería desnuda con tan solo ese perfume cubriéndola mientras sonreía perversa sobre su lecho.

—Señor Reform —le saludó el crupier asombrado al verlo aparecer.

—Buenas noches, Gilligan. Esperaré a que el caballero termine su partida —dijo cogiendo uno de sus habanos para encenderlo mientras llegaba su turno.

Miró de reojo a Valeria, se había encogido al advertir su presencia. «¿Me temes? —se preguntó—. Te aconsejo que lo hagas porque vas a pagar todo lo que has hecho desde que pusiste un pie en mi club», sentenció enfadado.

## Capítulo II



En silencio y con la profesionalidad que acostumbraba, el crupier mezcló las cartas, las colocó sobre la mesa y ella las partió en dos. Atenta y sin pestañear, dejó que los dos primeros naipes se quedaran frente a sus manos mientras el muchacho obtenía las suyas. Tras rezar para que la suerte la acompañara, las contó y las miró sin parpadear. ¡No podía ser! Aguantando ese enojo que le producía tener unas cartas desastrosas, sonrió como si tuviese la mejor jugada de su vida.

—¿Alguna más? —demandó el muchacho.

Estaba a punto de responderle que sí cuando alguien se sentó a su lado. En un primer momento no reparó en averiguar de quién se trataba porque le faltaban diez puntos para alcanzar el veintiuno y no podía descuidarse. Pero cuando apreció cómo la respiración del empleado se entrecortaba, miró de reojo para averiguar quién podría alterar de esa manera al joven.

—Señor Reform —dijo este con un tono de voz que denotaba asombro.

—Buenas noches, Gilligan, esperaré a que el caballero termine su partida —comentó al tiempo que buscaba algo en uno de sus bolsillos.

Valeria estuvo a punto de levantarse y dejar la jugada sin finalizar. De todas maneras, parecía que la suerte había cambiado después de la aparición del dueño del club. «Está maldito —dijo una voz en su cabeza—. Vete, huye lo antes posible de aquí. Ese hombre oscuro solo te atraerá mala suerte».

—Buenas noches, espero que mi presencia no interrumpa su jugada —dijo Trevor al advertir que ella movía inquieta sus pies como si estuviera decidiendo marcharse.

—No, claro que no —respondió Valeria con esa voz que intentaba mantener para aparentar un chico en plena pubertad.

—Me mantendré callado hasta que finalice, se lo prometo —comentó él

mientras prendía su habano.

—¿Señor? —le preguntó el crupier a Valeria al ver que no había prestado atención a la carta que le había puesto sobre la mesa.

—Sí, por supuesto —respondió. Con la mirada en sus cartas, haciendo un recuento de posibilidades para alcanzar los seis puntos que le faltaban y deduciendo cuántas necesitaría el crupier para plantarse, Valeria perdió la noción del tiempo porque la concentración que requería se esfumó al respirar el olor a tabaco. ¿Cómo podía gritarle al dueño del club que eliminara esa pestilencia?

—¿Ofrecerá una nueva apuesta? —intervino Reform después de echar por la boca, de manera suave y pausada, el humo que había inhalado.

—¿Perdón? —espetó Valeria mientras sus pies repiqueteaban en el suelo.

—Mi empleado le ha preguntado si prosigue o se detiene —aclaró.

Valeria miró asombrada al dueño del club y luego al empleado, que confirmaba las palabras con un suave movimiento de cabeza.

—Pido una nueva carta —dijo al fin—. Por favor, si es tan amable de apagar ese puro, se lo agradecería. Me está desconcentrando el humo gris que sale por su boca —indicó enojada.

—¿No fuma? —preguntó dirigiendo el cigarro hacia ella—. ¿Bebe, tal vez? —insistió sin apartar los ojos de aquel semblante que, para su deleite, había tomado un color rojo. «Azules. Tan azules como el mismo cielo», reflexionó Trevor sobre los ojos de Valeria.

—No, gracias. Y ahora, si no le importa, no se mueva, no hable y, si es posible, no respire hasta que finalice la partida. Una vez terminada, le dejaré el espacio suficiente para que prosiga divirtiéndose con esos vicios tan repulsivos —apuntó airada.

—Repulsivos... —murmuró Trevor antes de apagar el cigarro en el cenicero de cristal que había frente a él—. Pues este *vicio repulsivo* —añadió con retintín— tiene un coste de dos libras por cada pieza.

—Pues es una lástima que una persona malgaste sus ganancias de ese modo cuando hay tanta gente que se muere de hambre por las calles —apuntó girando de nuevo la cara hacia el crupier y centrando su atención en las cartas

— Dos más, por favor —señaló a Gilligan, que observaba la escena con una mezcla de miedo e interés.

«Cabello oscuro», se dijo Trevor. En el brusco movimiento, ella no se había dado cuenta de que la peluca se había torcido levemente y, por la oreja derecha, unas hebras de pelo negro tenían la intención de salir. Anonadado, más de lo que debería mostrar un hombre frente a otro, se quedó observando aquellos hilos morenos, después bajó la mirada lentamente por la mejilla, sonrojada todavía, prosiguió con el cuello y se quedó justo en esa parte del cuerpo al escuchar cómo carraspeaba su empleado. Con rapidez, apartó la mirada, pero le fue imposible no dirigirla hacia las manos. Esas de las que había hablado el inspector. Y tenía razón. No eran masculinas sino femeninas. Los dedos de pequeño tamaño creaban una perfecta armonía con las palmas. Suaves, debían ser muy suaves porque no halló ni un resquicio de dureza en ellas. Las uñas, recortadas como mostraría un caballero, estaban impolutas. ¿Cómo podía mantener unas manos tan cuidadas viviendo en un barrio como Brink Lane? Por lo que él recordaba, vagamente por suerte, las paredes siempre estaban sucias al igual que los suelos. Se podían encontrar, en cada paso que se daba, a vagabundos sentados o tumbados sobre los adoquines, borrachos, fulanas, niños mugrientos llorando... ¿dónde se resguardaba para cuidarse de aquella forma?

—¡Bien! —exclamó de repente Valeria.

—La casa pierde... otra vez —dijo Gilligan mirando al dueño con temor.

—Bueno, pues, alcanzado mi objetivo por esta noche, le dejo que pruebe suerte usted también —comentó Valeria levantándose del asiento.

—¿Se marcha? ¿Le he molestado con mi repugnante humo? —incredó mordaz.

—Como le he dicho, he cumplido mi objetivo —reiteró mientras recopilaba las fichas para meterlas en el bolsillo.

—¿Qué objetivo era? Si puede desvelarlo, claro está —persistió en conversar para que no se marchara.

—Ganar —afirmó con rotundidad ella.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente —refunfuñó Valeria.

—¿No quiere seguir tentando a la suerte? —preguntó Trevor enarcando las oscuras cejas—. He estado esperando aquí sin fumar, sin beber y sin apenas respirar adecuadamente para convertirme en su próximo contrincante.

—¿Quiere jugar conmigo? —soltó asombrada. Al ver cómo afirmaba cabeceando ligeramente, prosiguió—: Lo siento, en otra ocasión —se disculpó metiendo la recaudación en el bolsillo con tanta rapidez como le permitían sus manos temblorosas—. Hoy tengo demasiada prisa, no puedo entretenerme con una jugada más.

—¿Le haría cambiar de opinión un succulento incentivo? —espetó Trevor cogiendo de la banca cuatro fichas de doscientas libras cada una.

—Muy tentador... —dijo Valeria mirando esas fichas.

Si ganaba, si se atrevía a jugar con aquel soberbio que la observaba como si supiera quién era, no regresaría al club de nuevo y conseguiría aquello que tanto había soñado. «¿Y si pierdes? —la asaltó una voz en su cabeza—. Hoy has conseguido cien libras, menos de lo que has logrado en anteriores ocasiones, pero... ¡eso es mejor que nada!».

—¿No le parece una apuesta considerable, señor...? —insistió Reform.

—Hernández —dijo sin pensar el apellido de soltera de su madre.

—¿Español? —preguntó Trevor moviendo las cuatro fichas entre los dedos de su mano derecha mientras la miraba fijamente.

—Sí —respondió con rotundidad.

—Nadie lo diría con ese cabello tan... rubio —habló haciendo referencia al color de esa feísima peluca que ocultaba su verdadero color.

—Mis antepasados fueron ingleses, así que es lógico comprender que algún familiar futuro podría nacer con ciertas semejanzas a esos ancestros —explicó sin meditar si él entendería el tema que ya se empezaba a concebir como herencia genética.

«¿Te da la impresión de tener frente a ti a un hombre que busca en las notas de prensa algo más interesante que averiguar las opiniones sobre su club?». Ante tal pensamiento, Valeria dibujó una leve sonrisa en su rostro. No, él no era de ese tipo de hombres. No presentaba la imagen de un hombre deseoso de conocimiento. Él tenía bastante con llenar sus pulmones de humo negro y

colmar, cada hora del día, su estómago de buen licor, sin olvidar a las mujeres que yacerían cada noche en su lecho.

Y, de repente, la sonrisa se esfumó.

—Puedo regalarle una de mis fichas, si así puedo convencerlo —perseveró Trevor que advirtió un repentino cambio en el rostro de ella. Primero parecía divertida pero luego pensó en algo que transformó esa diversión en ira.

—Gracias, como le he dicho, mi velada ha terminado en este momento —anunció Valeria dando un paso hacia la salida.

—¿Dos? —insistió Trevor que, inapropiadamente, le cogió el brazo con su mano izquierda.

—¿Desde cuándo el dueño del club se digna a jugar con los socios? —inquirió Valeria enojada clavando sus ojos en ese agarre.

—Desde que he decidido abandonar mi despacho y disfrutar de las agradables compañías —aclaró sin soltarla.

Valeria lo contempló en silencio. Para su pesar, el hombre que se encontraba ante ella era tan enigmático como terrible. El traje negro, perfectamente confeccionado para su corpulenta figura, le proporcionaba una imagen sombría, lóbrega. Solo el color perla de la camisa le ofrecía un matiz de luminosidad. Despacio, observó ese rostro duro del que todo el mundo hablaba y que había visto desde el sábado con demasiada frecuencia. Solemne, esa era la palabra que mejor lo describía. Los ojos no eran negros, como siempre imaginó, sino que tenían un color marrón, ámbar. La barba, que solo cubría una pequeña porción de barbilla y lucía extensa por encima del labio superior, era tan negra como el carbón. Dura, sí, espesa y dura. Respiró hondo, intentando no dejarse llevar por ese rostro varonil que se dirigía hacia ella, por esa mirada enigmática que parecía desnudarla. No, él no podría suponer que bajo aquellas ropas no hallaría el cuerpo de un hombre sino el de una mujer que, aunque no debía, aceptaba su oferta con la firme intención de ganar y no volver a verlo nunca más.

—Si tanto interés tiene en perder, señor Reform, ponga esas cuatro fichas en mi lado de la mesa y recoja otras para usted —dijo con decisión.

—¡Perfecto! —exclamó eufórico mientras la liberaba al fin—. Gilligan

baraja de nuevo. El señor Hernández y yo vamos a jugar.

—¿Qué beneficios obtendré si gano? —preguntó Valeria sentándose de nuevo.

—La cantidad que posee sus fichas más las mías —respondió con firmeza.

—¿Mil seiscientas libras? —espetó atónita.

—Si gana, claro está, esa cantidad será suya, pero si pierde, me deberá ochocientas —convino Reform—. Es lo justo, ¿no cree? —perseveró al ver cómo ella fruncía el ceño.

—No tengo tanto dinero, señor Reform —dijo intentando levantarse del asiento. Entonces, él la agarró de nuevo, evitando que se marchara.

—Podrá pagarme esa cantidad cuando desee, señor Hernández, y si para ello debe aparecer todas las noches por el club, lo recibiré en mi despacho e iré descontándole cada penique que me ofrezca —le aclaró.

¿Cómo se le había ocurrido esa idea? El cerebro de Trevor no paraba de pensar en la opción que acababa de exponerle. ¿Verla todas las noches? ¿Pero no había decidido desenmascararla en cuanto tuviese la menor oportunidad? Sobresaltado por su inapropiado comportamiento, abrió la mano y la soltó.

—Pero si tiene dudas sobre sus facultades en el juego... no le impediré que se marche —aseveró.

Valeria no sabía qué decisión tomar. Era una oferta demasiado tentadora. Si ganaba, no tendría que regresar jamás y podrían marcharse la mañana siguiente hacia ese pequeño pueblo que tanto deseaba, pero, si por el contrario perdía, se encontraría en una encrucijada de la que nunca se liberaría. Miró esa mano que había agarrado su brazo en dos ocasiones en menos de un minuto. ¿Guardaría algún as bajo la manga? ¿O solo era un capricho del señor Reform? ¿Tan poco le importaba su dinero que lo obsequiaba sin apenas parpadear? «¿Qué son mil seiscientas libras para un hombre como él? —le preguntó la voz en su cabeza—. Una miseria, solo eso. ¿Y a ti? ¿Qué te supondría? Por fin alcanzarías tu deseo. ¿Acaso no es lo que has perseguido desde que entraste por esa puerta? Sé fuerte, Valeria, y elimínale ese rostro de superioridad que muestra ante cualquier persona que lo mira».

—¡Está bien! —exclamó derrumbándose en el asiento—. Acepto su propuesta, pero ha de prometerme que si gano la partida me la dará sin poner

ninguna objeción más.

—Se lo prometo por mi honor —dijo Trevor depositando las fichas sobre la mesa para extender su mano hacia ella y sellar, con ese gesto, el pacto.

—Bien —señaló aceptando el estrechamiento—, si es así, comencemos.

Reform intentó disimular la sensación que percibió al tocarla. En efecto, aquella mano era suave, muy suave, y pequeña, tan pequeña que se perdió entre la suya. Con los ojos clavados en la mujer, observó cómo regresaba la jugadora que había contemplado desde el sábado. «Concentración —se dijo—. La clave está en la concentración».

—¿Póker de cinco? —preguntó el crupier acercando la baraja a Reform para que él mismo cortara las cartas.

—¿Señor Hernández? —espetó ofreciéndole ese honor.

—Sí, póker de cinco —afirmó dividiendo la baraja en dos partes prácticamente iguales.

Nunca en la vida se había encontrado en una tesitura tan difícil. Si la suerte estaba de su lado, adquiriría todo lo que había soñado en una sola jugada. Pero si perdía, se encontraría atada a un contrato que tardaría meses en finalizar. Mientras el croupier les repartía las dos primeras cartas, el corazón de Valeria palpitaba desenfrenadamente. Podía sentirlo latir en su garganta. ¿Serían los nervios? ¿Empezarían a traicionarla? Intentó respirar de forma pausada, para eliminar, de una vez por todas, la tensión que sacudía su cuerpo. Sin embargo, le resultó imposible hacerlo. La mano que había estrechado aún le quemaba y ese fuego abrasador se extendía por su brazo, como si quisiera recorrer cada parte de ella. Despacio, conteniendo el aliento, miró los naipes que le habían repartido. No eran buenos, apenas podía alcanzar una mísera carta alta, pero no mostraría en su rostro la decepción.

El croupier extendió frente a ellos las primeras tres. «Seis de picas, dos de corazones y cuatro de trébol», pensó Valeria. De repente, una sensación de placer la invadió. Podía tener una oportunidad, aunque no tenía ni la más remota idea de qué cartas tendría su contrincante. Lo miró de reojo, intentando averiguar aquello que tanto deseaba. Tan solo tocaba con su mano derecha las dos fichas que había guardado para seguir apostando. El chasquido que estas hacían al chocar sobre la mesa resonó en la cabeza de Valeria con fuerza, causándole una inoportuna desconcentración. ¿Por qué le resultaba tan difícil

prestar atención? Volvió la vista hacia sus naipes, deseando que la próxima carta fuera adecuada y que le permitiera zanjarse lo antes posible ese estado de descontrol que la perturbaba. ¿Eran las cartas o la presencia de él? Inspiró con fuerza, percibiendo aquel perfume mezclado con el olor al tabaco que había fumado. No le resultó desagradable pese a esa pestilencia a humo. «Si abandonara ese detestable hábito —pensó—, sería hasta seductor».

—Aumento —dijo Trevor después de un leve silencio. Esas fichas que manoseaba, las posó sobre las demás, justo frente a la del *dealer* <sup>(1)</sup>.

Valeria notó cómo le recorría un escalofrío desde los pies hasta la cabeza. Allí estaban las ochocientas libras de su adversario. ¿Qué debía hacer? Cerró un instante los ojos para calcular qué cartas podría tener el señor Reform. Los datos no eran suficientes para hallar una resolución correcta. Ella tenía un seis de corazones, que podría utilizar con el seis de picas para hacer una pareja, y una jota de tréboles.

—¿Señor? —le preguntó Gilligan al ver que permanecía ausente.

«Todo o nada», meditó ella.

—Apuesto —respondió al fin retirando de su lado esas dos fichas de doscientas libras. «Padre, madre, ayudadme», rezó.

El crupier aceptó la jugada y, tras desechar la primera carta que había en la baraja, colocó la siguiente sobre la mesa.

«¡Dios mío!», gritó la voz en la cabeza de Valeria.

—¿Continuamos? —demandó Gilligan al observar la felicidad en el rostro del señor Hernández.

—Por mi parte las veo —comentó ella con firmeza.

—¿Señor Reform?

Trevor intentaba aparentar tranquilidad. Esa era la base de un buen jugador, no mostrar a los demás qué ocultaba entre las manos, pero el rostro se sonrojó de manera involuntaria. El as de picas y el tres de trébol habían sido sus primeras cartas y, aunque rezó para que la fortuna estuviera de su lado otorgándole la posibilidad de tenerla en el club durante más tiempo, no se lo concedió.

—Las veo —murmuró airado. Prácticamente tiró las cartas sobre el tapiz,

maldiciendo entre dientes.

—¡Doble pareja! —gritó Valeria entusiasmada.

—El señor Hernández gana la partida —declaró el crupier sin apartar la vista del hombre que le pagaba religiosamente.

—Enhorabuena —comentó Reform levantándose del asiento.

—Gracias —respondió Valeria con una sonrisa grandiosa.

—Tal como le prometí, le daré su ganancia. Si es tan amable de seguirme —le indicó Trevor mientras abrochaba los botones de su chaqueta.

—¿Seguirle? —espetó ella abriendo los ojos como platos.

—¿Cree que el dinero lo tengo en los bolsillos? —demandó arqueando las cejas oscuras—. Arriba, en mi oficina, podré saldar mi deuda. Además, le vendrá bien cierta intimidad. ¿No querrá ser atracado por algún ladrón que se oculte en el local? Porque, aunque invierto una increíble fortuna para mantener protegido mi club, mucho me temo que más de un caballero que merodea los salones son estafadores disfrazados —apuntó mordaz.

Valeria tragó saliva, alargó las manos hacia las ocho fichas que debía recoger para efectuar ese pago y apartó la mirada de Trevor para dirigirla hacia ellas. En su mano tenía el sueño que tanto había deseado y saldar al fin la promesa que le hizo a su madre. Solo le quedaba un paso, subir al despacho de aquel hombre y hacer el intercambio. Sin embargo, esa corazonada que la había asaltado desde que Reform merodeaba por los salones, se intensificó. ¿Sería por el sarcasmo que había empleado en sus palabras? «Estafadores disfrazados...». ¿Sabría la verdad? ¿O tal vez todo era producto de su imaginación? ¿Qué ocurriría arriba? ¿Habría alguien más en aquel lugar?

—¿No quiere su ganancia, señor Hernández? —perseveró Trevor dándose la vuelta.

—Me lo prometió —gruñó Valeria en voz baja.

—Y no faltaré a mi promesa. Pero si lo quiere, solo tiene que aceptar una condición: que me acompañe al piso de arriba —añadió sin inmutarse—. ¿Tiene miedo, señor Hernández? ¿Acaso esconde algo que no debería descubrir? —la instigó.

—No, por supuesto que no —declaró rotundamente.

—Entonces, sígame. Cuanto antes saldemos esta deuda, antes podrá marcharse porque, si no recuerdo mal, tenía prisa —dijo girándose hacia la puerta.

Valeria observó aquella figura alta y corpulenta salir de la sala. El miedo, ese del que había hecho referencia el señor Reform, la había paralizado. No podía ni dar un solo paso, ni respirar con normalidad. Apretó las fichas en su mano mientras recordaba a Kristel y a los niños. Ellos la esperaban en el hogar, al igual que esperaban que ella cumpliera los sueños de los que tanto hablaba. La encrucijada era cada vez mayor: subir y obtener el dinero o salir huyendo de aquel lugar dando a entender que había engañado al mismísimo dueño del club. No, ella no había engañado en el juego y sobre lo que escondía bajo las prendas, no debía pensar en ello. Era un hombre, el señor Hernández, y como tal, necesitaba mantener la actitud de un caballero respetable y honrado.

Metió las fichas en el bolsillo izquierdo, inspiró y avanzó hacia aquella grandiosa figura que se adentró entre la oscuridad del recibidor.

## Capítulo III



Subió las escaleras situadas en la parte derecha del *hall*, justo detrás de los grandes pilares de alabastro que adornaban la puerta principal. Las fue contando mientras iba ascendiendo. Veinte en total. Veinte anchos y angustiosos peldaños de madera oscura que la conducirían hasta la oficina del hombre que la ayudaría a cumplir la promesa que les hizo a sus hermanos. Cuando llegó al rellano no pudo evitar mirar hacia abajo y, tal como ya había imaginado alguna vez, contempló la inmensidad del lugar. En el centro, el largo y ancho recibidor daba la bienvenida a aquel que se adentraba a las salas de juego. ¿Cuántos caballeros podían merodear por la zona? ¿Ochenta, cien? Sus cabezas, bien cepilladas, se movían igual que un centenar de hormigas atareadas.

Valeria apartó la mirada de ellos y la clavó al final del pasillo. Allí se encontraba el salón de descanso. Nunca llegó hasta esa zona, pero sabía qué encontraría en la última habitación. Según escuchó, los caballeros acudían a ese lugar para relajarse mientras leían, charlaban, bebían frente al calor de una grandiosa chimenea o saboreaban las exquisitas cenas que el cocinero preparaba cada noche. Supuso que era el espacio idóneo para hablar de negocios, de política o, tal vez, de esconderse del mundo que les rodeaba. Volvió la mirada hacia la puerta por la que debía entrar. Una luz anaranjada emergía de ella. Valeria contuvo el aire cuando vislumbró el movimiento de las llamas sobre la brillante y lisa superficie. «Adelante», se animó. Respiró profundamente y se colocó frente a la entrada para contemplar qué había en el interior.

Las suposiciones sobre lo que escondía el señor Reform en su despacho eran innumerables. Hasta rumoreaban que había hecho llamar a un herrero para que forjara una jaula con el tamaño suficiente para meter a los que se atrevían a robarle. Pero esa conjetura no era cierta. El interior del despacho podía igualarse a cualquier otro, salvo por las dimensiones de este y el

enorme sofá colocado a su izquierda. Permaneció inmóvil durante unos instantes, en los que él no se dignó a levantar los ojos de los papeles que leía, y fue estudiando cada rincón de la habitación con meticulosidad. Además de ese gran sofá, donde imaginó que dormiría de vez en cuando, había una mesa que podía alcanzar una longitud de ochenta pulgadas. Sin embargo, no era tamaño suficiente para albergar todos los papeles que había sobre ella. Valeria podía jurar que no quedaba ni un diminuto espacio sin ocupar.

Cuando centró la atención en él, abrió los ojos como platos. Por muy ilógico que le resultara, el señor Reform se había quitado la chaqueta del traje, quedándose con ese chaleco oscuro y la camisa de color perla, de la cual, para su pesar, había desabrochado varios botones mostrando cierto vello de color negro. ¿Cómo podía comportarse con tanto descaro? Lo correcto era continuar vestido de manera adecuada cuando se esperaba una visita, pero por lo que había descubierto, aquel hombre no tenía ni una pizca de recato ni entendía de protocolos sociales.

En silencio, observó el amplio sillón en el que estaba sentado. Oscuro, sobrio y brillante. ¿Sería de piel auténtica? Probablemente... Dos sillas, con un respaldo curvilíneo, se posicionaban frente a él. Por supuesto, para no desentonar con la tonalidad de su alrededor, el color también era oscuro; desde donde se encontraba, no pudo distinguir si eran negras o marrones. Bajó la mirada hacia el suelo que iba a pisar. Desde la entrada se extendía una larga y estrecha alfombra con un laborioso dibujo de guerreros turcos alzados sobre sus caballos. Valeria concluyó que, pese a advertir que todo lo que allí se guardaba podía costar una fortuna, el señor Reform intentaba apaciguar la ostentación que manifestaba en el piso de abajo con un decorado sencillo. Si eso era lo que deseaba exponer, lo había logrado porque le resultó una habitación bastante simple y, debido al calor reconfortante de la chimenea, hasta agradable.

—¿Pretende quedarse ahí parado durante el resto de la noche? Tengo mucho trabajo que hacer y usted tenía prisa en marcharse —apuntó Trevor tras observar cómo contemplaba su alrededor con bastante expectación.

¿Qué pensaría ella que encontraría? ¿Un dragón tumbado junto al fuego? ¿O tal vez esa jaula de hierro de la que todo el mundo hablaba? Una pequeña sonrisa curvó sus labios, pero esta desapareció al recordar que debía cumplir su promesa lo antes posible.

—Solo admiraba lo que otros no han alcanzado a ver —respondió Valeria con ese tono de voz que empezaba a dañarle la garganta.

—Pues si ya se siente satisfecho, puede acomodarse en una de esas sillas —indicó cogiendo la botella de cristal tallado que tenía a su izquierda y llenando uno de los vasos hasta el borde.

—¿Necesita que me siente? ¿No puede levantarse y darme el dinero aquí mismo? Tal vez mis mugrientos zapatos manchen esta bonita y cara alfombra —comentó a modo de evasiva.

—No me haga perder más tiempo... —refunfuñó—. Pase de una vez y cierre esa maldita puerta —continuó con ese tono airado—. No deseo que nadie más sea testigo de esta insólita humillación.

—¿Humillación? —soltó atónita.

—¿Usted no se sentiría humillado si, en su propia mesa de juego, alguien le desplumara mil seiscientas libras?

—Las he ganado honestamente... —se defendió.

—Yo no he dicho lo contrario, señor Hernández. Solo le confieso que, para mí, su triunfo me ha supuesto una gran deshonra.

—¿Por qué? —espetó sin moverse.

—¿Por qué? —repitió reclinándose en el asiento para cruzarse de brazos—. Por si no lo sabe, llevo el juego en mis venas. Antes de caminar ya era capaz de jugar y, hasta esta noche, nadie había sido tan osado para ganarme y, ni mucho menos, tanto dinero —explicó sin poder apartar la mirada de aquella figura atemorizada.

¿Se pensaría que, una vez cerrada la puerta, la descubriría? No, lo que deseaba de verdad era que se alejara de su club, que no volviese nunca más y que la reputación de su local continuara intacta. Sin embargo, un extraño sentimiento apareció sin él pretenderlo. Nostalgia... Todavía no se había marchado y ya añoraba las noches en las que abandonaba su despacho para indagar sobre lo que ella hacía.

«Búscate otro entretenimiento —se dijo—. Seguro que lo hallarás con rapidez y apártala de una vez de tu cabeza. Por si la memoria te falla, rememora qué te ha dicho el inspector antes de marcharse».

Trevor volvió a ver la escena que ambos habían mantenido esa misma tarde. Después de enfadarse por haberla investigado, por haber indagado sobre ella, le dijo algo así como que debía mantener su corazón protegido. Pero era absurdo que O'Brian le ofreciera un consejo semejante. Él no tenía corazón y menos para una mujer que le había hecho perder una buena suma de dinero cada vez que aparecía, sin contar la recaudada esa noche. ¡Ni loco volvería a pensar en aquella mentirosa, en aquella pícara que lo había humillado frente a uno de sus empleados!

—Quizá no haya jugado con un digno contrincante hasta ahora, además, he de recordarle que fue usted quién insistió en apostar. Lo único que debe hacer es perder con dignidad y ser consecuente con sus actos —explicó mientras dudaba si debía obedecerle o no. Terminó por dejar la puerta entornada, por si tenía que salir de allí con rapidez—. La próxima vez, modere sus deseos —agregó con firmeza.

—Deseos... —murmuró en voz alta—. Mis deseos, caballero, son idénticos a los de cualquier hombre: beber, fumar, vivir sin preocupaciones y yacer todas las noches con distintas mujeres.

—¿Eso es a lo que aspira? —preguntó sintiendo cómo su exasperación aumentaba por momentos—. ¿Ese es su único objetivo en la vida?

—¿Acaso hay algo más? —espetó entornando los ojos.

—Por supuesto, pero no he venido hasta aquí para explicarle qué propósitos debería tener en cuenta, señor Reform. Solo quiero que me pague la deuda que ha contraído ahí abajo —dijo de manera inapelable.

Trevor la observó pisar la alfombra como si en vez de tener un tacto suave, le clavara púas en las suelas de los zapatos. Una mirada iracunda, la que observaba más de una vez cuando zanjaba la relación que mantenía con alguna de sus amantes, se fijaba en él como si quisiera atravesarlo. Estaba enfadada, pero no entendía el motivo. ¿Porque alargaba el tiempo para pagarle? ¿Por qué se había sentido incómoda al explicarle cuáles eran sus objetivos en la vida? ¿Acaso debía hablarle sobre la esperanza de hallar una mujer con quien casarse, tener hijos y abandonar el club? Por supuesto ese no era su caso así que no le mentiría. Él amaba la vida que tenía y no quería ni oír hablar sobre casamientos y vástagos. Cada vez que pensaba en ello, le salía urticaria. «Recuerda que no es un hombre, que es una mujer y, como tal, posee

una idea romántica de la vida», pensó. ¿Sería ese el motivo de su rabia? ¿Que ambos aspiraran a futuros diferentes?

—No voy a sentarme —declaró colocándose detrás de las sillas—. Quiero que me pague —reiteró.

—Está bien... —empezó a decir mientras se incorporaba para abrir un cajón situado a su izquierda—. Puedo, al menos, averiguar qué hará con semejante fortuna. Me pesaría descubrir que, por mi culpa, un muchacho con un futuro prometedor se convierte en un hombre desgraciado.

—¿Hombre desgraciado? —repitió antes de soltar una grandiosa carcajada—. No se preocupe, le prometo que no me convertiré en un hombre desgraciado —apuntó sarcástica.

—Entonces... ¿qué hará? —perseveró cogiendo un fajo de billetes.

Por el lazo verde que lo envolvía, supo que eran mil. Solo le faltaba contar los seiscientos restantes y saldaría esa maldita deuda. Pero no había más en el fondo de ese cajón. Berwin aún no había pasado por las mesas para recoger las ganancias del club. Durante unos segundos se quedó con la mirada clavada en esa parte de la mesa. ¿Qué debía hacer? ¿Coger el dinero de la otra caja? ¿Cómo se tomarían sus empleados no cobrar esa noche el salario acordado porque lo había perdido en una partida contra una mujer? Tal vez, cuando les contara lo ocurrido, al mostrar esa humillación en su rostro, hasta se lo perdonarían...

—Mi intención, si tanto le interesa, es abandonar Londres. Quiero comprarme una pequeña granja donde podré labrar la tierra y criar animales —respondió con emoción.

—¿Quiere convertirse en un apestoso granjero? —señaló levantando la cabeza con tanta rapidez que se provocó un inesperado mareo.

—No me tomaré a mal ese inapropiado comentario, pero sí. Seré un *feliz granjero apestoso* —recalcó.

«¿Esa es tu idea romántica de la vida, Valeria Giesler? ¿Ser una granjera? ¿Cubrir tu cuerpo de heces de animales? Me has defraudado, pequeña. Sí que lo has hecho...», pensó mientras volvía a mirar ese fajo que sujetaba en su mano izquierda.

—¿Cuándo? —demandó tras deliberar en silencio.

—Cuándo, ¿qué? —espetó Valeria desconcertada.

—Cuando pretende marcharse, señor Hernández —gruñó.

—Lo antes posible —manifestó confundida.

—¿Hacia dónde? —continuó interrogándola al tiempo que soltaba el dinero en el cajón y lo cerraba con fuerza.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué no le daba el dinero y le gritaba a Berwin que le trajese más? Trevor observó cómo su mano, pegada aún al tirador del cajón, se tensaba de tal manera que las venas de su brazo se marcaban en la camisa. ¿Por qué no quería darle el dinero para que se marchara? ¿No era la mejor opción para proteger su club? ¿Qué diablos estaba pensando que ni su cerebro era capaz de entender?

—Aún no lo he decidido —la escuchó decir como si estuviese a doscientos pasos de él.

—¿Mañana, pasado, la semana que viene? —dijo sin respirar y sin apartar la mirada de esa parte de su mesa.

«¿Qué te sucede, Trevor? —se preguntó mientras esperaba la respuesta—. ¿Por qué no coges de una puñetera vez el dinero y se lo estampas en la cara? ¿Tienes remordimientos? O es que... ¿no esperabas que ella decidiera alejarse de Londres? ¿Cuál era tu plan? ¿Retenerla o alejarla?».

—Señor Reform, creo que está haciendo demasiadas preguntas. Lo único que debe saber es que no volveré a su club nunca más, si es eso lo que tanto le preocupa —manifestó con firmeza al tiempo que daba unos pasos hacia atrás.

«Nunca más...», escuchó en su mente esas dos palabras como si fuera el eco de una voz en lo alto de la montaña. Era una suerte que ella decidiera abandonar Londres... ¿o no?

—Hay muchas haciendas por los alrededores de esta ciudad, ¿no ha revisado alguna? —exigió saber con una mezcla de ira y aturdimiento.

Despacio, como si no estuviera acostumbrado al peso de su cuerpo, se levantó de la silla, posó las grandes manos sobre los papeles que había sobre la mesa y clavó esa mirada castaña en ella.

—¿Vivir rodeada de suciedad, humo, maldad, podredumbre y gente sin corazón? —replicó ofuscada—. No. No quiero eso. Empezaremos una nueva

vida muy lejos de aquí —confesó.

«Empezaremos...». ¿Se refería a sus hermanos? ¿O tal vez ya tenía un pretendiente que la impulsaba a alcanzar esos sueños? ¿Había un hombre que la abrazaría en sus noches mientras inspiraba ese perfume a canela? ¿Existía ya una persona que pudiese contemplar el brillo y la suavidad de ese cabello negro?

—Y, ahora, si no le importa, cumpla su promesa —añadió airada alargando la mano derecha.

Estaba sobresaltada, más de lo que debía mostrar, pero la actitud de aquel hombre no le estaba dando buena espina. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué no había sacado el dinero? ¿Por qué sus manos arrugaban los papeles en los que se apoyaban? Valeria tragó saliva y, con lentitud, clavó sus ojos en los de él. Las llamas del fuego se reflejaban en aquellas pupilas y el calor de este había enrojecido aquellas duras mejillas. ¿Qué pretendía hacer?

—Pues va a tener que posponer ese magnífico sueño, señor Hernández —soltó sin meditar ni un solo instante las palabras que salieron de su boca.

—¿Cómo dice? —espetó abriendo los ojos como platos.

—Le digo que no tengo la cuantía que ha ganado y que le pagaré en cuanto la obtenga —le aclaró sin poder mermar ese estado de descontrol que le recorría cada centímetro de su piel. ¿Granjera? ¿Llenar esas suaves y delicadas manos de crueles callos? ¿Abandonar ese perfume a canela para mezclarlo con estiércol de animal? ¡No, rotundamente, no!

—Pero... pero... —titubeó—. Pensé que me había dicho que era un hombre de honor —clamó desesperada.

—Y lo soy. Sin embargo, he sido algo pretencioso en el juego y no he calculado bien el dinero que tenía guardado —declaró con sátira.

—Pues deme lo que tenga. ¿Cuánto es? ¿Quinientos, seiscientos? —perseveró ofuscada—. No le exigiré más si me lo da ahora mismo.

—Es usted un hombre demasiado bondadoso, señor Hernández —comenzó a decir separándose de la mesa—. Y su alternativa es bastante tentadora...

—¿Entonces...? ¿Acepta? —insistió echando varios pasos hacia atrás al comprender que pretendía acercarse a ella.

—No debo aceptar tal opción. Como caballero, he de cumplir mi palabra... —dijo como si su orgullo estuviese herido ante la alternativa que ella le ofrecía—. Quiero saldar mi deuda en su totalidad, aunque tendrá que alargarse ese deseo unas semanas más. ¿Le parece bien siete, seis? —preguntó enarcando las oscuras cejas.

—¿Cómo dice? —Su nivel de estupefacción era insuperable.

Era irreal. Lo que estaba pasando era una pesadilla. ¿Aquel hombre, de quien se decía que podía descansar sobre un colchón de billetes de cien libras, le estaba diciendo que no tenía ni un solo chelín?

—Le digo, señor Hernández —empezó a hablar caminando despacio hacia ella, pisando esa alfombra carísima que adquirió en una subasta—, que, como nuestra jugada ha sido completamente respetable, porque ninguno de los dos ha engañado en la partida —recalcó entonando los ojos, colocando sus palmas en la espalda y mirándola para observar cada mueca que realizaba—, porque somos caballeros, ha de permitirme un tiempo considerable para reunir la cuantía que he perdido.

—No entiendo... —murmuró Valeria sin poder respirar ante la cercanía de aquel hombre, sin poder parpadear para no dejarse sorprender ante cualquier movimiento inoportuno que pudiera delatarla.

—Necesito algo de tiempo... —resopló Trevor al acorralarla contra esa puerta que aún permanecía entreabierta—. Según parece, mis empleados todavía no han recogido las ganancias... —El aire que emitía al hablar, rozaba con suavidad el rostro de ella. Reform la contempló con tanta atención que contó los diminutos lunares de la nariz y admiró la largura de aquellas pestañas tan negras como el carbón.

—Para eso solo tengo que esperarlo ahí abajo... —cuchicheó sin voz.

Esa presencia, ese hombre frente a ella, a menos de un palmo de distancia, no le estaba haciendo ningún bien. Sus ojos, esos que había intentado mantener fijos en un punto del techo, observaron despacio, deleitándose a su paso, cada parte de ese rostro que tenía tan cerca. Su barba, la forma de su boca, esa nariz aguileña, la rudeza de los pómulos y los ojos... ¿Brillaban o era el reflejo del fuego? Valeria notó una presión tan fuerte en el pecho que estuvo a punto de llevar las manos hacia él e inclinarse hacia delante. ¿Por qué le impresionaba tanto aquel hombre? ¿Por qué no era capaz de respirar como lo haría un

caballero? Porque, si no recordaba mal, a los ojos de aquel titán que la observaba como si quisiera taladrarle el cerebro, era un hombre.

—¿No querrá dejarles sin sus honorarios? —preguntó colocando, inapropiadamente, su pierna izquierda entre las dos de ella. La mano, esa que había posado sobre el marco de la puerta empezaba a resbalarse ante el sudor. En efecto, estaba sudando y eso se debía a su aumento de temperatura. Aquella mujer, a la que todavía no había visto como tal, causaba un efecto tan extraño en él que notaba cómo su piel desprendía fuego—. Hay padres... hijos que deben llevarle el sueldo a las madres viudas y que, por sus edades avanzadas, no pueden trabajar... —Apenas se dio cuenta de que lo había hecho, solo observó la cara de asombro que puso Valeria cuando la barba tocó suavemente su frente.

—¿Y no pudo pensar usted en eso antes de ofrecerme la partida? —intentó hacerlo enfadar para que se separase de ella y que terminara de una vez los vaivenes que sentía en su cabeza.

—Como ya le he dicho... nunca he perdido contra otro hombre... —murmuró con una voz colmada de masculinidad y seducción.

¿Cómo podía embaucarlo de esa forma? ¿De verdad empezaba a hechizarse por una mujer que se ocultaba bajo una apariencia falsa? ¿O la atracción que su cuerpo exponía libremente era solo un engaño para que ella saliera corriendo? No, lo que había bajo su pantalón, lo que se frenaba en el cinturón, no era una apariencia sino toda una realidad. Esa mujer lo excitaba de tal forma que le resultaba imposible controlarse.

—Pero no se puede estar siempre tan seguro de sí mismo, señor Reform— dijo Valeria agachándose para salir de esa prisión de músculo y virilidad en la que se había quedado obnubilada—. Y también debió suponer que hay una primera vez para todo —corroboró adquiriendo de nuevo el sentido común.

—¿Entonces, me dará unas semanas más? —preguntó Reform pegando la espalda a ese marco y cruzándose de pies y manos sin apartar la mirada de ella.

—No es justo que juegue con...

—Señor Reform, aquí tengo... —les interrumpió Berwin que, al ver la puerta entreabierta, pensó que estaría solo—. Disculpen, no imaginé que estaban reunidos...

—¿Es usted quien ha de recoger las ganancias de las mesas? —soltó Valeria con cierta esperanza de zanzar de una vez lo que estaba sucediendo. Si él había apostado el sueldo de sus empleados, era él quien debía darle las pertinentes excusas.

—Yo... sí... —tartamudeó el empleado al distinguir, desde donde se encontraba, la vena que le aparecía en el cuello a su jefe cuando estaba realmente enfadado.

—Berwin acaba de venir del mercado y ha traído unas trufas para Chevalier, nuestro querido chef francés —comentó Trevor mirando al secretario como si quisiera fulminarlo con la mirada.

—¿A estas horas? —entornó Valeria al preguntar—. Si no estoy equivocado, el mercado se cierra antes de las cinco.

—Es el único momento en el que me puede atender el mercader —comentó Berwin escondiendo el saco en el que traía el dinero detrás de la espalda—. Nuestro chef es demasiado exquisito con ese... —dudó cómo denominar aquello que había nombrado el señor Trevor—, con ese ingrediente. Nadie puede saber qué truco tiene para que sus platos sean tan famosos —dijo antes de suspirar.

—Como ve, señor Hernández, no le he mentado —dijo triunfante Trevor—. Hoy no tengo la cuantía que necesita para saldar esa deuda.

—¿De cuánto estamos hablando? —intervino Berwin con rapidez.

—De mil seiscientas libras —respondió Trevor apretando los dientes.

—¡Para nada! —exclamó Berwin al notar cómo le sangraba el corazón al ser traspasado por los ojos oscuros de Reform—. Tal vez dentro de...

—Unas semanas —agregó Trevor caminando hacia su asiento—. Ya le he informado a este caballero que hoy es día de pagos y que no puedo llevar a cabo ese pequeño reembolso.

—No, no, no... —comentó Berwin moviendo la cabeza para reiterar lo que negaba.

—Le daré cuatro semanas —soltó Valeria cansada del lamentable espectáculo.

No era tonta, aunque aquel hombre creyese que todo el mundo lo era salvo

él. Sabía exactamente que lo que llevaba su empleado era la recaudación, pero no quería comprometer al pobre hombre que lo miraba con tanto miedo, que los ojos atravesaban el cristal de sus gafas redondas.

—¿Qué le parece si acude al club cada viernes? —le ofreció Trevor sentándose de golpe sobre el sillón.

—¿Durante cuánto tiempo? —exigió saber ella cruzándose de brazos sobre el pecho, mostrando ese enfado que la tenía alterada.

—A lo sumo, seis —respondió cogiendo los papeles que había sobre la mesa, intentando dar por sentada su decisión.

—Cuatro —regateó Valeria.

—Seis —perseveró Trevor.

—¿Cinco? —se entrometió Berwin que no salía de su asombro. ¿Desde cuándo su jefe no pagaba una deuda de manera inmediata? ¿Desde cuándo se comportaba de esa manera tan atípica? Y... ¿quién era ese muchacho? ¿Cómo había adquirido esa deuda? ¿Sería algún hijo ilegítimo? No sería la primera vez que aparecían por la puerta mujeres con hijos en brazos alegando que eran suyos...

—Es mucho tiempo... —murmuró con resignación ella.

—Más vale eso que seis —le susurró el secretario como si intentara mantener un complot.

—¡Está bien! —exclamó extendiendo la mano hacia el señor Reform—. ¡Que sean cinco!

Trevor dirigió la mirada hacia la mujer y se quedó embelesado al observarla tan segura de sí misma. Con aparente desgana, se levantó del asiento y alargó la mano que aferraría de nuevo la de ella. Esos dedos suaves, alargados y con el tamaño perfecto para una mujer delicada...

—Si pretende engañarme —comentó Valeria manteniendo esos ojos de color azul sobre los oscuros—, le prenderé fuego a este antro.

—No sería capaz... —murmuró Trevor con cierto asombro. ¿Delicada? ¿Suave? ¿Cómo había podido pensar eso de una mujer que tenía sangre española? ¡¡Seguro que prendería fuego a su club con él dentro!!

—Póngame a prueba... —le desafió.

—Berwin, acompañe al señor Hernández hacia la salida —dijo tomando asiento—. No queremos que sufra ningún tipo de accidente bajando las escaleras, ¿verdad? —añadió mordaz.

—Si es tan amable... —le indicó el empleado a Valeria.

—Gracias, Berwin, es usted un buen hombre —indicó con un tono tan suave y cálido que, por un segundo, solo por un segundo, Trevor sintió celos ante ese trato tan afectuoso.

—¡Berwin! —gritó Reform cuando este cerró la puerta.

—¿Sí, señor? —preguntó abriéndola de nuevo.

—Antes de bajar, deje las trufas sobre mi mesa. No querrá que Chevalier ofrezca un grotesco espectáculo a nuestros clientes, ¿verdad?

—Por supuesto... —expresó, tras confirmar que el caballero permanecería fuera del despacho y que podría darle la recaudación sin problemas.

—¿Cuánto? —quiso saber Trevor sin apartar la mirada de la puerta.

—Dos cientos cincuenta por ahora... —reveló en voz baja.

—Que antes de marcharse te dé su dirección. Dile que la necesitas para confirmar el pago que le haremos semanalmente.

—¿Y si no me lo da? —espetó abriendo de nuevo los ojos como platos.

—Lo raro sería que te lo diese —afirmó ocupándose de nuevo de esos papeles que debía repasar—. Por cierto —llamó de nuevo la atención de Berwin cuando este estaba a punto de tocar el pomo de la puerta.

—¿Sí? —dijo enarcando las cejas y expresando cierto cansancio ante tantas idas y venidas.

—Quiero que alguno de esos holgazanes vaya a Scotland Yard y hable con un tal Borshon. Necesito que aparezca en mi oficina antes de que cierre el club —informó.

—¿Desea que le explique algo sobre el motivo por el que requiere su presencia con esa premura? Algunas personas tienen planes... —señaló con sarcasmo.

—Que le digan solamente que el señor Reform desea hacerle una proposición —declaró antes de girarse sobre el sillón para contemplar la calle. No quería perderse ni un solo instante de cómo actuaría Valeria al salir del local.

—Está bien, le explicaré que desea hablar de trabajo, no vaya a entender por proposición algo que no deba —aclaró Berwin antes de cerrar la puerta y acompañar a Valeria hasta la salida.

Transcurridos unos minutos, Trevor atisbó el cuerpo de ella. Andaba recta, serena, como lo haría cualquier caballero. Antes de girar la esquina miró hacia su ventana y él se ocultó bajo la cortina. Entonces, justo cuando creyó que nadie la miraba empezó a patalear en el suelo y a golpear con sus pequeños puños el aire.

«Eres una tigresa, pequeña. Solo espero que mantengas esa actitud felina en mi cama», meditó antes de coger la botella, llenarse un vaso hasta el borde y fumarse el puro que ella no le había permitido terminar.

## Capítulo IV



Valeria llegó a su hogar en un estado de irascibilidad que ni el aire fresco de la calle la apaciguó. Cada vez que pensaba en lo ocurrido, las mejillas le ardían y apretaba los puños. ¿Cómo era posible que jugara de esa forma con ella? ¿Cómo podía comportarse con tanto descaro? Y para más inri, la trató por tonta. ¿Trufas? ¡Por el amor de Dios! Hasta un niño habría deducido qué guardaba el pobre Berwin en la bolsa...

Enfadada, hasta el punto de no cuidar su manera de pisar el suelo para no despertar a nadie, se quitó el abrigo y lo lanzó sobre la banqueta que había frente al tocador. Continuó con la peluca, el traje, los zapatos, camisa, calzas... Todo lo fue retirando de su cuerpo como si le quemara. Quizá esas ganas de desnudarse aumentaron cuando descubrió que en cada prenda aún perduraba su olor... Sí, muy a su pesar, permanecer en la oficina durante tanto tiempo ocasionó que el perfume del señor Reform y esa pestilencia a tabaco impregnaran su ropa.

¿Dos libras? ¿El desgraciado se gastaba dos libras en cada cigarro? ¡Ella podía utilizar esa cuantía para comer durante un mes y le sobraba para pagar el alquiler del cuchitril en el que vivían! ¿Y él se lo gastaba para meter humo en los pulmones? ¡¿Humo?! Enojada aún más, desesperada por no haber actuado como debió hacer el hombre que fingía ser, se miró en el espejo y se asustó al ver la imagen que se reflejaba. El cabello oscuro extendido hacia el suelo, el blusón que debido al paso de los años ya no era blanco sino pardo y esa mirada iracunda le proporcionaban un aspecto demasiado terrorífico. Seguro que, si se presentaba ante ella un fantasma para asustarla, este saldría huyendo antes de lograr su cometido...

Tras recogerse el cabello, se dirigió hacia la cama y se sentó sobre el colchón. Miró de reojo a sus hermanos y confirmó que seguían durmiendo plácidamente. Después observó a Kristel, quien acostumbraba a dormirse acurrucada, haciendo que las rodillas tocaran su pecho durante la noche.

Valeria se llevó las manos hacia el rostro y se lo frotó angustiada. Había estado a punto de lograrlo. Había tocado con la punta de los dedos ese sueño que prometió, pero debido a un inesperado cambio de opinión, ese deseo parecía alargarse de manera infinita.

Se tendió sobre la cama, cruzó las manos por debajo de la cabeza y fijó sus ojos en el techo. ¿Por qué retrasó el pago? ¿En qué instante cambió de opinión? Recopilando cada palabra, cada movimiento que ambos realizaron, descubrió que el comportamiento de Reform terció cuando le habló de comprar la granja lejos de Londres. ¿Qué le importaba a él lo que hiciera o dejase de hacer? ¿Por qué tenía que darle tantas explicaciones? ¡Ni que fuera su padre!! Valeria respiró profundamente, intentando suavizar ese carácter agrio que se había apoderado de ella. Tenía que idear un nuevo plan para adquirir el dinero que necesitaba lo antes posible y no podía acudir al club para seguir jugando, puesto que, en cuanto pusiera un pie en el local, los ojos oscuros de Reform atravesarían su nuca. «Es hora de utilizar el plan b—caviló al tiempo que cambiaba de postura hacia su derecha—. Si ya no puedo aparecer por ahí, optaré por visitar el otro, aunque las ganancias sean menores y los riesgos de ser descubierta altos». Y no erraba.

El Club de caballeros Hondherton no era tranquilo, elegante y seguro como el de Reform, sino que siempre había escandalosos altercados, nadie se podía sentar en un sillón que no estuviese agujereado por el cigarro despreocupado de algún cliente y, por supuesto, la seguridad brillaba por su ausencia. Lo único seguro que había era huir rápidamente cuando las peleas comenzaban. La última noticia que leyó sobre ese club en el periódico fue que uno de los empleados salió herido y permaneció convaleciente durante varias semanas. También añadieron que el señor Hondherton se hizo cargo de todas las necesidades de este, proporcionándole así una imagen benevolente. ¿Merecía la pena arriesgarse teniendo ya la cuantía que requería? «No la tienes —se dijo mientras cerraba los ojos—, ese engreído, bastardo y tacaño la esconde en su cajón...», caviló ofuscada.

¿Qué podría hacer? ¿Someterse a esa imposición? ¿Merecía la pena arrastrarse como una serpiente para lograr lo que había ganado limpiamente? Valeria fue consciente de que no era el momento adecuado para elegir la opción más correcta. Debía descansar, abandonar ese estado de ira que la hacía apretar los dientes y encoger todos los dedos que poseía. Tras volver a suspirar hondo y ponerse a contar las ovejas que compraría para la granja,

consiguió apaciguarse y sumergirse en ese sueño reparador que necesitaba...

—¿Qué pretendes hacer con este dinero? —le preguntó el señor Reform cogiendo el fajo de billetes que guardaba en el cajón.

—Comprarme una granja. Le he prometido a mis hermanos que nos marcharíamos de Londres para vivir el sueño que tienen desde niños —le respondió extendiendo las manos hacia el suelo, notando a su paso la suavidad de la tela de la falda.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres abandonarme ahora que me he dado cuenta de mis sentimientos? ¿No te importa romperme el corazón? ¿Qué pretendes, arrancármelo? —Después de preguntarle sin apenas respirar, se levantó del asiento y caminó hacia ella a grandes zancadas.

—No hay nada entre nosotros... —murmuró dando varios pasos hacia atrás, buscando instintivamente la salida.

—¿Nada? —repitió levantando las cejas—. ¿Estás segura, Valeria? Porque yo no definiría como nada a nuestras noches juntos, a nuestros besos, a nuestros encuentros pasionales en los que te he escuchado gritar mi nombre...

—¡Basta! —gritó ella levantando la mano para hacerlo callar de inmediato.

—¿No has sentido cómo mi amor se ha engrandecido cada vez que hemos estado juntos? —murmuró acorralándola en la pared—. ¿No has notado la suavidad con la que mis manos te acarician? —expuso al tiempo que le tocaba lentamente el rostro—. ¿Tampoco has sido consciente del deseo que nuestro cada vez que estás cerca? —insistió acercando la boca a su cuello para besar ese punto sensual donde el vello se erizaba con rapidez—. Dime, Valeria, ¿no has descubierto lo mucho que te quiero?

Ella respiró entrecortada mientras cerraba los ojos y se dejaba acariciar por esas grandes manos. Estas recorrieron despacio sus hombros, su torso, su abdomen y bajaron hasta alcanzar el borde del vestido.

—Te deseo tanto... —ronroneó de nuevo—. Te necesito tanto... que soy capaz de hacer cualquier cosa para que te quedes —afirmó aproximando su boca a la de ella—. Dime, Valeria...

—¡Qué...! —musitó ella dejándose llevar por esa pasión que había despertado de nuevo. Notando cómo su sexo se humedecía preparándose para el toque de esa mano poderosa.

—¿Has visto al señor Reform hoy? —le preguntó él.

Valeria se quedó atónita ante la pregunta. No sabía cómo reaccionar. Clavó la mirada en aquel varonil rostro y esperó a que repitiese lo que había dicho.

—¿Has visto al señor Reform hoy? —reiteró, pero su voz no era la de él sino la de Kristel.

Abrió los ojos como platos y observó dónde se encontraba. En su hogar, descansado en su cama. Todo aquello había sido un sueño. Con rapidez miró a Kristel, que se había dado la vuelta y la abrazaba como todas las noches.

—¿Ha seguido merodeando por las salas? —demandó con los ojos aún cerrados.

—No, no lo ha hecho —pudo decir en mitad de su desconcierto—. Descansa y no te preocupes más. Por ahora todo está controlado —comentó volviendo la mirada hacia la puerta.

¿Qué había sido eso? ¿Un sueño o una pesadilla? Con el corazón latiendo desenfrenado, con el vello aún erizado por lo que había vivido en su mente, Valeria no concilió el sueño hasta que decidió no aparecer más por el club de aquel insolente y comenzar a merodear por las salas del otro local pese a lo que pudiese encontrar...



Las puertas del club se habían cerrado y el tal Borshon no había acudido a su llamada. ¿Por qué no estaba allí presente, escuchándole con atención? Ante el enfado que sintió al no ser atendido con prontitud, alargó la mano y cogió la botella para servirse un vaso de licor, pero no cayó ni una sola gota. La alzó lo suficiente para confirmar que no estaba rota y la volvió a posar. Se la había bebido entera y sin enterarse. ¿Cómo había estado tan despistado? ¿Cuáles fueron sus pensamientos para tener más sed que un caminante en mitad del

desierto?

Se reclinó en el asiento, se cruzó de brazos y fijó sus ojos en la puerta. «Ella...», reflexionó. Sí, había sido Valeria la culpable de su insaciable sed. Desde que permaneció a su lado, desde que pudo inspirar ese olor a canela y sentir cómo su respiración impactaba en su pecho, no había mermado su ansiedad ni un solo instante y, ni que decir, del aumento de temperatura que sufrió su cuerpo al tenerla de esa manera. Ofuscado, airado y más desconcertado por ese inesperado deseo que por haber ingerido un carísimo *whisky* sin apenas saborearlo, se levantó, posó las manos en la mesa para apoyarse y gritó:

—¡Berwin! ¡Berwin! ¿Dónde diablos te has metido?

—¡Aquí, señor Reform! —contestó como si estuviera esperando a que lo llamara detrás de la puerta.

—¿Qué ha sucedido con ese tal Borshon? ¿Por qué no lo veo? —espetó extendiendo las manos hacia delante, como si intentara tocar algo que debiera estar y no lo hacía.

—El caballero recibió su mensaje, pero no respondió —le informó el secretario sin moverse de la puerta.

—¿Que no respondió?! —tronó Reform más exasperado por ese descaro que por no haberse presentado—. ¿No le quedó claro que debía acudir?

—Sí, señor —comentó cabeceando para reiterar su afirmación—. El recadero ha insistido en que le dejó muy claro que usted deseaba verle.

—¿Y? —espetó arrugando los papeles que tenía bajo sus manos.

—Y le comenté al muchacho que acudiría cuando lo viese oportuno, no cuando usted quisiera —dijo Borshon detrás del pobre empleado—. ¿Piensa que todo el mundo debe acatar sus órdenes cuando le plazca? Por si no es consciente de lo que hay fuera de este club, las personas tenemos vidas... —refunfuñó mientras caminaba hacia el despacho.

—¿Puedo retirarme, señor Reform? —solicitó Berwin agarrado al pomo de la puerta.

Por la mirada de su jefe y por la insolencia de aquel personaje que exhibía más peligrosidad que galantería, pronto empezarían a gritar y no era bueno

para sus ancianos oídos escuchar tanta imposición de masculinidad.

—Deje la puerta abierta —ordenó Borshon pasando por alto la autoridad del señor Reform—. No quiero que nadie piense que entre este... hombre y yo hay cierta amistad —alegó masticando cada palabra con semejante rudeza que parecía escupir navajas.

—Como desee... —murmuró el secretario que, pese a su edad, bajó las escaleras con la rapidez de un adolescente.

—¿Qué es lo que quiere? —gruñó el agente antes de caminar sobre la alfombra como si se limpiara las suelas de sus zapatos. Se colocó frente a Trevor y lo miró de arriba abajo, luego sonrió. No era tan imponente como le pareció la primera vez, quizá le dio esa impresión al estar sentado, pero si sus cálculos no le fallaban, ambos tenían tallas similares.

—Quiero hacerle una oferta o, mejor dicho, quería hacerle una oferta —rectificó Trevor amusgando los ojos y reflexionando hasta qué punto estaba dispuesto a emplear a un hombre que, según observaba, jamás le daría el respeto que se merecía.

—Si me ha hecho perder mi valioso tiempo, dígame qué parte de su cuerpo admira menos —le amenazó.

—¿Me desafía en mi propio hogar? ¿Bajo mi techo? —soltó Trevor con una mezcla de indignación y cólera.

—¿Quiere que se lo repita o elijo yo la parte que no va a utilizar el resto de su vida? —continuó con esa intimidación.

—Mi cuerpo es demasiado valioso para perder algún miembro —murmuró Reform apretando la mandíbula.

—¿Entonces? —espetó Borshon enarcando la ceja rubia izquierda.

—Quería hacerle una propuesta —comentó Reform sin mermar la ira.

—¿Cuál? —perseveró el agente cruzándose de brazos y exhibiendo el volumen de sus músculos.

—Necesito que vigile a una persona —empezó a decir mientras tomaba asiento.

No le quedaba otra alternativa que relajarse y asumir su derrota. Si el

inspector lo declaró como hombre de confianza, lo aceptaría sin titubear. Prefería tragarse su orgullo a buscar entre las calles de Londres otra persona que le fuera fiel. Además, no podía correr el riesgo de poner a un extraño tras los pasos de Valeria.

—¿Cuánto? —preguntó sin moverse. Parecía una estatua de mármol, una grandiosa y peligrosa figura que, si decidía moverse, el mundo entero temblaría.

—Quinientos —expuso Trevor sin parpadear.

—¿Para qué? —continuó interrogando sin tan siquiera mover el pecho para respirar.

—Para vigilar a una persona —le aclaró—. ¿Le interesa?

—Me interesa el dinero, la persona me da igual —respondió con rudeza.

—¿Una copa? —le preguntó Trevor para ir suavizando esa tensión, para aplacar esa testosterona que afluía en el ambiente.

—¿De qué? —exigió saber al tiempo que movía la silla para sentarse.

Era pequeña. Aquel respaldo curvilíneo no albergaba la anchura de su espalda y le hacía daño en ambos costados, así que decidió inclinarse levemente hacia la mesa de su próximo pagador. Porque no sería su jefe. El único al que podría denominarlo así era al inspector y, gracias a la charla que mantuvo con él, tras la espantada del recadero, no estaba frente a aquel insolente con el bastón que deseaba incrustarle por el culo.

—Pida —le animó Reform dibujando una grandiosa sonrisa que le proporcionaba tener todo aquello que alguien deseaba.

—Agua —respondió Borshon con firmeza.

—¿Agua?! —repitió Trevor asombrado.

—No acostumbro a beber cuando estoy trabajando y ni mucho menos cuando he de hacer tratos. Necesito tener la mente despejada para hallar posibles engaños... —le informó suspicaz.

—Está bien —resopló—. ¡Berwin! —gritó de nuevo mirando hacia la puerta.

—¡Un momento, señor! ¡Estoy subiendo las escaleras! —contestó el pobre

hombre al escuchar, desde el piso de abajo, cómo volvían a necesitarlo.

Cuando el señor Reform lo liberó de aquel jefe, creyó que este sería considerado con su edad, pero ya empezaba a dudar si quería sentir en su cuerpo los latigazos que el otro le daba cada vez que se emborrachaba o las caminatas que Reform le obligaba a dar.

—¿Sí? —preguntó respirando como si hubiera corrido un maratón.

—Tráigale un vaso de agua fresca al caballero —le dijo volviendo la mirada hacia él.

—¿Prefiere que le traiga una botella? Imagino que no se conformará con un solo vaso y no quiero que aguante usted la sed por mis subidas y bajadas —habló tomando aire para calmar ese ejercicio que no debía soportar un hombre sexagenario.

—Me parece bien —respondió Borshon observando aquel pobre anciano fatigado.

Clavó sus ojos en Reform y lo odió aún más por tratar de ese modo a su empleado. ¿No se acordaba de la vida que mantuvo antes de convertirse en lo que era? Porque si era así, alguien debía recordárselo...

—Según tengo entendido, su inspector le ordenó espiar a una mujer que vive en Brick Lane —comenzó a exponer.

—No hablo de mis labores como agente —masculló.

—Y eso le honra —lo alabó para que se relejara y la conversación se encaminara tal como deseaba—. Pero el motivo por el que le he hecho llamar es porque me interesa esa mujer y necesito saber más sobre ella.

—¿Qué quiere averiguar? —soltó malhumorado—. Porque si su intención es recopilar la mayor información posible para acosarla o hacerle algún daño...

Borshon apretó los puños, convirtiéndolos en dos gruesos y duros bloques de plomo. Le daría igual perder esa cuantía que necesitaba para seguir atendiendo a su madre, pero jamás se pasaría al otro bando. Desde que había puesto un pie en Scotland Yard juró lealtad a la justicia, a mantener la paz y a destrozarse a cualquier persona que se opusiera a ella.

—Si me disculpan... —comentó Berwin mostrando una botella cristalina

—. La más fresca que he podido conseguir —agregó mientras la posaba sobre la mesa.

—Muchísimas gracias por su atención —le agradeció Borshon.

¿Otro que le hablaba con ternura al empleado? Pero... ¿qué tenía aquel hombre para que todo el mundo lo tratase con tanta calidez? ¿Sería la edad?

—¿Y bien? —espetó el agente después de dar un grandioso trago a la botella y chasquear la lengua.

—No voy a acosarla ni hacerle daño —expuso con rudeza Trevor—. Quiero saber qué hace, dónde va, cuándo, cómo, con quién y si...

—¿Eso no lo considera acoso, señor Reform? —espetó el agente frunciendo el ceño.

—Esa mujer, señor Borshon...

—Hill, soy señor Hill —le corrigió.

—Esa mujer, señor Hill, aparece en mi local vestida de hombre, juega a las cartas y me hace perder una gran suma de dinero —declaró furioso.

—Lo sé, mi inspector me puso al tanto de la situación —dijo con mofa—. ¿Tiene el orgullo herido y por eso quiere averiguar todo sobre ella? —continuó divertido—. Ha de ser muy doloroso para un hombre como usted sentirse acorralado por una mujer...

—¡No me siento acorralado! —vociferó.

—¿No? ¿Entonces por qué no la deja en paz? ¿Por qué no la denuncia y finaliza de una vez por todas el problema? —insistió suspicaz.

—¡Porque no me da la gana! ¿Quiere usted ayudarme o busco a otro perro sabueso? —espetó tan airado que el alcohol que corría por sus venas se evaporó con rapidez.

—Le diré qué voy a hacer —respondió levantándose del asiento y clavando sus ojos verdes en la persona que él denominaba petimetre—. Voy a negarme a su oferta porque, como ha dicho, puede encontrar otro perro que le adore los pies mientras le ponga sobre la mesa esa suma de dinero o...

—¿O?

—O me dice qué es lo que busca de ella y me pide perdón —manifestó

sonriente.

—¿Pedirle perdón? —tronó.

—Me ha insultado y no tolero ese tipo de comportamiento hacia mi persona. Si usted me ha hecho llamar, si tanto me necesita, pídamme perdón y explíqueme qué desea lograr de esa mujer —declaró con firmeza.

Trevor lo miró de soslayo y meditó sobre qué debía hacer. Era un insolente, grosero y la persona más inaudita que podría encontrarse en el mundo, pero lo necesitaba. Necesitaba aquel gran hombre para que cuidara de ella puesto que, si su instinto no le engañaba, Valeria no aceptaría su oferta a la ligera.

—Le pido disculpas... —murmuró tan bajito que ni él mismo se escuchó.

—No ha tenido el tono que deseaba, pero me vale viniendo de un hombre como usted —señaló triunfante—. Ahora solo quiero saber...

—Quiero que la observe, que no la deje sola ni un solo instante —confesó—. Mucho me temo que pronto se meterá en algún problema y yo no puedo hacer nada.

—Entonces no es acoso sino protección —dedujo Borshon con asombro.

—En efecto, quiero velar por ella y por sus hermanos —explicó volviéndose hacia él—. Esa mujer tiene escrito peligro en la frente y, aunque sabe cómo actuar cuando se encuentra en él, le resulta imposible evitarlo.

—¿Por qué quiere cuidar de ella si hasta ahora lo único que ha hecho ha sido ocasionarle quebraderos de cabeza? —le instigó.

—Tengo una deuda con... —iba a decir Valeria, pero ese tono familiar lo dejaría al descubierto—, esa mujer y no me gustaría que le sucediese algo antes de zanjarla. Puedo ser un miserable, pero por encima de eso soy un hombre de honor —sentenció con absolutismo.

—Siendo así —extendió la mano hacia Reform para sellar el pacto—, ponga sobre la mesa mis quinientas libras y mañana al amanecer estaré frente a la puerta de esa mujer.

—¿Me explicará todo lo que haga? —solicitó aceptando esa mano que, para su bienestar masculino, era semejante a la suya.

—Todo —manifestó mientras fijaba los ojos en el lugar donde debía colocarle el dinero.

Y así hizo, Reform sacó las quinientas libras, se las puso sobre la mesa y le dijo:

—Esto es lo que le pagaré por semana.

—¿Por semana? —espetó Hill abriendo sus grandes ojos como platos.

—Como mínimo serán cinco, aunque espero que antes de ese tiempo haya averiguado el motivo por el que no quiero que se marche de Londres —confesó sin querer.

—¿Quiere que le desvele el motivo por el que actúa de esa forma? —dijo divertido Borshon.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero prefiero averiguarlo solo. No se olvide de informarme lo antes posible —alegó, dando por terminada la conversación.

—Lo haré —indicó antes de salir del despacho y soltar una sonora carcajada.

En el fondo era más tonto de lo que parecía. Y, gracias a ello, iba a conseguir una gran fortuna. ¿Por qué no dejaba en paz a esa mujer? La respuesta la tenía frente a sus ojos, pero era tan obtuso que no era capaz de descifrarla. Sin embargo, ese comportamiento obstinado le daría la oportunidad de contratar a Giselle el día entero y le ofrecería a su madre el cuidado que se merecía. Quizá, hasta podría comprar una casa, en la que no habría escaleras y donde ella abandonaría, de una vez por todas, la cama en la que se postraba. Con una felicidad impropia en él, Borshon salió del club dibujando una sonrisa que le cruzaba el rostro.

Reform volvió a su asiento, sereno al tener controlado todo lo referente a ella. Por suerte para él, Valeria estaría vigilada y podría centrarse en otros asuntos que requerían de su intervención. Miró la botella de agua que había dejado sobre la mesa su nuevo empleado y sonrió. Era duro, terco, valiente y sensato. Cualquiera persona le habría pedido uno de los *whiskys* más selectos de su bodega, pero él no lo hizo. Deseaba mantener esa cordura que no le proporcionaría la ingesta de alcohol. De repente, alargó la mano hacia esa botella y le dio un gran sorbo. Fresca. El agua, que no recordaba tomar desde

hacía mucho tiempo, era fresca e insípida. Pero Borshon tenía razón, no había nada mejor que abastecer el cuerpo de agua para no hacer desaparecer algo tan necesario como era la sensatez.

—¿Señor Reform? —preguntó una de sus empleadas desde la puerta—. La señorita Barnes quiere saber si la visitará.

—No. Dile que no voy a requerir de sus servicios nunca más —respondió sin mirarla.

—Se lo haré saber. Buenas noches, señor —dijo la mujer tan aturdida por la respuesta que no acertaba a poner la mano sobre el pomo.

—Buenas noches.

Cuando la puerta se cerró, cuando escuchó el clic de la cerradura, Trevor dejó de respirar. ¿Pero qué había hecho? ¿Se había negado a pasar una noche con Jun? ¿Con la diosa del placer? ¿Cómo había rehusado sin tan siquiera meditarlo unos segundos? Levantó los ojos de los papeles y los fijó en esa botella repleta de líquido transparente. ¡El agua! ¡Ese líquido había limpiado su sangre en menos de un segundo, transformándolo en un nuevo hombre! Sin embargo, en vez de levantarse y correr hacia la puerta para gritarle que se había equivocado, que sí que la visitaría, se reclinó en el asiento, posó las piernas sobre la mesa, cruzó los brazos bajo su cabeza y rio como hacía tiempo que no lo había hecho.

## Capítulo V



—Por favor, daos prisa. El señor Mayer no tardará en aparecer y no me gustaría que os regañara de nuevo por ser incapaces de apartar vuestras manos de la comida —les pidió Valeria a sus hermanos que, tal como decía, nunca saciaban los estómagos.

—¿No dices que cuanto más comamos más grandes y fuertes seremos? —preguntó Martin, el pequeño, con la boca repleta de pan.

—Sí, pero al paso que vais no creceréis a lo alto sino a lo ancho —intervino Kristel cubriendo sus hombros con el mantón de color marrón—. Y, cuando vuestro estómago sea más grande que vuestra cabeza, no habrá ni una sola mujer que os mire.

—Pero... pero... —intentó decir Martin, que sostenía en su mano derecha la última tostada de su plato.

—No hay peros —negó con decisión Valeria—. Debéis estudiar y prestar mucha atención a lo que se os enseña. Y ahora preparaos porque el señor Mayer aparecerá en cualquier...

No pudo terminar la frase. Tal como auguró, en ese preciso instante tocaron a la puerta.

—¡Rápido! —les instó—. Recoged la mesa antes de que Kristel le abra.

Obedientes, y con la boca aún llena, los muchachos colocaron los platos uno sobre otro y lo llevaron hasta la pila donde luego serían lavados. Cuando Kristel afirmó con la cabeza, desencajó la cerradura y abrió la puerta.

—Buenos días, señor Mayer —le saludó nada más verlo—. ¿Cómo ha amanecido? ¿Tendremos lluvia?

—Buenos días, señorita Griffit, por suerte para los que sufren de reuma o tienen algún tipo de imperfección en el cuerpo, hoy la lluvia no aparecerá —

explicó mientras le ofrecía el abrigo y el sombrero—. Señorita Giesler... — se dirigió hacia ella con un extraño brillo en los ojos y dibujando una leve sonrisa.

—Señor Mayer —le respondió ella—, espero que pueda impartir su clase sin contratiempo alguno. Ayer les dejé claro que ninguno de los dos debe perder el tiempo abstrayéndose en tonterías —aclaró mirando a sus hermanos para recordarles la charla a la que hacía referencia.

—Son buenos estudiantes —comentó este acercándose a ella. Tendió la mano para que Valeria le ofreciera la suya y, una vez alcanzada, se la besó despacio—. Pero mucho me temo que necesitan una figura paterna —agregó mirándola de forma seductora—. Están en una edad bastante crítica.

—¿Crítica? —preguntó retirando esa mano más lenta de lo que deseaba.

—Esta etapa de la niñez, señorita Giesler, es crucial para los muchachos. Si tienen una figura masculina a la que respetar y utilizar como ejemplo, les resultará más fácil elegir el buen camino.

—Sí, ya veo... —murmuró Kristel entornando los ojos como si quisiera clavarle un cuchillo por la espalda al buen samaritano.

—Lo tendré en cuenta —se excusó Valeria, que intentó no reírse al observar el rostro asesino que había puesto su amiga.

—Cuanto antes sopese esa opción, más posibilidades tendrá de salvar a estos pequeños —afirmó acariciando sus cabezas como si quisiera eliminar el polvo existente en sus cabellos.

—Primero tendrá que buscar a una figura masculina que sea adecuada —intervino Kristel mordaz—. No todos los caballeros que una conoce son tan respetables como quieren aparentar.

—¡Por supuesto! —exclamó Mayer ofendido—. Pero la señorita Giesler utilizará su buen criterio para averiguar qué hombre será el mejor esposo para ella y el mejor padre para sus hermanos.

—Y un hombre benévolo para permitir que su amiga, *con una imperfección en el cuerpo* —recordó la expresión que había hecho referencia al entrar—, siga viviendo con ellos.

—Las amigas de una esposa saben cuándo deben apartarse de la pareja —

replicó el profesor entornando los ojos—, de ahí que sean buenas amigas y no unas arpías que intenten sobrevivir con las ganancias del matrimonio.

—No tardaremos mucho en regresar —comentó Valeria dándoles un beso en la frente a cada hermano y zanjando la inquina conversación—. Portaos bien y estudiad mucho. Aunque el día de mañana os convirtáis en unos estupendos y maravillosos granjeros, debéis ser también inteligentes.

—Cierto —convino Mayer—. Un buen granjero ha de calcular cuáles serán sus ganancias y cuántas pérdidas obtendrá con una siembra o con la crianza de un ganado. Así que, señoritos, tomen asiento y comencemos con álgebra. Vuelva cuando pueda, señorita Giesler, sus hermanos están seguros bajo mi cuidado —señaló cogiendo de nuevo la mano para besarla.

—Gracias —dijo mientras observaba las muecas de desagradado de Kristel.

Cuando por fin cerraron la puerta, Valeria miró a su amiga. Esta metía dos dedos en la boca como si quisiera provocarse un vómito.

—No seas tan descarada —le regañó—. Él solo pretende ser amable.

—¿Amabilidad? —refunfuñó al tiempo que cruzaba por su pecho el chal—. Ese insensato pervertido solo quiere abrirte las piernas y disfrutar de tu cuerpo.

—Lo único que desea es que acepte la propuesta de matrimonio que insinúa cada vez que aparece —aclaró Valeria cogiendo con fuerza la cesta de mimbre.

—Sí, y echarme a patadas de tu lado. ¡Menudo imbécil! —exclamó furiosa Kristel.

—Bueno, quizá llegue el día en el que seas tú quien me abandone... —insinuó divertida Valeria.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no se me había ocurrido? Tal vez encuentre hoy, en el mercado, al hombre que no mirará mi cojera al andar y que sea capaz de descubrir lo bella, educada y buena persona que soy —manifestó airada.

—Tal vez... —susurró Valeria, dejando que ella bajara en primer lugar las escaleras porque necesitaba apoyarse en la pared.

Durante el camino, ambas hablaron largo y tendido sobre el señor Mayer.

Kristel solo exponía lo malo que encontraba y Valeria lo suavizaba aportando aquello positivo que, por la ira, su amiga no observaba. Pero tras la charla, ambas llegaron a la misma conclusión: solo quería una esposa para encerrarla en el hogar y que, al llegar, se arrodillara para ponerle las zapatillas. Después de reír ante tal deducción, se centraron en lo importante, comprar alimentos frescos. Los comerciantes, ávidos por desprenderse de la mercancía podrida, engatusaban a las clientas con precios tan pequeños que no podían resistirse. Sin embargo, cuando las monedas que guardaban en los bolsillos les alcanzaban para comprar una buena manzana y no una en la que el gusano sacaba la cabeza, ninguna de las dos se acercaba a dichos tenderetes.

—Hemos nacido para ser ricas —comentó de repente Kristel mirando un puesto de verduras.

—No lo somos, pero tampoco nos falta para comer ni para pagar el alquiler de lo que llamamos hogar —comentó Valeria mientras ofrecía a un vendedor de carne el dinero que le había pedido por dos faisanes—. El plan está saliendo mejor de lo que esperaba.

—No me has explicado qué ocurrió ayer en el club —comentó volviéndose hacia ella, tras hacer alusión a ese plan.

El cabello dorado le brillaba aún más al ser tocado por los rayos del sol. Ese rostro blanquecino, que tiempo atrás era pálido y enfermizo, también mostraba un color lozano. Valeria la observó con tranquilidad, intentando hallar alguna mueca de preocupación en su amiga, pero no la encontró. Parecía calmada al hablar de ese tema, como si sus palabras, durante la noche anterior, las hubiera escuchado pese a permanecer dormida.

—Pues no sucedió nada extraño —expuso al tiempo que metía las piezas en el cesto.

—¿Caminó por las salas? ¿Salió de esa oficina? —insistió colocándose de nuevo a su lado.

—Te lo he repetido mil veces. Es normal que el señor Reform vigile su local —expuso con voz cansada—. De ahí, que todo el mundo desee pasar un buen rato en su club y no en el otro.

—¿Disculpa? Si no recuerdo mal, fuiste tú quien se inquietaba por esas apariciones —replicó.

—Lo sé, pero me equivoqué. Ese hombre solo actúa como haría cualquier propietario de un negocio —añadió con la esperanza de zanjar el tema. Aunque sabía que no lo haría.

—Si estuviera en tu lugar no aparecería durante un largo tiempo. Pese a que tiene suficiente fortuna como para no reparar en las pérdidas de una de sus mesas, seguiría manteniendo mis sospechas y no me relajaría. Ya sabes que, tarde o temprano, se descubrirá lo que haces y te hallarás en una encrucijada de la que no saldrás victoriosa.

—No puedo dejar las cosas a medias. Necesitamos ese dinero lo antes posible. Recuerda que el señor Dins nos dio una fecha límite para pagar el resto de nuestra deuda —señaló al tiempo que caminaba hacia el puesto de verduras que, momentos antes, había llamado la atención de Kristel.

Era el mejor de todo el mercado. La frescura y el sabor de aquellos productos eran tan exquisitos que todas las sirvientas se agrupaban para comprárselas a sus señores antes de que se terminaran. Tiempo atrás, ella y Kristel tan solo pasaban por delante para inspirar ese olor tan rico que desprende la verdura recién cortada. Pero todo había cambiado y ambas disfrutaban seleccionando cuál escoger.

—¡Señorita Giesler! —exclamó el vendedor al verla aparecer junto con su amiga—. ¿Cómo se encuentra hoy? ¿Qué necesita de mi humilde puesto? ¿Le he dicho que cada día está más hermosa?

—Buenos días, señor Adams. Estoy bien, gracias —respondió Valeria sonriente mientras ojeaba qué hortaliza sería la adecuada para acompañar a las piezas que guardaba en el cesto.

—Y yo también me he levantado estupenda, gracias por preguntar —murmuró Kristel un tanto enojada al mantenerse siempre en el olvido.

—Busco algo que pueda acompañar a los faisanes —expuso enseñando la cabeza de uno de ellos—. Pero soy incapaz de decidirme. Todo lo que usted vende es delicioso... —añadió colocándose el dedo índice de su mano derecha sobre los labios—. ¿Qué me recomienda? —preguntó apartando sus azulados ojos de la verdura para fijarlos en el tendero.

—Unas patatas, unas zanahorias y tal vez algunos guisantes. Eso hará que sus hermanos crezcan sanos y fuertes —añadió al tiempo que envolvía sobre un papel de estraza todo aquello de lo que hablaba—. Por cierto, ¿cómo están?

—quiso saber.

—Bien, gracias a Dios. Por suerte, crecen muy deprisa y, como usted dice, debido a la exquisitez de sus hortalizas se harán hombres fuertes y sanos — indicó alargando las manos para recoger la compra.

—Ha de ser muy duro encontrarse tan sola para criar a dos hombretones tan activos como ellos —expresó el vendedor exhibiendo en su rostro una tristeza fingida—. No debería hacerlo sola.

—No estoy sola —dijo con rapidez mirando a Kristel—. Tengo una buena amiga que me ayuda muchísimo.

—Pero no es lo mismo... —objetó el mercader—. Debería buscar un hombre bueno que la ayude en esa pesada tarea. Un esposo que cuide de sus hermanos como si fuesen sus propios hijos y que la trate con el respeto que se merece —se atrevió a decir mientras recogía las monedas que Valeria tenía en su mano derecha.

—Cuando logre convertirlos en hombres, cuando se valgan por sí mismos, lo buscaré. Muchas gracias, señor Adams, nos veremos el miércoles próximo —declaró antes de meter la verdura en el bolso y de entrelazar su brazo en el de Kristel—. Creo que este tiempo no les viene bien a los hombres... —susurró divertida—. Solo piensan en casarse.

—No es el sol, Valeria, eres tú quien les despierta ese deseo de convertirse en esposos —apuntó con cierta tristeza. No le cabía la menor duda que, una vez que Valeria encontrara a ese hombre que la haría feliz, su amistad terminaría. ¿Qué marido soportaría mantener a una esposa con una amiga defectuosa? No la querría ni como limpiadora...

—¿Yo? ¿Acaso tengo escrito en la frente que deseo atarme a un hombre? ¡Por Dios bendito! ¡Ni loca! —exclamó entre risas—. Mi libertad desaparecería, alteraría mis planes y mucho me temo que intentarían educar a mis hermanos muy lejos de mí. ¿No recuerdas qué le sucedió a la pobre Hermely? Tantos años buscando un marido que la hiciese feliz, que la ayudara a cuidar a ese bebé, cuyo propio padre se negó a reconocer, y luego...

—Tampoco le ha ido tan mal... —objetó Kristel—. Tiene una gran casa, se ha convertido en una señora respetable y su hijo estudia en uno de los mejores internados de Londres.

—¡Tú lo has dicho! —masculló en voz baja—. Ese pequeño está alejado de su madre, encerrado entre cuatro paredes y sin el calor maternal —refunfuñó.

—Claro... ¡qué lástima de niño! Y, cuando sea el heredero de todo lo que tiene su padrastro, cuando bajo su autoridad se encuentre la fábrica textil más importante de la ciudad, recordará ese tiempo como el peor de su vida porque su madre no pudo darle un beso de buenas noches —alegó con sarcasmo Kristel.

—El afecto familiar es vital para que los niños crezcan felices —repuso Valeria, sabiendo que terminarían enfadadas, como sucedía cada vez que sacaban el tema.

Pensaban de manera muy distinta, quizá porque su amiga no había tenido el afecto de sus padres. Pero ella sí que lo había disfrutado durante mucho tiempo y, para su desgracia, sabía que la pérdida de estos la había destruido. No solo porque se hizo cargo de sus hermanos, muy pequeños por aquel entonces, sino porque no pudo encontrar el apoyo de su madre en los momentos más difíciles de su vida.

—El señor Mayer llenará sus cabezas huecas de sabiduría —alegó como excusa.

—Pero cuando el señor Mayer descubra que no logrará convertirte en su esposa, te pedirá el doble de lo que cobra o se marchará —señaló intentando despertarla de su ensimismamiento.

—Pues buscaré a otro —refunfuñó—. Londres está plagado de profesores que anhelan dos estudiantes tan inteligentes como mis hermanos.

—Yo te recomendaría que la próxima vez buscaras a una mujer. Seguro que no hay tantas y, si las hay están muy escondidas, pero no te causarán problemas —le recomendó—. Incluso tú podrías hacerlo, si no pensaras en continuar con ese plan tan descabellado.

—Ese plan tan descabellado nos está abasteciendo de alimento y cobijo y, si Dios es benévolo como hasta ahora, pronto cumpliremos nuestros sueños —le informó orgullosa.

—Espero que ese pronto no signifique un día —comentó mordaz.

—No, no significa un día y no entiendo por qué... —De repente se quedó

muda. Allí estaba de nuevo una enorme figura que las seguía o eso le había parecido a ella. Se había dado la vuelta y hablaba con un mercader. Este le sonreía, como si lo conociera. Pero esa risa no era de felicidad sino de preocupación. ¿Quién era?

—¿Por qué...? —intentó Kristel que continuara la conversación.

—Creo que nos siguen —manifestó Valeria con nerviosismo.

—¿A nosotras? —preguntó mirando, de forma descarada, hacia un lado y a otro.

—Sí —respondió cogiéndola con más fuerza ese brazo entrelazado y aumentando la velocidad de la caminata.

—¡No digas bobadas! —exclamó apartándose de ella. No podía seguir el ritmo que había emprendido. La cadera le impedía acompañarla y además dejaba de controlar esa cojera, exponiendo aún más su incapacidad a la vista de quien las observaba—. Se tratará de otro hombre buscando una oportunidad para hablar contigo. No sería la primera vez que...

—¡No! —vociferó en voz baja—. No se trata de eso.

—¿Quién se supone que nos persigue? —insistió.

—Ese hombre de allí. El alto. —Lo señaló con la mirada.

—¡Por Dios bendito! ¿Ese? —dijo tan asombrada que sus ojos se abrieron como ventanas—. ¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. Lo he visto desde que salimos de nuestro hogar. Al principio pensé que tan solo era una coincidencia, pero... ya no estoy tan segura —expresó con voz temblorosa.

Tal vez el señor Reform había contratado uno de esos criminales para que la vigilaran y que, en la primera ocasión, la asesinara. «Piensa, Valeria, piensa. ¿No te das cuenta que vas vestida de mujer? Si ese engreído hubiera pagado a un hombre para que persiguiera al señor Hernández, no iría tras los pasos de una mujer, ¿no te parece?». Algo más relajada ante esa conclusión, intentó continuar con la compra, pero cuando volvió a contemplarlo, este las observaba sin pestañear.

—Míralo bien, Valeria. Ese hombre no puede ir detrás de nuestros pasos. ¿Acaso no has visto sus dimensiones? ¡Les sobrepasa en altura a todos los que

hay a su alrededor! —dijo divertida—. Si intentara espiarnos, si de verdad quisiera hacerlo... ¿no tendría que esconderse? Y, ¿dónde lo haría? ¿Detrás de un puesto de ollas? —expuso antes de soltar una gran carcajada.

—Entonces... ¿qué mira? —preguntó sin mermar su intranquilidad.

—¿Me preguntas qué mira? —espetó Kristel incrédula—. ¡Pues lo que miran todos los hombres del mercado, a ti!

—Ese titán musculado no me gusta nada —indicó arrugando la nariz.

—¿Por qué? ¿No te parece atractivo? Si de verdad quieres vivir en esa granja, necesitarías sus músculos para cargar sacos de grano —prosiguió sarcástica.

—De mozo estaría bien, seguro que a mis hermanos les encantaría tener una fuerza como esa, pero yo valoro más lo que guarda en su cabeza y, mucho me temo, que él solo posee heno —dijo divertida.

—¡Señorita Giesler! —la llamó un vendedor de telas—. ¿No quiere apreciar mis nuevas adquisiciones? He comprado mercancía de la India y le puedo asegurar que es de muy buena calidad.

—¿Nos acercamos? —consultó a Kristel—. Podríamos buscar alguna tela con la que confeccionar unas camisas elegantes para los chicos.

—¿Y escuchar cómo alaban tu belleza? ¿Cómo insisten en que necesitas un esposo que pueda vestir adecuadamente a dos futuros señores? No, gracias. Mis oídos ya no pueden asimilar más estupidez, prefiero buscar, en aquel puesto —señaló con un dedo—, un libro con el que esperarte por las noches.

—No seas boba... Sé que te gusta tocar las telas y nadie sabe mejor que tú si ese mercader quiere engañarme.

—No te engañará. Si quiere llevarte hasta su casa, te ofrecerá la mejor tela al precio más bajo —insistió.

—No quiero...

—Voy a buscar ese maldito libro —refunfuñó caminando hacia el puesto.

Valeria la miró con ojos llenos de cariño porque sabía que cada día le resultaba más difícil acompañarla. Era muy cruel que todos los hombres solo admiraran sus rasgos y no se fijaran en la mujer que tenía a su lado. Solo

esperaba que alguno tuviese algo en el cerebro para descubrir quién era en realidad Kristel. Después de resoplar, sonrió y se dirigió hacia el puesto de telas donde el vendedor le sonreía como todos los demás.

## Capítulo VI



—¿No me habías dicho que hoy no trabajabas? —preguntó Aphra a su hijo al verlo preparándose para salir.

Borshon miró a su madre y levantó el labio superior como señal de agrado. Podía tener las piernas inertes, pero su cerebro bullía de energía.

—El señor Reform me ha contratado durante unas semanas para encargarme de la protección de una mujer —le explicó mientras abrochaba la casaca de color gris que utilizaba cuando no vestía con el traje de agente.

—¿El señor Reform? —tronó Aphra incrédula—. ¿Ese al que denominaste soberbio, estúpido y al que deseabas meterle algo por su parte noble?

—El mismo —afirmó aguantándose esa carcajada que deseaba soltar.

—¿A qué mujer? ¿Por qué quiere cuidarla? ¿No será alguna fulana de esas que denominan *professionnel*? —dijo con una pronunciación perfecta en francés—. Últimamente hay muchas así y son las amantes más costosas de Londres.

—Me pregunto... ¿cómo puedes saber tanto de lo que pasa fuera de estas paredes si no has pisado la calle en años? —espetó mirando a Giselle.

—Mis piernas fallan, pero mis oídos no —replicó malhumorada. Aphra posó las manos sobre el colchón y se sentó. En ese momento, la cuidadora corrió hacia ella, se colocó detrás y ahuecó las almohadas—. Entonces... ¿es una prostituta? —perseveró.

—No, no he de proteger a una prostituta —comentó acercándose a ella para darle un beso en la frente. Pero, como cualquier madre que cuida cada detalle de su hijo y no considera que ha crecido lo suficiente como para no seguir pendiente de él, al acercarse empezó a arreglarle el cuello de la camisa.

—Espero que no sea un trabajo que te haga abandonar tus convicciones —

habló sin soltar la prenda—, has luchado mucho para ser quién eres.

—No voy a hacer nada ilegal, madre —respondió intentando alejarse de sus manos. Como siguiera apretándole el cuello de esa manera lo dejaría sin respiración.

—No soportaría que todo tu esfuerzo se destruyese por una vulgar ramera... —expuso apretando la mandíbula.

—Escúcheme —dijo cogiendo sus manos para retirárselas de una vez—, el trabajo es muy sencillo; he de custodiar a una mujer para que no se meta en líos. El señor Reform, aunque parezca inverosímil lo que voy a declarar, se ha interesado por una joven y no quiere que le suceda nada malo.

—¿Está en peligro? —espetó abriendo los ojos como luceros.

—Por ahora no —manifestó sereno—, pero según él, tiene escrita la palabra peligro en la frente.

—¿Y qué le importa a ese papanatas esa mujer? ¿Dónde vive? ¿Es rica? ¿Quiere evitar que se le acerque algún pretendiente? —perseveró sin apenas respirar.

—Nada de eso —comunicó negando con la cabeza—. Esa joven es huérfana y tiene bajo su cuidado a dos hermanos pequeños. Sobreviven con lo poco que gana ella.

—Si tenía cierto interés por saber quién era, ahora se ha triplicado —señaló asombrada—. ¿Esa joven ha ablandado el corazón de un hombre que no lo tenía?

—Según advertí, sí. Pero creo que no se ha parado a pensar el motivo de ese acto —alegó divertido.

—Bueno, cuando aparece la persona adecuada, todo se vuelve un caos —apuntó reclinándose sobre las almohadas.

—Por suerte para usted, su hijo aún mantiene la cordura necesaria para cuidarla —expuso burlón.

—Mi hijo es un idiota —refunfuñó cruzándose de brazos—, pierde el tiempo cuidando mujeres que no le aportarán nada.

—Me aportarán lo suficiente para comprar un hogar donde pueda salir a la

calle —confesó molesto.

—¡No quiero una casa nueva sino una esposa para ti! —exclamó enfadada—. Si Dios es piadoso con esta sierva, pronto me llevará a su lado y no podré morir en paz sabiendo que te dejo aquí solo.

—Uhm... —murmuró Borshon tocándose la barbilla y enarcando las rubias cejas —, ¿así que sigue viva porque no he encontrado una esposa? Interesante...

—El señor Hill podría encontrarla en cualquier momento —intervino Giselle que, con la mirada clavada en la tela que bordaba, animaba a Aphra—. Lo único que debe hacer es rodearse de gente buena y no de esos criminales a los que detiene.

—¿Le has pagado para que apoye tu opinión? —espetó Borshon divertido al ver a las dos señoras compinchadas.

—No, pero es inteligente y sabe de qué hablo. Eres un hombre muy bueno, hijo mío. Un agente respetable, educado y con una complejión endiosada.

—Por supuesto... —apuntó cruzándose de brazos—. Y ¿no creéis que esta complejión endiosada puede asustarlas? —preguntó mirando primero a una y luego a otra—. Porque cada vez que camino, cada vez que mis enormes pies pisan el suelo, noto como la gente que está a mi alrededor salta sin querer.

—¡Bobadas! —exclamó Aphra colocando bien la colcha sobre su cintura—. Mi hijo es perfecto, demasiado perfecto para cualquier mujer que viva en Londres.

—Entonces, tendré que marcharme de aquí. Quizá mi futura esposa viva en un pueblo llamado... ¿Gigantilandia?

—Si sigues burlándote de tu madre de esa forma, abre la puerta y vete —masculló enojada—. Ya sufro suficientes dolores en estas dichosas piernas como para padecer también sofocos causados por los descaros de mi hijo.

—Como desee... —dijo haciendo una exagerada reverencia—. Giselle, sobre la mesa tiene la paga del mes pasado y la de este. Siento si me he retrasado, pero...

—No se preocupe, señor Hill —lo excusó con rapidez—. Es usted un buen jefe.

—¿Ve, madre? También soy un buen jefe... —Pero Aphra no le respondió, seguía enfadada como si fuera una niña a la que no le habían dado su caramelo preferido—. No me esperen levantadas. Este trabajo me llevará todo el día, después de observar y proteger tengo que informar. Así que cuando caiga el sol, visitaré el Club Reform —aclaró caminando hacia la puerta—. Si sucediera algo...

—Se lo haré saber de inmediato —manifestó Giselle.

—Que tenga un buen día, madre —dijo antes de girar el pomo.

—Que nadie toque ese cuerpo que tanto me costó sacar de mis entrañas —le respondió como siempre Aphra.

Cuando cerró la puerta tras su salida, Borshon miró hacia el cielo. Había elegido muy mal la vestimenta porque, si no se equivocaba, haría un sol sofocante. ¿Por qué diablos no podían las nubes ocultar el sol? Tal vez porque era demasiado grande... Al reflexionar sobre ello, recordó lo difícil que le resultaba pasar inadvertido. Problema que no determinó el señor Reform al contratarlo. Se quitó la chaqueta, se la colocó en el brazo y caminó hacia la casa de Valeria como si fuera un caballero dando un adorable paseo.



«¿Otro?», se preguntó Borshon cuando el vendedor de telas captó la atención de Valeria. No le iba a agradar al señor Reform averiguar que, en cada paso que daba su protegida, un hombre se acercaba para pedirle matrimonio. Con una sonrisa de oreja a oreja, tras imaginarse la cara que pondría este, volvió la mirada hacia la mujer que la acompañaba. Se quedó desconcertado cuando ella salió con la señorita Giesler. ¿Quién era? ¿Una amiga? ¿Otro pariente? Pero se petrificó aún más al ver que necesitaba apoyarse en la pared para bajar las escaleras. La pregunta que apareció al observarla, la resolvió con rapidez. Aquella mujer, de cabello rubio, tenía una leve cojera hacia la izquierda y le era tedioso bajar sin sujeción.

Manteniendo una distancia prudente y escondiéndose en los lugares que podían albergar la magnitud de su cuerpo, caminó tan cerca de ellas que escuchó la conversación con total nitidez. Hablaban de un tal Mayer, quien

Borshon dedujo que era el hombre que había entrado antes de salir ellas. La mujer desconocida solo hablaba cosas horribles, mientras que Valeria la apaciguaba exaltando sus dotes como maestro. «Es el profesor de sus hermanos... —concluyó—. Bueno, eso le aliviará un poco. No es lo mismo explicarle que un hombre entra muy temprano en la casa, a comentarle que ha contratado un instructor para sus hermanos», reflexionó divertido.

Se dirigían hacia el mercado. Las calles por las que caminaban terminaban en una gran plaza donde todas las mañanas más de veinte puestos de vendedores exponían sus géneros. Gritos, gente deambulando de un lado para otro, carruajes con caballos acostumbrados a trotar entre tanto ruido, ganado soltando sus excrementos en el suelo, gallinas moviendo sus alas y dejando escapar alguna que otra pluma cuando el dueño las agarraba del cuello para matarlas... Aquello era un hervidero de muchedumbre y cantos agónicos para atraer a la máxima clientela.

Borshon miró las diferentes salidas del mercado, debían estar custodiadas por el grupo diurno; una patrulla que el inspector contrató para apaciguar cualquier altercado en los puestos. Pero no había nadie. Frunció el ceño y apretó los puños. Si se ocasionaba algún problema, ¿cómo podría socorrerla con tanta afluencia? No le cabía duda de que tendría que hablar con el inspector sobre aquella pandilla de ineptos.

Obnubilado por esos pensamientos policiales, descuidó ocultarse y fue entonces cuando observó cómo Valeria lo miraba. Lo había descubierto y eso significaba el fin de su misión. Si era tan lista como para ganar en la mesa de juego, deduciría que el señor Reform había averiguado que era una mujer y desaparecería de la faz de la tierra, dejándolo con tan solo quinientas libras. No, no podía perder la oportunidad de cumplir sus sueños, necesitaba hallar algo que le proporcionara un motivo creíble para que ella no sospechara. ¿Qué podría hacer? ¿Acercarse a un puesto y comprar lo primero que encontrara?

—¿Señor Hill? —le saludó uno de los vendedores.

Al dirigir Borshon la mirada hacia el hombre sonrió. Lo odiaba y hubiese deseado no tenerlo de nuevo en su camino, pero dado el momento tan crítico que estaba padeciendo, puesto que la señorita Giesler no apartaba la mirada de él, caminó hacia aquel sinvergüenza.

—Buenos días, señor Bread, ¿qué tal se encuentra?

—Muy bien, perfectamente... —Sonrió.

Sin embargo, no sonreía de felicidad sino de terror. Aquel monstruo que, con su sombra, llenaba de oscuridad su pequeño puesto, lo había retenido en una de las cárceles de Scotland Yard durante dos días. Un vecino acudió a la central porque fue testigo del bofetón que le dio a su esposa y aquel mastodonte se presentó en su casa para arrastrarlo hasta la prisión. Pero después de esos días al lado de aquella bestia, prefería cortarse la mano antes que volver a pegarle.

—¿Cómo se encuentra su esposa? ¿Ha vuelto a tropezar? —espetó fijando sus ojos en él.

—¡Oh, no! Ya cuida de que mi mujer no tropiece ni con una pequeña piedra. Aprendí la lección —le cuchicheó mientras envolvía algo en papel—. Se lo prometo que no la he tocado.

—Bien, me alegra escuchar eso. Si alguna vez aparece con un mísero moratón, le romperé más costillas —le amenazó.

—No, señor, se lo prometo, la trato como si fuera una dama de la alta sociedad —titubeó en cada palabra—. Por favor, acepte este obsequio.

—¿Qué es? —espetó entornando los ojos.

—Solo un espejo. —Desenvolvió con rapidez el pequeño neceser para que no pensara que compraba su gracia—. Seguro que le gustará a su mujer —añadió temblándole no solo la voz sino también las manos.

—Cuando la tenga, vendré a buscarlo —refunfuñó mientras apartaba la mirada del insolente y la clavaba en Valeria. Se retiraba hacia otro puesto, el de las telas. Pero esta vez no fue acompañada. ¿Por qué?—. Seguiré vigilándole —declaró antes de dirigirse hacia ella.

—Por supuesto, muchas gracias, señor Hill. —Y cuando el agente se alejó, descubrió que no era sudor lo que mojaba su pantalón—. Quédate al cargo del puesto unos minutos —le dijo a su ayudante—. No tardaré en volver.

¿Por qué se habían separado? ¿No le agradaba a la mujer rubia el puesto de telas? ¿Su madre se volvería loca comprando de todos los colores! Estaba seguro que tanto ella como Giselle redecorarían su hogar dándole el aspecto de un jardín. Sin embargo, caminaba hacia el otro extremo del mercado, alejándose del bullicio. Borshon negó suavemente con la cabeza. No podía

averiguar qué deseaba la desconocida. Debía continuar con la labor por la que le pagaban y no era conveniente pensar en otra cosa que no fuese la seguridad de la señorita Giesler. Pero entonces algo sucedió que le hizo apretar los puños, entrecortar la respiración y presionar tanto su mandíbula que escuchó cómo le rechinaban los dientes... ¿Qué diantres era eso? ¿Qué diablos hacían aquel par de bobos? ¿Ella no se había dado cuenta o estaba tan acostumbrada a las burlas que ya no les prestaba atención? Pero Borshon no pudo frenar su paso, ni apartar la mirada hacia otro lado como hacían los demás, sino que, a grandes zancadas y bufando como un toro enfurecido, caminó hacia los jóvenes que, detrás de la mujer, cojeaban imitándola.

—¿Os divertís? —preguntó cuando las espaldas de aquellos muchachos tocaron su pecho.

Cuando estos se dieron la vuelta para enfrentarse a la persona que interrumpían su juego, se quedaron tan blancos como un fantasma. Borshon actuó con rapidez, alargó las manos y cogió los cuellos de las camisas de ambos.

—No intentéis escapar —dijo con una voz tan espeluznante que los jóvenes empezaron a lloriquear como niños—. ¿No queréis que juegue con vosotros? Parecía muy divertido... —Ese tono, el que solía escuchar a los criminales que después de una matanza no se arrepentían de sesgar tantas vidas inocentes, apareció en su garganta.

—Nosotros... señor... no... —titubearon al unísono.

—Nosotros... señor... ¿qué? —escupió.

—Solo estábamos bromeando. No queríamos reírnos de la coja... —declaró uno de ellos.

—Yo también quiero bromear —dijo dibujando una sonrisa que los dejó sin aliento.

—¡Suéltelos ahora mismo! —le ordenó una voz femenina.

Borshon la miró y se quedó quieto, pensativo. ¿Por qué los defendía? ¿No quería que les diera su merecido? Porque a él le bullía la sangre solo de pensarlo...

—Pedidle una disculpa a la señora —manifestó Hill dirigiendo las dos cabezas hacia ella.

—Lo sentimos, señora —señalaron a la vez.

—Y... no volveremos a hacerlo —les instó a repetir.

—Y no volveremos a hacerlo —respondieron.

—¡Muy bien! —exclamó Borshon soltándoles con tanta fuerza que cayeron hacia atrás—. La próxima vez no seré tan benévolo —les gritó cuando estos echaron a correr.

—Si piensa que voy a darle las gracias por su acto heroico, está muy confundido —masculló Kristel colocándose las manos en la cintura.

—No lo espero, señora —dijo recogiendo la casaca que había tirado al suelo para poder tener libres las dos manos.

—Bien, me alegra escuchar que no desea elogios ni aplausos —resopló girándose sobre sí misma para dirigirse de nuevo hacia el puesto de libros.

La observaban. Todo el mundo la miraba sin pestañear y ella se puso tan nerviosa que cojeaba con más fuerza. Desesperada y abochornada por ser el centro de atención en el mercado, permaneció inmóvil, agachó la cabeza e intentó olvidar dónde se encontraba.

—Quiero regalar un libro a mi madre. Está muy enferma y pasa sus días postrada en la cama, ¿puede recomendarme uno? —le dijo Borshon que, al ver cómo se había quedado parada en mitad del camino y fijaba los ojos en el suelo, acudió veloz para hacerla salir de aquel estado de aturdimiento.

—¿Qué suele leer su madre? —le preguntó sin mirarlo.

—Desde conjuros de amor para que su hijo encuentre una esposa, hasta viejas recetas de cocina que le obliga preparar a su cuidadora y que, para desgracia de mi estómago, no sabe realizar —alegó con la esperanza de que esas palabras levantaran su ánimo.

—Nada de brujería, ni de recetas... —murmuró Kristel que, pese a las lágrimas que habían brotado al vivir un momento tan bochornoso, sus labios se curvaron para dibujar una sonrisa.

—Tampoco debe elegir aquellos que pongan en peligro mi integridad. Suele asesinarme cada vez que habla —añadió con tono divertido.

—Me deja muy pocas alternativas... —señaló al fin Kristel levantando el

rostro para mirar a aquel hombre.

Borshon gruñó al ver el brillo de aquellos ojos. Quiso apartar las lágrimas que vagaban por el rostro y tirarlas al suelo con rudeza. Sin embargo, para que no se asustara al ver las grandes manos, las metió en los bolsillos del pantalón.

—Lo sé. Por eso le pido ayuda —expresó con aparente aflicción—. ¿Sería tan amable de ayudarme? Ya que ambos nos dirigimos hacia el mismo lugar... —Se colocó al lado de ella y esperó a que diese el primer paso. Pero al seguir inmóvil, Borshon dedujo que no quería que la viese cojear de nuevo—. ¿No puede andar? ¿Se encuentra cansada? —La instó—. Si lo requiere, podría cogérla en brazos y llevarla hasta el puesto. Soy bastante fuerte...

Y en ese momento, Kristel comenzó a caminar, intentando alejarse de aquel osado. Claro está, él no se lo concedió y anduvo a su lado.

—¿Qué le gusta leer, señora...?

—Señorita Griffit —le corrigió mientras daba pasitos muy pequeños para poder dominar ambas piernas.

—¿Qué le gusta leer a usted, señorita Griffit? —preguntó notando cómo una extraña felicidad se apoderaba de su gran cuerpo. ¿Sería por verla andar de esa manera o por descubrir que estaba soltera?

—Me encantan las novelas de misterio —declaró levantando aún más la cabeza para mirarlo—. Soy una adicta a todo lo que se escribe sobre secretos, enigmas, encrucijadas... —enumeró.

—Nada de romanticismo... —susurró Borshon para sí, pero Kristel lo escuchó.

—No creo en tal tontería, señor...

—Hill.

—El romanticismo solo se encuentra en personas perfectas y, como puede advertir, yo no lo soy. Así que no sueño con algo imposible —le reveló con tanta firmeza que Borshon se quedó congelado.

¿Cómo podía ella apartar de su vida una cosa así? ¿Por la leve deficiencia? ¿No se había mirado en el espejo? ¿No se había dado cuenta de lo hermosa que era? Su cabello brillaba y mostraba una suavidad que

cualquier hombre desearía tocar. Sus ojos, del color del cielo, eran tan brillantes y expresivos que arrodillarían a todo varón que se enorgulleciera de serlo. Y su figura, aunque oculta bajo aquel basto vestido, se exhibía poderosa, con unas caderas voluptuosas. ¿El mundo masculino estaba ciego para no apreciar su belleza?

—Los que somos imperfectos también soñamos, señorita Griffit —expuso después de meditar cómo hacerla entender que no podía perder la esperanza.

—¿Se considera imperfecto? —preguntó parándose y volviéndose hacia él.

¿Qué deficiencia tenía? Que ella pudiera ver a simple vista, ninguna. Era un hombre muy guapo. Poseía unos grandes ojos de un color verde increíble. Su nariz curva, sus labios en forma de corazón, el cabello rubio, peinado y cortado, la barbilla recia, fuerte, varonil, enloquecería a cualquier mujer. Y su figura... ¡La más grande que había visto jamás! ¿Dónde se encontraba su defecto? ¿En la cabeza, como dedujo Valeria? Pero no parecía tener heno en vez de cerebro...

—Nadie de aquí —expuso extendiendo la mano y creando con esta un semicírculo— lo es.

—No diga sandeces, por favor —comentó caminando de nuevo.

—Mire —le dijo señalando a un hombre que arreglaba el calzado—. ¿No se ha dado cuenta de que tiene ocho dedos en vez de diez? Según usted, ese hombre es imperfecto y no debería permanecer acompañado de su esposa y de sus hijos.

—¿Cómo sabe que es su esposa? Quizá sea una hermana que viene a visitarlo —objetó.

—Una hermana no lo miraría de esa forma —aseveró.

Y era cierto, aquella mujer que sostenía un bebé en su cintura y cogía de la mano a otro, miraba al hombre como si no hubiera otra persona en el mundo salvo él.

—Esa mujer de ahí —le indicó a una señora que colocaba sus manos en la espalda como si intentara calmar un increíble dolor—. Intenta ocultar, bajo ese gran pañuelo que cubre su cabeza, la pérdida del cabello. ¿También es imperfecta? ¿No se merece ser feliz, aunque no luzca una hermosa melena?

—¿Me está ofreciendo ejemplos para que no me centre en la cojera? Sé quién soy, señor Hill, y lo que implica mis movimientos de cadera —comentó con enfado.

—Perdone mi osadía, señorita Griffit, pero esos movimientos de cadera me han dejado tan hipnotizado que no puedo apartar mis ojos de ella —expresó parándose de nuevo y alzando ligeramente la voz.

—¿Cómo dice? —espetó con tanta sorpresa y aturdimiento que, por primera vez en su vida, no controló ese pie que la entorpecía y estuvo a punto de caer al suelo. Por suerte, el señor Hill fue muy hábil y la agarró con fuerza.

—Le decía —continuó hablando sin apartar la mano de la cintura y manteniendo esa escasa distancia que había entre ambos rostros—, que el movimiento de su cintura me ha embrujado tanto que no puedo...

—Creo que su madre le ha lanzado otro conjuro —dijo apartándose con rapidez de esas manos—, porque solo así podría darle sentido a su descaro, señor Hill.

—Ya le he dicho que no debemos elegir nada peligroso, señorita Griffit. Mi madre lo utilizaría en mi contra —agregó antes de soltar una sonora carcajada.

Roja. Su cara ardía ante ese contacto, ante la cercanía de un rostro tan hermoso y necesitaba, con urgencia, pensar en otra cosa. Acelerando el paso, pese a que ese vaivén de cadera se acentuaba y que los ojos de aquel extraño continuarían clavados en su glúteo, se dirigió hacia el puesto de libros.

—Buenos días, señor Daft —le saludó como siempre.

—Señorita... ¡Señor Hill! —exclamó el librero al descubrir frente a él al agente—. ¡Qué gran honor me produce tenerlo por aquí!

Kristel no reparó en que no le había respondido adecuadamente. Se centró más en observar la cara que mostró el vendedor al aparecer el hombre, que en meditar si había sido respetuoso no. Pero al moverse hacia la izquierda para apartarse y dejar que el librero atendiera al señor Hill, notó el calor de unas grandes manos. Aquel extraño tocaba cada lado de su cintura y la colocaba, de nuevo, frente al vendedor.

—Señor Daft, creo que no ha saludado como se merece a la señorita Griffit —señaló Borshon sin retirar esas manos de ella.

El librero miró al hombre, luego a la mujer y terminó por contemplar esos grandes dedos bajo el mantón de ella.

—Disculpe mi torpeza, señorita Griffit. He sido muy descortés —apuntó Daft más asombrado que asustado—, pero he de alegar, en mi defensa, que me he emocionado al ver al señor Hill después de lo que hizo.

—Aceptaré sus disculpas si me explica qué hizo —comentó Kristel alzando el rostro por encima de su hombro derecho para admirar aquel hombre misterioso.

Este le sonrió y, en vez de sentirse incómodo al seguir manteniendo las manos en su cintura, no las apartó, como si quisiera evitar que echara a correr al escuchar la historia.

—Ayudó a nuestro hijo, señorita Griffit. Martha lo había llevado al puerto para que pescara y de repente una ola, causada por la llegada de un barco, los arrastró hacia el río. Ella salió cómo pudo, pero nuestro pequeño de diez años no lograba salvarse —dijo con un nudo en la garganta.

—Ese día tenía que vigilar la zona —comentó Borshon—. El capitán de un barco que llegaba con mercancía de España pidió protección y me destinaron a cumplir esa labor. Cuando escuché a la señora Daft gritar, acudí en su ayuda. Me explicó lo que sucedía sin dejar de señalarme la superficie del río. Por suerte, el niño pudo sacar la cabeza y me lancé en su búsqueda. Pero no soy un héroe, solo un hombre que cumplió con su deber.

—Su... deber... —susurró Kristel con el alma encogida, sintiendo como propia la desesperación de esa madre que gritaba buscando a alguien que pudiera socorrer a su hijo.

—Es, sin duda alguna, el mejor agente que tiene Scotland Yard, señorita Griffit.

—Agente... —comentó ella quedándose tan asombrada que no sabía si respirar, si gritar a Valeria que corriese o tan solo mirarlo.

—Sí, un agente —afirmó Borshon con una enorme sonrisa al descubrir cómo se intensificaba y atenuaba el color rojo en las mejillas—. Volviendo a lo que nos interesa... —dijo apartando la mirada de ella para fijarla en el vendedor—. Señor Daft, venimos buscando varios libros. A la señorita Griffit le gustan de misterio, con bastantes enigmas y si pueden ser policíacos, mejor,

¿verdad? —le preguntó mirándola de nuevo.

—En efecto —atinó a responder ella—. Y uno para su madre. No pueden ser ni de brujería ni de recetas —le informó Kristel algo más tranquila, aunque en ningún momento bajó la guardia.

Podía ser solo una coincidencia, como tantas en la vida. No debía suponer que la presencia de aquel agente en el mercado era para espiar a su amiga... ¿o sí? «Piensa despacio, Kristel —se dijo mientras miraba las portadas de los libros que le ofrecían—. Si estuviera tras los pasos de Valeria... ¿por qué no ha despegado sus manos de tu cintura?». Respiró tan hondo, cuando hizo desaparecer el pensamiento, que hasta notó el pecho de él rozando su espalda.

Cerca... estaba demasiado cerca.

—¿Qué le parece? —preguntó orgulloso el librero.

—*Moby Dick*... —leyó Borshon.

—Es un ejemplar de la primera edición —dijo Kristel abriendo los ojos y aguantando los grititos que deseaba realizar al ver una joya semejante. Pero el brillo que mostró y la forma de acariciar esa cubierta, desveló la felicidad que sentía.

—Necesitamos otro para mi madre, señor Daft. Creo que este ya tiene dueña —explicó con aparente aflicción.

—Si lo quiere...

—No —comentó apartando al fin esas manos del cuerpo de ella para ponerlas sobre el libro que Kristel extendía para que lo cogiera.

¿Cómo podía ser tan atrevido? ¿No era consciente de la repercusión que tendría una muestra tan afectuosa? O tal vez... ¿lo había hecho por eso mismo? Una vez que se corriera la voz, una vez que todo Londres supiese que el agente Borshon Hill había puesto sus ojos en una mujer, la respetarían y la tratarían como se merecía.

—A la señora Hill le agrada más este —intervino el librero mostrando un libro encuadernado en negro—. Se trata de la primera novela del famoso Charles Dickens. Lo publicó por entregas desde abril de mil ochocientos treinta y seis hasta noviembre del treinta y siete. Solo hay cien ejemplares como este.

—Pues me quedo con él —aseveró sin titubear.

—¿Ha leído el título? —preguntó Kristel entornando los ojos—. ¿Sabe de qué trata?

—No, pero confío en su buen criterio —explicó haciendo referencia a la decisión del señor Daft.

—Bien... —susurró ella mientras metía la mano en el bolsillo para sacar unas monedas.

—Es un regalo —dijo el librero rechazando el pago.

—¡No, no, no! —exclamó Kristel nerviosa y abochornada—. No aceptaré nada por su parte. No quiero que...

—Es mi regalo para usted, señorita Griffit —intervino Borshon al tiempo que se inclinaba para recoger el libro destinado a su madre y para pagarle al vendedor—. Espero que lo acepte.

¿Aceptar? ¿Cómo podía aceptar un regalo de un hombre que no conocía? No era propio de una mujer respetuosa y educada como ella recibir obsequios sin motivo aparente. Sin embargo, justo cuando iba a negarse a ello, observó la felicidad de aquel gran hombre y se le enterneció tanto el corazón que terminó por decirle:

—Haremos un trato, cuando termine de leerlo se lo cambiaré a su madre y así... —Se quedó callada de repente.

¿Cómo había sido tan descarada? ¿Estaba insinuándole que podían verse de nuevo? ¿Ella? ¡¿Una mujer como ella con un hombre como él?!

—Acepto su proposición, señorita Griffit —dijo Borshon extendiendo la mano hacia Kristel como si quiera sellar un pacto entre caballeros—. ¿Cuándo quiere que nos veamos y dónde?

—No pretendía... —intentó decir.

—Reitero que me parece una buena idea. —Al ver que ella no extendía su mano y que la tenía pegada a la cubierta del libro, Borshon se la cogió, se la llevó a sus labios y la besó—. Dígame cuándo y dónde —ronroneó sin apartar los labios de los nudillos y sus ojos de los de ella.

—El miércoles que viene regresaré al mercado, ¿le parece bien?

¿Eso era su respiración? ¿Ese ruido que se escuchaba lejano era una respiración agitada? No, no lo era. Lo que se oía eran los latidos de su corazón que, por primera vez, palpitaba como si sus piernas le hubieran permitido correr por todo Londres.

—Me parece perfecto —afirmó—. La veré el próximo miércoles, señorita Griffit.

—Kristel —dijo su nombre a través de un suspiro.

—Borshon —le respondió él—. Gracias por este maravilloso momento, Kristel. Estaré ansioso de que llegue el siguiente —expuso antes de colocar la casaca en el brazo izquierdo y marcharse.

—Y yo... —murmuró con los ojos pegados a la gran espalda y con el libro que le había regalado aferrado en su pecho.

—¡Kristel! ¡Kristel! ¿Estás bien? ¿Qué quería ese hombre? Perdona que no haya venido antes, pero estaba entretenida con esas telas. Por cierto, tenías razón, ese caradura insistía en autoproclamarse como candidato perfecto a marido. ¿Has comprado un libro? ¿Qué título? ¿Por qué no me dices nada sobre ese hombre?

—Se llama Borshon Hill y es un agente de Scotland Yard —resumió sin apartar la mirada de lugar por donde se había marchado.

## Capítulo VII



Después de alejarse de Kristel, Borshon se ocultó mejor que la vez anterior. Aprovechó cada rincón, cada muro, cada sombra, para que no le sorprendieran de nuevo. Sin embargo, mantenerse tan distante le impidió escuchar lo que decían. ¿Hablarían de él? ¿Qué impresión le dio a la señorita Griffit? ¿Le explicaría que, descaradamente, la cogió de la cintura y no fue capaz de apartar las manos? ¿Le desvelaría que ante ese gesto inapropiado ella no pudo dejar de temblar? Lo único que satisfizo a todas sus preguntas fue observar cómo ella seguía apoyando sobre su pecho el libro que le había regalado, como si fuera un objeto tan valioso que no pudiera despegarlo de su cuerpo. ¿Por qué lo agarraba de ese modo? ¿Porque era un regalo o porque se trataba de una primera edición?

Hill respiró hondo para hallar de este modo algo de paz. Estaba especulando demasiado sobre una cosa tan simple como era sujetar un libro. Debía sosegar, relajarse y pensar con lucidez, tal como actuaba cada día en su trabajo. Sin embargo, le resultó imposible hacerlo. Necesitaba respuestas y sobre todo deseaba averiguar qué había sentido ella al tenerlo cerca, al tocarla... «Solo desapareció su vergüenza cuando el librero le ofreció ese dichoso tomo —se dijo con cierto malestar—. ¿Acaso no viste como se le iluminaron los ojos? ¿No fuiste testigo de cómo evitó gritar cuando lo sostuvo en sus manos? —continuó diciéndose mientras se apoyaba ligeramente sobre la pared, se cruzaba de brazos y continuaba mirando hacia la puerta del hogar de la señorita Giesler—. No imagines cosas que no son ciertas. Lo único que le importa a Kristel es el libro».

Con esos ojos clavados en la entrada del hogar que debía vigilar, esperó con paciencia a que ella se despidiera de Valeria para dirigirse a su casa. Pero el tiempo pasó y nadie, salvo el hombre que acudió por la mañana, se marchó. Borshon observó cómo este, al bajar las escaleras, se ajustó el abrigo, se colocó el sombrero y miró hacia la puerta como si deseara pegarle una patada.

Hill tuvo la imperiosa necesidad de acercarse y preguntarle por qué miraba de esa forma. Pero se contuvo. Aguantó estoicamente esas ganas de sacarle a golpes la información y continuó escondido en el callejón. Mientras esperaba a que sucediese algo interesante, empleó el tiempo en recordar, paso a paso, el encuentro con la mujer. «Ni siquiera querías hablar con ella —meditó—. Simplemente la has utilizado para tener una excusa creíble. Si la señorita Giesler se hubiera acercado a ti y te hubiese preguntado qué diablos hacías persiguiéndolas... ¿qué le habrías respondido?». Pero por mucho que se obligaba a dar por firme esa razón, que se había acercado a ella para tener una coartada, no era cierta. Desde que la vio, desde que la observó bajar la escalera por la que se había marchado aquel hombre, tuvo el impulso de saber quién era la joven que acompañaba a su protegida.

¿Por qué? ¿Por qué no pudo apartar la mirada de Kristel? ¿A cuántas mujeres había custodiado sin tan siquiera conocer el color de su cabello? ¿Qué tenía de especial? ¿Sería la cojera lo que atrajo su atención? ¿Ser el hijo de una mujer que no podía utilizar sus piernas le hizo mirarla, contemplarla de esa forma tan protectora? No, no tenía nada que ver. La realidad era que, desde que sus ojos se clavaron en ella, todo a su alrededor se había esfumado como una niebla al aparecer el sol. Y, para su pesar, mantener una conversación tan distendida, el captar el calor de su cuerpo o rozar el vestido con sus manos, lo dejó tan atontado que le resultaba muy difícil borrarla de la mente. «Mal asunto... —reflexionó, dibujando una leve sonrisa en su rudo rostro—. No tengo suficiente con preocuparme con mi madre que ahora no puedo pensar en otra cosa que no sea averiguar quién eres...».



Nada más llegar, el señor Mayer le explicó, como si no fuera capaz de entenderle, el temario que le había expuesto a sus hermanos. Después de sus acostumbradas preguntas sobre qué había comprado, cómo lo guisaría y soltar el típico discurso sobre lo peligroso que era para una mujer tan hermosa como ella caminar sola por el mercado, olvidándose de nuevo de la presencia de Kristel, Valeria le ofreció sus pertenencias y caminó hacia la salida alabándole la paciencia que tenía hacia sus hermanos y exaltando sus dotes como instructor.

Tenía prisa por quedarse sola con su amiga. Necesitaba hablar sobre lo ocurrido en el mercado y explicarle que aquel desconocido podía ser peligroso para ellas. Pero el señor Mayer no quería despedirse tan fácilmente. Cuando daba por terminada una conversación, él empezaba otra y así permaneció sosteniendo la puerta hasta que Kristel, cansada de tanta verborrea absurda, apartó a Valeria de la puerta para colocarse ella, se despidió del profesor con un «Hasta mañana, señor Mayer» y cerró la puerta de golpe.

—Ese hombre es un insolente... —exhaló apoyando la espalda sobre la puerta, como si de esta manera le impidiera regresar.

—Pero es el mejor profesor para mis hermanos —comentó mientras sacaba los faisanes para colocarlos sobre la mesa—. ¿Estarán bien en casa de los Shoper? No me gusta que estén con esa mujer, me produce escalofríos.

—No juegan con ella, sino con sus hijos y, por ahora, no han resultado heridos ni se han convertido en patos —comentó caminando hacia el pequeño tocador donde había depositado el libro. Lo tocó despacio con la yema de los dedos, como si le diera miedo hacer un gesto tan normal. Luego miró a Valeria y prosiguió con el tema del profesor—. Tarde o temprano tendrás un problema con él y auguro que será más temprano que tarde.

—¿Por qué te lo regaló? —soltó Valeria sin mirarla. No hacía falta que se diera la vuelta para saber qué estaba haciendo.

Habían hablado sobre aquel extraño durante el regreso. Kristel insistió que no debía alarmarse ante su aparición, que solo había sido algo fortuito, pero algo en su interior le indicaba lo contrario. ¿De verdad que un agente visitaba el mercado para comprar un libro a su madre? ¿No tenía más lugares a los que acudir?

—Tal vez porque fui incapaz de contener mi felicidad al ver que se trataba de una primera edición —apuntó Kristel alejándose del regalo con tanta desgana que se quedó asombrada.

—No debiste aceptarlo —señaló Valeria arrancando las plumas del faisán que decidió desplumar en primer lugar—. Es un desconocido...

—Te vuelvo a repetir que lo único que pretendía era comprar un libro para su madre. Por favor, piensa un poco, ¿no crees que si hubiera estado vigilándote te habría seguido? Pero no lo hizo, estuvo conmigo durante el tiempo que permaneciste en el puesto de telas y en ningún momento me

preguntó si estaba sola o acompañada —recalcó al observar que la conversación continuaría por donde lo habían dejado—. Se acercó a mí porque los gemelos Kant volvieron a burlarse de mi cojera. Él se enfrentó a ellos y, si no llego a actuar, esos muchachos tendrían alguna marca en sus bonitos rostros que no cicatrizaría con facilidad —añadió divertida—. Además, ¿no dices que tienes todo controlado?

—Y es así —resopló Valeria mientras arrancaba con ímpetu esas plumas—. Pero nunca se puede estar segura del todo.

—¿Ha pasado algo que debería saber? —preguntó sentándose al lado de su amiga para ayudarla en la tarea.

Kristel la observó en silencio durante unos segundos, intentando descifrar el motivo por el que arrancaba las plumas con tanta energía. Si continuaba de ese modo, no le haría falta sus manos para limpiar los animales.

—No ha sucedido nada extraño —señaló Valeria—. Todo sigue igual que siempre.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadada? ¿Porque es un agente o porque es el primer hombre que no elogia tu belleza? —resaltó irónica.

—Kristel... —susurró dejando caer sobre la mesa la segunda ave para mirarla—. No he querido decir...

—Yo también me he sorprendido al saber que era un agente —apuntó con tono más relajado—. Pero no ha hecho ni dicho nada que me alertara. Pienso que deberías centrarte en otras cosas y dejarme vivir esta ilusión.

—Pero... —intentó decir.

—¿Saben que eres una mujer? ¿Han descubierto que bajo esa ropa de hombre se esconde una mujer? —insistió un tanto enojada.

—No...

—¿Entonces? ¿Por qué sigues con esa suposición? Si el señor Reform no sabe tu verdadera identidad, ¿a qué viene tanto alboroto?

Valeria la miró durante unos segundos, tiempo en el que meditó si debía hablarle de lo que realmente ocurrió la noche pasada. ¿Cómo actuaría? ¿Se enfadaría con ella al no haber sido sincera?

—Te recuerdo que él permaneció todo el tiempo a mi lado y solo se preocupó de mi bienestar —insistió Kristel intentando hacerla entrar en razón.

—Entiendo... —susurró volviendo a la tarea de arrancar las plumas.

—Salvó al hijo de los Daft —dijo algo más tranquila—. Ese hombre se arrojó al Támesis para salvar a un niño.

—Si es un agente, era su deber —matizó Valeria sorprendida al escuchar cómo Kristel expresaba, sin darse cuenta, tanta emoción al hablar de él.

—No, no fue su deber. Su labor era custodiar la mercancía de un barco. Pero Borshon abandonó todo para acudir a los gritos de una madre desesperada —habló sin apenas respirar.

—Borshon... —murmuró Valeria girándose de nuevo hacia su amiga para ver la expresión que ella mostraba en el rostro.

—Me dijo su nombre... —aclaró avergonzada.

—E, imagino, que tú le diste el tuyo.

—Me pareció descortés no desvelarle mi nombre después de ese regalo y de fijar otro día para vernos —expuso cerrando los ojos.

—¿Cuándo? —espetó muy seria Valeria.

—El miércoles —manifestó sorprendida.

—Está bien. Haremos una cosa para averiguar si ese generoso hombre te miente o, por el contrario, es el primer varón en el mundo que dice la verdad —expuso levantándose de la silla.

—No creo que...

—¿No quieres saber si vuestro encuentro ha sido casual? ¿Si ese hombre se ha interesado verdaderamente por ti? —la instó.

—No me cabe la menor duda de que se ha interesado por mi —recitó cruzándose de brazos, mostrándose firme ante sus palabras. ¿Era el momento idóneo para confesarle que la había agarrado de la cintura? ¿Que, en mitad del mercado, sus rostros se mantuvieron más cerca de lo apropiado? No, no hablaría de ello todavía. Aceptaría la opción de Valeria para que entendiera que, pese a no ser perfecta, había alguien en el mundo que le prestara atención —. ¿Qué quieres hacer? —dijo después de meditar.

—Seguiremos actuando como hasta ahora y, si por un casual, se cruza de nuevo con nosotras, volveremos a tener esta conversación —declaró con firmeza.

—Eso no es justo. Vivimos en la misma ciudad y podemos coincidir en cualquier otro momento —comentó enfadada.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete —respondió enarcando las cejas.

—¿Cuántas veces lo has visto durante estos veintisiete años?

—Una —exhaló.

—¿No sería extraño que, de repente, te lo encontraras más de una vez en menos de una semana? —perseveró Valeria.

—Eso no es lógico...

—Soy tu amiga y como tal cuidaré de ti como lo he hecho desde que nos conocemos. Por eso debes aceptar lo evidente, Kristel —indicó levantándose del asiento con los faisanes pelados para meterlos en la pila y lavarlos—. De verdad que te comprendo y sé que debes estar viviendo un momento maravilloso, pero sé razonable.

—Siempre he sido muy razonable... —comenzó a decir tras suspirar hondo y mirar hacia el suelo—. Pero esta vez quiero dejarme llevar por lo que me dicta el corazón y él me dice que ese encuentro ha sido fortuito.

—¡Está bien! —resopló—. Continuaremos como siempre y si de verdad tienes razón, tendré que admitir que existe un hombre en el mundo que es sincero.

—¿Y si estoy confundida? —preguntó asaltándole la duda.

—Le pegaré tal patada en las espinillas que lo haré pequeño durante mucho tiempo —declaró con tanta seriedad que a Kristel no le cupo la menor duda de que aquel hombretón no haría sombra a los puestos durante algunos días.



Reform no cesaba de mirar el reloj de bolsillo. Ya era más de medianoche y su nuevo empleado no había aparecido para hablar de Valeria. Enfadado, se levantó del asiento, se giró y observó la calle. No debía quedarse allí de pie, perdiendo el tiempo cuando sabía que no aparecería, pero la extrañaba. Sí, por muy raro que le pareciese, añoraba salir del despacho para caminar por las salas intentando mostrar interés hacia los socios que acudían. Sin embargo, como ella no apareció por el club, ni tan siquiera se movió del despacho. Se quedó sentado en su sillón, repasando pagarés y resolviendo ciertos asuntos que le urgía solucionar. Se llevó la mano hacia la barbilla y se la acarició. ¿Qué habría descubierto el señor Hill? ¿Valeria tendría una vida interesante? ¿Qué hacía cuando no estaba en el club? ¿Sería una mujer entregada al cuidado de sus hermanos? ¿Escondería más secretos? ¿Pasearía por Londres agarrada al brazo de algún hombre? ¿Tendría algún pretendiente? La idea de que ella permaneciera al lado de un hombre le generó tal ira que soltó el aire por su nariz bruscamente.

Por suerte para él, Borshon le aclararía todo aquello que sopesaba mentalmente y continuaría protegiéndola mientras buscaba una solución a su problema. Con las manos en la espalda, comenzó a deambular sobre la alfombra. Tenía que averiguar con rapidez el motivo por el que no le permitía cumplir su sueño. Había ganado limpiamente la partida, había calculado con tanta precisión las cartas que no pudo evitar asombrarse. ¿Se quedó tan atónito porque en el asiento contiguo había una mujer y no un hombre? ¿De verdad que existían mujeres que tenían una mente parecida a la del hombre? Las que conocía hasta ahora solo utilizaban sus maquiavélicas cabezas para atraparlo. Eran como arañas... tejiendo la tela para que el pobre insecto, en este caso él, cayese sin poder liberarse hasta que fuese engullido. Sin embargo, Valeria no parecía una araña voraz. De serlo, solo le hubiera bastado llevar un bonito vestido, soltarse esa melena negra y rociarse ese perfume a canela para tenerlo arrodillado ante sus pies. No, ella era una jugadora nata, que le había desplumado no solo mil seiscientas libras sino también su orgullo.

Tras pasar por su mente el verbo desplumar se paró en seco. «Granjera...». ¡Ella se había propuesto convertirse en una cuidadora de animales y en una incansable agricultora! ¿Cómo se le había ocurrido una tontería semejante? ¿No podía dedicarse a otra cosa más adecuada para una mujer? El oficio de costurera no era tan disparatado y con esas manos, pese a ser pequeñas, podría hacer unos excelentes trabajos. Ofuscado aún más, se

dirigió hacia su asiento, se posó con desgana, colocó los zapatos sobre los papeles que acaba de firmar y miró hacia la puerta.

Le daría una hora al señor Hill. Tiempo suficiente para aparecer. Si no lo hacía, él mismo lo buscaría por todo Londres hasta que lo encontrase y, si no había cumplido con su misión, lo estrangularía, aunque ello implicara su ingreso inmediato en la cárcel. Ya hablaría con el inspector para que lo liberara. Le debía un favor, después de hacer público a los socios que estaban endeudados, y su liberación zanjaría el asunto.

—Señor Reform —dijo Berwin desde la puerta—, hay una persona que desea hablar con usted.

—¿El señor Hill? —espetó apartando las piernas de la mesa y tomando la pose de un hombre de negocios respetable.

—No —dijo sin entrar y manteniendo el suspense.

—¿De quién se trata? —preguntó con interés.

—Es la señorita Barnes —apuntó tan asombrado como se había quedado Trevor—. Le he dicho que está ocupado, pero como ha rechazado los clientes de esta noche, se empeña en hablar con usted —le explicó.

—Que pase... —dijo después de suspirar.

¿Qué quería aquella mujer? No se le ocurriría pedirle explicaciones por no haber visitado su lecho la noche anterior, ¿verdad? No, no podía ser tal estupidez. Lo más probable sería que quisiera meter en el club a otra de sus chicas. Reform miró hacia el lugar donde siempre mantuvo una botella de *whisky*, pero ya no estaba, la había sustituido por una de agua fresca. Solo esperaba que le diese esa sensatez que comentó el señor Hill y que la sensualidad de Jun no lo embaucara de nuevo.

—¿Qué te sucede, querido? —preguntó nada más abrir la puerta.

Como era habitual en ella, apenas cubría su cuerpo y la ropa que lucía era de una calidad tan increíble que ni las damas de la alta sociedad podían adquirirla.

—No me sucede nada —respondió con desdén—. ¿Por qué lo dices?

—¿Tienes fiebre? ¿Estás constipado? —insistió acercándose a él para tocarle la frente mientras colocaba sus grandes pechos sobre los ojos de

Trevor—. No, no parece que estés ardiendo... —murmuró entornando los ojos negros—. Entonces, la única explicación posible para el tremendo disparate que cometiste ayer fue que tenías mucho trabajo y no pudiste acudir a mi llamada —continuó hablando mientras tomaba asiento sin ser invitada—. Lo entiendo. Eres un hombre de negocios y para que todo funcione de manera adecuada, tengo que hacer un pequeño sacrificio. Pero hoy, como no has salido de este despacho ni un solo instante, calculo que has tenido tiempo suficiente para poner al corriente tus papeles. Por eso, querido, te espero en veinte minutos en mi alcoba. He de prepararme para ti... —soltó el discurso que había meditado mientras ascendía las escaleras con la esperanza de que olvidara lo que se le pasó por la cabeza la noche anterior. Un hombre tan buen amante como él, enloquecería si mantenía un celibato de dos días y por eso se decidió a subir, para subsanar esa locura.

—La joven que mandaste ayer, ¿no te explicó la decisión que tomé? —espetó mirándola sin parpadear.

—¡Oh, sí! ¡Claro que me informó! —explicó al tiempo que apartaba la bata de seda para mostrar su nueva lencería y se cruzaba de piernas—. Pero no debió escucharte bien porque me dijo que *ya no necesitarías más mis servicios* —comentó con retintín—. Cosa que no es cierta puesto que tú y yo no llamamos a nuestros encuentros, *servicios*, más bien mantenemos una relación... peculiar —añadió dibujando una pícara sonrisa.

—Te informó correctamente —apuntó Reform volviendo la mirada hacia los papeles—. No voy a necesitar tus servicios nunca más.

—¿Cómo?! —gritó levantándose del asiento—. ¿Después de tanto tiempo? ¿Mis servicios? ¿Acaso crees que soy un trasto viejo? —Enfadada caminó los dos míseros pasos que había entre ella y la mesa—. ¿Quieres sustituirme? ¿Por quién? ¿Por alguna más joven? ¿Alguna de esas condenadas que trabaja para mí ha llamado tu atención? —continuó preguntando sin bajar el volumen de su chillona voz. Sin esperar a que Reform le ofreciera una copa, ni que respondiera a todas sus preguntas al instante, cogió la botella, miró de manera sospechosa el líquido transparente y se sirvió una copa. Pero cuando el agua pasó por su garganta casi se atraganta—. ¿Qué narices es esto? —tronó.

—Agua —dijo Trevor reclinándose en el asiento y cruzándose de brazos.

—¿Agua? ¿Has sustituido el grandioso *whisky* que te regalé por una asquerosa y putrefacta agua? —vociferó con tanto enfado que sus mejillas tomaron el color de la ropa que lucía.

—Beber tanto licor no es bueno para la cabeza de un hombre de negocios. El agua me mantiene con la mente despejada y puedo tomar decisiones, como la que ayer indiqué a tu doncella, sin arrepentirme horas más tarde —señaló con tranquilidad.

—¿Que no era apropiado...? ¿Que necesitas agua para mantenerte cuerdo? —aulló posando sus manos sobre la mesa y mirándole como si quisiera fulminarlo con la mirada—. ¿Quince libras la botella no te parece apropiado para tu exquisito paladar?

—Deberías marcharte —anunció sin perder la calma—. Estás demasiado alterada y no eres consciente de a quién te diriges.

—Sé perfectamente a quién me dirijo —masculló apretando los dientes—. El que parece no saberlo eres tú.

—¿Me estás amenazando? —Trevor frunció el ceño, descruzó los brazos y se inclinó levemente hacia delante.

—¿Qué harías tú si mis chicas y yo decidiéramos aceptar la oferta del señor Hondherton? —exigió saber con una satisfacción demasiado grande para ocultarla.

Sabía que desde que aparecieron por el club, este había aumentado la clientela y que esa amenaza lo haría recapacitar. Además, no estaba dispuesta a perderlo. Entre los dos había nacido una relación tan perfecta que no podía zanjarse tan pronto y, si para que volviese a su alcoba debía desafiarse, lo haría sin dudar.

Trevor la miró con ojos inexpresivos. Era la primera vez que observaba a Jun tan enfurecida que no era consciente de la dirección que estaba tomando la conversación. ¿No estaban sus chicas y ella misma felices en el club? ¿No tenían protección? ¿No les pagaba cada vez que cerraban las puertas? ¿Pasaban hambre? ¿Sufrían las adversidades climáticas? ¿Si hasta las dejaba vivir en las habitaciones donde trabajaban! ¿Todo eso lo iba a volatilizar porque no regresaría a su alcoba? Muy lentamente tomó aire y luego lo expulsó, como si estuviese fumando uno de esos cigarrillos que tanto le gustaban y, mirándola sin pestañear, dijo:

—Ahí tienes la puerta. Márchate con tus chicas a ese club, pero luego no quiero que regreses pidiendo clemencia. Si eres consciente de lo que acabas de decir, sé consciente también de lo que supondrá para ti meterte en un cuchitril como ese.

Jun se quedó inmóvil. Ese color rojo que tenía en las mejillas desapareció con rapidez. ¿Le permitía que se marchara? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué le había sucedido para que actuara con tanta crueldad?

—No quieres volver a mi lecho... —murmuró con calma al tiempo que caminaba hacia la salida. De repente se giró hacia él, haciendo que esa bata de seda roja se moviese como una bandera por el viento—. ¿Por qué? ¿He hecho algo que no te ha complacido?

—Durante el tiempo que he pasado en tu alcoba, me has sabido complacer muy bien. Pero ya no voy a regresar —volvió a repetir con calma.

—¿Por qué? —insistió aún desconcertada por lo que estaba sucediendo.

—Porque no me apetece —declaró con firmeza—. Y ahora, si eres tan amable, déjame solo.

Se giró de nuevo, tomando la dirección de la salida. Pese a ser rechazada, tenía la espalda recta y el cuello estirado. Cogió el pomo de la puerta y volvió la cara hacia él.

—Mis chicas seguirán bajo tu protección, pero yo me marcharé antes del amanecer —manifestó dolida, destrozada por descubrir que entre ellos no había nada.

—Si eso es lo que deseas, perfecto. Buenas noches, señorita Barnes, y espero que encuentre a ese hombre que caliente su cama y emocione su corazón —dijo terminando con un trato que entre ellos jamás existió.

—Lo haré —declaró antes de cerrar la puerta.

Cuando Jun salió del despacho, tropezó con un muro de carne. Sorprendida, alzó la mirada hacia el rostro de aquel hombre y contuvo la respiración al descubrir el semblante del agente en quien confiaba el afamado inspector de Scotland Yard.

—Buenas noches, señor Hill... —comentó con su acostumbrada coquetería.

—Señorita Barnes... —dijo Borshon moviendo gentilmente la cabeza hacia ella para saludarla.

—¿Ha venido para solicitar la compañía de una mujer? Esta noche estoy disponible...

—¿Quiere ser rechazada dos veces en el mismo día? —espetó entornando los ojos.

—¡Por supuesto que no! —exclamó con orgullo.

—Pues no me pregunte esa tontería. Buenas noches, señorita Barnes —dijo Borshon mientras atravesaba la entrada.

## Capítulo VIII



Observó la escena que sucedía frente a él en silencio. Por cómo Borshon le decía que no intentara nada o sería rechazada por segunda vez, Trevor entendió que el atrevido escuchó la conversación que habían mantenido. Aunque por los gritos que utilizó Jun para hablar, cualquiera que hubiera paseado por Hyde Park la habría oído.

Reform apiló unos papeles con las manos, los golpeó ligeramente sobre la mesa, como si quisiera igualarlos por las esquinas, y los depositó en el lado izquierdo. Mientras realizaba un acto tan trivial intentó imaginar qué opinaría su nuevo empleado ante la determinación que había tomado al respecto. ¿Pensaría que estaba loco por haber rechazado a una mujer tan espectacular? Cualquiera hombre deduciría que sí, pero él también se había negado a sus encantos. ¿Por qué motivo? ¿Estaría casado? ¿Su esposa sería más bella y cariñosa que Jun? ¿Por eso le respondió de aquella manera tan ruda? Si fuera así, sería el primer esposo que se mantendría fiel y, ese gesto tan leal, le proporcionaría una admiración que no había considerado hacia nadie que conociese hasta el momento.

—Las gatas enfadadas arañan hasta arrancar la piel a jirones —comentó Borshon nada más acceder al interior del despacho.

—No es tan peligrosa como aparenta. Solo se ha ofendido por rechazarla —comentó Trevor con indiferencia.

—Igual que la mujer del señor Timber —dijo mientras pisaba esa alfombra con más suavidad que el día anterior—. Una preciosa y cándida mujer que lloraba la pérdida de su marido. Según ella, se había marchado con una amante, sin embargo... —dijo misterioso al tiempo que apoyaba las palmas sobre el respaldo de la silla y miraba cómo Reform intentaba mostrar una actitud de hombre de negocios.

—¿Sin embargo? —espetó Trevor pretendiendo parecer interesado por un

caso que no le resultaba relevante.

—El señor Timber no pudo marcharse con esa amante. Su tierna y cándida florecilla lo descuartizó y se lo dio como comida a sus puercos. Si un vecino no hubiera encontrado una oreja, nadie habría sospechado de esa encantadora esposa —explicó divertido.

—¿Me está describiendo ese caso para que tenga cuidado con la señorita Barnes o con la señorita Giesler? —preguntó frunciendo el ceño.

—Le hago referencia a dicho caso porque un hombre debe mantenerse alerta cuando a su lado hay una mujer enfurecida. Si fuera usted, contrataría a alguien que velara por sus sueños durante una larga temporada —comentó mientras tomaba asiento.

—¿Se preocupa de mi bienestar, señor Hill? —inquirió Trevor cruzándose de brazos.

—Su bienestar me trae sin cuidado. Lo que me interesa es conseguir la fortuna que me ha prometido y si muere, no podrá pagarme como hemos convenido —expresó Borshon mientras adoptaba la misma postura que su interlocutor.

—Por un momento me había parecido un buen hombre —señaló Reform extendiendo la mano hacia la botella de agua.

—Pues no lo piense... —respondió fijando los ojos en el envase de cristal —. Tampoco bebo vodka —repuso al deducir que aquel líquido transparente era otra de esas exquisiteces que ofrecía a sus invitados.

—No es vodka —reveló Trevor dibujando una sonrisa que le cruzaba la cara—. Es agua fresca e insípida —concretó.

—¿Ahora bebe agua? —preguntó asombrado.

—Como le dije ayer, soy un hombre de negocios y, como tal, debo tener la mente despierta para tomar decisiones importantes —declaró, como si hubiera preparado las frases mientras aguardaba su llegada.

—Y uno de esos temas importantes que debe solucionar, ¿tiene el nombre de Valeria Giesler? —preguntó antes de coger la copa de agua y darle un gran trago—. Efectivamente, fresca e insípida —repitió tras chasquear la lengua.

—La señorita Giesler no es un problema significativo para mí. Solo quiero

protegerla hasta que salde mi deuda con ella —remarcó reclinándose de nuevo en el asiento.

—Me alegra escuchar eso —manifestó cruzándose de piernas—. Porque si tuviese otro tipo de interés, se volvería loco.

—¿Disculpe? —dijo alzando la voz.

—Está disculpado —respondió Hill.

Acababa de captar el interés de aquel presuntuoso. Había esperado todo el día para observar el rostro que expondría cuando le hablase de los pretendientes que tenía la mujer. Si de verdad no le interesaba como se afanaba en proclamar, no mostraría la típica ira masculina que surge frente a una emoción tan primaria como los celos. Pero si su suposición era cierta, aquel hombre no perdería ni un solo instante en marcar su territorio.

—¿A qué se refiere cuando dice que me volvería loco? —exigió saber mientras se movía incómodo en el sofá—. ¿Acaso tiene una doble vida? ¿Es una criminal? ¿Una mujer con un pasado aterrador?

—¡Para nada! —exclamó Borshon antes de soltar una carcajada—. La señorita Giesler es una hermana protectora y nadie puede negarle un saludo.

—¿Entonces? —perseveró.

—Después de averiguar algo más sobre ella, no entiendo la razón por la que aparece en su club vestida de caballero y juega a las cartas. Si lo hace para ganarse la vida ha elegido una opción inapropiada. Presiento que llenaría sus arcas más rápido si se convirtiese en la amante de cualquier hombre con la que mantiene una conversación —soltó a bocajarro.

—¿Perdone? ¿Qué pretende decirme? ¿Que todos los que la miran quieren yacer con ella? ¿Que no hay ni un solo hombre que no piense en ella como una vulgar concubina? —espetó Trevor levantándose de un salto, como si alguien le hubiera clavado un puñal en su acaudalado trasero.

—Es una forma bastante suave de definirlo —dijo Borshon sin apartar la mirada y estudiando cada gesto de Reform.

—¿Por qué ha llegado a esa conclusión? ¿Acaso se comporta como una cortesana? —tronó más enfadado de lo que deseaba estar.

—La señorita Giesler mantiene una actitud correcta, pero he de admitir

que vestida de mujer es inmensamente hermosa. Cualquier varón, que se precie de serlo, desearía tener una fémica así en su lecho —continuó con su hazaña de enojarlo—. Y, por cómo la miran, por cómo sonríen al verla, más de uno ha soñado con quitarle el vestido.

—¡Maldita sea! —clamó, tornando sus ojos a un color semejante al de las llamas del fuego.

—Pero usted solo quiere saldar su deuda, ¿no es así? —le recordó—. No creo que tenga ningún problema para hacerlo, es más, será la primera vez que gane una fortuna sin tener que emplear mi fuerza. La señorita Giesler es protegida por un centenar de hombres que desean seducirla.

—¿Tan hermosa es? —escupió enfurecido.

Necesitaba una copa, pero no una de agua sino del *whisky* más fuerte del mundo. Si quería asimilar que Valeria era cortejada por muchos hombres, le urgía tomar algo que lo dejara inconsciente. Miró de reojo a Borshon y descubrió la mofa en su rostro. Se estaba divirtiendo al verlo fuera de control. Pero... ¿por qué perdía la sensatez? ¿Por qué tenía ganas de asestar puñetazos a diestro y siniestro? Ella era libre de hacer lo que la complaciera y si decidía aceptar la proposición de algún hombre... «¡Lo mataría con mis propias manos!», se gritó mentalmente.

—Lo es —afirmó Hill—. Usted no puede admirar la silueta femenina que muestra con un vestido, ni el brillo de su cabello oscuro, ni tampoco ha podido escuchar su voz, puesto que cuando entra al club la cambia para no ser descubierta. Es tan hipnótica, tan atrayente, como el canto de una sirena y, como hay muchos marineros en esta ciudad, todos ellos quedan atrapados por su leve canto.

—¿Qué pretende? —tronó mirándolo como si quisiera aniquilarlo con los ojos. Esos que, debido a los inesperados celos, estaban inyectados en sangre—. ¿Por qué me informa sobre eso?

—Según usted, no tiene ningún tipo de interés hacia ella salvo el de protección y quiero hacerle hincapié en que no debe preocuparse, todo el mundo la respeta y cuida de ella. Creo que hasta ese hombre que aparece en su hogar por la mañana... —agregó mordaz.

—¿Qué hombre?! ¿Para qué aparece en su hogar? ¿Cuánto tiempo se queda? ¿Están solos? —preguntó sin respirar al tiempo que agarraba el

respaldo de su silla como si quisiera arrancarlo.

—Un tal Mayer. Las escuché conversar sobre él —aclaró.

—¿Las? —demandó enarcando las cejas negras.

—La señorita Giesler ha estado acompañada de una joven durante su paseo por el mercado. Mientras las seguía, la mujer desconocida no cesaba de hacer referencia a las actitudes negativas del profesor de esos niños, sin embargo, su protegida alababa todo aquello que le resultaba positivo —le informó con una aparente tranquilidad. Pero no lo estaba, no quería nombrar a Kristel, necesitaba mantenerla al margen, aunque ella era una pieza clave en su explicación. No era lo mismo que Valeria acudiera sola al mercado que en compañía de otra mujer.

—¿Cómo es? —exigió saber Trevor.

—¿Quién? ¿La mujer? —inquirió Borshon inquieto.

—Ese tal Mayer. ¿Viejo, joven, alto, bajo, viste bien...? —enumeró sin apenas tomar aire.

—Joven, alto, viste de manera adecuada para ser un humilde profesor y, según he comprobado, tiene el beneplácito de la señorita Giesler. ¿Por qué se preocupa, señor Reform? Quizá la aparición de ese hombre sea la mejor opción para usted —continuó importunándolo—. Una vez que su protegida encuentre un esposo, este velará por ella y podrá no solo zanjar esa deuda, sino que no la volverá a ver por este local. ¿Qué marido cabal permitiría que su hermosa mujercita abandonase su caliente lecho para que se vista de hombre y juegue a las cartas? Si todo lo ha hecho por dinero, desaparecerá en cuanto contraiga matrimonio y encuentre esa figura masculina para sus hermanos.

¿Eso que cubría sus manos era sudor? ¿Por ese motivo se escurrían por el respaldo del asiento? Trevor intentó controlar la respiración sopesando todo aquello que le exponía Hill. En cierta parte tenía razón, una vez que ella encontrase un esposo, todos sus quebraderos de cabeza se esfumarían. Le pagaría esa maldita deuda y no la vería más. Sin embargo, no estaba dispuesto a que eso ocurriese. Antes de que se comprometiera a otro hombre y que el feliz matrimonio regentara una granja, deseaba admirarla como mujer. Sí, le urgía contemplarla con un vestido marcando su delicada figura. Disfrutar de esa visión que obtendría al admirar su cabello oscuro...

Entornó los ojos para fijarlos en Borshon. ¿Sería prudente confesarle lo que pensaba? ¿Tendría que mantenerse cauto con él o podría ser un loco enfurecido ante un inexplicable sentimiento de celos? «No se trata de eso —se dijo—. Lo único que deseas es averiguar cómo es Valeria fuera de estos muros. Aunque debes recordar que entre ella y tú existe un mundo infranqueable».

—Su silencio me desconcierta —comentó Hill después de observar cómo Reform se acariciaba la barbilla y sostenía una mirada perdida—. ¿No le ha resultado agradable mi indagación? Porque pensé que le reconfortaría. Un hombre de negocios como usted no puede perder ni un solo instante en cavilar sobre actos femeninos...

—¿Qué tiene programado hacer cuando amanezca? —soltó Trevor dibujando una sonrisa maligna.

—He de acudir a Scotland Yard, le recuerdo que mi verdadero trabajo es velar por la seguridad de nuestra ciudad.

—Entonces... ¿no podrá vigilarla? —preguntó amusgando sus ojos.

—No hasta la noche —aclaró.

—Bien... —susurró—. Muy bien...

—He de recordarle que se encuentra frente un agente del orden. Si esa expresión pausada y moribunda indica lo que estoy suponiendo... —comentó Borshon levantándose del asiento con lentitud.

—Mi expresión, como usted lo ha denominado, indica que estoy buscando una manera de hacer que aparezca en mi local sin ese desdichado atuendo de hombre —dijo rudo—. Quiero averiguar por mí mismo el motivo por el que tiene tantos pretendientes.

—¿Por qué motivo? ¿No le ha servido mi explicación? Además, a usted no le debe importar tal necesidad, ¿me equivoco? —continuó sosteniendo esa mirada suspicaz.

—¿Qué la haría venir? —preguntó al aire, mientras acariciaba de nuevo la barbilla.

—Si le gusta jugar, el juego, por supuesto —respondió Borshon rápidamente.

—Eso ya lo sé, pero... ¿cómo la obligaría a ser Valeria Giesler en vez del señor Hernández?

—¿Señor Hernández? —espetó Hill desconcertado.

—Así me hizo llamarla mientras jugábamos en la mesa —aclaró Trevor.

Durante unos minutos ambos hombres se mantuvieron callados. Borshon lo observaba sin pestañear al tiempo que su cabeza le gritaba que le hiciese la pregunta que, desde que lo contrató, le aparecía incontrolablemente. Por otro lado, Reform meditaba la forma más adecuada de atraer un insecto a su tela de araña porque, muy a su pesar, esta vez el animal que devoraría a la presa sería él.

—Tal vez podría ayudarle —alegó Hill rompiendo ese silencio—, si usted me aclara el motivo de esa deuda.

—La obligué a jugar una partida —expuso Trevor sereno—. Quería averiguar por mí mismo que no hacía trampas.

—¿Y?

—No las hizo —manifestó con un orgullo que no debía expresar a la ligera—. Esa mujer es muy inteligente. De una forma inaudita averiguó qué cartas serían las próximas en aparecer y me ganó honestamente.

—Podría tener un compinche... —apuntó.

—No —negó, no solo con el monosílabo sino también con un leve movimiento de la cabeza—. Ni tampoco había marcas en los naipes, me ocupé yo mismo de revisarlas.

—¿A cuánto asciende esa deuda? —perseveró.

—Mil seiscientas libras —declaró esperando escuchar una gran carcajada por su parte, pero no lo hizo. Tan solo abrió los ojos como platos y respiró hondo—. Fue culpa mía. Yo le prometí que si ganaba las obtendría y, como puede observar, las ganó. Pero eso no es un problema para mí...

—¿No? ¿Entonces por qué no la salda y la deja en paz? —le instó.

—Porque quiero averiguar quién es, solo eso —objetó notando cómo la rabia se apoderaba de nuevo de él. ¿Dejarla en paz? ¿Cómo se le ocurría tal majadería?—. En vez de intentar que olvide mi propósito, podría ayudarme.

Ya sabe la respuesta —aseveró.

—Si solo aparece para jugar, si quiere que se vista de mujer... —meditó Borshon caminando hacia la puerta—. Quizá sería conveniente que, durante una noche, no les vete el paso a las mujeres que no utilizan su cuerpo para engatusar a los clientes.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó expectante.

—Que proponga un día en el que las mujeres también puedan visitar su club, quizás ella no se disfrazaría para ocultar quién es en realidad.

—¿No ha pensado que tengo las salas llenas de cortesanas? Los socios no sabrían qué mujer escoger y pondría a más de una dama en un aprieto —refunfuñó.

—Pues salvo que les permita un día libre... —apuntó divertido—, no veo otra salida.

Reform se volvió hacia el ventanal, se llevó las manos a los tirantes y caviló esa opción. No era tan descabellada como parecía y sus empleadas agradecerían unas horas libres para disfrutar de cierta libertad. Pero después de lo ocurrido con Jun... ¿pensaría que solo era una excusa para despedirlas?

—¿Cuánto puede perder? —quiso saber Hill cogiendo el pomo de la puerta.

—¿Cómo empresario o como hombre?

—¿No son la misma persona? —soltó Borshon entornando los ojos.

—Desde un punto de vista empresarial el suficiente como para notar un agujero en mi bolsillo, desde el otro lado...

—Piénselo despacio, señor Reform. No tenga prisa. Esa mujer no se marchará de Londres antes del amanecer.

—No estoy tan seguro... —susurró.

—Le daré mi dirección al señor Berwin. Si decide abrir sus puertas para todo el mundo, estaré encantado de hacerle una visita.

—No hará falta su presencia si Valeria aparece, yo mismo la protegeré —dijo con tono solemne.

—No pretenderé robarle su puesto, solo quiero ser testigo de un momento

tan prodigioso. Buenas noches, señor Reform. Esperaré noticias tuyas.

—Buenas noches, señor Hill, las tendrá.

Cuando el agente cerró tras su salida, bajó esas escaleras despacio, esperando a que el dueño del club apareciera para informarle del día y la hora, pero ya estaba en el último peldaño y no había salido de su oficina. ¿No le resultó buena idea? ¿No quería verla con imagen de mujer? ¿A qué esperaba para hacerlo? Se había negado a continuar con una amante como la señorita Barnes, una prostituta *professionel*, como había dicho su querida madre. ¿No era señal suficiente para saber que lo que le unía a Valeria no era una deuda de dinero sino un sentimiento que muy pocos hombres alcanzaban en su vida?

«El amor es algo que no se logra con facilidad —le dijo su madre el día que se decidió a confesarle quién era su padre—. Solo los afortunados consiguen algo tan bello». Por parte del señor Reform había nacido ese sentimiento, ahora le quedaba conquistar a una mujer que, en cada paso que daba, era asaltada con una propuesta de matrimonio.

—Señor Hill —acudió Berwin al observarlo frente a la salida.

—Señor Berwin, si es usted tan amable de facilitarme papel y pluma, he de apuntarle mi dirección. El señor Reform debe enviarme una nota cuando...

—¿Berwin! ¿Berwin! ¿Dónde diablos te has metido? —vociferó Trevor que había salido de su despacho y agarraba el pasamanos de la barandilla con fuerza.

—Aquí, señor. Atendiendo a su invitado —dijo con voz fatigada, como si supiera que ante esa aparición su viejo corazón latiría desenfrenado.

—Quiero que mañana mismo se publique en el periódico más importante de Londres que el Club Reform ofrecerá una fiesta tanto para caballeros como para damas.

—¿Disculpe? —preguntó el asistente abriendo tanto los ojos que las esferas de sus gafas se quedaron pequeñas para cubrirlos—. ¿Ha dicho damas? ¿Se refiere a mujeres? —espetó atónito—. ¿Y qué haremos con las que trabajan aquí? ¿Las disfrazamos para que nadie las reconozca?

—Infórmeles de que el próximo martes tendrán una noche libre, que les pagaré como si hubieran trabajado, pero que no las quiero merodeando por las salas —dijo a viva voz—. ¿Cuándo tendré esa nota sobre mi mesa? ¿No se da

cuenta de las horas que son?

—Sí que soy consciente de la hora que es... —murmuró apretando los dientes.

—Creo que ya no le hace falta mi dirección —intervino Borshon enormemente sorprendido y feliz—. Ya he sido informado por el propio señor Reform.

—¿Usted sabía que iba a cometer esta locura? —inquirió con incredulidad.

—Fui yo quien se la sugirió —dijo sonriente.

—Pues usted parece un hombre muy sensato para hacer referencia a ese tipo de demencias —le regañó.

—¿Lo parezco? Pues no lo soy —expuso antes de salir del club y soltar una enorme carcajada.

## Capítulo IX



—¿De verdad? ¿No le causaremos ninguna molestia? —preguntó Valeria al señor Mayer después de que este explicara que, esa misma mañana, tenía la intención de ofrecerles a sus hermanos un temario de botánica y que la mejor forma de aprender era llevándolos a visitar el Kew Gardens. Claro está había una condición a ese ofrecimiento generoso: debía acompañarlos.

—No es ninguna molestia, señorita Giesler. Mi hermana me ha cedido su carruaje para tal ocasión e insisto que esta excursión será muy apropiada para ellos. No hay mejor forma de enseñar que mostrando aquello que se explica, y allí podrán descubrir una amplia variedad de plantas —declaró colocando las manos en la espalda para exhibir una actitud masculina y firme—. Si, tal como dice, quiere que se conviertan en unos granjeros, deben diferenciar, en primer lugar, qué clase de cultivo se adaptará mejor a nuestro clima.

—Me parece una idea excelente, siempre que no le molestemos —insistió.

—Usted y sus hermanos jamás me causarán incomodidad —dijo dando un paso hacia ella para acercarse más de lo permitido entre dos personas que no mantienen una amistad íntima.

—¿Puedo preparar un pequeño almuerzo? —preguntó dando varios pasos hacia atrás, apartándose de esa aproximación indebida—. Según tengo entendido, por los alrededores podremos extender algunas mantas y disfrutar de un maravilloso día de sol —comentó mirando de reojo a su amiga quien, tras escuchar las inquinas palabras del profesor, evitó arrastrarlo hacia la puerta y despacharlo como el día anterior.

—Por supuesto. Mientras informo al cochero sobre nuestro plan y adecenta el interior para el viaje, tiene usted tiempo suficiente para elaborar algunos sándwiches. Le recomiendo que lleve tan solo un tentempié y algo de fruta. Cuando los niños tienen sus estómagos llenos se vuelven perezosos y les cuesta aprender. Siempre se ha dicho que no hay mejor situación que la

hambruna para mantener despierta una mente —alegó como si fuera una ocurrencia divertida.

Pero a Kristel no le hizo ninguna gracia ese comentario tan irónico. Su cabeza le ofreció la imagen de aquellos chiquillos llorando porque tenían hambre, mientras él golpeaba con una vara la mesa para que prestaran atención al nuevo temario.

—Se hará como dice —dijo Valeria girándose sobre sí misma para preparar en un santiamén todo aquello que necesitaba para una repentina mañana de picnic.

—Señorita Griffit —habló dirigiéndose hacia Kristel—, espero que disfrute su descanso.

—¿Ella no puede venir? —espetó Valeria volviéndose hacia el señor Mayer.

—Mucho me temo que no. El carruaje solo puede albergar a cuatro personas y, con la señorita Griffit, seríamos cinco —señaló como si aquel contratiempo le entristeciera.

—Colocaré a Martin sobre mi regazo. De ese modo quedarán libres tres asientos. —ofreció como alternativa Valeria.

—Pero ¿no querrá la señorita Griffit emplear su tiempo en realizar otra tarea más amena? Las clases de botánica son muy abrumadoras para aquellas personas que no poseen conocimientos sobre plantas... —añadió intentando disuadirla.

—Se llevará su libro —apuntó ella—. Seguro que aprovechará el tiempo leyendo sobre ese tal *Moby Dick*, ¿verdad? —preguntó mirándola con ternura.

Aquel comentario fue bastante hiriente y ya empezaba a cansarse sobre ese tipo de tratamientos hacia ella. Era cierto que a Kristel le costaba mucho realizar operaciones sencillas de aritmética, pero nadie podía equipararla en su voraz deseo por la lectura. ¿Por qué se comportaba de ese modo? ¿No era capaz de ver más allá del físico de una mujer?

—Será un placer acompañaros —dijo Kristel con una enorme sonrisa—. Prometo que no le entorpeceré en esa clase de botánica, señor Mayer. Me centraré en averiguar el motivo por el que Ahab se obsesiona por dar caza a un pobre cachalote blanco. Quizá me explique por qué hay tantos hombres

autodestructivos en el mundo —indicó mordaz y utilizando palabras que demostraban lo culta que era pese a tener un defecto en la pierna.

—Ese libro no es adecuado para una mujer... —refunfuñó el profesor.

—¿Por qué motivo? —preguntó Kristel enarcando las rubias cejas—. ¿Por esa obsesión demente? ¿Por la autodestrucción? ¿O porque ofrece una visión masculina bastante peculiar?

—Su autor, Herman Melville —declaró tensando el cuerpo—, no es considerado hacia el mundo mariner. Todos aquellos que trabajan en un barco ballenero se merecen un respeto.

—Pues auguro que será un escritor bastante afamado, pese a no agrardarle a mentes tan lúcidas como la de usted —respondió con firmeza—. Porque en la obra se pueden encontrar temas tan diversos como idealismo, jerarquía, pragmatismo e incluso sed de venganza —enumeró sin respirar.

—Aun así, no es una novela a tener en cuenta —zanjó la conversación mirando de nuevo a Valeria e intentando dibujar una sonrisa que le costaba ofrecer—. Le esperaré fuera. No tarde, por favor.

—No lo haré —afirmó ella antes de buscar unas hogazas de pan.

—¡Lo odio! —exclamó Kristel cuando Mayer cerró la puerta—. ¡Es abominable! ¿Quién se ha creído que es, el mismísimo Dios? ¿Cómo puede despreciar una obra sin tan siquiera leerla?

—Debería anular la excursión —comentó Valeria con pesar—. Tal como dices, ese hombre es un engreído y no me ha agradado el trato que te ha brindado.

—No puedes —dijo Kristel sin moverse. Era la primera vez que hablaba sobre ese comportamiento sin ofrecer una aclaración positiva, por lo que dedujo que empezaba a cansarse del señor Mayer. Pero no era el momento apropiado para rebatir esa inapropiada actitud—. Martin y Phillip están felices por salir de aquí.

—Pero te ha menospreciado... otra vez.

—No estoy enfadada por cómo me ha tratado, sino por cómo ha degradado un libro tan interesante sin haberlo leído —aclaró caminando hacia ella—. Además, pese a su hábil patraña, os acompañaré.

—Por mucho que intente separarnos, no lo conseguirá. Solo el hombre del que te enamores podrá hacerlo —añadió divertida.

—No existe ni existirá una persona que logre conquistar mi corazón —murmuró.

—¿Ni el señor Hill? —soltó irónica.

—Por si no lo viste con claridad, el señor Hill es terriblemente atractivo y estoy segura de que su comportamiento hacia mí fue tan solo un acto de cortesía —replicó malhumorada—. Ese hombre tendrá a su espalda una comitiva de mujeres casaderas.

—Entonces el ataque hacia el señor Mayer... ¿ha sido solo por el contenido del libro y no por ser el regalo de ese agente? —espetó sarcástica.

—¡Por supuesto! —exclamó tajante—. Me parece muy cruel que se subestime una novela de tal índole por un hombre tan insulso.

—¿Insulso? —preguntó Valeria mientras colocaba el asa de la cesta sobre su brazo.

—Insípido, anodino, simple... —enumeró.

—Bueno, pues intentemos disfrutar una mañana de sol con ese hombre... insulso —expuso divertida.

Como indicó Valeria, nada más entrar cogió a Martin en su regazo, Philip se sentó al lado del señor Mayer y Kristel frente al chico. Durante el trayecto, el profesor los llamó al orden en varias ocasiones, pero Valeria los excusó explicando que estaban muy entusiasmados porque no habían visto nunca un lugar tan importante de Londres.

—Los hombres deben controlar sus sentimientos —respondió a tal defensa.

—Por suerte para ellos, aún no lo son —replicó Valeria.

Mientras Mayer empezaba su exposición de botánica, para que la mente de los muchachos permaneciera concentrada en lo que él creía importante, Kristel no apartó la mirada de la ventana. Observaba las calles por donde transitaban e intentaba no mostrar ese placer que le proporcionaba pasear por los lugares sin tener que controlar su cojera. Era una sensación muy agradable dirigirse a cualquier lado en carruaje, fuera de la vista de los demás, sin que nadie se

colocara detrás de ella para burlarse. Tan solo tendría que bajar despacio los escalones, buscar una zona tranquila, extender una de las mantas que llevaba Valeria y dejar que el sol calentara su cuerpo mientras leía la novela que, pese a no agradaarle al profesor, a ella la tenía completamente hechizada.

De repente, el carruaje se movió de manera brusca y tuvo que agarrar el libro con más fuerza para que no cayese al suelo. Ese instinto de protección no pasó desapercibido para el señor Mayer que, nuevamente, la miró con desagrado. ¿Cómo podían ser los hombres tan mezquinos? ¿Cómo podían soportar situaciones que no les agradaban para lograr aquello que se habían marcado? ¿De verdad que una mujer no debería leer un libro tan interesante? ¿Qué pensaría sobre ese tipo de convicciones la madre de Borshon? Según él, dado que no podía moverse, era una lectora voraz. ¿Lo dejaría sobre un mueble cuando se lo diese su hijo? ¿O estaría tan intrigada como ella?

Al pensar sobre el agente, aparecieron más preguntas por su cabeza que la inquietaron extrañamente. ¿Qué estaría haciendo? ¿En qué lugar de Londres permanecería? ¿Se encontraría en Scotland Yard? ¿Llevaría puesto ese uniforme que comunicaron los periódicos? ¿Qué hizo durante la velada pasada? ¿Correría detrás de un criminal? ¿Le hirió? ¿Saldría ileso? Una inesperada angustia se apoderó de ella al recordar lo último que había leído en un noticiero sobre los nuevos agentes de la comisaría. En él se hablaba sobre la temeridad del inspector O'Brian, un hombre que no tenía pánico a morir y que, debido a eso, luchaba cuerpo a cuerpo contra los criminales. También leyó, en dicho artículo, que sus agentes eran instruidos con las mismas convicciones que el inspector; los llamaban con el apodo del *escuadrón sin miedo*. ¿Borshon habría aprendido esa inadecuada lección? ¿Sería tan osado como su superior? ¿No temería a la muerte? ¿Qué sería de esa madre enferma si su hijo no apareciese vivo?

Un repentino temblor le recorrió el cuerpo y tuvo que aferrarse con más fuerza al libro para que el suspicaz profesor no descubriese esa agitación. «Deja de pensar —se dijo—. Tanta historia sobre persecución obstinada no te beneficia. Además... no hay nada entre vosotros. ¿Crees que se acordará de ti? ¿De una mujer imperfecta? Que pusiera sus manos en tus caderas no indica nada salvo el deseo de hacer desaparecer la cojera por unos instantes...».

—Señoritos Giesler —dijo Mayer como si pretendiese dar un discurso—. Como no están acostumbrados a mantener una educación respetable hacia una

mujer, porque no tienen esa presencia masculina que necesitan con urgencia, les informo que, una vez que los hombres posan sus pies en el suelo, han de extender las manos hacia las mujeres que permanecen en el interior del carruaje, para facilitarles el descenso.

—¿De verdad? —preguntó Phillip clavando sus ojos azules en el rostro de su hermana. Al ella afirmar, resopló—. ¿Y si la mujer es tan grande como un caballo? ¿No nos tirará al suelo?

—No. Porque la fuerza de un hombre es mayor que la de una mujer. Si se le coge de la manera apropiada, nunca tocarán el suelo. Pero no se alarmen, yo mismo les mostraré cómo se hace cuando estacionemos —añadió Mayer, que sonrió al ver que el cochero aminoraba la velocidad.

En cuanto el coche paró, dando por concluido el viaje, el profesor abrió la puerta, saltó al suelo, extendió las escaleras y dijo:

—Debéis bajar primero —ordenó a los niños—, y no os alejéis demasiado. Quiero que observéis cómo se ha de sostener la mano de una mujer para que no tropiece con el vestido. —Dicho esto, extendió la suya hacia Valeria para que la aceptara. Ella, como si estuviera actuando en una obra de teatro, cogió el vestido por la izquierda, lo subió suavemente y se agarró con fuerza a la mano de Mayer.

—¡Perfecto! —aclamaron los pequeños cuando su hermana posó los pies como si fuera una leve mariposa.

—Phillip, como eres el mayor, haz lo mismo que he hecho yo con la señorita Griffit. Recuerda que uno de sus pies no le funciona y podría caerse delante de toda esta gente —añadió mirando a su alrededor.

El muchacho, al sentirse apabullado ante tal situación, miró a Kristel pidiéndole auxilio. Esta, para no ridiculizar al chiquillo la primera vez que realizaba un acto cortés, ni para sentirse el centro de atención de tantos viandantes, agarró con la mano derecha el marco de la puerta del carruaje y bajó sola.

—La próxima vez, tu hermana dejará que la ayudes. Una mujer como yo, con esta imperfección en la pierna, puede herir, sin pretenderlo, el orgullo de un hombre —le dijo antes de besar su cabello dorado.

—Cuando sea muy fuerte, te ayudaré a bajar, tía Kristel —le dijo el niño

agarrándola cariñosamente por la cintura.

—Y tía Kristel te dejará que lo hagas —afirmó antes de tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

Valeria estuvo a punto de girarse hacia Mayer y gritarle que era un insolente, un imbécil y todos los insultos que había aprendido desde niña. Pero cuando miró a su amiga y esta movió levemente la cabeza, dándole a entender que se encontraba bien, que no debía preocuparse, agarró con fuerza la cesta, caminó hacia ella y le tendió el brazo para que se apoyara.

—Vamos, Kristel, disfrutemos de este día maravilloso mientras el amable señor Mayer ofrece la lección de botánica que ha venido a dar a mis hermanos.

Y, dejando al profesor con los ojos abiertos como platos, caminaron hacia un lugar donde la sombra las resguardaría del sol.



—¿Cuál será tu labor esta mañana? —preguntó Aphra a su hijo cuando este se presentó ante ella luciendo el uniforme de trabajo. Con esa altura y ese traje tan oscuro y sobrio parecía un gigante enfadado. Esa imagen, dura y feroz, era su mejor arma. Cualquiera criminal se doblegaría ante un hombre como él. Aunque ella mejor que nadie sabía que bajo aquel aspecto se hallaba una persona tierna y bondadosa—. ¿Te mandarán de nuevo a Whitechapel?

—Buenos días, madre. Hoy me han nombrado el guardián de un enjambre de abejas —comentó ocurrente mientras caminaba hacia ella. Cambió el sombrero de mano, agachó la cabeza y le dio un beso en la mejilla izquierda.

—Solo luchan por nuestros derechos —le reprendió cariñosamente—. No se te ocurra hacerles daño.

—¡Jamás dañaría a una mujer! —exclamó como si le hubiese apuñalado el orgullo—. Solo son un grupo de damas que luchan contra la tiranía del poder masculino—aclaró.

—Lo sé... Pero según he leído, no todo el mundo las apoya. Recuerda que ha sido una mujer quien te dio la vida... —señaló mientras acariciaba la

casaca con sus manos hacia ambos lados como si le apartara motas de polvo.

—El inspector jamás ordenaría agredirlas, tienen su beneplácito. Como bien ha dicho, solo quieren obtener aquello que se les niega por haber nacido mujeres —explicó Borshon dando un paso hacia atrás. De reojo miró el libro que le había comprado el día anterior, por el pliegue de esa esquina descubrió que se pasó la noche leyendo—. ¿Ha captado su atención? —soltó moviendo ligeramente la cabeza hacia el tomo.

—Todos captan mi atención —respondió sin apartar la mirada de su hijo—. Pero no deberías comprar ni uno más.

—¿Por qué?

—Porque la casa es pequeña y no tendré ni un solo hueco para colocarlos —manifestó con voz ruda, como si intentara hacerle entrar en razón. Pero lo cierto era que se convertía en una niña cuando Borshon ocultaba entre la ropa otro libro con el que pasar el tiempo. Gracias a ellos, podía soportar la ardua tarea que el destino le ofreció desde aquel día.

—Mientras pueda, lo haré. Además, ya le dije que pronto compraré otra y me encargaré de adquirir la mejor biblioteca de Londres —afirmó sereno.

Aphra lo observó con cautela, a pesar de esa sonrisa y esa aparente entereza, algo le sucedía. Si su instinto maternal no erraba, le había ocurrido cualquier cosa que no se atrevía a contarle el día anterior. Quizá debió insistir un poco más para que no aceptara la propuesta del señor Reform. Sin embargo, también era consciente de que, si había tomado una determinación, nada ni nadie le haría cambiar de opinión y solo hubiera provocado una disputa entre ambos.

—¿Piensas pasarte el día ahí de pie, callado o me vas a contar qué te sucede? —le preguntó para despertarlo de ese ensimismamiento en el que se había introducido.

—¿Cómo sabes que me sucede algo? —espetó cogiendo la silla que tenía a su lado para colocarla junto a la cama.

—Recuerda que permaneciste en mi útero durante muchos meses y ese vínculo no es fácil de eliminar. Siento en mi propia piel tus preocupaciones y alegrías.

—¿Siempre? —indagó burlón—. No sería apropiado que una madre

sintiese lo mismo que su hijo en ciertas ocasiones lujuriosas...

—¡No digas bobadas! —clamó enfadada Aphra, sonrojándose por el comentario tan descarado—. Me refiero a que *noto* cuándo algo te perturba.

—Eso me deja más tranquilo —alegó sin borrar una enorme sonrisa.

—¿Es por vigilar a esas mujeres? ¿Piensas que no será una protesta pacífica? —insistió.

—No se trata de eso, madre. Nunca hay altercados cuando ellas se reúnen frente al Kew Gardens. Es otro tema el que me tiene pensativo...

—¿Qué tema? —preguntó Aphra inquieta—. ¿Se trata del señor Reform? ¿Te ha dicho que hagas algo que va en contra de tus principios? Aunque vigilar a esa *professionel* no es muy moral...

—No es una prostituta, madre. Es una joven con la que tiene una deuda y no quiere que le suceda nada hasta que la salde —declaró firme para que no volviese a denominar de esa manera a la señorita Giesler.

—¿Entonces? —insistió.

—Mientras protegía a esa muchacha, conocí a una mujer muy especial... —empezó a decir—. Al principio solo me interesé porque observé que cojeaba, pero luego fui incapaz de apartar mis ojos de ella. En el mercado, mientras la muchacha por la que me contrató el señor Reform admiraba un puesto de telas, ella se dirigió hacia el señor Daft, el librero, y sucedió algo que me causó tanta ira que estuve a punto de agredir a dos muchachos.

—¿Qué le hicieron? —preguntó recostándose sobre las almohadas.

—Se burlaron de su forma de andar. Esos ingratos se colocaron detrás de Kristel y la imitaron entre risas —declaró sin ser consciente de que desveló su nombre y sin darse cuenta de que la ira apareció de nuevo en sus ojos.

—¿Cómo actuó... Kristel? —inquirió, observando cómo Borshon levantaba la ceja izquierda al escuchar el nombre de la mujer por su boca.

—Al principio me regañó, luego se quedó parada en mitad del camino, como si no quisiera andar. Creo que se avergonzó al descubrir que era el centro de atención. Durante un breve tiempo medité si era correcto acercarme a ella o dejarla sola, pero algo en mi interior me impulsó a dirigirme hasta donde se encontraba y, una vez a su lado, la estimulé para que continuase

andando.

—¿Y?

—Y le regalé un libro —manifestó levantándose del asiento.

—No me parece algo importante, ni tampoco entiendo por qué te inquieta haber actuado de esa forma. Solo reaccionaste como debería hacer un hombre con honor y educación —sentenció.

—Lo sé..., pero también hice algo inapropiado —dijo mientras colocaba la silla en su lugar.

—¿Tú? ¿El qué? —espetó Aphra abriendo los ojos como ventanas.

—Puse mis manos sobre su cintura y no las retiré con rapidez —declaró con una mezcla de vergüenza y horror.

—¿La molestó? ¿Te regañó por hacerlo?

—No, aunque noté cómo le temblaba el cuerpo —reveló.

—Ese temblor estaría causado por la extrañeza. Seguramente no está acostumbrada a que alguien ponga sus hermosas y tiernas manos sobre ella. Si, tal como me has dicho, se burlan de su cojera, no habrá conocido a un hombre que la trate con el debido respeto —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

—Es duro que la gente te menosprecie por no ser perfecto —reflexionó Borshon—. Pese a que es hermosa, nadie la mira como se merece.

—Salvo mi hijo —apuntó con rapidez.

Hill se acarició el cabello, como si necesitara apartarse unos mechones del rostro y miró de nuevo a su madre.

—¿Qué más? —lo animó ella al ver que continuaba absorto en sus pensamientos.

—Al marcharnos, decidimos vernos el próximo miércoles. Ella desea entregarte el libro que se llevó y me pareció una buena idea —expuso reflexivo.

—¿Pero?

—Pero siento algo aquí —dijo llevándose la mano hacia el pecho—, que

me grita que debería verla antes, que no debo esperar a ese día.

—Imagino que si es amiga de la muchacha que proteges, podrás hacerlo cuando la vigiles. Siempre puede suceder algo que pueda hacerte tropezar... —insinuó.

—Pero no puedo aparecer cuando lo desee, debo mantenerme oculto. No es bueno para mi trabajo presentarme frente a ellas cada vez que me apetezca hablar con Kristel —manifestó con cierta aflicción.

—¿Cómo es Kristel? —decidió preguntarle tras deducir que esa joven se había metido en la cabeza de su hijo sin ella saberlo.

—Es... más o menos así de alta —describió colocando su mano por el hombro—. Su cabello es dorado, como si el sol se hubiera posado sobre su cabeza. Los ojos son tan claros como el cielo y sus caderas... voluptuosas.

—¿Es inteligente? Yo sé que a los hombres os fascina la apariencia física de una mujer, pero las madres nos preocupamos por lo que ocultan dentro de esas bonitas cabezas doradas —apuntó divertida.

—¿Qué piensas tú sobre las mujeres que leen? —espetó irónico.

—Que son muy listas y que pueden lograr todo aquello que se proponen —respondió altanera.

—Entonces, tú misma has respondido a la pregunta; Kristel es muy inteligente —expuso antes de reír.

—Podrías traerla cuando termines tu labor con el señor Reform. Estaré encantada de conocerla.

—¿Y tener tres mujeres que alaben lo buen hijo que soy? ¡Ni muerto! —expresó divertido mientras regresaba de nuevo junto a su madre—. No tardaré en venir. Si todo marcha según lo previsto, mi jornada acabará a las cinco.

—Que nadie toque ese cuerpo que tanto...

—*Me costó sacar de mis entrañas* —terminó Borshon la frase, le dio otro beso y, después de informarle a Giselle donde se encontraría por si hubiese algún contratiempo, salió de su hogar para dirigirse hacia Kew Gardens y continuar con su labor de proteger a más mujeres.

## Capítulo X



—¿Estás feliz? ¿Has disfrutado? —preguntó Valeria a Kristel cuando dejó, después de dos horas de incansable lectura, el libro sobre la manta.

—Esto es maravilloso —respondió mediante un largo suspiro—. El sol brilla, los pájaros cantan a nuestro alrededor, respiramos aire puro, e incluso hemos comido, aunque según comentan eso ralentiza nuestra mente... Parecemos dos damas de la alta sociedad disfrutando de un magnífico día soleado sin preocuparnos de cómo viviremos el mañana.

—Cuando finalice el pago de la granja, podremos hacer un picnic cada vez que se nos antoje —comentó Valeria empaquetando las sobras del almuerzo—. No nos hará falta un carruaje para desplazarnos, bastará con salir de nuestro hogar y extender las mantas sobre la hierba que nacerá en el campo.

—¿No necesitaremos otro señor Mayer para una jornada semejante? —espetó aguda—. ¿Qué será de tus hermanos sin la figura de un profesor que les explique qué semillas son las apropiadas para cultivar? —agregó con el mismo tono.

—Mucho me temo que lo despediré —respondió exhibiendo en su semblante más placer que angustia—. Tendrá que buscarse a otra mujer desesperada por la educación de sus hermanos.

—¿Qué tragedia! —exclamó dramática Kristel—. ¿Y qué harán esos chicos sin una figura masculina? ¿Terminarán malcriados? ¿Destruiremos su masculinidad? Deberías pensar sobre eso, Valeria. De ti depende la hombría de Martin y Philip —prosiguió mordaz.

Apoyó la mano derecha sobre la manta y empezó a incorporarse. Según advertía, su amiga ya había dado por concluida la jornada campestre. Miró hacia el lugar por donde debían aparecer los niños con el profesor y no los halló. ¿Qué pretendía hacer mientras regresaban?

—Mucho me temo que estás pensando en dar un paseo... —refunfuñó Kristel.

—No podemos permanecer toda la mañana sentadas —comentó sin mirarla. No le hacía falta verlo para saber que había fruncido el ceño. No le gustaba pasear, pero a ella no le agradaba mantenerse quieta durante tantas horas.

—Pero yo puedo hacerlo mientras tú caminas por los alrededores. Te vigilaré desde la distancia.

—No es apropiado que dos hermosas mujeres se hallen solas en mitad de este grandísimo jardín. Cualquiera hombre podría asaltarnos y mancillar nuestra honra —añadió divertida.

—Seguro que mi honor quedará intacto cuando descubran el movimiento de mis caderas —manifestó palmeándose la falda de su vestido.

—¿Movimiento de caderas? —soltó suspicaz Valeria—. ¿Ya no la denominas cojera?

Kristel se sonrojó con rapidez. ¿Cómo había sido tan despistada para expresar una tontería semejante? ¿Movimiento de caderas? ¿Solo Borshon había definido de esa forma su imperfección? ¿Por qué utilizó sus palabras? ¿Por qué se ruborizaba como si fuera una chiquilla al recordar qué sintió al declararle tal insolencia?

—Desde un tiempo atrás he dejado de martirizarme por no andar como los demás —respondió mirando a todos los lados menos a su amiga—. Estoy cansada de sufrir y solo pretendo acomodarme al cuerpo con el que moriré.

«Perdone mi osadía, señorita Griffit, pero esos movimientos de cadera me han dejado tan hipnotizado que no puedo apartar mis ojos». Recordó Kristel las palabras del señor Hill mientras ese color rojo que había aparecido en su rostro se intensificaba.

—Me parece una decisión brillante. Nadie es perfecto, aunque muchos tengan un ego tan grande que sean incapaces de apreciar sus defectos.

—Como el señor Mayer... —agregó Kristel mientras se arreglaba el recogido de su pelo.

—¡Y como tantos otros! —respondió Valeria—. Los hombres olvidan que

han nacido del vientre de una mujer y se creen hijos del mismísimo Dios.

—El señor Reform... ¿también tiene defectos? Según has comentado es alto, posee una figura vigorosa y sus ojos son... —hizo alusión a él al recordar que, gracias a las ganancias que Valeria tenía en el club, podrían disfrutar de la vida de la que hablaba su amiga.

—¡Ese arrogante descarado es el más imperfecto de todos! —tronó airada.

—Valeria... —susurró Kristel al advertir la irritación que había provocado en su amiga al nombrarlo. ¿Por qué se comportaba de ese modo? ¿Por qué se apoderaba de ella una ira tan ingente?

—Camina por su club como si nadie pudiera hacerle sombra. Es cierto que su altura es difícil de igualar, pero... ¡es tan mortal como todos los que aparecemos en ese maldito lugar! —clamó desesperada.

Con esa cólera despertada al recordar cómo actuó ante ella, cómo había rechazado pagar su deuda y cómo se había aproximado con tanta desfachatez, Valeria sacudió la manta, donde habían permanecido sentadas, con más intensidad de la necesaria.

—El señor Hill también es muy alto —intercedió con sutilidad para contrarrestar, si podía, esa furia que Valeria expresaba en su mirada.

—Sí, pero su cabello es rubio, en cambio el del señor Reform es oscuro, tan oscuro como su alma.

—¿Y sus ojos? —quiso saber Kristel.

De todas las conversaciones que habían mantenido sobre el dueño del club, era la primera vez que hablaba de su aspecto físico. Hasta el momento, y después de muchos meses visitando aquel local, no le había comentado ni si tenía cinco dedos en cada mano, solo gruñía al describir la actitud déspota que mostraba a los demás.

—¿Sus ojos? —tronó—. ¿Cómo crees que puede tener un hombre tan perverso sus ojos? ¡Oscuros! Todo en él es oscuro, salvo los chalecos y las camisas de sus trajes, que, por mucho que intenten ofrecerle una imagen divina, lo endemonian aún más.

—Pensé que era un hombre apuesto por cómo lo han descrito alguna vez

las mujeres en el mercado —señaló Kristel sin apartar los ojos de Valeria.

¿Por qué estaba tan irritada? ¿Por hablar del señor Reform? ¿No le había comentado que apenas interactuaba con los clientes de su club? Pues la conducta que ofrecía en ese momento expresaba lo contrario. ¿De verdad que no hablaron ni una sola vez? ¿No coincidieron ni un solo segundo durante tantas semanas?

—¡Las mujeres idealizan a los hombres acaudalados! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. Te prometo que no es tan atractivo.

—Ah, ¿no? —espetó enarcando las cejas.

—No. —Y zanjó el tema girándose sobre sí misma, barriendo el suelo que tocaba el vestido al hacer ese giro tan brusco—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó Kristel mirando hacia donde ella señalaba.

—¿Ese pequeño grupo de mujeres? ¿Qué estarán haciendo?

—Será una expedición que ha salido del botánico. Si el señor Mayer no se equivoca esta vez, el Kew Gardens es uno de los lugares más bellos de Londres y todo londinense que se precie de serlo no dudará en visitar un paraje tan importante de la ciudad —comentó Kristel.

—¿Y por qué la gente pasa por su lado y las mira como si fueran un grupo de brujas alrededor de un caldero de agua hirviendo? —preguntó intrigada—. ¿No te parece que intentan alejarse de ellas? Fíjate en esa pareja. —Señaló inapropiadamente con la mano—. El hombre ha agarrado a la mujer como si quisiera protegerla.

—¿Quieres que nos acerquemos para averiguar qué sucede? —la animó—. Pero debemos mantenernos distantes, no podemos involucrarnos en ningún problema.

—¡Por supuesto! Permaneceremos alejadas porque, si son brujas, podrían lanzarnos un hechizo —comentó irónica Valeria mientras le ofrecía el brazo a su amiga.

—Al señor Mayer no le agrada que nos acerquemos —comentó Kristel dibujando una enorme sonrisa en su rostro—. Puede que hasta nos impida subir al carruaje por si estamos bajo un conjuro...

—¡Al infierno con ese hombre! —exclamó sin minimizar el enfado que le

había causado hablar del señor Reform y mentirle a su amiga sobre el físico del hombre. Por mucho que le irritaba, por mucho que intentara decirse a sí misma que era un monstruo, la verdad era bien distinta. Hasta el momento, no había encontrado un hombre tan atractivo y seductor como él—. ¡Soy libre para hacer lo que me plazca!

Y después de esa expresión rebelde, las dos se dirigieron hacia ese grupo de mujeres que proclamaban sus derechos frente a las miradas reprobatorias incluso de sus homónimas.



—Mantengámonos distantes —comentó Borshon al agente que lo acompañaba—. Solo actuaremos si observamos que hay problemas.

—¿Problemas? —espetó su compañero enarcando las cejas—. ¿Acaso eso no es un problema? ¡Deberían estar en sus hogares, limpiando y tejiendo! —opinó.

—No voy a discutir esa idea, aunque imagino que su esposa será muy feliz bajo la protección de un hombre tan... determinante —comentó Hill mordiéndose la lengua.

—¡Por supuesto! Endether es la esposa más feliz de Londres. Cada vez que regreso a mi hogar, ella acude a recibirme de manera cariñosa y dulce. Solo lamenta que algún día su querido marido no regrese al hogar con vida. Como bien sabe, es muy duro ser un buen agente... —expuso mirando con cierta repugnancia a las mujeres que, de manera pacífica, hablaban entre ellas.

—Mucho me temo que nada podrá consolarla si llegara ese día... —apuntó sarcástico.

Durante un tiempo, los dos se quedaron inmóviles bajo la sombra de un gran árbol. Tal como le había prometido a su madre, no actuaría a excepción de que ellas estuvieran en peligro y, según transcurría la jornada, nada parecía alterarlas. Borshon echó un breve vistazo por la zona, para confirmar que todo estaba en orden. Había muchas parejas sentadas sobre la hierba, disfrutando de un magnífico día de picnic. Algunos niños correteaban felices acompañados de sus cuidadoras o de alguna madre desesperada al no cesar la

energía de estos. De repente, escuchó el característico sonido que realizaba un carruaje, se giró hacia donde procedía y entornó sus ojos con recelo. No era habitual que los vehículos se acercaran tanto al lugar donde se encontraban y, salvo que fuera alguien de la nobleza, no se les permitía el paso. Sin embargo, el emblema que mostraba en la parte inferior no albergaba ninguna duda de quién evadía la orden. Con el ceño fruncido y con unas enormes ganas de arrestar a quien se dirigía hacia ellos, Borshon adoptó la postura de un severo agente de la ley. Aunque esa seriedad desapareció en el mismo momento en el que el señor Berwin asomó su anciano rostro por la ventanilla.

—¡Señor Hill! ¡Me alegro de verlo! —exclamó con efusividad el ayudante.

—Señor Berwin... —lo saludó una vez que llegó hasta la puerta del vehículo—. ¿Me buscaba?

—No —comentó abriendo la puerta para bajarse—. Solo me he acercado para saludarle al descubrir que era usted.

—No es una zona apropiada para transitar —le informó dando un paso hacia atrás y cuidando de que el anciano no tropezara al bajar las escalerillas.

—Lo sé, pero es el mejor lugar para agilizar mi trabajo. He de visitar al señor Copherfill, el sastre del señor Reform.

—¿Sastre? —espetó Borshon, aceptando el saludo del Berwin.

—El señor Reform me ha ordenado que le confeccionen un nuevo traje para la jornada del martes, esa que le insistió realizar —dijo con sarcasmo—. Se ha puesto tan nervioso que no acepta lucir uno de los cientos que guarda en sus armarios.

Hill sonrió al escucharlo. Por supuesto que sabía el motivo por lo que Reform estaba tan intranquilo y no tenía nada que ver con la jornada del martes, sino con Valeria. Estaría padeciendo un verdadero calvario intentando imaginar qué aspecto tendría vestida de mujer y a cuántos hombres tendría que apartar de su lado.

—¿Cómo se han tomado las mujeres la decisión de librar un día? —quiso saber mientras se cruzaba de brazos y adoptaba una postura demasiado informal para un hombre que representaba la ley y el orden e iba vestido como tal.

—¡Están encantadas! —exclamó—. Nunca fui testigo de tanto revoloteo en un gallinero, pero he de confesarle que sigue sin agradarme esa idea.

—¿Por qué motivo? ¿No le ha parecido interesante que, por primera vez, el club deje pasar a mujeres que no empleen su cuerpo para atraer a los hombres?

—No se trata de eso, señor Hill. Soy el mayor de cuatro hermanas y le confieso que me resultó agradable ese cambio de actitud. Sin embargo, desde que descubrieron que tendrían un día para hacer todo aquello que les antojase y que no perderán ni un solo penique, mi trabajo se ha triplicado. Todas han comenzado a pedirme favores como si no hubiese nadie más en el mundo, salvo mi persona, para ayudarlas. ¡Hasta me han dado dinero para que les compre lencería nueva! —dijo horrorizado—. ¿Sabe usted lo incómodo que me he encontrado cuando he tenido que explicarle a la dependienta que necesitaba un corsé de color verde esmeralda? La pobre empleada ha parpadeado varias veces...

—Lo siento... —comentó divertido Borshon—. Pero no se preocupe, después de la velada del martes, todo volverá a la normalidad.

—Eso espero... —exhaló el anciano.

—Señor Hill —le llamó la atención su compañero—, creo que se acerca ese problema que anunció.

—He de marcharme, tiene trabajo que atender... —comentó Berwin.

—No se marche todavía. Quiero que me diga dónde puedo...

—¡Santo Dios! —exclamó el anciano horrorizado—. ¿Cómo se puede ser tan cruel?

Ante la expresión de asombro de Berwin, Borshon decidió mirar hacia el lugar que este observaba, que era el mismo que le indicó su compañero. Cuando sus ojos se clavaron en aquella zona, notó cómo un rayo atravesaba su cuerpo. Era despreciable. Pese a la distancia, distinguió la figura de un hombre acompañado por dos muchachos. Este gritaba y zarandeaba a una mujer rubia. Las otras dos, de color moreno, pedían a viva voz que la soltara. Conteniendo la respiración, caminó despacio hacia ellos. Pero ese paso seguro y lento se tornó en unas zancadas largas y rápidas al descubrir, tras acortar esa distancia, que la mujer a quien zarandeaban era Kristel. ¿Qué había

pasado? ¿Quién era aquel hombre que la agredía? ¿Cómo se atrevía a hacerle tal cosa?

—¡Por el amor de Dios! —clamó el anciano que, ante esa situación, siguió los pasos del agente.



—¡Sabía que nos causaría problemas! —gritó Mayer cogiendo inapropiadamente la muñeca de Kristel para que con la presión abriese la mano y se desprendiera de lo que tenía en ella.

—¡Suéltela! —pidió Valeria—. ¡Ella no ha hecho nada!

—¿Nada? Es usted demasiado piadosa, señorita Giesler, y no es capaz de ver lo que esta mujer acaba de hacer. Como ya le he advertido en varias ocasiones, no es digna de su admiración.

—Solo he cogido lo que me ha ofrecido ella—murmuró Kristel con una mezcla de miedo y vergüenza.

Era la primera vez que alguien osaba comportarse de esa forma tan violenta delante de tanta gente. Miró a Valeria suplicándole auxilio, pero su amiga estaba tan paralizada como ella. ¿Por qué había perdido la cordura el señor Mayer? ¿Tan enfadado se sentía o tal vez exageraba su irascibilidad para que Valeria admitiese que no era una persona adecuada para ella?

—Señor, mi nombre es Sophia Jane Craine y le ordeno que la suelte —intercedió la mujer a la que hacía referencia Kristel.

—¿Es usted una condesa, una duquesa o la hija de un rey? —soltó furioso.

—No —respondió Sophia quien, asombrada ante tanta crueldad, apartó a su pequeña Emmeline de su lado.

—¿Cómo puede perturbar la mente de esta señorita? —se encaró hacia quien le había hablado, señalando con su mirada a Valeria.

—¿Pedir nuestros derechos lo denomina perturbar la mente? —le increpó Sophia.

—¡Suélteme! —pidió Kristel que notaba cierto dolor en su mano—. Se lo

suplico, libéreme de una vez.

—Solo ha traído desgracias —refunfuñó Mayer que se volvió hacia ella sin soltarla—. Usted solo quiere destruir la vida de la señorita Giesler. No tiene suficiente con su deterioro, ¿verdad? ¿También quiere quebrar la de una mujer cándida y bondadosa?

Justo cuando las lágrimas de Kristel mojaron su rostro, el sol se ocultó. Una enorme sombra los resguardó de esos rayos solares. Despacio, levantó su mirada y se quedó tan petrificada que no pudo ni respirar. Allí, frente a ella, aparecía la gran figura de Borshon ataviado con ese traje oscuro que lucían los agentes. Pero lo que la dejó tan absorta no fue la imagen que ofrecía con el austero uniforme, sino la expresión de su rostro. ¿Por qué le daba la impresión que estaba a punto de aniquilar al señor Mayer?

—Suéltela ahora mismo —le ordenó con una voz tan ruda que sobresaltó tanto a las dos mujeres, que dieron varios pasos hacia atrás.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Mayer como si frente a él se hallara su salvador—. Tiene usted que arrestar a estas mujeres —indicó tras soltar a Kristel—. Han perturbado la mente de la señorita Giesler —añadió acercándose a Valeria como si quisiera consolarla. Pero cuando esta notó las manos sobre sus hombros, se sacudió como si le sobrevolara una avispa.

—Enséñeme la muñeca —le pidió tras acercarse a ella.

—Señor Hill... —murmuró Kristel agachando la mirada para que él no pudiera ver sus lágrimas.

—Señorita Griffit, muéstreme su muñeca —repitió Borshon con severidad. Al ver que era incapaz de moverse, se acercó tanto que apenas podía pasar el aire entre ellos—. Kristel —le dijo con una ternura impropia en un hombre con los ojos inyectados en sangre por la cólera—, enséñeme su muñeca, por favor.

—No le he hecho daño —soltó Mayer con rapidez—. He intentado apartarla de esa mujer. —Señaló a Sophia.

—Se alza la manga o lo hago yo mismo —habló con una combinación extraña entre ternura y mandato—. Usted decide.

Lentamente y sin poder mirarlo, Kristel se desabrochó el botón y fue subiendo la tela hasta el codo. Al dejar a la vista esa rojez que el apretón de la

mano del señor Mayer le había producido, Borshon posó las yemas de la mano derecha sobre la señal y la acarició como si intentara calmar su dolencia.

—Por favor... —le rogó ella deduciendo qué planeaba—. No le haga nada...

—¿Qué no le haga nada? —gruñó apretando los dientes e intentando buscar la razón por la que intentaba protegerlo—. ¿Cree que me quedaré impasible después de lo que le ha hecho? ¿Es su marido? ¿Pretendiente? ¿Su hermano, quizá?

—No —respondió levantando el rostro para reforzar con su mirada la negación.

—Entonces... no ha debido tocarla —tronó mientras se giraba hacia el señor Mayer y reducía la distancia entre ellos.

—¡No! —exclamó ella. Alargó la mano para detenerlo; sin embargo, pese a tener un cuerpo grande, Borshon fue tan ágil y rápido que antes de poder tocarlo ya se había colocado frente al señor Mayer.

—Discúlpese —declaró clavando esos ojos tornados en rojos por la ira.

—No lo haré —soltó Mayer—. Se lo merecía. Ha incitado a la señorita...

—Discúlpese o corra... —gruñó.

—¿Por qué he de correr? ¡No he hecho nada malo! —vociferó—. Tan solo he protegido a una mujer indefensa —explicó mirando a Valeria que había acogido a los muchachos entre sus brazos.

—Corra como un galgo si no quiere que encuentren su cadáver flotando sobre el Támesis —manifestó entornando sus ojos y exhibiendo una sonrisa tan maligna que dejó sin aliento a las mujeres.

—¿Es una amenaza? —preguntó el profesor levantando el pecho.

—Yo no amenazo, yo aconsejo.

—Pues yo le voy aconsejar a usted. ¡Arreste a esa malnacida!

Y después de escuchar cómo la insultaba, Borshon liberó a esa bestia que guardaba en su interior.

—¡Virgen santa! —exclamó Berwin al ver la escena.

—Deberían existir más hombres como él —apuntó Sophie sonriente.

—¡Señor Hill! —exclamó Kristel desesperada—. ¡Pare, por favor!

Pero Borshon estaba tan endiablado que no escuchaba los ruegos de ella. Solo cuando notó su presencia detrás de él, tocándole con suavidad la espalda, dejó de golpear el rostro de aquel insolente.

—No vuelva a mirarla, no vuelva a acercarse a ella y si se la encuentra en su camino, cambie de sentido. Como descubra que no ha cumplido mis órdenes, lo buscaré y le aseguro que la próxima vez nadie podrá auxiliarme —dijo abriendo la mano con la que agarraba el cuello de la camisa.

Aturdido e intentando frenar la sangre que brotaba de su nariz, Mayer buscó con la mirada a Valeria, quien posaba sus manos sobre la boca y lo miraba asustada. De repente, esa furia que recorría su cuerpo desapareció. Quizá no habría salido bien parado ante tal agresión, pero si no erraba, la señorita Giesler, preocupada por sus heridas, regresaría con él al hogar para cuidarlo. Tal vez había llegado el momento que tanto había esperado, aunque nunca imaginó que alcanzaría su objetivo poniendo en peligro su integridad física.

—Regresemos —dijo al tiempo que empezaba a dirigirse hacia donde permanecía su carruaje—. Mucho me temo que necesitaré un médico, o el cuidado de una persona bondadosa.

Pero cuando había dado algo más de cinco pasos, advirtió con sorpresa que nadie le acompañaba.

—Señorita Giesler... —murmuró al girarse y descubrir que aún continuaba abrazada a sus hermanos.

—No regresaremos con usted —comentó con firmeza—. Se ha comportado como un bellaco. Nunca había presenciado semejante actitud.

—Lo he hecho para protegerla. Esa mujer no es apropiada para usted. Se lo he comentado en multitud de ocasiones. Si quiere convertirse en una señora respetable, debe alejarse de ella lo antes posible —declaró con la esperanza de que sus palabras conmovieran a Valeria—. Como ha podido observar, solo se codea con hombres tan irracionales como ella...

—Señor Hill, por favor... —murmuró Kristel cogiéndole con fuerza el brazo al ver cómo daba un paso hacia delante.

—Es usted quien no es apropiado, señor Mayer —soltó Valeria atrayendo a sus hermanos hacia ella con más fuerza—. Debí hacerlo antes, debí echarle a patadas cuando le hablaba de ese modo. ¡Es usted un monstruo! —gritó dejando que las lágrimas que sujetaban las cuencas de los párpados, fluyeran.

—¿Un monstruo? —espetó abriendo los ojos como platos—. ¿Cómo puede dirigirse a mí de ese modo? ¿Ha olvidado lo que he hecho por usted y por sus hermanos durante este año?

—No lo olvidaré jamás —decretó Valeria.

—Entonces, sea racional y acompañeme. Sus hermanos no podrán sobrevivir con lo que usted le ofrece. Yo puedo sacarle de la miseria en la que vive —confesó.

—Prefiero rodar por esa miseria a convertirme en una mujer desgraciada —repuso.

—¿Es su última palabra? —preguntó con voz exigente y autoritaria.

—Lo es —afirmó con solemnidad.

—Usted sabrá a qué se enfrenta..., pero no vuelva a pedirme ayuda. Mis puertas estarán cerradas —manifestó volviéndose sobre sí mismo y caminando erguido hacia el carruaje.

—Señorita Giesler —intervino Sophie—, ha tomado la mejor elección.

—Gracias... —le comentó después de mirarla.

—¿Quiere que mi carruaje les lleve a su hogar? —preguntó ella.

—¿Ha venido en su carruaje? —solicitó Borshon a la señorita Griffit, quien todavía no había apartado su mano del fuerte brazo.

—Sí —le respondió.

—¿Ha permitido que se rebaje de esa forma para poder disfrutar de un día de picnic? —le reprochó a Valeria—. ¿Y usted se proclama amiga suya?

—Señor Hill..., Borshon —susurró de nuevo Kristel—. Ella no tiene la culpa, fui yo quien insistió en venir. Los niños...

—Señor Berwin —llamó al anciano sin apartar los ojos de Kristel—. ¿Podrían viajar en su carruaje?

—¡Por supuesto! Hay espacio de sobra para los cinco —dijo Berwin extendiendo los brazos hacia los niños.

—Gracias por su intervención —dijo Sophie adelantándose hacia el agente para ofrecerle la mano.

—Señora Goulden —le respondió aceptando esa despedida tan masculina —, espero que no se encuentre en más situaciones como la vivida.

—Si ocurre, ya sabré a quién he de acudir. Buenos días —alegó antes de regresar con el grupo de mujeres que habían contenido la respiración desde que Mayer zarandeó el cuerpo de Kristel.

—¡Vamos, caballeros! —le dijo Berwin a los niños—. ¡Pasen y siéntanse!

—Señor Hill... —comentó Valeria acercándose a su amiga y al agente—. Le agradezco su ofrecimiento, pero no podemos aceptarlo. Es mejor que regresemos a nuestro hogar a pie.

En ese instante, la mente de Borshon, algo más sosegada, buscó el motivo por el que ella rechazaba su propuesta. Desde donde se encontraban hasta Brick Lane había más de dos horas caminando. «¡Maldita sea!», se dijo. Ella conocía al señor Berwin. Lo habría visto en el club cada vez que lo visitaba y, por supuesto, era tan inteligente que estaba buscando la razón por el que un agente y el secretario de la persona a quien engañaba disfrazándose de hombre, se conocían y se hablaban con tanta amabilidad.

—El señor Berwin es un hombre respetable —expuso—. Sirve al señor Reform, el dueño del club de caballeros que he de proteger el martes por la noche. Le puedo jurar por mi honor que no les sucederá nada. ¿Verdad, señor Berwin? —preguntó sin mirarlo.

—¡Por supuesto! Soy un hombre muy leal... —dijo sin saber qué ocurría, pero teniendo la corazonada de que debía afirmar lo que el agente le indicaba.

—¿Por qué necesita de su protección? —intervino Kristel para apaciguar esa intranquilidad que notaba en Valeria.

Borshon era un buen hombre, lo había demostrado no solo con Mayer, sino también en el mercado. Y, por muchas conjeturas que su amiga hiciese sobre él, cada vez que el destino los cruzara, lo recibiría con los brazos abiertos.

—Quiere dejar pasar a las mujeres esa noche —explicó volviendo la

mirada hacia Kristel—. Así que necesita mi fuerza para apaciguar cualquier incidente que surja.

—¿Las mujeres podrán jugar o solo se pasearán para alentar a los jugadores masculinos? —soltó Valeria mordaz.

—Podrán jugar y llevarse aquello que ganen, siempre que lo hagan sin ningún tipo de patrañas —expuso guardando para sí la satisfacción que sentía al descubrir que acababa de verter la miel. Ahora solo le quedaba que la abeja reina revoloteara sobre ella—. ¿Podrá asistir? ¿Vendrá al club? —le preguntó a Kristel—. Tal vez necesite una mujer que vele mi espalda.

—No lo creo... —comentó agachando la cabeza—. Habrá mucha gente y no podré sentarme... Además, no tengo un vestido para... —intentó excusarse con el primer motivo que las señoritas solían ofrecer para que los hombres abandonaran la idea de cortejarlas.

—Eso no será ningún problema. Además, está de suerte. El señor Berwin, antes de este horrendo episodio, me informaba sobre su visita a un buen sastre —explicó aguantándose las ganas de abrazar a Kristel y reconfortarla—. Seguro que conoce alguna modista que confeccione vestidos con rapidez.

—Borshon... —murmuró para que Valeria no escuchara el timbre de voz que ponía al hablarle como dos personas que mantienen una relación íntima—, no puedo aceptarlo. Yo...

—Kristel... —le respondió cogiéndola de las manos—. Lo aceptará porque, tal como le he dicho, necesitaré a una mujer que cuide mis espaldas. ¿Sabe la cantidad de sillas que se han roto en ella? No quiero que mi madre me regañe por llegar herido... —perseveró hablándole con un tono tan cariñoso que todas las excusas que había meditado desaparecieron.

—Es usted muy tenaz... —dijo dibujando una leve sonrisa.

—No se imagina cuánto —confesó antes de dirigir esas manos hacia la boca para besarlas.

Tras ese acto descarado y al que Kristel ya empezaba a acostumbrarse, la condujo hacia el carruaje bajo la atenta mirada de Valeria. Con la fortaleza de una mano, alzó y cuidó de que ella no tropezara con el escalón.

—¡Así se hace! —exclamó Martin.

—Eso no vale, él es un hombre muy fuerte... —se defendió Philip.

—Señor Berwin, que ambas señoritas visiten una modista eficiente. Necesitan un vestido nuevo para acudir a esa velada en el club.

—¿Serán sus invitadas? —preguntó dibujando una amplia sonrisa.

—Lo serán —afirmó solemne.

—Perfecto —respondió acomodándose en el asiento que había al lado de la ventanilla.

—Páguele a la modista lo que le pida —indicó en voz baja—. Y, cuando llegue al club, le dice al señor Reform que la señorita Giesler y la señorita Griffit serán mis invitadas.

—¿Ha de saberlo? —espetó Berwin con cierta expectación—. No creo que le interese averiguar nada sobre ellas.

—Cuando observe la expresión que el señor Reform muestre al escuchar los apellidos, sabrá por qué lo digo.

—Entonces... imagino que los vestidos irán a la cuenta de mi señor, ¿cierto?

—Y los pagará con muchísimo gusto... —respondió antes de cerrar la puerta.

Después de que el cochero emprendiera el camino y de que su respiración se normalizara, caminó hacia donde se encontraba su compañero, que no había movido ni una sola pestaña al contemplar la demencial actuación.

—Todo lo que ha visto aquí no ha sucedido. Si sale por su boca algo referente a este día, su querida Endether verá cumplida esa pesadilla a la que hizo referencia, ¿entendido?

—Sí, señor Hill.

Borshon se colocó el sombrero y continuó velando por la seguridad de aquellas mujeres.

# Capítulo XI



—¿Cómo dice? —preguntó Trevor a viva voz tras ser informado que los vestidos de las señoritas se añadieron a su cuenta.

—Fue el señor Hill quien me ordenó esa locura —expuso moviéndose de un lado para otro, inquieto—. Le prometo que me opuse con tenacidad a tal propósito y, pese a ser un hombre muy débil, luché con mi verborrea para que cambiara de opinión. Pero fue imposible convencerle... —expuso exagerando lo que sucedió para que Reform entendiera que él solo había sido un mero lacayo.

—¿Cómo se ha tomado esas libertades? ¿Cómo ha sido capaz de utilizar mi nombre para un acto semejante? —gritó agitado—. ¡Se lo descontaré de su sueldo!

—¿Del mío? —soltó Berwin parándose en seco y abriendo los ojos como platos—. Le recuerdo que ha sido idea del señor Hill... —añadió para que entrara en razón. Sin embargo, esa postura rígida, ese cuello estirado como una jirafa, le daban a entender que nada despertaría el sentimiento de piedad en aquel hombre.

Reform se giró sobre sus pies y miró hacia la calle. ¿Por qué había actuado Borshon de esa manera? ¿Quiénes eran aquellas muchachas? ¿Al final no era tan sensato como creía? ¿Qué le había conducido a realizar tal desfachatez sin tan siquiera consultárselo? ¿Seguiría, en el futuro, anteponiéndose a sus mandatos hasta que finalizara la labor de proteger a Valeria? Se llevó la mano derecha hacia la barbilla y se la acarició. Tendría que despedirlo... Después de la velada del martes, cuando él pudiera acercarse a ella y hablar con la verdadera mujer, le pagaría lo acordado y daría por terminado ese compromiso. Ya no le haría falta protegerla porque, una vez que la tuviese en sus brazos, él mismo lo haría.

—Usted no fue testigo de cómo disfrutaron esas muchachas y de la

algarabía que formaron los niños al verlas cambiarse de prendas. Parecía que estaban viviendo la víspera de Navidad... —expuso el secretario buscando alcanzar la piedad en aquel frío corazón.

—¿Niños? ¿También he pagado los trajes de unos niños? —espetó volviéndose hacia Berwin—. ¡Ahora entiendo esta cuantía! —gritó moviendo la factura que le había hecho llegar.

—¡No! —contestó con rapidez, acentuando su negativa con un leve movimiento de manos—. Solo a ellas.

—Y... ¿cómo se llaman esas mujeres? Si les he pagado unos costosos vestidos merezco, por lo menos, averiguar qué nombres poseen —exigió saber mientras lanzaba el papel sobre la mesa y apartaba el sillón para tomar asiento.

Nunca había ofrecido regalos a unas desconocidas. ¡Él no era el benefactor de ninguna mujer! Además, ese tipo de actos los realizaba solo y exclusivamente para sus amantes y, claro está, jamás sobrepasaba una liquidez de cincuenta libras. Pero aquellas muchachas habían duplicado la cuantía que destinaba para agradecer a sus concubinas. ¿Quiénes se creían que eran, damas de la alta sociedad?

—¿No se lo he dicho? ¡Menudo descuido! —indicó Berwin esperanzado—. El señor Hill hizo hincapié en que se lo comentara porque, según él, entendería la razón por la que ideó tal atrevimiento.

—El señor Hill tiene una visión distorsionada de lo que deseo y de lo que pretendo —refunfuñó al tiempo que se sentaba—. ¿Va a decirme de una vez por todas cómo se llaman? —vociferó.

—Señorita Griffit y señorita Giesler —declaró con rapidez al ver que el enfado del señor iba en aumento.

—¿Cómo ha dicho? —soltó quedándose pétreo al escuchar el apellido de Valeria.

—Señorita Griffit y señorita Giesler —repitió con cierto temor.

—¿Quién fue la agredida? —preguntó levantándose del asiento y colocando sus grandes manos sobre la mesa.

—La señorita Griffit —contestó en voz baja—. La otra muchacha fue quien

se negó a acompañar al agresor.

—¡Maldita sea! —exclamó dando una fuerte palmada sobre los papeles que había bajo sus manos.

—Señor Reform... —murmuró Berwin más asombrado que asustado.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba ese canalla?

—Si mis oídos no lo captaron erróneamente, Mayer —respondió con recelo.

—¿Hacia dónde se dirigió ese tal... Mayer? —exigió saber.

—No lo sé. Ese hombre se alejó maldiciendo a la mujer que rehusó marcharse con él —le aclaró sin mover ni un solo pie de la alfombra.

A Berwin no le agradaba la expresión de aquel rostro. Quería aparentar tranquilidad, pero la vena de su cuello, esa que aparecía cuando estaba a punto de estallar, palpitaba y se agrandaba.

—El señor Hill sabrá dónde encontrarlo... —No era una pregunta, Reform afirmaba que el agente descubriría en qué parte de Londres se escondía aquella comadreja, con la que ajustaría las pertinentes cuentas...

—La pobre muchacha escuchó cómo le gritaba que la puerta de ese miserable permanecería cerrada cuando le pidiese ayuda. Si me permite opinar, creo que el señor Hill le dio su merecido. ¡Nunca he visto un trato semejante hacia dos mujeres!

—Ese tal Mayer todavía no ha obtenido todo lo que buscaba... —murmuró acomodándose de nuevo en el asiento.

¿Qué era eso que escuchaba? ¿Sus latidos? ¿Tan enfadado se hallaba para oír por primera vez cómo su corazón palpitaba hasta quedar exhausto?

—Una vez que el señor Hill solventó la situación, ¿qué ocurrió? —preguntó algo más sosegado, aunque esas ganas de agarrar el cuello de aquel insolente no habían desaparecido ni tampoco se habían ralentizado sus latidos.

—Pues tal como le he dicho antes, las llevé hasta la modista para que eligieran unos vestidos.

—¿Por qué escogió el señor Hill tal alternativa?

—¿Tampoco se lo he dicho? —espetó desconcertado Berwin—. Creo que el miedo no me ha dejado hablar con elocuencia... —se excusó.

—Pues tome asiento y comience desde el principio —le invitó.

—¿Disculpe? —preguntó sorprendido el anciano.

—Que tome asiento —repitió apretando los dientes.

Desconcertado, el secretario se sentó y comenzó a describirle, otra vez, la historia de las mujeres. En esta ocasión, algo más relajado al saber que no gritaría cuando le informara que él subvencionó los costosos vestidos, fue más conciso. Le explicó cómo Mayer agarró la mano a la señorita Griffit y cómo su amiga no dejaba de llorar, también le narró la manera protectora y cariñosa que ella mostró al abrazar a sus hermanos, sorprendidos y asustados, al presenciar tal escena. No olvidó ningún detalle sobre la actuación del agente y sonrió de placer al describirle cómo el descarado se marchó sangrando y ofuscado porque la señorita Giesler no le acompañaba.

—Sin ánimo de dar la impresión de haberme convertido en un demente tras lo sufrido, creo que el señor Hill tiene un interés especial por la señorita Griffit. Solo un hombre enamorado podría actuar de esa forma.

—¿De qué forma? —se interesó Reform que, tras la exposición, sentía una enorme punzada en el estómago por no haber acompañado a su secretario. Si lo hubiese hecho, la actuación de Hill se habría quedado ridícula...

—Se convirtió en un monstruo... Esa sed de venganza le nubló la mente... —aclaró sin dejar de mirar la vena del cuello de Reform que continuaba agrandándose.

—Cualquier hombre sensato actuaría de esa forma. Además, él es un agente del orden y, como tal, tendría que intervenir ante una situación de tal índole —intentó excusarlo.

—Allí había otro agente —añadió Berwin—, y no se movió del lugar de donde plantó los pies. Aunque tampoco hizo falta, el señor Hill...

—¡Basta de alabar sus barbaridades! —clamó levantándose del asiento de nuevo.

—Señor Reform... ¿por qué actúa de ese modo? Pienso que... —intentó decir.

—¿Cómo se comportó la señorita Giesler cuando subió al carruaje? —terció con rapidez de tema. No quería seguir pensando en esa actuación heroica del agente porque no quería imaginar, ni por un segundo, que Valeria sintiese la necesidad de agradecer a Borshon su salvajismo. ¡Era él quien debería haberle partido la nariz!

—Al principio actuó de manera esquivo... —prosiguió mientras Reform andaba de un lado a otro nervioso—. No permitía a sus hermanos que hablaran, ni que se moviesen de sus asientos. Pero cuando respondí a todas las preguntas que le pasaron por la cabeza, hasta sonrió y le puedo asegurar que es la sonrisa más hermosa que he visto en una mujer.

—¿Qué preguntó? —Trevor frenó su caminar y miró desafiante al anciano. ¿Sonrisa bonita? ¡Él sabía cómo sonreía y nadie, salvo él, debía apreciar la belleza de esos labios!

—Si el señor Hill y usted eran amigos, si trabajaban juntos, desde cuándo se conocían, qué hacía yo en el Kew Gardens, si nuestro encuentro fue casual o previsto, desde cuándo trabajo para usted... Le puedo asegurar que mi boca se quedó sin saliva después de responder. Esa mujer desconfiaba de todo. Aunque debe ser normal...

—¿Normal? —le interrumpió Trevor.

—Esa sangre española que tiene por parte de su madre...

—¿Hablaron de sus orígenes? —preguntó expulsando abruptamente el aire de sus pulmones.

—Cuando descubrieron que no poseo ninguna semejanza con el señor Mayer y que mi único deseo era hacerles olvidar el terrorífico episodio, las dos hablaron con tranquilidad sobre sus vidas —apuntó cruzándose de brazos, adoptando una actitud cómoda. No sabía el motivo por el que el señor Reform se interesaba por la señorita Giesler si, según creía, no la conocía. Pero descubrir que, por una vez, él tenía algo que tanto ansiaba su jefe, le ofreció ese as en la manga que le hizo degustar el sabor del poder—. Al principio pensé que los dos chicos eran hermanos de la señorita Griffit. Lo supuse porque sus cabellos son tan rubios como los de ella, pero la señorita Giesler me aclaró que su padre era alemán y su madre española. Según parece, ella se hizo cargo de los chicos cuando ambos progenitores murieron. Aunque auguro que, si Dios es piadoso con ellos, obtendrán esa vida que se merecen... —

reflexionó en voz alta.

—¿Por qué dice eso? —preguntó expectante.

—Porque la señorita Giesler me habló de sus planes futuros. Ella, la señorita Griffit y los muchachos se marcharán de Londres cuando reúnan la cuantía que necesitan para efectuar un último pago.

—¿Último pago? ¿Han comprado ya la...? —Reform enmudeció.

Debido a su desconcierto, al regreso de la ira y a esa inapropiada preocupación, casi desveló aquello que todavía deseaba mantener en secreto. Hasta que no hallase el motivo por el que no podía dejar de pensar en Valeria, no hablaría con nadie de ello. Además, ¿y si toda esa expectación por ella desaparecía el martes? Quizá lo que algunos hombres denominaban belleza él no lo nombraba así, puesto que en su lecho habían yacido mujeres de hermosura insuperable.

—¿Han comprado ya...? —repitió Berwin esperando a que terminara la frase.

—Me refiero a que si desean marcharse de Londres será porque tendrán otra vivienda adquirida —comentó mientras deslazaba el nudo de su corbata.

—Pues según explicaron sí que han dado una fianza, pero me aclaró, la propia señorita Giesler, que espera finalizar dicho pago cuando le salden una deuda—manifestó el secretario empatizando con la tristeza y la desesperación de las muchachas.

—¿Una deuda? —perseveró Trevor enarcando la ceja derecha.

—¿A que también le resulta inverosímil imaginarlo? —exclamó con más efusividad de la cuenta—. ¿Quién será el miserable que las retiene en una ciudad que odian? ¿Quién podría jugar con el sueño de dos mujeres tan bondadosas! ¡Ese hombre no tiene corazón!

—Sí, yo también me pregunto quién podrá ser ese miserable... —murmuró Reform con los labios apretados para no gritarle a Berwin que no debería insultar a una persona en su propia cara—. ¿Qué sucedió cuando las llevó a la modista? Estimo que la señora Lowel puso el grito en el cielo. —Condujo la conversación hacia otro tema que no le dejara en una posición tan mezquina.

—Sí, lo puso, pero no por cómo iban vestidas, sino por las prendas que

decidieron escoger en primer lugar —aclaró.

—¿Querían vestir como mendigas? —espetó regresando a su asiento.

—No, señor Reform. No mostrarían dicha imagen, pero ya sabe usted cómo dramatiza la modista al ver dos hermosas mujeres luciendo unas prendas tan austeras y afanándose en continuar con esa humilde presencia —apuntó sin apartar los ojos de Trevor.

—¿Y? —perseveró al tiempo que se servía una copa de agua.

—Al principio le pidieron que no fuera exigente, que no deseaban nada que llamase la atención, tan solo algo sencillo para acudir el martes al club —desveló.

—¿Vendrán? —soltó elevando las cejas y conteniendo esa felicidad que le ofrecía saber que Valeria acudiría tal como le había dicho Borshon.

—Por eso mismo fuimos a comprar los vestidos —explicó con resignación Berwin—. ¿Tampoco se lo había mencionado la primera vez que le he narrado la historia? Puede ser que no solo haya sufrido mi corazón esa barbarie...

—Céntrese en lo importante y no vuelva a indicarme la desesperación que han vivido antes de la aparición del señor Hill... —le instó malhumorado.

—Pues como le estaba contando antes de que me interrumpiera por enésima vez, ambas empezaron a buscar prendas de bajo coste. Pero cuando le expliqué a la señora Lowel que usted se encargaría de pagar la factura, fue incapaz de contener su emoción y se lo dijo a ellas.

—¿Qué hicieron? —quiso saber mientras se cruzaba de piernas.

—La señorita Griffit rehusó a tal obsequio, aunque las palabras de la señorita Giesler la alentaron para elegir entre aquellas que les ofreció nuevamente la dependienta —comentó con cierto recelo.

Pese a esa calma que exhibía, podía estallar en cualquier momento. El señor Reform no era muy dado a escuchar cómo se gastaban su fortuna y ni mucho menos unas desconocidas. Aunque se quedó sin habla cuando descubrió cómo sus grandes labios se alargaban para dibujar una sonrisa

—¿Y? —continuó preguntando sin eliminar esa sonrisa plácida surgida.

—Y añadieron a la cuenta algunos ornamentos que, según la señorita

Giesler, eran completamente necesarios para tal ocasión —declaró para que el grito que ofrecería cuando descubriera que, no solo le había regalado un par de vestidos, sino que también sombreros, chals, medias, zapatos e incluso un par de camisones de seda, no lo tumbara de la silla.

—Así que la señorita Giesler no rechazó esa propuesta... —dijo de manera reflexiva al tiempo que realizaba de nuevo el gesto de acariciarse la barbilla.

—No, señor, ella no la negó. Al contrario, creo que cuando escuchó su nombre le brillaron los ojos de forma...

—¿De forma? —perseveró Trevor expectante.

—Maligna —aclaró

—¿Maligna? —repitió asombrado.

—Sí, señor. Mucho me temo que la señorita Giesler ha leído algún noticiero en el que usted aparecía —indicó levantándose del asiento para ampliar la distancia entre los dos.

—Pero nadie puede hablar mal de mí. Habrá malinterpretado su forma de mirar... —señaló con soberbia—. Todas las noticias que he leído hasta el momento exaltan la calidad del club...

—Por supuesto, pero si no abandonara las lecturas para jactarse de esa fama, advertiría que, después de ensalzar la calidad de su local también hablan sobre usted y no suelen utilizar en esas crónicas adjetivos como bondadoso, compasivo, sereno o humanitario...

—¿Y qué usan en su lugar? ¿Afable, atento, cálido, benévolo? —increpó alzando el tono de su voz.

—Mucho me temo que áspero, desagradable, insociable, soberbio y la última palabra que leí, misántropo.

—¿Yo? ¿Cómo pueden describirme de esa forma tan errónea? ¿Acaso no son conscientes de lo que he hecho por esta ciudad? ¿Qué harían nuestros socios si no se relajaran jugando en las mesas, disfrutaran de nuestras mujeres o saciaran sus estómagos en el comedor?

—Quizá... ¿mantener una vida más familiar? ¿Centrarse en sus quehaceres diarios? ¿No esconderse cuando llegan a sus hogares ebrios por nuestro licor?

—enumeró como si lo hubiese ensayado.

—¿Y usted cree que la señorita Giesler cambió de opinión porque piensa que soy un monstruo y que, para redimir mis malas actitudes, fue imprescindible aceptar la ofrenda? —espetó a viva voz.

—En mi defensa he de decir que no puedo averiguar qué piensa ni ella ni ninguna mujer. Pero sí que observé cómo el rostro se le iluminó... peligrosamente —aclaró mientras agarraba el pomo de la puerta para salir.

—¡Está bien! —clamó al tiempo que tensó su espalda—. Si ella piensa que la mejor forma de librarme de mis *pecados* es realizando buenas obras, continuaré con ellas.

Berwin se quedó inmóvil, sus ojos no parpadeaban y notaba cómo el latido de su corazón se ralentizaba. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué se le había ocurrido hacer con esa muchacha? ¿Tenía que haberse inventado alguna excusa para protegerla?

—Señor Reform... —murmuró después de un breve silencio, uno que le indicaba que aquello que fuera a decirle no sería de su agrado.

—Usted sabe dónde viven, ¿verdad? —preguntó sin mirarlo.

—Yo mismo las acompañé hasta la puerta de su hogar —explicó.

—Pues hágale llegar una nota a la señorita Giesler informándole que tendrán a su disposición un carruaje para transportarlas hasta el club sanas y salvas.

—¿Perdone? ¿Quiere decir que...? ¿Desea...? —titubeó atónito.

—Me parece bien continuar con esas obras solidarias y... ¿qué mejor forma de perseverar mi cambio de actitud que velando por el bienestar de mis protegidas? ¿No le parece justo? ¿Qué hombre podría abandonar a su suerte unas mujeres ataviadas con esos vestidos tan costosos? Cualquier criminal podría deducir que son damas de la alta sociedad y... asaltarles —discurrió suspicaz.

—Entonces... ¿desea que les informe de su decisión? —bisbiseó el administrador.

—¡Exacto! Escríbale, ahora mismo, de su puño y letra una nota en la que... —se quedó callado al pasarle otra idea por la mente. Trevor sonrió de oreja a

oreja y caminó con paso lento hacia Berwin—. Para que no les quepa duda de que ha sido idea mía —comenzó a exponer—, yo mismo les escribiré dicha misiva.

—Puedo hacerlo yo, señor Reform. Buscaré las palabras adecuadas para... —intentó disuadirlo.

—Yo las buscaré —alegó girándose bruscamente sobre sí mismo. Se dirigió hacia su asiento, se sentó y cogió papel—. Vuelva dentro de media hora.

—De verdad que yo...

—¡Vuelva dentro de media hora! —clamó enfadado.

Berwin salió del despacho, cerró la puerta, se apoyó en ella y se persignó. El señor Hill había actuado de manera errónea. Pese a tener razón al indicarle que se calmaría al nombrar el apellido de las mujeres, había tomado una elección inapropiada. Reform conocía a la señorita Giesler, de eso no le cabía la menor duda. Sus ojos lo desvelaron al escuchar su nombre. Sin embargo, no fue felicidad lo que produjo en él sino intranquilidad. Un sentimiento recíproco, puesto que ella, tras oír el nombre de quién pagaría la factura, soltó por su boca todos aquellos adjetivos hirientes que él le había indicado en el despacho. Solo esperaba que ambos se relajasen y que para el martes toda esa ira se hubiera disipado porque, si no erraba en sus recuerdos, la última vez que observó esa mirada en el rostro de su jefe, tuvieron que cerrar el club durante una semana para reconstruir aquello que él mismo destruyó.

—Si me escucha, salve a esa pobre familia... No los deje en la miseria y protéjalos de todo el mal... —suplicó antes de respirar hondo y bajar las escaleras.

## Capítulo XII



—Esto ha sido un sueño... —suspiró Kristel una vez que cerró la puerta del hogar.

—Pues yo no opino igual —replicó Valeria depositando los paquetes sobre la mesa con brusquedad.

La ira aún permanecía latente en ella. Seguía sin dar crédito al cruel comportamiento de Mayer. No solo había agredido a Kristel delante de toda aquella gente, sino que después de esa horrible escena, pretendía que la abandonara y que se marchara con él. ¿Cómo pudo imaginar tal sandez? ¿De verdad pensó que se desentendería de ella, que dejaría todo para seguirle?

—¿Por qué no? —preguntó caminando hacia el tocador—. Hemos disfrutado de una preciosa mañana de picnic, el señor Mayer ha desaparecido de nuestras vidas y nos han regalado unos preciosos vestidos. ¿Eso no te parece maravilloso?

—¿Has borrado de tu mente lo que te hizo ese hombre? —espetó volviéndose hacia ella indignada.

—Completamente... —le respondió mientras introducía las manos en la palangana y se refrescaba el rostro.

—¡Pues no lo entiendo! —exclamó cruzándose de brazos—. Deberías estar enfadada, avergonzada y, según advierto, lo único que sientes es felicidad —le recriminó.

—Pienso que tía Kristel ha olvidado todo porque ese agente le dio una buena paliza —intervino Philip.

—Se la dio, ¿verdad? Vuestro profesor finalmente logró aquello que tanto ansiaba encontrar —respondió sin poder borrar una sonrisa placentera de su rostro.

—¡Oh, sí! —comentó el niño con demasiado entusiasmo—. Le dio un golpe, otro... —rememoró realizando con sus puños los mismos movimientos que Borshon—. Luego otro y...

—¡Basta! —gritó malhumorada Valeria—. ¡Ni se os ocurra hablar de lo ocurrido! —les ordenó a sus hermanos al tiempo que les señalaba con el dedo—. La actitud del señor Mayer fue horrible, pero el comportamiento de ese agente también. No debió adoptar esa compostura tan cruel.

—No lo fue —objetó Kristel—. El señor Hill actuó de manera correcta. Todo hombre que luce un uniforme como el suyo debe ejecutar la ley y él lo hizo de manera intachable.

—¿Eso piensas? ¿De verdad que exaltas tanta violencia? —exigió saber al tiempo que enarcaba las cejas y fijaba sus ojos en ella.

—Se lo merecía... —afirmó sin tan siquiera meditarlo una milésima de segundo—. Si él no hubiese aparecido, ¿crees que el señor Mayer se habría contentado con un simple apretón de muñeca? Te advertí que ese hombre nos traería problemas y lo ha hecho. Aunque después de tanto tiempo y de tantas charlas sobre él ya no sé si buscabas que esto sucediese.

—¿Qué insinúas? —dijo llevándose las manos al pecho y quedándose tan estupefacta, que notó cómo su corazón dejaba de latir—. ¿No pensarás que planeaba una aberración semejante? ¿De verdad crees que esperaría una agresión a tu persona para alejarlo de nosotros?

—Lo único de lo que soy consciente es de cómo me ha tratado durante este tiempo y cómo has excusado cada comentario o acto hiriente hacia mí —expuso mientras se dirigía hacia el paquete en el que permanecía envuelto su vestido nuevo.

—Lo he hecho por ellos... —declaró con pesar—. El señor Mayer ha sido el único profesor que se ha contentado con lo poco que podía ofrecerle y no ha mermado, en ningún momento, la calidad de sus clases. Martin ya sabe leer y escribir perfectamente y Philip se ha convertido en...

—No quiero reprocharte nada... —la interrumpió, sin poder apartar los ojos de la prenda—. Solo te hacía referencia a que el señor Mayer ha obtenido lo que se merecía —añadió antes de sacar el vestido y ponerlo frente a ella—. Es bonito, ¿verdad? —les preguntó a los niños.

—¡Serás una princesa, tía Kristel! —exclamó Martin corriendo hacia ella para abrazarla.

—Una princesa... —susurró mientras dejaba que el pequeño se acurrucara en su cuerpo pese a que la prenda podría arrugarse—. Nunca soñé con serlo... —alegó mirando a Valeria—. Ni consideré que un hombre pusiera sus ojos en mí...

—Siempre te has subestimado —dijo Valeria moviendo la mano con desdén—. Tú misma has despreciado cualquier muestra de afecto hacia tu persona.

—Soy coja... —replicó.

—¿Y? ¿Esa cojera le impidió al señor Simmons que se fijara en ti? Pero tú lo rechazaste categóricamente.

—Si no recuerdo mal... —empezó a decir apartando delicadamente al pequeño para que regresara junto a su hermano—, el señor Simmons había sobrepasado los cincuenta y, tras enviudar, solo buscaba una mujer que lo cuidara de esa enfermedad que, años después, lo condujo a la tumba.

—Pero te habrías convertido en una señora respetable y no habrías pasado tanta necesidad —objetó.

—¿Cómo puedes ser tan cínica? ¿Cómo puedes reprocharme que no aceptara su propuesta matrimonial? ¿A cuántos has rechazado tú? ¿Crees que no sé qué te sucede? Lo noto cada vez que regresas del club, Valeria. Algunas veces eres tan clara como el agua —expuso sin contemplaciones.

Que ella misma luchara contra sus sentimientos no le daba el derecho a que todo el mundo renunciara a ellos. Ella quería ser feliz y si el señor Hill albergaba algún tipo de interés, como parecía tener, lo aceptaría sin dudarlo. ¿Quién le iba a decir que un día encontraría un hombre tan atractivo, alto y sano, velando por ella?

—No me sucede nada. Y cuando regreso del club me encuentro exaltada y colérica porque no he conseguido la recaudación que esperaba —masculló.

—Si tú lo dices... —murmuró Kristel llevando con sumo cuidado el vestido hacia la única percha que tenían en el hogar. Un alargado palo que, agarrado con cordeles, habían colocado sobre la cama de los muchachos.

—Y no he considerado ninguna proposición porque sé que ningún hombre aceptaría mi voluntad —se defendió—. Tú misma has sido testigo de lo que pretenden hacer conmigo una vez que me case y... ¡no permitiré que nadie me aparte de mis sueños! —terminó la exposición a viva voz.

—¿Ninguno? —perseveró—. ¡Qué extraño! Seguro que a cualquier vendedor de verduras le encantaría tener una mujer que se ocupara de la siembra de sus campos. Sin embargo... —habló regresando al lado de Valeria.

—¿Sin embargo? —preguntó impaciente.

—Sin embargo, pienso que esa es la excusa que te ofreces a ti misma porque no puedes alcanzar lo que deseas —apuntó.

—Y... ¿qué deseo? —espetó malhumorada de nuevo.

—Un hombre que no te pida permiso para besarte, que no flirtee como hacen los demás, que tome aquello que desee en el momento que le apetezca. Un hombre que te deje rendida, al que no puedas replicar y uno que, cuando esté frente a ti, sea incapaz de contener tus instintos femeninos —manifestó sin apenas respirar.

—¡Bobadas! —exclamó notando cómo sus carrillos ardían por el cambio de temperatura.

—Quieres un hombre que te enamore... —concluyó la señorita Griffit.

—¿Enamorarme? —espetó girándose sobre sí misma e interrumpiendo esa exposición de Kristel que, aunque no quería reconocer, estaba en lo cierto. ¿Por qué contenía el aliento cuando él se aproximaba? ¿Por qué latía su corazón tan rápido cuando notaba su presencia? ¿Por qué fue incapaz de mantenerse firme y comportarse como el hombre que fingía ser al estar en el despacho? ¿Por qué sus ojos se clavaron en aquel pequeño triángulo donde mostraba sin pudor el vello de su pecho? ¿Y sus labios? ¿Había visto alguna vez una boca tan seductora?—. ¡El amor no existe! ¡Solo se alcanzará una atracción física que, por desgracia, desaparecerá con el paso del tiempo! —clamó airada y enojada por delirar de aquella forma tan inapropiada sobre el señor Reform.

—Me parece inverosímil que una mujer como tú alegue tal tontería. ¿Cuántas veces has narrado la historia de tus padres? ¿Cuántas veces has

hecho hincapié en que tu padre abandonó todo para casarse con tu madre? ¿Eso no te ha demostrado nada?

—Sí. —Se volvió hacia los tres, quienes la observaban sin pestañear—. Ellos lo encontraron, pero no hay posibilidad para nosotras.

—Pues yo no estoy de acuerdo —refunfuñó—. Creo que el señor Hill está interesado en mí y yo en él.

—¿Después de esa barbarie? —espetó atónita—. ¿Ha conquistado tu corazón un hombre que ha destrozado el rostro de otro?

—Me protegió —declaró con firmeza—. Le hizo ver que soy una mujer respetable y que no debió menospreciarme de esa forma. Pese a no ser una dama o nacer con este defecto, merezco una mínima cortesía.

—No lo niego. Pero estoy segura de que existen miles de alternativas para alcanzar tu... cortesía —masculló.

—Pues a mí me pareció la mejor. No solo hizo que desapareciera de una vez por todas ese insolente, sino que también nos ofreció otro medio de transporte donde no me observaban con repulsión. El señor Berwin ha resultado ser una excelente persona y nos atendió con el respeto que nos merecemos. Además, ¿no te sientes agradecida por la invitación que el señor Hill nos brindó para la noche en el club? ¿Y los regalos? —Señaló hacia las bolsas—. Si no recuerdo mal, rehusé a aceptarlo cuando la dependienta nos informó que la cuenta la saldaría el señor Reform, sin embargo, tú enloqueciste al escuchar su nombre.

—¿Ese sentimiento de felicidad no te hace preguntarte el motivo por el que el señor Hill ofreció, sin preguntarle al propio señor Reform, la compra de nuestros vestidos?

—Posiblemente tengan un acuerdo... Si, tal como nos dijo el amable señor Berwin, trabaja para él, lo considerará un adelanto —continuó defendiéndole.

—¡Por el amor de Dios! —clamó desesperada, llevándose las manos hacia el rostro—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? Echo de menos a la persona que siempre buscaba la maldad de la gente y se mantenía en alerta para encontrarla. —Una vez que apartó las manos de la cara, las colocó en la cintura y con una mirada que podría asustar al mismísimo diablo, continuó hablando a Kristel—: ¿Aceptarás vivir con un hombre como ese? ¿Te has dado

cuenta de su altura, de la magnitud de esas manos y de cómo puede transformarse en una bestia en cuestión de segundos? ¿Quieres vivir toda la vida calculando el momento en el que dejará de ser un hombre para convertirse en un monstruo?

—Es cariñoso, atento, educado y tierno —aseveró—. Lo demostró en el mercado, al igual que no ocultó esa rudeza de la que hablas cuando intentaron ridiculizarme los dichosos Kant.

—¡Perfecto! —vociferó—. ¡Pues solo espero que no te invite a pasear por la ciudad porque mucho me temo que golpeará a todo Londres!

Y justo cuando terminó la frase, se llevó las manos a la boca.

—¿Cómo has podido decir eso? —saltó Philip levantándose del colchón de su lecho, donde él y su hermano habían decidido permanecer mientras ellas discutían.

—Lo... Lo... Lo siento —dijo dirigiendo las manos hacia su amiga—. Te prometo que no... Es que... —titubeó conteniendo las ganas de llorar—. Kristel, lo veo en tus ojos. Sé qué produce ese hombre en ti y pienso que debo protegerte.

—Y, ¿qué ves? —comentó dolida por el comentario.

—Veo... Veo... —dijo extendiendo las manos hacia el suelo al rechazar el gesto afable.

—Sí, qué ves —insistió Kristel conteniendo las ganas de salir corriendo de la habitación para que el aire fresco calmara esa dolencia que sentía en su corazón. ¿Tan enfadada se encontraba para atacarla con tanta crueldad? ¿Qué le había llevado a tal estado de locura? «Miedo... —pensó Kristel—. Por primera vez tiene miedo, pero no sé por quién...».

—Veo a una mujer extrañamente ilusionada, una mujer que defiende una actitud horrenda, una mujer que...

—¡Está enamorada! —intercedió Philip—. No tendré la edad adecuada para participar en una conversación como esta, pero no soy tan niño para entender que está enamorada y que no deberías entrometerte. Hasta ahora he acatado tus órdenes porque siempre has actuado en nuestro bien, pero esto no lo toleraré, hermana. Has sobrepasado un límite del que ni tú misma sabes cómo salir —dijo encarándose a ella por primera vez en sus quince años de

vida.

—No he querido hacerle daño... —comentó Valeria buscando con la mano una silla donde sentarse—. Solo quiero protegerla...

—¿Mediante mandatos? —continuó hablando Philip—. Porque le estás ordenando que se olvide del señor Hill cuando todos hemos sido testigo de cómo el agente velaba por la integridad de Kristel.

—Nunca os he ordenado nada —se defendió.

—¿No? ¿Acaso me has preguntado alguna vez que es lo que deseo ser en el futuro?

—Siempre has dicho que ansiabas vivir en una granja y que cuidarías...

—¡No! —clamó Philip—. ¡Ese no es mi sueño sino el tuyo!

—¿Cómo que el mío? —espetó Valeria levantándose del asiento. Miró primero a Philip, luego a Kristel y finalizó observando el rostro de asombro que exhibía Martin.

—Tú hablaste con madre antes de morir y le prometiste que conseguirías aquello que ella deseó para nosotros, pero jamás nos preguntaste si era lo que nosotros queríamos.

—Philip... —dijo Kristel mientras colocaba su mano sobre el hombro del chico para que se relajara—. Tu hermana ha luchado para convertirnos en hombres de bien, y lo ha hecho estupendamente.

—¿Ponerse en peligro es hacerlo bien?

—¡Philip! —exclamó Valeria horrorizada.

—No soy un niño, Valeria, y sé lo que haces cada vez que sales por las noches.

—Pero yo... no...

Todo su alrededor comenzó a darle vueltas. En un abrir y cerrar de ojos su dulce hogar se convirtió en un salón de espectáculos dramáticos. ¿Qué estaba sucediendo? ¿En qué momento sus hermanos empezaron a elegir? Angustiada, Valeria caminó hacia atrás, buscando un lugar donde sentarse de nuevo. Débil, al notar cómo sus piernas flaqueaban, avanzó hasta que topó con la banqueta que había frente al tocador. Era cierto que Philip ya no era un inocente niño.

Se había convertido en un muchacho, al que el nacimiento de ese bigote rubio le ofrecía una imagen varonil. Pero ella no aceptaba ese cambio, no podía verlo como un adulto sin antes lograr lo que prometió a su madre. Miró al joven y palideció. Su figura exhibía una increíble tranquilidad pese a observar en sus ojos cierto resquemor.

—Por suerte para nosotros —continuó hablando el muchacho—, jamás nos has engañado y tampoco has evitado hacer comentarios sobre lo que hacías delante de nosotros. Mientras he sido un niño no les prestaba atención, pero de un tiempo atrás he atado cabos y no me parece adecuado que una mujer intente salir adelante jugando en un club vestida de caballero. ¿Sabes a qué peligros te has sometido? ¿Qué sería de nosotros si alguna vez descubren lo que haces?

—Philip... —murmuró aturdida—. Solo lo he hecho para salir de Londres y ofreceros la vida que os merecéis.

—Valeria... —susurró Kristel acercándose a ella para tranquilizarla.

—Pero yo no quiero convertirme en un granjero —manifestó serio.

—Entonces, ¿qué es lo que deseas? —le preguntó justo cuando notaba la calidez de la mano de su amiga sobre sus hombros, reconfortándola como había hecho con su hermano minutos atrás.

—¡Adoro Londres! —exclamó dando un paso hacia ella—. Y sé que mi vida está aquí.

—Eres muy joven... —habló con calma.

—Ya lo sé. Pero también soy lo suficientemente mayor para saber que no quiero marcharme, que alejarme de esta ciudad no sería de mi agrado. Debes comprenderme... —le dijo arrodillándose frente a ella—. Tú, mejor que nadie, sabes qué significa apartarte de tu verdadero camino.

—Mi camino siempre ha sido cuidaros y veros crecer... —alegó poniendo las manos sobre el rubio cabello para acariciarlo—. A los dos —añadió mirando a Martin, quien corrió hacia ellos para abrazarlos—. Y ha sido muy fácil gracias a ti, Kristel. —Las lágrimas, esas que había contenido, brotaron y mojaron sus mejillas aún ruborizadas por la exaltación de las discusiones—. Dime, Philip, ¿a qué aspiras ser?

El muchacho la miró confuso. No era el momento de explicarle que, tras la

actuación del señor Hill, todo lo que había soñado ser había desaparecido. Quería ser un agente de Scotland Yard, pero se lo desvelaría cuando todo se hubiera calmado.

—Necesito algo más de tiempo para asegurarme —comentó mirando de soslayo a Kristel—, pero no quiero ser un granjero.

—¡Ni yo! —intervino Martin—. Yo seré un hombre importante. Uno que la gente mire con miedo...

—El puesto ya está ocupado, pequeño —apuntó Kristel sonriendo ampliamente—. Debes esperar a que el señor Mayer fallezca para suplantarlo.

—¡Kristel! —le regañó divertida Valeria.

—Solo quería advertirle que...

En ese momento se escucharon unos golpes en la puerta que provocaron el enmudecimiento de la señorita Griffit.

—¿Esperamos a alguien? —espetó Valeria levantándose del asiento.

—No será el señor Mayer, ¿verdad? —soltó Philip alzándose con rapidez—. Si es así, yo mismo le haré correr como el galgo que nombró el señor Hill.

—No os mováis —dijo Kristel dirigiéndole al muchacho una mirada asesina por repetir el comentario de Borshon—. Yo misma averiguaré de quién se trata.

Mientras caminaba hacia la puerta notaba las miradas de los tres en su nuca. Todos se hacían la misma pregunta: ¿Quién sería? Por suerte o por desgracia, nadie, salvo el casero y el señor Mayer tocaba la puerta, de ahí que permanecieran en vilo. Despacio, Kristel agarró el pomo de la puerta, lo giró y la abrió tan solo unos centímetros.

—¿Sí? —preguntó a la persona que le daba la espalda.

—¿Señorita Griffit? —dijo Berwin volviéndose hacia la entrada—. Disculpe que aparezca sin avisar, pero he de hablar con la señorita Giesler. ¿Está con usted? ¿Me permite pasar?

—¡Por supuesto! —respondió Kristel abriendo la puerta de par en par.

—¡Señor Berwin! —exclamó con sorpresa Valeria al verlo—. ¿Se

encuentra bien?

—Sí, muchas gracias por su interés, señorita Giesler. Tan solo he venido para hacerle llegar una misiva del señor Reform —le informó extendiendo el sobre hacia ella.

—¿Para mí? —espetó asombrada y asustada.

—Sí —afirmó el secretario que continuaba con la carta en la mano porque la muchacha no se decidía a cogerlo.

—Salgamos un ratito fuera... —les dijo Kristel a los jóvenes—. Nos vendrá bien un poco de aire fresco.

—Pero... pero... —intentó decir Philip.

—Ya os contaré qué desea el señor Reform —les aclaró Valeria para calmarlos.

Y después de oír cómo cuchicheaban sobre las posibles razones por las que el dueño del club se dirigía personalmente a ella, los dejaron solos.

## Capítulo XIII



—Señorita Giesler...

Berwin llamó la atención de la muchacha al hallarse desconcertada y paralizada durante mucho tiempo. Por cómo había reaccionado, entendió que no esperaba recibir ninguna noticia del señor Reform. Aunque ese hecho no solo le asombró a ella, sino que él también continuaba perplejo.

Cuando le dijo que él mismo escribiría una misiva a las jóvenes, estuvo a punto de echarse a reír. Él jamás malgastaba su preciado y escaso tiempo en acciones tan intrascendentes. Pero al regresar y ver sobre la mesa la carta redactada de su puño y letra, casi se puso a rezar ante tal milagro. Si su anciana mente no estaba dañada por el paso de los años, era la primera vez que se dignaba a escribir a una persona, añadiendo a ese prodigio que la destinataria era una mujer y que, supuestamente, se trataban de dos desconocidos. Aunque después de la actuación de ella y de la obsesión que él mostró por hacerle llegar sus deseos, intuyó que no eran tan extraños como suponía. Pero... ¿cuándo se habían encontrado? ¿Sería alguna conocida de ese pasado que tanto se afanaba en olvidar?

—¿Sabe usted qué desea? —preguntó tras serenarse y recobrar la compostura.

Miraba la carta con curiosidad y miedo. Le urgía averiguar qué deseaba el señor Reform, pero el pavor era mayor que la inquietud. ¿Por qué estaba escrito su apellido en el anverso? ¿Le habría indicado el señor Borshon que tenía cierto interés por Kristel y Reform no creyó oportuno dirigirse a ella por respeto a la voluntad de su empleado?

—Sí —afirmó el administrador—, pero sería conveniente que usted misma lo averiguase a través de sus palabras —agregó caminando hacia ella con el sobre en la mano.

—¡Está bien! —claudicó ante la insistencia del empleado.

Olvidándose de esa educación estricta que le enseñó su padre desde que era niña, Valeria se dirigió hacia una de las sillas que rodeaban la única mesa existente en la habitación, se sentó de manera abrupta y abrió la carta, mientras el señor Berwin esperaba de pie a que ella le invitara a tomar asiento. Pero viendo que esto no sucedía, continuó en el mismo lugar, en silencio y sin apartar la mirada de ella.

Nada más sacar la hoja, el perfume que utilizaba el señor Reform se adentró en su nariz, llevándola de manera inconsciente al momento en el que ambos permanecieron frente a la puerta. ¿Qué habría sucedido si en vez del señor Hernández hubiera estado Valeria Giesler? ¿La habría besado? Porque, tal como se acercó, mucho se temía que sí. Contempló de reojo al señor Berwin, intentando averiguar en su mirada algo que le explicara por qué se había dignado a dirigirse a ella, pero no encontró nada que la alentara, así que se centró en observar la caligrafía de este: clara y elegante. Dos adjetivos impropios viniendo de un hombre que había nacido en el suburbio de la ciudad. Dejó de estudiar esa grafía y de preguntarse en qué momento de su vida había aprendido a leer, para centrarse en lo importante... ¿qué deseaba el señor Reform de ella?

*Estimada señorita Giesler:*

*He sido informado por mi empleado que asistirán a la velada que ofreceré mañana por la noche, ante todo les agradezco que decidan acudir un día tan importante para mi club, será un honor tenerlas bajo mi cuidado. Les escribo esta misiva para indicarles que no necesitan buscar un medio de transporte, yo mismo me encargaré de enviarles uno de mis carruajes. Deben entender que, después de haberles regalado esos magníficos vestidos, me veo en la obligación moral de protegerlas puesto que, luciendo esas lujosas prendas, cualquier criminal podría imaginar que son dos damas de la alta sociedad y asaltarlas. Estén listas a las nueve, hora en la que ordenaré recogerlas. Espero, con ansia, descubrir la apariencia de las mujeres en las que, de manera desinteresada, he invertido cien libras de mi fortuna.*

*Trevor Reform, siempre a su disposición.*

Tuvo que leer tres veces la nota para retener toda la información que había en las escasas líneas. Primero le daba las gracias por asistir, después le ordenaba que aceptaran el medio de transporte que les proporcionaría y tercero...

—¿Una obligación moral? —tronó enfadada levantándose de la silla con tanta fuerza que esta cayó al suelo.

—¿Disculpe? —preguntó el administrador, a quien le cambió con rapidez el color del rostro.

—¡Su benevolente señor ha declarado que tiene una obligación moral con nosotras! —exclamó airada. Soltó el papel sobre la mesa, pero este no llegó a tocarla porque Berwin caminó rápido hacia la mesa y lo cogió—. ¿Cómo se puede ser tan miserable? ¿Cómo puede transformar un gesto amable en algo tan ruin?

—Creo que el señor Reform no halló las palabras adecuadas... —comentó absorto el secretario tras leerla—. Pero seguro que no lo ha hecho con mala intención, señorita Giesler —le dijo para que se calmara—. Le puedo asegurar que no es muy dado a referirse a los demás y no ha expresado con acierto aquello que deseaba. Seguro que pretendía explicarle que no podía, como caballero que es, dejar a dos hermosas mujeres desprotegidas después de lo ocurrido en el botánico.

—¿Intenta excusarlo? ¿De verdad quiere hacerme creer que es una persona tan obtusa que no seleccionó las frases oportunas? —clamó Valeria fuera de sí.

Sin poder amainar esa respiración entrecortada, esos pasos sin dirección fija y notando una llamarada en su estómago, estuvo a punto de abrir la puerta y gritar que todos los hombres deberían morir para que las mujeres no tuviesen tantos quebraderos de cabeza. Sin embargo, no lo hizo porque, para su desgracia, ella cuidaba a dos de esos hombres que arruinarían en el futuro la vida de alguna que otra mujer.

—¡No! —comentó el anciano desprendiéndose de la carta como si quemara—. Solo busco una explicación lógica a sus palabras.

—¿Lógica? —vociferó—. ¿De verdad que puede encontrar lógica en eso?

Al ver cómo el rostro del pobre empleado comenzaba a entristecerse,

Valeria se calmó lo suficiente para no volver a alzarle la voz.

—Lo siento, señor Berwin, usted no tiene la culpa —se disculpó mientras intentaba hallar algo de paz en su cabeza.

—No se preocupe, no es la primera vez que recibo una respuesta semejante... —aclaró tomando, al fin, asiento.

—¿Cómo puede trabajar para un hombre tan... inmoral? —Utilizó dicho adjetivo con retintín.

—Le prometo que no es un hombre tan desagradable —apuntó mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta un pañuelo con el que limpiar las gafas.

—Pues hasta ahora, no me ha demostrado lo contrario —declaró inconscientemente. Al ver cómo el anciano la miraba con desconfianza, se explicó—: Como ha podido leer, no ha sido una persona correcta al denominarnos obligación moral. ¿Eso no demuestra la poca consideración que tiene hacia los demás?

—Reitero que no ha sabido escoger las palabras adecuadas, pero en su defensa alegaré que no está acostumbrado a expresar aquello que siente —expuso al tiempo que metía el pañuelo en su lugar y se colocaba de nuevo las lentes—. Yo mismo me extrañé cuando cogió papel y pluma para redactar la misiva, normalmente soy yo quien escribe mientras él me dicta. Por supuesto, suelo cambiar aquello que no me parece apropiado. Sin embargo, como ha podido apreciar, en esta ocasión cerró el sobre para que no leyese lo que había en el interior.

—Entiendo que quiera justificarlo, puesto que es el hombre que le paga el salario, pero ha de ser consciente de que ninguna excusa puede suprimir la inquina que ha transmitido.

—Inquina, suspicacia, sátira... —enumeró Berwin—. Es algo innato en el señor Reform. Corre por sus venas ese tipo de actitudes, pero le aseguro que no es un mal hombre.

—¡Claro! —exclamó Valeria realizando unos inapropiados aspavientos—. ¿Qué podría decir un empleado suyo?

—No es eso... —comentó el anciano colocando las manos sobre la mesa y cruzando los dedos como si se dispusiera a rezar—. Tenga en cuenta que es un hombre de negocios y como tal, ha de comportarse de esa forma tan virulenta.

—¿Pretende que sienta piedad por él? ¿Por un hombre que se ha hecho poderoso a través de la extorsión y el juego?

—Lo describe como un canalla, un hombre sin escrúpulos y...

—¿Pero sabe qué significa la palabra prejuicio? Por favor, no quiera convertir el agua en licor. Ese... —Cerró los ojos para encontrar el adjetivo idóneo—. Ese cretino no es racional. ¿Cómo se atreve a ordenarnos tal locura? ¿Su carruaje? ¡Antes prefiero que me asalte ese criminal que menciona! —dijo escéptica.

—El fallo lo ha cometido al expresar que se han convertido en una obligación moral... —expresó Berwin azorado.

¿Cómo se le había ocurrido tal tontería? ¿Cómo no había sido capaz de indicar que un caballero no podía dejar sin protección a dos hermosas damas? ¿Por qué utilizó tanta mordacidad? ¿Estaría en su sillón jactándose de la actitud que ella adoptaría después de leer su misiva? ¿Cómo podía tranquilizar a la muchacha si no era capaz de rebatir sus palabras?

—Su error ha sido escribir y... pensar —zanjó Valeria volviéndose sobre sí misma, dándole la espalda al pobre mensajero que no era capaz de cambiar la expresión de asombro.

—Le prometo que no es un mal hombre. En el fondo, su corazón es benévolo —señaló con la esperanza de apaciguarla.

—¿Corazón? ¡Ese hombre no posee corazón, señor Berwin! —le contestó girándose de nuevo. Su rostro tenía el color del fuego, sus ojos le brillaban por la ira y las manos se habían cerrado para formar dos pequeños puños.

—Podría contarle la historia de cómo me encontró el señor Reform, de cómo me salvó de las garras de un hombre autoritario y cruel, pero mucho me temo que no le serviría de nada —expresó el anciano después de respirar hondo.

—Que haya tenido, en un momento de su vida, algo de bondad por un hombre tan misericordioso como usted, no ha de ofrecerle los atributos de afable y considerado —refunfuñó.

—No me ha salvado solo a mí, todos los empleados del club han tenido una vida muy dura antes de trabajar para el señor —aclaró.

—Repito que...

—¿Sabe cómo actuó cuando descubrió que mi espalda estaba marcada por la ira de mi anterior amo? —soltó cansado de tanto griterío. Pese a que ella tenía algo de razón, también debía ser informada de que todos los empleados estaban felices por trabajar bajo sus órdenes y que, pese a sus cóleras, que eran muy similares a las de ella, ninguno había pensado en abandonar sus labores.

—Imagino que como cualquier hombre que se precie —masculó.

—Aquellos que sabían lo que sufría miraban para otro lado cuando las marcas de sangre calaban mi camisa. Sin embargo, cuando el señor Reform las observó, abandonó todo lo que estaba haciendo y se encaró con valentía al miserable que me azotaba cada vez que se emborrachaba.

—Siento que padeciera tanto —comentó caminando hacia el anciano—, y me alegro de que alguien le diera un escarmiento a ese monstruo. Pero lea esa carta y concluya con racionalidad. Nos ha llamado obligación moral —reiteró.

—¿Pensó alguna vez en tener la vida que deseaba de niña? —soltó de repente Berwin, como si intentara cambiar de tema—. ¿Se imaginó alcanzar con la punta de sus dedos el sueño infantil?

—Mi sueño infantil se ha desvanecido antes de su llegada. Así que, como verá, ya no tengo ninguna aspiración a la que aferrarme —declaró recordando con pesar las palabras de sus hermanos.

—¿No compraré esa granja? —espetó perplejo.

El as que guardaba en la manga, ese que hacía alusión a la posesión de la ganancia que ella obtendría al jugar en el club, se esfumó como la niebla ante la llegada del sol. Ahora solo le quedaba hablarle de por qué el señor Reform había cambiado su actitud misericordiosa y, mucho se temía, que a ella no le iba a importar en absoluto.

—No. —Valeria negó con un leve movimiento de cabeza—. Parece que mi sueño no era compartido.

—Pero el señor Reform sí que lo logró. Con mucho esfuerzo restauró un edificio fantasma y lo transformó en lo que ahora es. Al principio —explicó levantándose de su asiento—, era un hombre solidario y empatizaba con los

socios que acudían al club, sin embargo, con el paso del tiempo, descubrió que no había tomado la actitud adecuada; un hombre de negocios jamás debe hacer suyos los problemas de los demás porque solo le acarreará más quebraderos de cabeza. Cuando observó que iba a caer en la ruina, adoptó el comportamiento más recomendable.

—¿Quiere seguir justificándole? —preguntó mirándolo con desconfianza.

—Quiero que descubra la razón por la que se transformó en un hombre sin escrúpulos. También quiero que considere la oferta que le ha propuesto, pese a denominarlas de forma errónea, está en posesión de la verdad. Si ustedes caminaran hacia el club con dichos atuendos, serían asaltadas por cualquier criminal. Además, si tanto repudia la conducta del señor Reform, recapacite sobre la que usted posee. ¿No actúa de manera semejante al no pensar en la señorita Griffit? Si mis ojos no me engañaron, le cuesta caminar y el trayecto que realizaría a pie, no sería aconsejable para ella.

—Puede pedirle al señor Borshon que se ocupe él mismo de su protección —apuntó más enfadada todavía al escuchar cómo el empleado la acusaba de su falta de atención hacia Kristel.

—El señor Borshon no dispone de carruaje y será un alivio para él descubrir que el señor Reform ha ofrecido a la muchacha un transporte con el que no llegará fatigada —alegó mientras se dirigía hacia la puerta. No tenía mucho que añadir a la conversación, ni tampoco quería hacerla cambiar de opinión. Si ella no aceptaba el ofrecimiento por orgullo, lo único que le quedaba era que entendiera que no estaría sola en esa aventura peligrosa—. Usted puede hacer lo que desee, pero el carruaje aparecerá a las nueve para conducir a la señorita Griffit hasta el club —declaró de manera tajante—. Buenas tardes, señorita Giesler. Ha sido un placer charlar con usted.

—Buenas tardes, señor Berwin, lo mismo le digo —manifestó agarrando entre sus manos la tela del vestido y aguantando las ganas de gritarle que aceptaría la proposición de aquel petulante solo por ayudar a Kristel, tal como había hecho desde que la conoció.

Una vez que la puerta se cerró, Valeria cogió la silla que aún perduraba sobre el suelo, la colocó en su lugar y se sentó. La carta estaba sobre la mesa, justo donde el señor Berwin la había dejado. Posó los dedos sobre ella y la arrastró para leerla de nuevo. Intentó buscarle ese doble sentido que el

empleado le indicó, pero no lo hallaba. Seguía viendo el reflejo de un hombre perverso, maligno y que plasmó toda la inquina que guardaba en su interior en aquellas palabras. Sin embargo, había algo de cierto en aquellas frases; podían ser asaltadas mientras se dirigían hacia el club y, dado que Kristel odiaba pasear, era una opción bastante considerable.

«¡Está bien, Reform! Aceptaré su ofrecimiento, pero le juro por el alma de mis padres que le arrancaré ese corazón que dicen que posee», declaró al tiempo que arrugaba el papel hasta convertirlo en una bola que guardó en el bolsillo de su vestido. Estaba a punto de levantarse cuando escuchó que alguien se acercaba a la entrada de su hogar. Valeria se atusó el pelo, dibujó una de sus típicas sonrisas y miró hacia la puerta.

—¿Qué deseaba el señor Berwin? —le preguntó Kristel nada más abrir y verla sola, sentada con tanta tranquilidad y extrañamente feliz—. ¿Se ha enfadado el señor Reform por la compra? ¿Quiere que le devolvamos todo lo que adquirimos en la tienda? —continuó consultando mientras caminaba hacia su amiga.

—Solo quería informarnos que tendremos a nuestra disposición un carruaje para esa noche —desveló al tiempo que se levantaba de asiento—. Según escribió, podría asaltarnos cualquier criminal al vernos vestidas tan elegantes.

—¿Qué considerado! —exclamó Kristel entusiasmada. Al observar que Valeria continuaba con aquel rostro impávido, señaló sarcástica—: En el fondo no parece un ogro sino un hombre bastante servicial. No entiendo cómo has tenido esas impresiones tan distorsionadas de él. Te ha faltado decirme que tenía la costumbre de devorar a los socios que no pagaban sus facturas.

—Sí, eso parece... Aunque yo estaría atenta por si, al terminar la velada, alguna de las dos desaparecemos de manera misteriosa... —refunfuñó Valeria fijando su mirada iracunda en las bolsas que aún perduraban sobre la mesa.

—¿Qué piensas sobre lo que te pedí? —espetó Kristel algo más sosegada al averiguar el motivo por el que el señor Berwin acudió al hogar—. ¿Me enseñarás a jugar? Si nos acompaña la suerte, podríamos regresar con los bolsillos llenos.

—Primero tengo que averiguar donde se alojarán mis hermanos. Si las dos acudimos al club y, dado que el señor Mayer no aparecerá por aquí, no

dispongo de más gente para pedirles que los cuiden —alegó como excusa para no responderle.

No deseaba que Kristel terminara ofuscada y decepcionada consigo misma al no encontrar la esencia del juego. No sería la primera vez que emanara por su boca un sinfín de quejas y lamentos. Y en esta ocasión deseaba que se concentrara en esa aparición frente al señor Hill, el único hombre que la estimaba como se merecía.

—Ya está solucionado. He hablado con la señora Shoper y se quedará con Martin por un módico precio.

—¿Y Philip? —preguntó entornando los ojos—. No puede quedarse aquí solo.

—Me ha suplicado que le permitamos que nos acompañe y creo que deberías aceptar...

—¡No! —exclamó con rapidez Valeria—. Él debe quedarse aquí, junto a Martin, para que no le suceda nada malo. Ya sabes que no me fío de la señora Shoper...

—Si olvidas todas esas cosas insólitas que adornan su hogar, los brebajes que vende a quienes buscan sanar su cuerpo y las pócimas de amor y fertilidad, es una mujer muy corriente. Sabes que les tiene mucha estima a tus hermanos puesto que son los únicos niños que juegan con los suyos. Además, no creo que debas negarle a Philip el deseo de unirse a nosotras —le aconsejó Kristel—. Como bien has descubierto antes de la llegada del señor Berwin, ya no es tan niño y puede empezar a decidir por él mismo.

—Solo tiene quince años... —susurró mediante un largo suspiro.

—¿Recuerdas qué hacías cuando tenías su edad? Porque yo sí.

—Cuidaba de ellos, como lo haré hasta que me muera —juró.

—Y lo has hecho muy bien, hasta el momento... —expuso acercándose a ella—. Sin embargo, debes permitirle decidir por él mismo, al igual que debe afrontar las consecuencias de esas decisiones. No puedes ir detrás de ellos aminorando sus errores porque algún día se harán hombres y querrán vivir su propia vida.

—¿Cuándo descubriste que no querían abandonar Londres? —soltó

mirándola con desconfianza. ¿Por qué ella no sabía nada hasta que Philip, en un ataque de ira, lo reveló? ¿Tan inaccesible era? ¿Tendría el señor Berwin razón al recriminarle que su comportamiento se asemejaba al del señor Reform? ¿Se habría antepuesto a los deseos de sus hermanos imaginando que ella era poseedora de la verdad absoluta?

—Desde hace algo más de cuatro meses... —le confesó—. Por eso he insistido tanto en que no regresaras al club. Ellos no quieren tener la vida que tanto anhelas.

—Pero ellos podrían haber hablado conmigo... —dijo afligida—. Siempre los he escuchado. Y si es una decisión tan importante como esta, les habría prestado toda mi atención.

—Imagino que tenían miedo... —comentó al tiempo que metía las manos en las bolsas para sacar el resto de sus pertenencias.

—¿Miedo? —espetó volviéndose hacia ella.

—Sí. Tienes un carácter áspero... —expuso mientras sacaba las medias. Blancas, se las había comprado tan blancas como la luna. ¿Les gustaría a Borshon? ¿Le agradecería saber que sus piernas estaban cubiertas de fina seda nívea? La vergüenza que sintió en ese momento se reflejó en sus mejillas. ¿Por qué seguía comportándose como una niña?

—¿Y por qué te avergüenzas por decirme tal cosa? —preguntó Valeria creyendo que ese sonrojo inesperado se debía al describirla de esa forma—. Nunca he dicho que fuera una mujer cariñosa o tierna. Por eso me resulta cómoda nuestra relación. Todo lo que yo no tengo, lo aportas tú.

—No me ruborizaba por eso... —dijo antes de soltar una gran carcajada—. Pero es cierto que posees el carácter de tu madre. Todo el mundo la temía cuando se la encontraba, aunque también los hombres volvían sus rostros para deleitarse con su belleza.

—Mi madre amaba a mi padre y ningún hombre era lo suficientemente bueno salvo él —comentó airada.

—¿Ves? Ya te has enfadado. Por eso mismo tus hermanos temen hablar contigo, en cuestión de segundos puedes convertirte en una tirana déspota. Pero si no quieres que Philip nos acompañe y deseas que permanezca triste y desolado porque su hermana no confía en él...

—¡Está bien! —claudicó Valeria con un resignado asentamiento de cabeza—. ¡Philip se vendrá con nosotras!

—¡Perfecto! —exclamó Kristel haciendo unas leves palmaditas—. Le diré ahora mismo que tenemos que salir de compras. Ese muchacho debe mostrar la hombría que ya profesa.

—¿Dónde podremos encontrar un buen costurero? —preguntó Valeria entornando los ojos—. ¡Por Dios! ¡Eso sí que no! —clamó perpleja.

—Seguro que unas cuantas libras más no le supondrá ningún inconveniente —anunció con una sonrisa perversa.

—¡No, rotundamente, no! Yo pagaré el traje de mi hermano. No quiero que vuelva a dirigirse hacia mí con cualquier comentario hiriente.

—¿Me has ocultado algo que deba saber, Valeria Giesler? —espetó Kristel mientras colocaba sus manos en las caderas—. ¿El señor Reform escribió algo más, aparte de que nos haría llegar un carruaje?

—¿Crees que malgastaría su preciado tiempo añadiendo alguna cosa más? —dijo mientras se dirigía hacia la puerta para ir a buscar a Philip.

—Según tu criterio, no, pero quizá...

—¡No hay ningún quizá! ¡Ese hombre es un monstruo! —gritó antes de dar un portazo tras su salida.

Kristel se quedó de piedra. No podía dar crédito a la ira que aparecía en su amiga cada vez que hacían referencia al señor Reform. ¿Qué sucedía? ¿Tan horrendo era? Por ahora, no se había comportado de manera cruel sino al contrario, bondadoso ante el pago de su factura y atento al facilitarles un transporte. Entonces... ¿por qué la poseía el diablo cuando hablaban de él? «Sus ojos son oscuros, como oscura es su alma —recordó—. Solo necesita el poder de su palabra para que todos se humillen ante él». ¿Estaría en lo cierto? ¿Tendría razón Valeria? Bueno, si todo salía tal como lo habían planeado, en la velada del martes sus preguntas encontrarían las respuestas...



Permaneció frente a la ventana de su oficina desde que partió Berwin. Mientras aguardaba el regreso, Reform meditaba sobre los miles de comportamientos que la mujer habría adoptado tras leer su misiva. ¿Se habría dado cuenta de ese detalle hiriente? ¿O sería tan avara que solo reparó en que tendrían un vehículo para su placer? Se pasó los dedos por ese mentón firme y decidido, concretando la respuesta que buscaba. Apenas la conocía, pero la experiencia que había adquirido después de tantos años alternando con todo tipo de personas, le indicaba que se habría enfurecido, que habría negado su ofrecimiento.

Miró de reojo su botella de agua. Desde que adoptó la norma de Borshon empezaba a observar la vida desde otra perspectiva, una que comenzaba a dañarle la mente. Mientras que recorría por sus venas el alcohol más exquisito del mundo y llenaba sus pulmones de ese humo que absorbía de los costosos habanos, no tenía tiempo de meditar sobre qué deseaba hacer durante las horas del día. Tal vez porque, después de abrir los ojos, solo encontraba una mujer a su lado que lo cansaba de nuevo hasta que la oscuridad de la noche atravesaba la ventana de su alcoba. Sin embargo, desde que empezó la vida de abstinencia estaba demasiado dinámico, activo y tenía la mente tan fresca que no podía dejar de pensar y pensar...

Y entre esas meditaciones halló una que lo desconcertó tanto que sintió la palpitación de la sangre en su garganta. ¿Qué esperaba hacer en el futuro? ¿Quería convertirse en el viejo Hondherton? ¿Lucharía por mantener su club hasta que este se derrumbara con el paso de los años? ¿Su destino estaba escrito? ¿Permanecería solo? ¿Lograría tener algún vástago que heredara aquello por lo que tanto luchaba? ¿Encontraría la esposa idónea? Las últimas preguntas le causaron un escalofrío semejante al que poseería cuando la muerte lo visitara para darle fin. ¿Cómo se le había ocurrido tal memez? Sin lugar a dudas, ese estado de curación no le sentaba tan bien como esperaba.

Frunció el ceño, sin apartar la mirada de la calle, intentando hacer desaparecer esas cuestiones que le golpeaban la cabeza como la coza de un caballo. Por supuesto, la culpa de esa agonía indeterminada la tenía el señor Hill por haberle indicado que todos los hombres que saludaban a Valeria poseían un trasfondo en cada conversación: propuesta de matrimonio. Por suerte para ella, era demasiado sensata como para aceptar a cualquier mentecato que le sonriera más de lo permitido.

Los celos, emergidos al imaginar los rostros de aquellos hombres llenos de lujuria cuando Valeria se les acercaba, le hicieron perder la calma. Estuvo a punto de gritarle a alguno de los que trabajaban para él que le hiciera llegar una botella de ron, cuando los cascotes de los corceles que tiraban de su carruaje llegaron a sus oídos. Con rapidez, se sentó en el sillón, adoptando la compostura de un hombre entregado a sus negocios y que no perturbaría dicha labor esperando la respuesta de una mujer por la que corría en sus venas sangre española, o gitana como denominaban también.

—Sí, el señor Reform se halla en su despacho —le informaron a Berwin después de preguntar, con desesperación, donde se encontraba.

Trevor miró hacia la entrada e intentó apaciguar sus latidos para escuchar, con exactitud, cómo su fiel empleado subía las escaleras. Después de contar cómo subía los veinte peldaños y caminaba por el pasillo, agachó la cabeza y fijó sus ojos en los papeles antes de que Berwin se presentara en la entrada.

—Señor Reform... —dijo como saludo.

—¿Sí? —preguntó alzando la vista y haciéndole señas para que entrara.

—Ya he regresado —comentó dando varios pasos.

—Ya lo veo... —refunfuñó Trevor.

—Le pido, por favor, que, si usted me tiene un mínimo afecto, no vuelva a enviarme al hogar de la señorita Giesler —declaró con más enfado que miedo. Era la primera vez que le exigía a su señor algo. Pero por su bien, por la salud de ese corazón viejo que latía bajo el pecho, no debía someterse a otra situación igual.

—¿A qué viene ese comentario? —espetó Trevor con expectación.

—Las denominó obligación moral —dijo apretando la mandíbula—. ¿Sabe usted lo ofendida que se sintió al leer su carta? ¿Cómo pudo describirla de esa forma tan cruel?

—Son una obligación moral —reiteró Reform encogiéndose de hombros—. Y no entiendo el motivo por el que se enfadó, solo fui sincero con ella —agregó con seriedad.

—Pues si es tan amable, la próxima vez que desee ser sincero con ella, prefiero que me ordene ir al dentista para que me arranquen una muela. Seguro

que el dolor será menos dañino que el padecido esta tarde —señaló tan incrédulo, que tuvo que respirar varias veces para hallar algo de calma.

—¿Aceptó mi ofrecimiento? —solicitó saber mientras cruzaba sus manos sobre la mesa y miraba con intensidad a su empleado. ¿Dentista? ¡Él odiaba al dentista! ¿Tan mal se había comportado Valeria con Berwin?

—Necesité buscar algo que pudiera causarle tanto dolor que le resultara imposible negarse —explicó.

—¿Qué le ha hecho? —gritó Trevor levantándose raudo al tiempo que emitía unos ruidos ensordecedores al palmear sobre la mesa—. ¿Cómo se ha atrevido...?

—Disculpe, fue usted quien le provocó un enfado tan descomunal que ella se negaba incluso a venir. Yo solo busqué piedad, si es que la tiene. Porque le prometo que no entiendo cómo puede haber en el mundo dos personas tan afines... —señaló bajando el tono de su voz en la última frase.

—¿Qué le hizo? —gruñó, apretando tanto los dientes que la mandíbula se le cuadró.

—Le mencioné que debía ser benevolente con la señorita Griffit y olvidar su egoísmo —manifestó Berwin aún dolido por ese comentario tan dañino hacia Valeria.

Si no la hubiese visto en el botánico llorando por el trato de aquel infame hacia su amiga, o esa forma de abrazarla, consolarla y animarla a buscar un vestido que le diese la imagen que se merecía, el hecho de acusarla de ser una persona soberbia no le hubiera causado tanta tristeza.

—¿Qué le sucede a la señorita Griffit? ¿Está enferma? ¿Necesita un médico? ¿Por eso el señor Hill se preocupa por la mujer? —preguntó sin apenas respirar.

—No, según me explicó, su cojera se produjo al nacer. Una mala partera le hizo daño en las caderas.

—Eso no es preocupante... Ni tampoco algo por lo que se pueda sentir menospreciada —murmuró sentándose de nuevo—. ¿Acaso hay alguien perfecto en esta ciudad?

—En efecto, no lo hay ni ella debe sentirse inferior a nadie. Sin embargo,

la joven quedaría exhausta al caminar desde Brick Lane hasta aquí. Por ese motivo alegué a la amistad de ambas y al cariño que se profesan para que olvidase esa misiva y aceptara el vehículo que les ofrece.

—En resumen... ¿vendrán? ¿Han aceptado mi petición? —preguntó esbozando una gran sonrisa.

—Sí, la ha aceptado, pero si estuviese en su lugar evitaría hablar con ella. Mucho me temo que ese médico al que hacía referencia tendrá que aparecer en el club cuando ella se marche.

—No me hará daño... Las mujeres... —comenzó a decir.

—Esa mujer no es como la señorita Barnes, señor Reform. No desea nada de lo que usted tiene y jamás se rebajará para alcanzarlo. No le importa su fortuna, su poder o el placer que ofrece en su lecho. Cuando escuche por su boca esos pasmosos adjetivos con los que le describe, su corazón dejará de latir.

—¡Bobadas! ¡Se olvida que hace referencia a una mujer! —exclamó incrédulo.

—Sí, de una mujer con sangre española... No olvide ese pequeño matiz, señor Reform.

—No lo olvidaré, Berwin. Y ahora, puede descansar. Creo que su anciano cerebro comienza a delirar debido al cansancio.

—No se lo niego. Buenas tardes, señor —dijo Berwin antes de girarse sobre sí mismo.

—Buenas tardes —le respondió.

Trevor esperó a que su empleado cerrara la puerta para levantarse del asiento y caminar de nuevo hacia la enorme cristalera. Era el lugar más adecuado para pensar.

«Sangre española...». ¿Sería ese el secreto de Valeria para jugar de manera excelente? ¿La madre le habría mostrado el poder del juego, a calcular sin error las cartas que tendría su contrincante? Si no había escuchado mal, los mejores jugadores eran aquellos que procedían de España, aunque también eran buenos estafadores... Pero ella no era una timadora, era una pícara. La mujer más pícara que había en Londres y, para su placer, la noche del martes

estaría bajo su sombra. Porque, por mucho que Berwin le advirtiese que no debía acercarse a ella, nada ni nadie lo detendría: en cuanto Valeria posara un pie en el club, él respiraría detrás de su cuello.

## Capítulo XIV



Desde que aceptó el ofrecimiento del señor Reform y, a partir del momento en el que regresó a su hogar después de visitar al sastre para confeccionarle un traje a su hermano, el apacible hogar se convirtió en una colmena de abejas desesperadas por fabricar miel. Nunca vio tan nerviosa a Kristel ni a Philip tan entusiasmado. Ambos merodeaban de un lado para otro comentando la felicidad que sentían, lo agradecidos que estaban por vivir semejante acontecimiento y no cesaban de hablar sobre lo que harían durante la velada. Hasta terminó, bajo presión, por enseñarles a jugar a las cartas.

Lo que imaginó que sería un tremendo calvario se transformó en unos episodios tan placenteros que no los olvidaría jamás. Las risas de Kristel cada vez que ganaba, los enfados de Philip al perder y la pasión que ambos adoptaron para instruirse en la habilidad del juego, le hicieron recapacitar sobre todo lo que había meditado hasta el momento. ¿Cuándo se olvidó de observar a las personas que vivían en su hogar? ¿Por qué no fue capaz de preguntarles qué deseaban? ¿Tan egoísta había sido? ¿Su actitud, como hizo referencia el señor Berwin, era semejante a la de un tirano? Tal vez su gran error fue sobreproteger a las personas que amaba. En ocasiones las definió como débiles y en otras no quiso entender que el tiempo también transcurría para ellos. Sin embargo, una vez que fue consciente de esos hechos, todo a su alrededor se modificó, proporcionándoles un estado de bienestar que no habían tenido en años. Hasta permitió que Philip caminara solo por la calle para adquirir el Times, en el que se hacía una mención, en la segunda página del periódico, a esa espléndida noche en el club Reform.

Como era de esperar resultó todo un acontecimiento social. Por primera vez, las damas podían acudir al lugar donde sus esposos pasaban la gran parte del día. Esa invitación las revolucionó tanto que las calles de la ciudad se colapsaron de sirvientas, señoras y damas buscando la mejor prenda para lucir; unas para ellas mismas y otras para quienes servían. Por suerte, Valeria

y Kristel habían adquirido sus vestidos antes de que todo Londres se enterara puesto que, de ser así, ninguna modista las habría atendido.

Otra de las hazañas que realizó en esa nueva etapa fue aceptar que la señora Shoper visitara su hogar. Kristel terminó por convencerla añadiendo al estudiado discurso que, si tanto le interesaba el bienestar de Martin, lo mejor era que la conociera a fondo. Aunque ya la conocía dado que había tratado amistosamente a su madre. Sin embargo, el rechazo que sentía por ella, creado al culparla de la muerte inesperada de esta, fue desapareciendo lentamente. Resultó ser una mujer encantadora, jovial y muy divertida que sobrevivía con las pócimas que fabricaba con las plantas que encontraba en la ciudad o adquiría en el mercado. Les contó que, algún día, el mundo descubriría las propiedades mágicas de estas y aminorarían sus enfermedades tomando infusiones. Solo hubo un momento violento en esa visita, cuando Doina, que así se llamaba la señora Shoper, habló de que el futuro estaba escrito en las palmas izquierdas de todas las personas, pero que eran tan tercas que no podían descifrar qué les sucedería con el paso del tiempo.

*—¿Cómo aprendió ese milagro? —se interesó Kristel—. ¿Lo leyó en algún libro?*

*—No, señorita Griffit. Jamás he leído un libro porque no sé leer —explicó dando un pequeño sorbo a su taza de té—. Pero hay cosas que no se aprenden de esa manera. Mi madre, a la que a su vez le enseñó mi abuela, fue mi instructora —añadió posando la taza sobre el pequeño plato.*

*—¡Increíble! —exclamó Kristel entusiasmada—. ¿Y ha predicho el futuro a muchas personas?*

*—A muchas... —comentó Doina mediante un suspiro—. Y he sido agradecida por ello —aclaró satisfecha.*

*Valeria la observó en silencio y de manera esquiva. Su parte alemana, esa que analizaba todo, le gritaba que cada uno debía sobrevivir con lo que poseía; al igual que ella estudiaba cada mueca del rostro de su invitada, esta hacía lo propio. En el momento en el que descubrió que la señora Shoper enarcaba su ceja dorada en señal de pregunta, apartó su mirada para fijarla en Kristel.*

*—Lo siento, pero no creo en esas cosas —opinó—. El futuro es difícil de*

*predecir. Basta con tomar una elección inadecuada para cambiar el rumbo de nuestras vidas.*

*—Supongo que usted es de las mujeres que ven el mundo de color blanco o negro, ¿me equivoco?*

*—No sé si hay colores predeterminados, pero dado que no me parece racional la forma en la que usted lo explica, sí, en efecto. Soy de las personas que deducen que existe un sí o un no, un arriba o un abajo, un ahora o un nunca... —enumeró altanera.*

*—Eso se debe a su sangre alemana... —apuntó divertida Doina—. Aunque me cuesta creer que la esencia de su madre no aflore en usted. Puedo asegurarle que es la viva imagen de ella.*

*—¿Conoció a la madre de Valeria? —soltó aún más sorprendida si cabía Kristel—. ¿Por qué no me lo has comentado? Siempre he creído que no se conocían.*

*Valeria no respondió, solo se encogió de hombros, como si no mereciese la pena mencionar que la primera mujer a quien conoció su madre fue a su invitada.*

*—La familia Giesler se acomodó en este hogar meses después de que mi querido esposo alquilara el nuestro —explicó—. Nos llamó la atención que proviniesen de Alemania y que ambos hablaran inglés con tanta fluidez. Con el tiempo, se creó un vínculo entre nosotras y finalizó al ella morir —aclaró—. Pero quizás usted no me recuerde porque pasaba la mayor parte de su niñez pegada a su padre, conversando en su idioma natal, como si no quisiera perder una parte de sí y rehusando a cualquier contacto salvo el de su familia.*

*—Por suerte para mí, no he perdido mi origen y tengo la esperanza de marcharme de esta ciudad. A la referencia que hace sobre mi madre, es cierto que procedía de España, pero se crio con mis abuelos en Alemania, país donde aprendió el oficio de la confección. Por ese motivo, ella bordaba para la familia Davis... —apuntó Valeria con rapidez.*

*Aunque toda su vida no había sido costurera. Antes de conocer a su esposo, la madre de ella la obligaba a recolectar flores de los jardines y venderlas a los enamorados que pasaban por su lado. Fue así como conoció a su querido padre. «Y allí estaba de nuevo, como cada mañana desde que lo*

*vi por primera vez, sentado en un banco del parque, leyendo uno de esos noticieros. No era capaz de levantar sus ojos de ese desdichado papel. Así que no lo dudé, me coloqué frente a ese hombre tan apuesto y le pregunté si le interesaba comprarme una rosa para la esposa que le esperaría en su hogar —recordó el inicio de la historia de sus padres—. Cuando sus grandes ojos azules me miraron, sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Fui incapaz de darle esa rosa que pagó cuando me dijo: no tengo esposa a la que regalarle esa hermosa flor, pero estaré encantado de ofrecérsela a usted si me obsequia con su nombre».*

*—Lo sé... —contestó Diona mirando de nuevo a la otra muchacha—. ¿Quiere que le lea el futuro? Me apetece mucho averiguar qué le sucederá.*

*—¿A mí? —espetó perpleja Kristel—. ¡Por supuesto! ¿Qué debo hacer?*

*—Extienda su mano izquierda sobre la mesa, con la palma hacia arriba —le indicó—. El resto lo hago yo.*

*Tal como le dijo, posó la mano sobre la mesa y permaneció tan quieta que parecía no respirar. Doina pasó las yemas de sus dedos por esas líneas dibujadas en la palma, cerró los ojos, dijo algo en rumano y, al abrirlos, sonrió.*

*—Serás la esposa de un guerrero. Un hombre que luchará durante toda su vida para cuidarte... —empezó a decir.*

*—¿Le has dicho que el señor Hill es agente? —la interrumpió burlona Valeria.*

*—No... —respondió Kristel abriendo los ojos como platos mientras negaba con la cabeza.*

*—También veo tres bebés. Dos nacidos de un parto y el tercero...*

*—¿Y el tercero? —insistió la aludida.*

*—Será una niña —respondió—. También veo la protección de una mujer. No es pariente tuya, sino de él. Tiene la misma sangre guerrera, aunque no entiendo la razón por la que mantiene una lucha diferente...*

*—¿Diferente? —persistió emocionada.*

*—Sí, es como si no pudiera moverse... Como si todo su reino estuviese al alcance de su mano... —explicó dudosa.*

—¿Todo eso ve a través de unas líneas? —soltó mordaz Valeria—. ¡Impresionante! —añadió divertida—. Y que tengamos la desdicha de estropear esas preciadas marcas lavando, tejiendo y...

—Sigue sin creerme, ¿verdad? —señaló malhumorada.

—No.

—Entonces... ¿por qué no me deja ver la suya? Si considera que mis palabras engañan, no tiene por qué tener miedo —la retó—. Tan solo nos divertiremos y se convertirá en una anécdota que contará a sus nietos.

—No deseo alentar el entusiasmo de mi amiga mostrándole cierta consideración —aclaró observando con los ojos entornados.

—Por favor... —rogó Kristel—. Quiero saber qué será de ti.

—¿De mí? Por si no lo sospechas, me convertiré en una solterona gruñona, veré cómo sois felices y moriré en paz en mi amada Alemania —declaró de manera tajante.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Doina cogiendo la mano de Valeria—. ¿Cómo puede ser tan orgullosa?

—¡Suélteme! —gritó ella, agitando el brazo para liberarse. Pese a esos zarandeos violentos, la señora Shoper logró captar esas líneas marcadas.

—Dos muertes. Dos luces que brillan a su alrededor. Un hombre que sabe su secreto, que no tiene dudas de quién es en realidad. También veo amor, no solo por su parte, sino también por la suya, pero lo alejará, porque todo aquello que pueda debilitar su agrio carácter, lo aparta con rapidez —comentó.

—Las muertes son de mis padres —alegó Valeria tras liberarse de ese agarre. Se reclinó en el respaldo de la silla, se cruzó de brazos y mantuvo una actitud esquivia—. Y no hay hombres que me interesen.

—Bueno, hombres ha habido muchos —comentó Kristel. Luego miró a Doina y continuó—: pero es cierto que ha espantado a todos.

—En la vida, señorita Giesler —dijo levantándose de la silla—, terminamos por encontrar a esa persona que hace despertar nuestro corazón adormilado. Tal vez deba permitirse un momento de reflexión y hallar la respuesta que tanto busca.

—Solo quiero que mis hermanos sean felices. Y esa respuesta la obtendré con el paso del tiempo —habló con tono defensor.

—Pues no necesita preocuparse por ellos —expuso colocando la silla en su lugar—. Su querido hermano Philip se convertirá en otro guerrero y, por suerte para él, hallará la mujer que tanto espera. Aunque ella tendrá que levantar los ojos de esos libros que la apartan del mundo que la rodea.

—¡Jamás! —exclamó airada—. Philip no se convertirá en un agente. ¡Antes lo mando de regreso a Alemania!

—Quizá sea la mejor opción, porque había viajes en sus líneas... —añadió divertida.

—¿Y Martin? —intervino Kristel emocionada—. ¿Qué le sucederá a él? ¿Será otro guerrero?

—El pequeño Martin utilizará más su mente que la fuerza. Será un hombre muy importante y lo respetarán. Sin embargo, no conseguirá la felicidad que tanto desea hasta que descubra a su verdadero amor. Una joven que lo espera detrás de una ventana. Y ahora, si me dispensan, he de regresar a mi hogar. Muchísimas gracias por la invitación y espero que disfruten en esa velada. Por cierto —comentó antes de cerrar la puerta—, el primer beso no se olvida... —Y desapareció, dejando en la habitación a las dos mujeres en silencio.

Salvo por ese contratiempo, Valeria resumía la visita como agradable y admitió que Martin estaría a buen recaudo con la mujer mientras no le extendiera la mano de nuevo. Por otro lado, ella y Kristel pasaron la velada del lunes y la mañana del martes preparándose para la fiesta mientras una apoyaba la premonición de la señora Shoper y la otra negaba cualquier conjetura futurista, aunque gracias a ello, el tiempo pasó muy deprisa...

—¡Dos manos más! —le pidió Philip justo cuando los tres ya estaban preparados para recibir al cochero del señor Reform.

—No hay tiempo, ha de estar a punto de aparecer —comentó Valeria palmeándose el vestido. No sentía la prenda. Esos guantes que enfundaban sus manos no le permitían captar la suavidad de una tela tan delicada.

—Deberías controlar ese persistente deseo —le regañó Kristel—. Como

has descubierto durante estos días, puedes ganar, pero también perder.

—¿Cuántas veces he perdido? —le preguntó dirigiéndose a ella.

—Las suficientes para mermar la fortuna que has obtenido —le recordó—. Si estuviera en tu lugar, no subiría las apuestas.

—No voy a hacerlo... —murmuró Philip entendiendo la regañina. Era cierto. Se había entusiasmado tanto al ganar que, en la última partida del lunes apostó todo lo que poseía y lo perdió.

—Eso espero —añadió Kristel mientras apoyaba su mano sobre el hombro del muchacho para ajustarse el zapato izquierdo.

—¿Te hacen daño? —espetó Valeria sin apartar los ojos de ella—. Si quieres, te presto los míos.

—No me hacen daño, pero me encuentro molesta con ellos. Tanto tiempo utilizando ese calzado remendado me ha debilitado el pie —dijo sonriente—. Pero se tienen que acostumbrar —agregó dando un taconazo en el suelo—. Hoy seremos unas damas y mi querido Philip, un hermoso caballero, no puedo estropear una situación así porque me molesten unos simples zapatos.

Valeria se quedó mirándola con tranquilidad, observando cada mueca que expresaba su rostro. Estaba feliz, como nunca había mostrado durante los años que vivían juntas. Se preguntó si la razón de ese cambio se debía al atuendo que llevaba o al encuentro que tendría con el señor Hill. Desde que el hombre apareció en su vida, ella no dejaba de sentirse afortunada, hasta abandonó esos comentarios despectivos hacia su persona. Por muy inverosímil que resultase, cada vez que caminaba, cada vez que se balanceaba, ella se ruborizaba. ¿Tan atraída se sentía por él? ¿De verdad que el amor podía surgir en cualquier momento?

Entonces rememoró la historia de sus padres. De cómo un aspirante a noble alemán delegó su cargo a un pariente lejano para escaparse con la mujer que amaba: una simple vendedora de rosas... Pero el amor era mutuo. Por muy fuerte que pareciera, cuando su esposo falleció, empezó a debilitarse tanto que alcanzó su deseo dos meses después. «Siento un gran dolor en mi pecho por abandonaros, pero estoy feliz al volver con él. Os prometo que os cuidaremos y que siempre estaremos a vuestro lado. Solo debéis mirar al cielo y hallar las dos estrellas que más brillen. Seremos vuestro querido padre y yo», declaró la tarde anterior a su muerte, mientras sostenía en sus brazos a un bebé de cuatro

meses y el mayor de los varones lloraba desconsolado pese al abrazo de la hermana.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Philip al ver cómo Valeria enjugaba sus lágrimas.

—Estaba pensando en nuestros padres, en lo orgullosos que se sentirían si estuviesen aquí para verte —dijo con un suspiro en la voz—. Te pareces tanto a él... Tienes sus ojos, su cabello e incluso su porte.

—Y si no me falla la memoria, tú eres igual que madre —añadió el joven tan emocionado como Valeria. Por muy triste que le pareciese, algunas veces ni se acordaba de ella. Solo cuando se esforzaba por no hacerla desaparecer, se reencontraba con esos maternos ojos verdes y escuchaba a lo lejos el timbre de su voz.

—Ha heredado la belleza de tu madre y el carácter alemán de tu padre —apuntó Kristel para eliminar un momento tan emotivo. Si continuaban hablando sobre sus padres, ambos recibirían al cochero en un mar de lágrimas y parecerían que se disponían a presenciar un entierro en vez de acudir a un espectacular acontecimiento. O quizá lo hizo porque ella no entendía cómo podían seguir amando a unos padres que los abandonaron a su suerte—. Acordaos del plan —les instó.

—¡Tienes razón! —exclamó Philip estirando la chaqueta, arrugada tras ese efusivo abrazo—. No podemos olvidarnos de nuestro objetivo.

—¿Qué es...? —espetó Valeria enarcando las cejas oscuras y dibujando una enorme sonrisa.

—Jugar, ganar y disfrutar —sentenció el joven.

Tras Valeria asentir, se quedó parada junto a Kristel en mitad de la habitación, esperando a que el muchacho caminara delante de ellas, como si se tratara de una pequeña comitiva. Philip, galante, les abrió la puerta y las escoltó hacia el vehículo que el señor Reform les ofreció.

—Buenas noches, señoras, caballero... —les saludó el cochero después de bajar las escalerillas—. Si son tan amables —agregó extendiendo la mano para facilitarles el ascenso.

En primer lugar, subió Valeria, quien se giró con rapidez para ayudar a Kristel, pero ese estado de euforia que sentía la muchacha le había

proporcionado las alas de un ángel, porque se introdujo en el interior del vehículo con más soltura que ella. Cuando entró Philip, el cochero les hizo una leve genuflexión, cerró la puerta, se dirigió hacia el asiento, arreó a los caballos y emprendieron el trayecto.

—Respirad hondo... Si os encontráis en algún aprieto, solo debéis de tomar aire lentamente —les aconsejó Valeria.



Permaneció en la entrada, parado y sin llamar. Le interesaba observar esa postura rígida y esa apariencia dubitativa que Reform mostraba cuando pensaba que se encontraba solo. Allí, frente a la ventana, se mantenía de pie, vistiendo su traje nuevo. Oscuro, como era habitual. Aunque hubo un detalle que le sorprendió: tenía puesta la chaqueta. Era la primera vez que permanecía en el interior de su despacho trajeado de manera correcta. Cada vez que había subido a hablar con él, lo encontraba en mangas de camisa, pero supuso que ese cambio se debía a la importancia de la velada, de ahí que no apartara la mirada de la calle. No le cabía la menor duda de que estaría calculando el número aproximado de clientes que poseería el club una vez que abriese las puertas.

Borshon caminó sigiloso hacia él, como si fuera a asustarlo.

—Les mandé el carruaje hace algo más de veinte minutos —dijo Trevor sin mirarlo.

—Creí que no había notado mi presencia —alegó burlón.

—Aunque no poseo ojos en la nuca, advierto con rapidez si hay alguien cerca. Se denomina instinto de supervivencia y lo desarrollé mientras viví en Whitechapel —comentó de manera arrogante—. ¿El señor Berwin le hizo llegar mi petición? —espetó sin mirarlo.

—Sí, y tal como me solicitó, averigüé el hogar del bondadoso señor Mayer. No obstante, le aconsejo que no debería acercarse a ese hombre.

—¿Me lo requiere como agente o como señor Hill? Según tengo entendido, le propinó una buena paliza por desestimar y agredir a la señorita Griffit —

añadió volviéndose hacia él.

Sus manos continuaban entrelazadas en la espalda, proseguía adoptando esa actitud rígida. El corte de su barba y la mirada aumentaban su dureza, pero lo que dejó a Borshon intranquilo fue la sonrisa maligna que exhibían sus labios.

—Ambos —respondió toscamente mientras tomaba asiento sin la debida invitación.

—Usted le dio su merecido, ahora me toca a mí consagrarle el mío —expuso apretando la mandíbula—. He de dejarle claro que hay mujeres que cuando dicen no, es no.

—La señorita Giesler ha tenido gran parte de culpa —señaló Borshon cruzándose de brazos—. Alentó, con su comportamiento, la ilusión de ese desdichado profesor.

—¿Está insinuando que ella obtuvo lo que se merecía? —espetó transformando el blanco de sus globos oculares en rojo fuego.

—¿Qué pensaría usted si cada día, durante casi un año, vela por la educación de los niños de una mujer que, además de pagarle una tarifa ridícula, lo trata con respeto y ternura? —le instó.

—¿Que tiene educación? —soltó enarcando las cejas—. ¿Que es una persona afable?

—Si usted lo dice... —murmuró.

—Lo digo y lo afirmo. Berwin me ha informado sobre ella y, aunque parezca irreal, bajo esa apariencia tierna, coexiste una mujer temperamental que lucha con uñas y dientes por aquellos a los que ama. ¿Por qué supone entonces que aceptó mi ofrecimiento?

—Porque el señor Berwin la atacó donde más le dolía —declaró.

Por supuesto, el anciano ayudante se despachó a gusto cuando lo encontró. Estaba tan alterado por lo vivido en la casa de la señorita Giesler que le confesó todo lo sucedido. Por ese motivo, y gracias al infeliz, descubrió que Kristel vivía con ella, que no poseía otro hogar al que acudir.

—Sí, también me habló del defecto de la mujer en quien posee cierto interés —dijo suavizando el tono de su voz. Separó la silla de la mesa y tomó

asiento—. Aunque he de confesarle que no me agrada definirlo con ese término.

—A mí tampoco —refunfuñó Borshon.

—Ella es coja, nosotros demasiado grandes, otros no escuchan, otros no ven... —enumeró.

—Otras personas son arrogantes, entrometidas...

—Si se refiere al comportamiento de la señorita Giesler, le advierto que muchas veces tomamos decisiones erróneas porque imaginamos que es la única forma de proteger a los que apreciamos.

—¿La está disculpando? —preguntó Borshon enarcando la ceja izquierda.

—No, solo estoy ofreciendo una explicación lógica —aseveró.

—Me conformo con esa explicación... después de no haber puesto el grito en el cielo tras pagar la factura —indicó divertido—. Tan solo le aclaro que yo les indiqué que compraran un par de vestidos, no soy el responsable de que añadieran una gran cantidad de complementos.

—Fue decisión de Valeria. Su querida señorita Griffit rehusó en todo momento añadir nada que no ordenara usted, pero ella la alentó. Según parece, cuando escuchó quién pagaría la cuenta, comenzó a pedirle a la dependienta todo aquello que se le antojó sin escatimar en gastos —dijo con una mezcla de enfado y diversión.

—Pues debería cuidar su fortuna, señor Reform. Si pretende cortejarla, mucho me temo que invertirá más de lo que...

—¿Cortejarla? ¿Cómo se le ocurre tal insensatez? ¡Mi propósito es desenmascararla! ¿Acaso cree que tengo otro interés? ¡¡Esa mujer ha puesto en peligro mi respetado club!! —clamó—. ¿Sabe usted que narrarían los periódicos si se descubriese que ella ha estado aquí vistiendo ese horrible atuendo masculino? —soltó sin tan siquiera tomar aire.

—Pero imaginé que... —intentó explicarse.

—¡No imagine nada! —vociferó fuera de sí.

—Señores, si me disculpan... —les interrumpió Berwin que, al escuchar el grito de su señor, dudó durante unos segundos si debía aparecer o terminaría

como siempre, con algún bufido que no le pertenecía.

—¿Sí? —preguntó expectante Trevor al intuir qué les iba a comunicar.

Había llegado el momento. Valeria estaba cerca. Por fin podría contemplar a la mujer y acercarse para deleitarse con su verdadera apariencia. Por fin admiraría esa figura que escondía bajo el miserable traje del señor Hernández y, al fin, descubriría si las ganas de besarla que tuvo, pese a asemejarse a un hombre, continuarían o desaparecerían al verla. Porque, rozar con su boca los labios de ella, no era cortejo, ¿verdad?

—El carruaje ha llegado. Las señoritas están bajando del vehículo y...

Antes de terminar la frase, ambos hombres se levantaron de sus asientos y salieron disparados de la habitación dejando al pobre señor Berwin tan asustado, que saltó hacia atrás para que no lo atropellaran. Parecían dos enormes niños corriendo hacia alguien que les ofrecía caramelos de azúcar gratis. ¿Cómo olvidaban con tanta rapidez el respeto hacia los mayores? ¿No eran conscientes de que si lo tocaban romperían todos los huesos que tuviera bajo su piel? No, claro que no. Aquellos hombres estaban tan embelesados en las dos mujeres que acababan de aparecer que no eran capaces de utilizar la parte del cerebro destinado al raciocinio.

—Por cierto, les aclaro que vienen acompañadas del hermano mayor —concluyó sin que ninguno de los dos lo escuchara. Berwin se encogió de hombros, se acercó a la mesa del señor Reform, abrió el cajón donde guardaba un excelente *whisky* y, pese a que el dueño del club había cambiado su bebida por agua fresca, él se sirvió una copa y se la bebió de un trago—. ¡Salud! —exclamó tras chasquear la lengua y levantar ese cristal vacío hacia el cielo.

Nada más salir del despacho, dirigió la mirada hacia la entrada. Dos mujeres y un muchacho eran recibidos por el empleado de la puerta. Después de los oportunos saludos, las dos se adentraron apoyándose en los brazos del joven.

—¿Quién es? —preguntó Reform señalando con un leve movimiento de cabeza al muchacho rubio que entraba con ellas.

—Philip Giesler, uno de los hermanos de ella —respondió sin poder apartar sus ojos de Kristel.

Estaba preciosa con aquel vestido rosa. Le daba ese aspecto angelical que pocas mujeres podrían adquirir. Borshon sonrió complacido al ver que ella lo buscaba entre los invitados. «Mira hacia arriba y me encontrarás...», pensó como si estuviese jugando al escondite.

—¿Qué edad tiene? ¿No es demasiado joven para aparecer en un lugar como este? —continuó preguntado.

—Sobre unos quince y sí, es bastante joven. Pero imagino que habrá pedido acompañarlas. Si no recuerdo mal, a esa edad yo también pensaba que era lo suficientemente adulto como para visitar ciertos lugares...

Azul. El vestido que había elegido Valeria era azul. Asombrado y satisfecho, observó cómo ocultaba sus pequeñas manos en unos guantes y, al andar, dejaba entrever la punta de los nuevos zapatos. ¿Le había dicho Berwin que también habían adquirido medias? En esos momentos, mientras observaba sin pestañear el escote del vestido y cómo las puntas de los tirabuzones rozaban el nacimiento de su busto, no era capaz de concretar nada. Solo quería bajar y poder presentarse formalmente ante ella. Pero había estado planeando, durante los días atrás, qué debía hacer, cómo comportarse e incluso calculó el tiempo que tardaría en aparecer. Sin embargo, había desperdiciado las horas que empleó en dicho propósito, porque lo único que deseaba era bajar las escaleras de dos en dos, apartarla de su hermano y llevársela a una de las salas, que mantendría cerradas durante la velada, para besarla tantas veces como le apeteciera.

—Son tan... diferentes —comentó Reform haciendo referencia al parecido de los hermanos—. Aunque ya me advirtió Berwin que la similitud entre los dos varones contrastaba con ella.

—Si no he sido informado erróneamente, la señorita Giesler tiene el aspecto de su difunta madre y los hermanos han heredado el del padre. Por cierto... —dijo cambiando la tonalidad de su voz a una más áspera—, auguro que tendremos serios problemas... —señaló Borshon apartando las grandes manos de la barandilla como si fueran hierros incandescentes.

—¿Por qué dice eso? ¿Su instinto policial le alerta de que habrá disputas? ¿No tendrá una buena acogida la aparición de mujeres? —exigió saber, apartando la mirada de ella para fijarla en el agente, quien endurecía la mandíbula y entornaba sus ojos como si quisiera atravesar con ellos a quien

permaneciera enfrente.

—Fíjese usted mismo, señor Reform —dijo señalando con el dedo de su mano derecha—. Todavía no han sobrepasado el *hall* y ya empiezan a revolotearlas una docena de hombres. ¿Dejó bien claro que sus fulanas no trabajarían esta noche? —gruñó.

—Por supuesto, ordené que se informara a todos los socios inscritos de que no gozarían de la presencia de las meretrices durante esta noche — aseveró con firmeza.

—Pues creo que muchos de sus buenos clientes no han tenido la decencia de abrir el sobre. Y como se acerquen a ella más de lo debido o le hablen con vulgaridad, le juro por mi vida que se quedará sin socios para la próxima velada —declaró antes de dirigirse con paso firme hacia la escalera y proteger a la única mujer que le interesaba: Kristel.

## Capítulo XV



No podía dejarlo solo. Tal como resopló cuando pasó por su lado, el señor Hill no iba a tardar en ofrecer un espectáculo desagradable a los invitados y no podía consentirlo. Después de ajustarse la chaqueta y de cerciorarse de que los botones estaban abrochados correctamente, le siguió.

Mientras bajaba, buscó con la mirada a Valeria. Por suerte, los tres habían cruzado el recibidor y se encontraban frente al empleado que servía las copas de bienvenida. Intentó mantener la calma, para frenar cualquier impulso inapropiado al confirmar que, en efecto, varios caballeros las miraban con gran expectación. Ante todo, y pese a sentir el impulso de correr detrás del agente pidiéndole que metiese sus grandes puños en los bolsillos del pantalón porque él mismo sería quien golpeará a los atrevidos, necesitaba comportarse como se esperaba del anfitrión de un acontecimiento inigualable: frío, calculador, distante y áspero. ¿No eran esos algunos de los adjetivos con los que le describían? Pues, haría honor a dichas descripciones...

Cuando puso el pie derecho en el último escalón, respiró aliviado. Borshon estaba a punto de presentarse ante ellas y alejaría a esos buitres esperanzados de lanzarse sobre la carnaza. Indudablemente, había sido una elección acertada permitir que el señor Hill acudiera al club para vigilarlas. Gracias a él, podría concentrarse en resolver las demandas que surgirían a lo largo de la velada y no tendría la mente ocupada imaginándose a cuántos caballeros tendría que apartar de Valeria. Sonrió complacido, satisfecho. Tal vez la suerte no lo había abandonado, quizá había esperanza para proseguir con su plan y, si nada ni nadie lo interrumpía, se mantendría distante de ella, observándola, admirando cada gesto que realizara y escuchando esa voz que al fin no enmascararía bajo una falsa rudeza.

Con paso decidido y ocultándose entre las columnas de la primera planta, avanzó hacia el salón comedor. En primer lugar, debía hablar con su cocinero sobre la previsión de los comensales y solventar el enojo que sobrellevaba

desde que se le informó que trabajaría el doble de lo habitual. Y después, merodearía por las salas como si fuera un fantasma.

—Buenas noches, señoritas. Si me permiten la osadía, he de decirles que están espléndidas —comentó Borshon al situarse junto a ellas—. Por suerte para este humilde servidor, soy testigo de cómo dos estrellas del cielo han bajado a la tierra.

—Buenas noches, señor Hill —le respondió Valeria al advertir que Kristel se había quedado tan anonadada al verlo con aquel traje tan elegante y al escuchar un elogio semejante que no era capaz de articular palabra—. ¿Cómo predice la velada? —Miró, discretamente, a su alrededor, buscando esa figura oscura que no tardaría en presentarse y a la que evitaría como la peste.

—Desde el momento que han accedido al club, maravillosa —alegó tomando la mano de la señorita Griffit para besarla despacio—. ¿Se encuentra bien? Percibo cierta inquietud...

—Son los nervios —aclaró con timidez—. Es la primera vez que acudo a un lugar tan...

—¿Tan? —persistió el agente dando un paso hacia atrás para mantener la distancia adecuada.

—Tan sobrio —finalizó la frase sonrojándose de nuevo como una niña.

—Pues a mí me resulta elegante y opulento —señaló Philip extendiendo la mano hacia el señor Hill para saludarlo.

—El señor Reform ha invertido mucho tiempo y fortuna en reconstruir este local —expuso Borshon aceptando el saludo—. Si lo desean, dado que ninguno de ustedes ha estado aquí con anterioridad, puedo servirles de guía —añadió sarcástico observando de reojo a Valeria, quien no realizó ningún gesto ante las suspicaces palabras.

—Será un honor —comentó Kristel dibujando una tímida sonrisa—. Si no entorpece su labor como centinela.

—¿Centinela? —espetó él enarcando las doradas cejas.

—Como nos explicó que lo contrataron para vigilar este... —dijo sonrojándose de nuevo y notando cómo la vergüenza la impedía finalizar la frase.

—También le pedí que velara por el cuidado de mi espalda, ¿lo recuerda? —le comentó inclinándose ligeramente hacia el lado izquierdo de Kristel, para que solo ella lo escuchara—. Si les acompaño, usted podrá convertirse en mi... centinela —añadió con voz suave.

—¿Cuántas salas encontraremos en esta planta? —preguntó Philip abriendo los ojos como platos al advertir que los invitados se agolpaban en las entradas esperando acceder al interior.

—Hoy tienen diez abiertas al público —empezó a explicar Borshon, adoptando la pose que tomaría el mismísimo dueño del local mientras comenzaba a andar por el largo pasillo—. Al final hallarán un salón comedor. Nunca se permite el acceso a clientes que no estén en la lista de socios, sin embargo, hoy todo el mundo puede degustar los succulentos platos que ofrecerá el cocinero del señor Reform.

—Hay, como mínimo, dos mesas en cada sala... —reflexionó Philip asombrado.

—Debido a la previsión que se ha calculado, el dueño del club ha decidido ocupar el espacio sobrante con una mesa de juego más pequeña. De esta forma habrá más participantes activos que pasivos.

Por suerte para él, antes de subir al despacho, Berwin, eufórico, le contó todo aquello que estaba exponiendo porque de no ser así, la explicación habría sido muy escueta: «esta es la primera planta, donde vaciarán los bolsillos aquellos que se atrevan a apostar, esas son las escaleras que conducen a la segunda y un joven como tú no debe subirlas hasta que la barba del rostro crezca ruda y espesa».

—¿Les apetece ver ese salón? —preguntó parando el paso para volverse hacia los tres.

—Si no es mucha molestia... —comentó Kristel sonriendo levemente.

—No lo será si entrelaza su brazo en el mío —indicó ahuecando el codo.

Con timidez, Kristel aceptó el ofrecimiento, agachó la cabeza para que Borshon no descubriese el sofoco que la recorría en ese instante y avanzó despacio, disimulando en la medida de lo posible su manera de andar.

Valeria hizo un leve mohín de desagrado, no fue causado ante el descarado comentario del agente sino porque, desde que entró, había notado ciertas

transformaciones en el club. Le costaba mucho asimilar los cambios. La seguridad de la que se enorgullecía desaparecía cuando nada estaba en su lugar. Enfadada, maldijo al señor Reform, causante de todo lo que observaba. Habría preferido que esa mente inquieta permaneciera centrada en las mujeres que trabajaban para él.

Tras esa divagación inapropiada, puesto que le generó más furia que bienestar, se acordó de ellas. ¿Dónde estarían? ¿No se le habría ocurrido hacerlas aparecer en mitad de la velada? ¿Cómo distinguirían los caballeros a las nobles señoras de aquellas que no lo eran tanto? Nerviosa, alargó sus pasos y acertó la distancia que había mantenido con sus acompañantes. No quería ser asaltada por cualquier invitado ofreciéndole una proposición indebida. El bochorno que padecería sería mayor que el que sufría Kristel cuando el señor Hill le susurraba al oído.

—Ha de invertir una gran fortuna para mantener un lugar tan grandioso —opinó Philip perplejo al observar la magnitud del local.

—Lo hace —afirmó el agente—. Aunque también he de aclarar que las ganancias son mayores que las pérdidas. De no ser así, tendría que clausurar el club.

—¿Cómo encontró este trabajo, señor Hill? —espetó el joven—. ¿Le llamaron porque pertenece a Scotland Yard? ¿Le buscó el mismísimo señor Reform?

Borshon levantó su ceja izquierda en señal de pregunta. ¿Por qué se interesaba el muchacho en averiguar esos aspectos de su vida? ¿Qué podría responderle para evadir la verdad? ¿Qué opinaría Kristel si descubriese que no se encontraron en el mercado por casualidad? Inquieto y pensativo miró a esta, quien sonreía de oreja a oreja, divertida por la intromisión del joven.

—Creo que le entusiasma el trabajo que realiza y desea averiguar cómo convertirse en un guerrero —explicó.

—¿Un guerrero? Gracias por tan magnífica comparación, señorita Griffit, aunque he de aclarar que no me considero como tal... —dijo acariciándose el cabello con la mano derecha.

—¿Y? —insistió Philip—. ¿Cómo se hizo miembro de la patrulla sin miedo?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Valeria poniendo los ojos en blanco—. ¿Puedes pensar en otra cosa? Estás dando una impresión bastante infantil y, si no recuerdo mal, te permitimos acompañarnos porque nos convenciste de lo contrario —refunfuñó.

—¿Desde cuándo te opones a que me instruya? —preguntó malhumorado y azorado ante esa regañina delante del hombre al que admiraba.

—Desde que la señora Shoper ha metido en tu cabeza pensamientos absurdos —contestó dando unos largos pasos hacia el centro del salón.

Para la velada, el señor Reform había retirado las pequeñas mesas, donde se acomodaban no más de cinco comensales, y había puesto en su lugar cuatro grandiosas mesas que abarcaban desde un extremo a otro de la habitación. Ostentoso fue la única palabra que apareció en su mente para describir el lugar. Los manteles, la vajilla, los candelabros... todo parecía tener un valor incalculable. ¿Cómo se había permitido invertir tanta fortuna para exhibirlo durante una velada? ¿Qué deseaba demostrar? ¿Que no era tan ruin como aparentaba? Pues ella, mejor que nadie, sabía la verdad. Porque después de esa misiva, aunque hubiera colocado sobre la mesa candelabros de oro blanco, nada la haría cambiar de parecer.

—¿Quién es la señora Shoper? —preguntó Borshon desconfiado. En sus investigaciones no había hallado otro pariente cercano y la necesidad de averiguar quién era esa mujer y la relación que mantenía con ellas era apremiante.

—Es la esposa del señor Shoper, un humilde mercader. Viven en la puerta de al lado y según he conocido, fue amiga de la señora Giesler —le explicó.

—¿Y qué le ha dicho al joven?

—Según ella —intervino Valeria malhumorada—, tiene la habilidad de conocer el futuro de los demás a través de las líneas de la mano izquierda. Pero lo único que hace es crear falsas ilusiones. —Contó los sirvientes que aguardaban a los invitados callados e inmóviles. Quince figuras humanas atenderían las necesidades gastronómicas de quienes ocuparan los asientos. ¿Serían esos mismos los que servían cada noche o habría contratado algunos más?

—Y esa mujer le predijo que algún día se convertiría en un guerrero —apuntó Kristel, terminando así la explicación sobre la señora Shoper.

—El trabajo en Scotland Yard es muy duro —indicó Borshon a Philip—. No solo se debe tener una preparación física, sino también mental. Cada día se ha de luchar contra la parte más oscura de la ciudad y le aseguro que no es agradable.

—Entonces, ¿por qué motivo eligió usted dicho empleo? Si, tal como explica, no es tan atrayente como lo imagino... —quiso saber Philip quien no podía apartar la mirada expectante de Borshon.

—¿Ha contemplado las dimensiones de mi cuerpo? Pues mi futuro, si me lo hubiese vaticinado la señora Shoper, habría sido bastante sencillo: o gigante de un circo u ocupar un puesto en el que el miedo que mostrarían las personas que me observaran fuese fundado.

—Por eso eligió la segunda opción... —reflexionó el joven.

—Por eso y porque deseo que, en un futuro próximo, la mujer que se convierta en mi esposa y los hijos que nazcan de ese matrimonio puedan vivir en una ciudad más segura —aseveró sin mirar a Kristel.

—Entiendo... —comentó Philip agachando la mirada.

—¿Podemos regresar? —preguntó Valeria—. Me encantaría buscar una mesa en la que apostar. No todos los días se nos permite jugar como si fuésemos caballeros.

—Por supuesto, adelántese —apuntó Borshon permitiendo que la inquieta mujer se colocara delante de ellos—. Señorita Griffit, ¿quiere perder también el dinero que guarda en ese pequeño bolso? —preguntó a Kristel, que aún seguía agarrada de su brazo.

—¿Cómo está tan seguro de que lo perderé? —soltó mordaz la mujer al tiempo que enarcaba las cejas—. Pretendo recaudar el doble de lo que poseo.

—No sabía que era habilidosa en el juego —comentó divertido Borshon.

—No sabe muchas cosas sobre mí, señor Hill.

—Pues espero descubrirlas todas —le susurró al oído.

Justo cuando Valeria extendía la mano para abrir la puerta que la conduciría a esas deseadas salas de juego, la manilla se giró sola, dándole a entender que alguien accedía al salón. Con rapidez echó unos pasos hacia atrás y se quedó tan paralizada al ver quién aparecía frente a ella, que soltó el aire

de sus pulmones abruptamente.

—Buenas noches —saludó Trevor Reform nada más abrir la puerta del salón y encontrarse con la pequeña comitiva—. Me alegro de conocer al fin a mis protegidas.



Después de calmar a Chevalier, quiso volver a las salas para averiguar hacia dónde se habían dirigido, pero la voz del señor Hill llegó hasta sus oídos indicándole que permanecían en el salón. Rauda, salió de la cocina por la puerta de atrás. Después de esquivar los saludos de quienes deseaban ofrecerle toda la suerte del mundo por celebrar un evento así, atravesó el pequeño pasillo que lo llevaría hasta donde se encontraban. Con una sonrisa de oreja a oreja y notando cómo los latidos de su corazón aumentaban debido al entusiasmo que sentía, abrió la puerta de dicho comedor, quedándose boquiabierto al verla tan próxima a él. Su repentina aparición les impidió avanzar hacia las salas, aunque gracias a esa cercanía creada de manera involuntaria, pudo inspirar ese perfume a canela que Valeria desprendía.

—Señor Reform —comentó Borshon dando un paso hacia delante.

—Señor Hill —le respondió, sin apartar la mirada de la única mujer a la que pretendía estudiar con exhaustividad.

—Le presento a la señorita Giesler, a su hermano, el joven Giesler, y a la señorita Griffit —explicó.

—Encantado —dijo extendiendo la mano hacia Valeria para saludarla con la debida cortesía—. Veo que mi inversión fue bastante acertada —añadió besando el guante blanco—. Están increíblemente hermosas.

—Señor Reform... —murmuró Valeria, que había alargado la palma hacia él de manera inconsciente.

¿Qué había pensado decirle cuando lo tuviese delante? ¿Que era un hipócrita, que no debió denominarlas obligación moral? Porque, en ese momento, las palabras que había guardado en su mente para utilizarlas como reproche habían desaparecido *ipso facto*. ¿Cómo podía ser tan seductor? ¿Por

qué sus ojos parecían haberla hipnotizado? ¿Ese era el traje que le había confeccionado el sastre? Pues, a pesar de lucir de nuevo el color negro, el costurero había utilizado la seda para coserlo y le proporcionaba una imagen más solemne y magnánima de la que ya poseía.

—Señorita Giesler... —le respondió con la misma intensidad de voz.

Odió en ese momento que sus labios no pudieran tocar la piel de Valeria. Aunque el guante tenía una textura suave, él deseaba rozar esa mano sin impedimentos. Notó, complacido, un ligero temblor en ella, pero no llegaba a concretar la razón de por qué lo hacía. ¿Pensaría que la descubriría o tal vez tenía miedo por haber gastado más de lo debido en lucir de manera espectacular? Aunque él no pensaba reprocharle tal tontería. Gracias a esa compra estaba impresionante. Parecía una dama de la alta sociedad.

Trevor disfrutó observando ese cabello recogido en un laborioso entrecruzado con lazos blancos. Y ratificó que había sido una magnífica opción elegir ese vestido de color azul mar. Reform sonrió complacido al descubrir que su traje y el vestido de ella estaban hechos de seda. ¿La dependienta habría deducido que le gustaría verla de ese modo? ¿Qué le había dicho Berwin al respecto? «Una vez que descubrió quién pagaría la factura, se volvió loca e hizo que la vendedora le enseñara todo aquello que guardaba en un perchero. Según la mujer, se trataban de prendas que no recogieron aquellas damas que se los encargaron». Entonces, no solo debía darle las gracias a esa paciente trabajadora, sino también a la primera dueña del vestido.

—Gracias por todo —intervino Kristel que, al igual que Valeria, se quedó sorprendida al ver al dueño del local. Sin embargo, ella sí que podía hablar con normalidad, no como su amiga, que se había quedado paralizada y tartamudeó al saludarlo—. Ha sido muy gentil por su parte hacerse cargo de nuestras compras —agregó extendiendo la mano—. Espero que no le haya causado molestia alguna.

—Ha sido un verdadero honor, señorita Griffit. Nunca fui el benefactor de una mujer y he de confesarle que me ha agradado —respondió aceptando ese saludo—. Y el joven es...

—Philip Giesler, para servirle —contestó el muchacho dando un paso hacia delante—. Es usted un hombre admirable, señor Reform. Ha construido el mejor club de Londres, debe sentirse muy orgulloso al realizar tal proeza.

—¿Admirable? —espetó divertido Trevor—. Nunca me han considerado como tal, joven Giesler. He escuchado muchos adjetivos sobre mi persona y en ninguno he podido encontrar la palabra admirable. Así que se lo agradezco enormemente.

—La envidia es sublime en esta ciudad —añadió el muchacho evitando mostrar ese entusiasmo infantil que aguantaba para exhibir en su voz la madurez que, momentos antes, había hecho referencia su hermana—. Pocos hombres pueden alcanzar una hazaña semejante —prosiguió con su alabanza.

—Philip... —le regañó Valeria que había fruncido el ceño—. Creo que el señor Reform está demasiado ocupado para perder el tiempo con tanta palabrería.

—Se equivoca, señorita Giesler. Hoy, por suerte, dispongo de todo el tiempo libre que desee. Así que, si me conceden el honor, me encantaría acompañarles durante la velada. Ya que me han proclamado su benefactor, veo oportuno que continúe siéndolo bajo mi techo. ¿Qué se disponían hacer? —la pregunta la dirigió hacia Borshon que, después del saludo, volvió a tomar la mano de la mujer por quien tenía interés.

—Habían decidido jugar. Sienten la necesidad imperiosa de perder la poca fortuna que poseen en los bolsos —dijo sagaz.

—¿Saben jugar? —soltó con aparente sorpresa—. ¡Increíble! Nunca imaginé que el sexo femenino fuera capaz de pensar algo más aparte de vivir para comprar todo aquello que deseen.

—Y, si piensa eso de nosotras, ¿por qué ha permitido que accedamos al club? ¿Pretende divertirse a nuestra costa? —señaló malhumorada Valeria.

La primera impresión, esa que lo había descrito como elegante, apuesto e increíblemente seductor, desaparecía durante la escueta conversación. ¿Qué diablos tenía aquel hombre en su cabeza? ¿Despojos? ¿O es que acaso aún perduraba por sus venas ese costoso licor que no dejaba de beber? ¿Cómo podía despreciarlas de esa forma tan mezquina? «Juegue conmigo, se lo suplico. Y esta vez no tendrá una excusa para saldar la cuenta...», pensó sin poder evitar entornar sus ojos ante el despertar de su ira.

—¿La he enfadado? —espetó burlón Trevor—. Lo siento... Aunque si quiere hacerme cambiar de opinión, podría concederme el placer de jugar una partida conmigo. Le prometo que seré benevolente... —agregó mordaz.

—Yo que usted me lo pensaría dos veces... —Ese comentario le causó a Philip un terrible dolor en el pie izquierdo. Valeria, para hacerlo callar, le pisó con fuerza.

—Estaré encantada —le respondió ella—. Elija la mesa y el juego —le retó.

—¡No puedo ser tan descortés, señorita Giesler! Podrían añadir otro malogrado adjetivo a esa lista interminable —expuso con una enorme sonrisa—. Le daré la oportunidad de que usted misma me lo proponga. Si es tan amable... —dijo abriendo la puerta—, las señoritas primero, como dicta el protocolo de un buen caballero.

Tras resoplar, Valeria agarró el brazo de su hermano y se adelantó a los demás. Necesitaba hallar al crupier que la atendía cada vez que jugaba. Pese a haber tantos cambios a su alrededor que le provocaban desconcierto, si encontraba al empleado, tendría más posibilidades de ganar.

—Esta parece menos concurrida —opinó Philip al pasar por la sala número diez—. Como es la última, todo el mundo permanece en las primeras que encuentra —dedujo.

—No —negó con firmeza su hermana.

Avanzaron un poco más, sin alejarse demasiado de ellos. Valeria necesitaba escuchar la conversación que Borshon y Kristel mantenían con el señor Reform. Hablaban sobre el futuro del club y de las alternativas que había barajado para continuar prosperando. Por la tranquilidad que su amiga mostraba al conversar y por cómo le hablaba con tanta familiaridad, pensó que, por algún extraño motivo, le pareció un buen hombre. Y eso la enfureció aún más. Tal vez debió enseñarle la carta y hacerla comprender, a través de sus propias palabras, lo ruin y despreciable que era en realidad.

«¡Perfecto! ¡Gracias, Señor!», exclamó Valeria eufórica en su cabeza cuando observó al joven Gilligan trabajando en la mesa número seis. No era su preferida, pero debía acogerse a dicha opción.

—Aquí —dijo volviéndose hacia ellos—. Podemos jugar en esa mesa, si no declina su ofrecimiento —le instó esperanzada.

—Me parece perfecta —alegó dibujando una sonrisa maléfica al haber augurado que elegiría la mesa en la que estuviese el crupier con el que

siempre jugaba. Ahora le tocaba averiguar si ambos estaban compinchados o solo se trataba de un ritual.

Caminó hacia el interior de la sala, saludando a las personas que se encontraba a su paso. Los cuatro le siguieron, aminorando la caminata cuando Reform lo hacía. Parecían unos animales domésticos, siguiendo a su dueño con la esperanza de tener al final una muestra de afecto. De repente, Borshon se alejó de ellos para dirigirse hacia unos asientos que se encontraban en el otro extremo de la sala. Si su conjetura no era falsa, estaría preparando el mejor lugar para acomodar a Kristel y ser testigos de dicha partida. ¿Tanta expectación podían suscitar?

—¿No me dijiste que era un hombre horrible? —le preguntó Kristel una vez que se quedaron solas. Philip imitó al agente y le ayudó. Acto que enfureció aún más a Valeria. Cuando regresaran al hogar tendría una severa conversación y esperaba que, una vez finalizada, la absurda idea de convertirse en un guerrero se disipara porque, de lo contrario, se ocuparía ella misma de borrarle todo lo que acumulaba su pueril mente—. Si la memoria no me falla, la palabra que utilizaste para describir al señor Reform fue oscuro y he apreciado, en lo poco que hemos charlado, compasión, calidez y bondad.

—Tú no lo conoces como yo —refunfuñó—. Está adoptando un papel falso. Si en vez de mujeres hubiéramos sido hombres, su carácter sería diferente.

—Pues no me ha parecido apreciar falsedad en sus palabras. Además, como bien sabes, el señor Hill debería vigilar el club en vez de acompañarnos.

—¿Y? —soltó Valeria encogiéndose levemente de hombros.

—Pues que el señor Reform no le ha reprochado, en ningún momento, su falta de atención. Al contrario, le ha permitido acompañarnos el tiempo que desee —declaró solemne—. Además, creo que también obviaste, en esas largas explicaciones sobre lo horrible y temible que era el dueño del club, hablar sobre su compleción física. Pienso que es un hombre muy apuesto.

—¿Apuesto? —preguntó abriendo los ojos como platos—. ¿Lo consideras de ese modo?

—Yo y todas las mujeres que no pueden apartar las miradas de él —le susurró mostrándole con sutileza aquello que le explicaba—. Creo que esta

noche serás la mujer más envidiada del club. Ten cuidado, aquella que está hablando con un caballero de cabello blanco y esconde su rostro detrás de un abanico rojo, te mira como si quisiera aniquilarte.

Valeria giró levemente el cuello hacia la derecha para confirmar lo que Kristel le decía. Una hermosa mujer, de cabellos dorados como el oro y con un rostro tan pálido como fantasmal, fijaba sus penetrantes ojos grises en ella. ¿Quién era? ¿La había visto alguna vez? ¿Por qué la observaba como si la conociera?

—Señorita Giesler —la voz de Trevor la despertó de sus pensamientos. Aunque no pudo apartar su mirada de la mujer con la rapidez que deseaba. Hecho que le permitió a Trevor averiguar hacia dónde miraba—. El crupier me ha anunciado que dentro de quince minutos finalizará la partida y prepararán todo para celebrar la nuestra. ¿Le apetece una copa mientras esperamos? —expresó camuflando el repentino enfado que le causó ver a Jun en el club.

—No, prefiero permanecer sentada en uno de esos asientos que el señor Hill nos ha preparado —alegó esquivando el gran cuerpo de Reform, que en vez de sonreír, como lo habría hecho ante esa negación tan descortés, mantuvo el ceño fruncido al tiempo que buscaba una posible respuesta sobre la aparición de la mujer. ¿No le había dicho que se marchaba? Entonces... ¿qué diablos hacía allí?

—Señor Reform... —apareció el camarero con una bandeja de copas de *champagne*—. ¿Desea algo en especial? —Como el señor llevaba algunos días bebiendo agua fresca, el lacayo no sabía si aceptaría tomar algo de lo que soportaban sus manos.

—Busca al señor Berwin y que no tarde en presentarse ante mí —dictó con aspereza—. ¿Entendido? —gruñó.

—Sí, por supuesto. Ahora mismo... —dijo el sirviente avanzando por el pasillo con tanta prisa que casi perdió el equilibrio y tiró las copas al suelo.

—¿Algún problema? —preguntó Borshon que, después de acomodar a Kristel junto a Valeria y obligar al joven Philip a meter las monedas de nuevo en el bolsillo, quiso saber qué le inquietaba al dueño del club para no acceder a la sala.

—No lo consideraría un problema, pero la señorita Barnes ha venido y,

por cómo ha mirado a Valeria, mucho me temo que tramará algún pérfido plan —comentó preocupado.

—No se atreverá a hablar con ella mientras esté a su lado. De todas formas, puedo sacarla de aquí, si así lo desea —expuso con una enorme sonrisa en ese duro rostro.

—Montaría un escándalo. Y, ¡Dios sabe si eso es lo que pretende! No, solo quiero que Berwin la vigile y que esté preparado para cualquier acontecimiento inapropiado. No quiero que mañana todos los noticieros especulen sobre el *verdadero* motivo por el que he permitido el acceso a las mujeres. Además de esos hirientes adjetivos hacia mi persona añadirían misógino.

—Lo entiendo, pero, en mi humilde opinión, debió ofrecer un motivo por el que lo hacía. Tal vez, de ese modo, no agregarían a sus descripciones tal palabra.

—¿Un motivo? ¿No le resulta suficiente que por primera vez las esposas puedan acompañar a sus queridos cónyuges? ¡Estoy haciendo una brillante obra social, señor Hill! ¿Eso no es razón suficiente? —perseveró enojado.

—Cuando nosotros queremos dar información sobre un caso que la prensa vigila con lupa, somos cautos y no dejamos ningún cabo suelto. ¿Acaso no tiene en cuenta lo que puedan deducir los demás? ¿De verdad que se conformarán con esa memez? Ningún hombre casado ansía llevar a su esposa a un lugar donde pueda sentirse liberado de esa opresión matrimonial. Así que, si me lo permite, esa razón no es factible.

—Entonces... ¿qué sugiere que exponga? —preguntó expectante.

—Yo que usted...

—¡Señor Reform! —llamó la atención un caballero de avanzada edad, interrumpiendo la conversación entre los dos.

Borshon dio unos pasos hacia atrás, permitiéndoles cierta intimidad. Además, no deseaba que todo el mundo dedujera que se había convertido en el protector de Reform. ¿Qué pensarían sus compañeros sobre ser la niñera de un hombre como él? Se burlarían hasta saciarse porque él mismo había indicado a todo el mundo que jamás se doblegaría por unas míseras libras.

—Milord... —le respondió Trevor volviéndose hacia quien le hablaba.

—¡Qué magnífica fiesta! —exclamó entusiasmado—. Le explicaba a mi querida esposa que ha sido usted muy generoso al permitir el acceso a las honradas damas que viven en esta ciudad. De este modo, todas las falsas conjeturas que poseen sobre sus maridos se eliminarán —indicó aceptando el saludo que le ofrecía el señor Reform.

—Lady Phorter... —saludó Trevor a la esposa del caballero con un casto beso en la mano.

—Señor Reform. Se sentirá feliz ante la aceptación que ha tenido su decisión. Tiene usted a toda la alta sociedad pisando el suelo de su club, pese a ser un día entre semana —comentó la mujer con recelo—. ¿Por qué lo ha hecho?

—Perdone sus palabras, señor Reform, pero está empeñada en que el único motivo por el que ha ofrecido este evento es la búsqueda de una mujer para casarse.

—¿Casarme? —espetó Trevor incrédulo—. ¿Por qué opina de esa forma, lady Phorter?

—Según he escuchado, usted no es un hombre que le agrade abandonar este edificio —explicó mirando al alrededor con desprecio—. Y, salvo que termine por comprometerse con alguna de las supuestas concubinas que trabajan en este club, no tiene forma de cortejar a damas que merezcan ser tratadas como tales. Imagino que, pese a su fortuna, es un hombre que aspira codearse con la alta sociedad y la única manera de lograrlo es mediante un buen casamiento. ¿Busca una condesa, marquesa o tal vez una simple baronesa? Cualquier viuda con título, pero caída en la pobreza, sería su mejor alternativa.

—Interesante deducción... ¿es suya? —preguntó sonriente Trevor al tiempo que colocaba las palmas en la espalda y observaba cómo Borshon aguantaba las ganas de carcajearse ante los delirios de la pobre anciana.

—¡Por supuesto! —exclamó sofocada lady Phother—. ¿Piensa que soy una cotilla? ¿Que he escuchado ese tipo de conversaciones y me he atrevido a preguntárselo en persona para aclarar las dudas de quienes comentan dichas conjeturas? —preguntó con indignación mientras se abanicaba con desesperación.

—Pues no se preocupe, milady, ha acertado. Mi único objetivo para

realizar este acto es encontrar a la mujer perfecta. Un hombre como yo, con tanta fortuna y tantísimo patrimonio bajo mi cuidado, necesita una esposa que me ayude a alcanzar aquello que no puedo lograr. Como bien supone, me conformo hasta con una simple baronesa —respondió sin borrar la sonrisa de su rostro. ¿No quería Borshon una excusa creíble? Pues la alcahueta lady Porther se la acababa de ofrecer.

—Pues solo me queda desearle buena suerte, señor Reform —dijo la anciana exhibiendo en su viejo rostro una gran satisfacción.

—Gracias, lady Porther —comentó despidiéndola con una leve reverencia.

—Yo que usted me pensaría lo que acaba de exponerle a mi esposa —indicó lord Porther—. Vive bastante bien como para sufrir el calvario de un matrimonio.

—¿Le veré el próximo sábado? —espetó Trevor enarcando la ceja derecha.

—En el mismo lugar y con la señorita Esmeralda proporcionándome suerte —alegó el anciano extendiendo la mano.

—No se preocupe, a partir de mañana mis empleadas regresarán para seguir amenizando las veladas —agregó sarcástico.

—Que tenga una noche interesante —le deseó antes de dirigirse hacia su esposa.

—La será...

Trevor colocó de nuevo sus manos en la espalda y continuó inmóvil, mirando la espalda de lord Porther. Ahora entendía la razón por la que el anciano mantenía una relación con dicha empleada. Esmeralda le ofrecía el cariño que aquella áspera vizcondesa no le proporcionaba. En realidad, eran muchos los clientes que deseaban saciar ese vacío sentimental que no encontraban en el matrimonio y, como le advirtió el astuto anciano, él no caería en esa desdichada trampa. Viviría feliz hasta que la muerte apareciese.

—¿No quería un motivo creíble? —le preguntó a Borshon, sin mirarlo, cuando este se acercó.

—Reconsidere dicha opción. Si se expande el rumor de que busca esposa,

no solo la señorita Barnes montará en cólera, sino que no dispondrá del tiempo que precisa para acompañar a la señorita Giesler.

—¿De verdad cree que hay mujeres tan desesperadas que se derrumbarán en mis brazos sin permitírsele? —espetó volviéndose hacia la puerta de la sala seis.

—Ni se lo imagina... —alegó burlón el señor Hill mientras acompañaba a Trevor al interior de la sala, donde les esperaban para comenzar esa espectacular partida.

## Capítulo XVI



Por fin aparecía. No le hizo falta girarse para comprender que acababa de entrar en la sala. Todas las miradas se dirigían hacia él. Hasta el crupier dejó de barajar para observar la entrada del señor Reform. Ella se encontraba de espaldas, como si no le produjese zozobra esa aparición. Pero solo era una fachada irreal. Las piernas le temblaban y apenas prestó atención a la conversación que mantenía con Kristel. Sin embargo, cuando los grandes ojos de su amiga se abrieron como platos dedujo que estaba detrás de ella, provocándola para que se volviese y lo mirara. Despacio, con una lentitud impropia en una mujer con su carácter, se giró para enfrentarse, de una vez por todas, al hombre al que odiaba de manera demencial y al que le haría pagar el desprecio con el que las trató al denominarlas obligación moral.

—Pensé que había reconsiderado su propuesta —comentó al encontrárselo de frente, observándola con esos ojos oscuros que parecían atravesarle el alma.

—¿Cree que me da miedo jugar contra una mujer? —preguntó mordaz—. Pues no. Me he retrasado porque los invitados desean saludarme y conversar sobre la magnitud de esta celebración.

—Es una excusa mediocre, señor Reform —comentó con retintín—. Según tengo entendido, usted es reacio a tales muestras de afecto. Así que mucho me temo que intenta prolongar el momento de su derrota —le instó, mostrando esa templanza alemana que se apoderaba de ella cuando la española se sentía amenazada.

—Sería la primera vez que lo hiciese —apuntó sarcástico—. Por ahora, nadie ha podido ganarme ni un solo chelín.

—¿Está seguro de ello? ¿Nadie le ha ganado... nunca? —espetó enarcando las cejas. ¿Cómo podía mentirle con tanto descaro? ¿Acaso había olvidado al señor Hernández? Pues necesitaba refrescarle la memoria porque le debía una

fortuna y ella se la reclamaría el próximo viernes.

—Nunca —aseveró dando por concluida la conversación entre los dos—. Si es tan amable... —Le señaló con la mano derecha los asientos que habían preparado para ellos—. Elija el que más le agrade...

—Un gesto muy gentil por su parte —refunfuñó caminando hacia la banqueta de la izquierda.

—Soy muy gentil, señorita Giesler... —dijo perspicaz.

Trevor aguantó estoicamente la carcajada que estuvo a punto de soltar. Se había enfadado. El hecho de que no admitiese que había perdido ante ella disfrazada, la encolerizó. Al igual que la molestó que se mostrara tan respetuoso delante de todos los asistentes que, de manera inexplicable, empezaron a ocupar la sala. ¿Tan rápido se había propagado que jugaría contra una mujer? ¿O la vizcondesa expandió el falso rumor con una gran habilidad? Fuera lo que fuese, no estarían solos, no tendrían la intimidad que tuvieron la primera vez que jugaron, aunque, contemplándolo por el lado positivo, era lo mejor que le podía pasar. Si Valeria se sentía incómoda, si se desconcentraba, tendría alguna posibilidad de ganar y, al concluir esa derrota, él le haría pagar la deuda... a su manera.

—¿Cuánto desea apostar? —le preguntó ella posando sobre la mesa dos fichas de cinco libras.

—¿Qué juego elegiré? —espetó él acomodándose en el asiento. Cuando uno de los sirvientes le acercó un cenicero, él lo rechazó con la mano.

—¿Variará su apuesta según el juego? —insistió suspicaz. ¿Había rechazado disfrutar de ese costoso vicio? «Inaudito...», pensó—. Uno de los rumores que se extienden por Londres es que jugaba a las cartas antes de andar... —le recordó el comentario que le hizo cuando entablaron una conversación antes de jugar con el supuesto señor Hernández.

—Pero últimamente no soy muy ducho en el póker de cinco... —añadió él, evocando también la partida que perdió con ella la primera vez que jugaron solos.

—Entonces... —apartó la mirada de Trevor y la fijó en Gilligan que, como la vez anterior, estaba tenso por la presencia de Reform—, póker de cinco —afirmó con solemnidad.

—Bien, acepto sus diez libras —dijo mientras agrupaba sus fichas con las de ella—. Pero añadiré un comodín. Que alguien nos traiga papel y pluma —ordenó al aire.

—¿Un comodín? ¿A qué se refiere? —preguntó Valeria desconcertada.

—Yo admito que desee jugar a póker de cinco cartas, pero no puede ser usted quien lleve la voz cantante en esta partida. Por eso, yo añadiré algo de interés a la mesa —explicó sin mirarla. Cogió el papel que le ofreció uno de sus empleados, lo dobló en cuatro partes y lo partió por la mitad—. Escriba aquí qué desea obtener si gana.

—No permitiré que se burle de esa forma tan... —expuso mientras se levantaba, pero Trevor la cogió inapropiadamente del brazo evitando que se marchase.

—Le estoy ofreciendo un papel en blanco, señorita Giesler, en el que puede escribir aquello que desee. ¿No le parece maravilloso? Tal vez pueda ofrecerles a sus hermanos la vida que tanto desean —insistió.

—No es usted un hombre de palabra, señor Reform —comentó airada.

—¿Cree que pondría en entredicho la poca honorabilidad que piensa que tengo delante de tantos asistentes? —perseveró—. Escriba qué desea lograr en ese papel y juegue de una vez.

—¿Y si le pido el club? —preguntó desafiante.

—Si gana honestamente, puede quedárselo —declaró solemne.

—Quiero una prueba de ello —alegó sentándose de nuevo.

—Piense, escriba y cuando termine la partida la tendrá —claudicó enérgicamente.

¿Qué diablos sucedía? ¿Por qué le prometía que le daría aquello que anotase en el papel? ¿Sería el típico farol de un jugador? Valeria miró pensativa la hoja doblada, buscando en su mente lo que tanto ansiaba lograr. Por supuesto, el deseo de alcanzar la granja se había desvanecido, porque ninguno de sus hermanos ansiaba abandonar Londres. ¿Un nuevo hogar? ¿Una renta vitalicia? ¿Que sus hermanos pudieran vivir cómodamente mientras ella regresaba a su querida y añorada Alemania? «Si apuntas un pago mensual tendrás que verlo durante el resto de tus días —meditó—. Aunque puedes

añadir que el señor Berwin sea el intermediario; de este modo, Philip y Martin podrán adquirir la vida que aspiran tener y podrás marcharte en algún momento de tu vida».

Mientras Valeria se centraba en lo que deseaba, Trevor pidió que se acercara un empleado. Este se aproximó con bastante temor.

—Que nadie se acerque a nosotros, que se mantengan sentados durante la partida. Si se produce una simple interrupción dejaré de trabajar para mí —aseveró.

—Por supuesto, señor Reform. Ahora mismo añado más sillas para que nadie permanezca ni cerca ni de pie —expresó el muchacho antes de acatar el mandato.

Trevor volvió a mirarla. Se golpeaba con la pluma los labios y mantenía sus ojos clavados en Gilligan, como si este pudiera dictarle, en cualquier momento, lo que debía escribir.

—¿Duda? —preguntó Trevor después de darle un tiempo prudencial. Lentamente dobló su papel varias veces y lo dejó sobre las fichas.

—¿Usted no? —espetó recelosa.

—No. Sé muy bien lo que quiero y nada ni nadie me hará cambiar de opinión —manifestó con firmeza.

Un extraño escalofrío la recorrió al discurrir sobre qué desearía aquel hombre que no había dudado ni un solo segundo. Lo miró con atención, intentando averiguar, a través de las muecas de su rostro, algo que la advirtiese qué encontraría escrito si perdía, pero no halló nada salvo una gran sonrisa. De repente, las palabras de la señora Shoper aparecieron como si permaneciera a su lado y le susurrara: «Un hombre que conoce su secreto...». ¿Tendría razón? ¿La habría descubierto? ¿Le pediría que no regresara más al club vestida de hombre? ¿Que no le engañara más?

—¡Está bien! —claudicó Valeria.

Después de apartar todos esos absurdos pensamientos, porque nadie salvo Kristel sabía la verdad, escribió lo que deseaba y lo colocó encima del que había puesto él.

—Comencemos —ordenó Trevor a Gilligan, quien no podía dar crédito a

lo que presenciaban sus ojos.

Mientras el empleado barajaba los naipes, se escuchaba un leve murmullo entre los asistentes. Valeria intentó oír algo de lo que cuchicheaban, pero no captó nada porque los escuchaba lejanos, como si hubieran salido de la sala. Aunque no le quedaba ninguna duda de que hablarían sobre el motivo por el que les habían hecho llegar esos papeles y qué habrían escrito en ellos. ¿Estarían tan atentos que se convertirían en testigos? ¿La ayudarían si ganaba? Esperaba que así fuera porque si resultaba triunfadora no permitiría que aquel engreído, que la miraba como si quisiera devorarla, se retractara.

—Señorita, ¿desea alguna más? —le preguntó el croupier.

En ese momento, Valeria resopló. Sus pensamientos la habían retirado de la partida y no había mirado ni las cartas. Pero era tan jugoso soñar con una nueva vida, sin tener que preocuparse en cómo lograr la suficiente cuantía para ayudar a sus hermanos, que no atendió a las cartas.

«¡Céntrate!», se regañó.

—Un segundo —dijo apretando los dientes. Rauda, levantó esas cartas que tenía a su lado y al comprender que no poseía ni una mísera pareja, sonrió, como si la suerte estuviese de su lado y dijo—: Una por favor.

—¿Señor Reform? —se dirigió hacia él.

—Sí —respondió secamente.

¿Qué cartas tendría ella para sonreír de esa forma? Trevor miró de nuevo las suyas, descifrando la posibilidad de hallar la respuesta. Sus dos ases le harían formar una pareja, sin embargo, no quería terminar el juego tan rápido. Necesitaba avivar un poco más esa tensión que percibía en Valeria y alargar el momento en el que ella descubriese qué había escondido en el papel.

—Una más —le ordenó al croupier cuando este le preguntó en la tercera ronda si deseaba otra carta.

Durante un buen rato, tiempo en el que el silencio se adueñó de la sala, fueron jugando como si en ello les fuese la vida. Se miraron de reojo, tratando de averiguar los pensamientos del otro y descifrar aquellas muecas que realizaban al observar las nuevas cartas. Pero no descubrieron nada. Los dos eran tan herméticos que ni el astuto Borshon supo vaticinar quién ganaría.

—¿No cree que el juego está durando demasiado? —le susurró Kristel al oído.

—Hay partidas que pueden extenderse durante horas —le respondió el agente.

—Pues las que hemos realizado en nuestro hogar apenas se prolongaron diez minutos. Estoy notando cómo los nervios se apoderan de mí. Necesito que digan o hagan algo pronto —dijo desesperada.

—Podemos salir, si así se encuentra mejor —le ofreció Borshon.

—¿Y dejarla sola? Me mataría... —Suspiró poniendo los ojos en blanco—. Si pierde, quiero estar aquí para consolarla y si gana... Bueno, si sucede ese milagro, quiero ver la cara que pone el señor Reform ante la derrota.

—¿Crees que lo conseguirá? —le preguntó Philip que se había sentado al otro lado.

—Eso mismo estaba comentando con el señor Hill. Que esto empieza a ser angustiioso.

—Valeria no tiene buenas cartas —declaró el muchacho sin apartar la mirada de su hermana—. Lo noto.

—¿Cómo? —espetó Kristel—. Yo no veo nada...

—Durante las partidas que hemos tenido en casa, he visto que suele respirar hondo por la nariz cuando no está conforme. Además, aprieta ligeramente la mandíbula...

—¿Has podido estudiar a tu hermana en tan poco tiempo? —soltó asombrada.

—Llevo años observando a mi hermana, tía Kristel. Aquí lo disimula porque nadie la conoce, pero no hay secretos entre nosotros... Muy a mi pesar, va a perder —concluyó.

—Pues recemos para que eso no ocurra —manifestó centrándose en cómo mantenía rígida su amiga la espalda.

—No —respondió Trevor cuando el muchacho volvió a preguntarle si deseaba una carta.

—¿Señorita?

—Las veo —dijo después de mirar con satisfacción el trío y la doble pareja.

—Si es tan amable —la animó Reform a que colocara su jugada sobre el tapete—. Las damas primero —añadió sagaz.

—Trío y doble pareja —declaró mostrando al fin esas cartas—. ¿Señor Reform? —le instó sonriendo de oreja a oreja al tiempo que escuchaba algunos suspiros y leves murmullos.

—¡Brillante! —exclamó Trevor sorprendido—. Me ha dejado usted sin palabras.

Creyendo que había ganado, Valeria extendió las manos hacia las fichas y los papeles. Estaba deseosa de gritarle que fuera preparando una cita con su administrador para que le concediera ese pago mensual durante toda la vida. Además, averiguaría qué deseaba él si no tenía nada que ofrecerle. Otra de las cosas que la había desconcentrado al principio de la partida. ¿Qué podría ofrecerle ella si no tenía nada? ¿Que le devolviera los vestidos y los complementos? ¿Sería un hombre tan mezquino? Sin embargo, justo en el momento en el que sus palmas se encontraban a punto de recoger las ganancias, Trevor colocó una de las suyas sobre ellas.

—Le he dicho brillante, pero en ningún momento he declarado que ganara —manifestó sin apartar la mirada de Valeria. De repente, el silencio regresó a la sala y notaron cómo todos los presentes dejaron de respirar.

—Muestre sus cartas entonces —le retó Valeria, empeñada en eliminar lo antes posible ese contacto, pero él no se lo permitió.

Con la mano izquierda, Trevor extendió sobre la mesa sus cartas.

—Escalera de color —declaró contemplándola sin pestañear—. He ganado, señorita Giesler. Tal como la advertí, nunca he perdido una jugada. Ahora, si es tan amable, permítame que recoja mi premio.

—¿Puede darme algo de tiempo? —le suplicó—. No quiero que todo el mundo contemple qué ha podido anotar en ese papel.

—Le concedo la discreción que me pide, pero he de advertirla que no se marchará de aquí sin que haya obtenido lo que deseo. Puede quedarse con las fichas, no quiero que mi conciencia se enturbie pensando que, por mi culpa, no ha podido disfrutar de una velada tan extraordinaria. Aunque yo me quedaré

con el papel que escribió, lo tendré como recuerdo de esta noche —declaró cogiendo el pedacito que ella había doblado, lo metió en el bolsillo de su chaqueta y se levantó del asiento—. Buenas noches, señorita Giesler. Ha sido un placer jugar con usted —añadió cogiéndole la mano derecha para besársela.

—Buenas noches, señor Reform —respondió aguantando con estoicismo las ganas que tenía de gritarle que no debía ser tan considerado con ella. Que se llevara las fichas y que se alejara de su lado durante toda la noche. Pero se mantuvo callada, maldiciendo a la mala suerte.

Frunció el ceño y clavó la mirada en la espalda del hombre que caminaba hacia la salida con la típica actitud de un canalla. No era posible, había ganado y ella debía desprenderse de su orgullo para asimilar la derrota. Arrugó el papel bajo la palma, notando cómo este se clavaba en su piel. ¿Qué le pediría? ¿Qué podía ofrecerle? Ella no tenía nada..., pero justo cuando esa impaciencia le gritaba que lo descubriese de una vez por todas, notó la mano de Kristel posándose sobre su hombro derecho.

—Ha sido un duro rival y tú has jugado de maravilla —la animó—. No debes desmoralizarte. La noche solo acaba de empezar.

—Te daré las diez libras que has perdido —intervino Philip—. Sé que las doblarás en otra partida.

—Gracias, pero no las necesito. El señor Reform no ha aceptado mis fichas, es más, me ha dado las suyas —comentó asombrada Valeria—. ¿No habéis visto lo que ha hecho antes y durante la partida?

—No. Cuando pretendíamos acercarnos, uno de sus empleados nos ha invitado, sutilmente, a retirarnos a los asientos. Creo que pretendía mantener algo de intimidación. ¿Ha sucedido algo interesante? ¿Nos hemos perdido algo? ¿Por qué no se ha llevado sus ganancias? —preguntó Kristel mirando el pálido rostro de su amiga como si en él permaneciera la respuesta.

—No ha sucedido nada especial salvo que ganó. Y sobre las fichas... Hemos de restarle importancia a ese hecho. Como bien sabéis, posee una gran fortuna y diez libras no le suponen gran cosa —concluyó esta, dando un paso hacia delante.

—¿Podemos jugar entonces? —espetó impaciente Philip—. Estoy deseando notar más peso en mis bolsillos.

—Adelantaos vosotros. Necesito despejarme un poco. Ahora mismo estoy exhausta —se excusó.

—Yo los acompañaré, si la señorita Griffit sigue permitiendo mi presencia —dijo burlón Borshon.

—Se la permitiré toda mi vida.

Y justo después de esa declaración, los mofletes de Kristel ardieron.

—Me alegra escucharte decir eso, Kristel, porque yo pienso lo mismo —le susurró al oído.

Valeria los observó alejarse, acomodarse en las sillas y pedir que iniciaran una nueva partida. Parecían tan entusiasmados y felices que hizo desaparecer de su cabeza la idea de regresar al hogar. Miró de reojo la palma donde escondía el papel. Le daba miedo averiguar qué había escrito, aunque la curiosidad aumentaba por segundos. ¿De verdad le pediría el vestido? ¿O solo que no regresara más? Eran alternativas a tener en cuenta... Caminó con aparente desgana hacia el recibidor, escondiéndose entre las sombras que encontró detrás de una de las columnas del inmenso *hall*. Apoyó la espalda en la pared, abrió la mano, desplegó el papel y lo acercó hacia el único rayo de luz que le permitía leer con claridad.

Cuando averiguó qué había anotado, percibió cómo su cuerpo se deslizaba hacia el suelo, perdiendo la fuerza y la entereza. ¿Cómo había osado pedirle tal desfachatez? «¡Jamás!», exclamó su mente al evocar una a una las palabras que plasmó en ese miserable trozo de papel: «Solo te quiero a ti».



Le seguía. Había notado su presencia desde que abandonó la sala. Jun caminaba tras él, buscando una oportunidad para hablar, pero Trevor no tenía nada que decirle, ya le dejó bien claro su postura y no cambiaría de opinión.

—Entonces, ¿es cierto? —le preguntó una mujer joven que había sido presentada por uno de los socios veinte minutos antes.

—Si es tan amable de concretar su demanda, podré contestar sin falsas especulaciones —alegó mientras colocaba sus manos en la espalda.

¿Hacia dónde se había dirigido Valeria? ¿Se habría marchado al leer lo

que escribió? ¿Abandonaría a sus seres queridos? No, ella no haría tal cosa. Estaría en alguna de las salas, jugando con algún caballero que, distraído por su belleza, sería desplumado. Al pensar que ella podía estar coqueteando con otro hombre, esas manos que escondía detrás se apretaron, formando dos inmensos puños.

—Se dice que usted ha permitido esta noche el acceso a las damas porque busca una esposa —le aclaró la mujer ruborizándose ante el comentario.

—¿Eso le han comentado? —inquirió Trevor manteniendo su acostumbrada severidad en el rostro. «Señora vizcondesa —pensó—, es usted una chismosa inmejorable».

—¿Tiene alguna preferencia? —continuó preguntando la dama después de afirmar con un leve movimiento de cabeza.

—Pues hasta ahora no lo había pensado, pero sí, es cierto, tengo ciertas exigencias —dijo mirando por encima de su interlocutora, intentando averiguar dónde se había escondido Jun. Si su instinto no le engañaba, estaría en algún lugar cercano planeando algo cruel.

—¿Puedo preguntarle cuáles son? —perseveró con gran expectación.

—Busco a una esposa que sea incapaz de doblegarse, que me quiera por quien soy y no por la fortuna que poseo. También ha de aportarme felicidad, sin olvidarse del respeto que ha de mantener por las horas diarias que empleo para hacer funcionar este club. Además, debe acostumbrarse a mis inmoralidades... No todas las noches puedo aparecer en el lecho sobrio y saciado sexualmente —le dijo como si le confesara un secreto.

Ante tal comentario, la mujer se ruborizó y se llevó la mano hacia la boca, como si aquella exposición la aterrorizara. Trevor esperaba que sus inadecuadas aclaraciones la alejaran con rapidez alegando cualquier absurda excusa, pero se equivocó. La muy descarada sonrió, se acercó a su oído y le confesó:

—Yo también soy una amante insaciable, señor Reform, y algo perversa...

No salía de su asombro. Por más que intentaba asumir lo que le sucedía, no lo entendía. ¿De verdad estaban tan desesperadas por atraparlo que soportaban comentarios tan deshonestos? ¿El ansia de conseguir aquello que tanto le había costado ganar podía conducirlos a una desesperación semejante?

¿Dónde estaba el honor? ¿Y el amor? ¿No les importaba casarse con un hombre mientras les proporcionara una vida cómoda? Trevor suspiró. Debió imaginárselo. Tuvo que haber sopesado tal final cuando se marchó la vizcondesa, pero él jamás imaginó que, procediendo de un pasado tan soez, las damas de alta cuna se arrodillaran ante él buscando vivir cómodamente. ¿Qué le había dicho el señor Hill al respecto? «Ni se imagina...», rememoró. Pues de nuevo estaba en lo cierto. Quizás no había sido tan buena idea propagar aquel maldito rumor...

—Si me disculpa, me requieren en otro lugar —dijo a modo de excusa para alejarse de aquella hábil bruja que movía sus pestañas como si fueran las alas de un buitre.

—¿Tendremos otro momento para conversar? —preguntó la dama extendiendo su mano para que este se la besara.

—Si mi deber como anfitrión me lo permite, posiblemente —le respondió sin apenas tocar con sus labios la tela de esa mano enguatada.

—Estaré atenta... —añadió dibujando una enorme sonrisa.

Trevor caminó con paso ligero. Necesitaba apartarse de todas las mujeres que, por desgracia, lo acechaban buscando un instante para acercarse. Sin lugar a dudas, había sido una idea descabellada. A grandes zancadas y esquivando a quienes deseaban dedicarle unas palabras, se dirigió hacia las escaleras, zona en el que estaría a salvo, pues nadie, en su sano juicio, le seguiría hasta su despacho. Se había propuesto soportar a todo el mundo si lograba permanecer con Valeria todo el tiempo que deseaba, pero le urgía hallar un resquicio de paz y en ningún lugar lo encontraría salvo entre las cuatro paredes de aquella habitación.

Mientras subía, miró hacia las salas buscando a la única mujer por quien mostraba interés, pero no la encontró. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Por qué Berwin no había acudido a su llamada antes de la partida? ¿Dónde estaba? ¿Cómo se había negado a obedecer una orden suya? ¡Tenía que vigilar a Jun! Enfadado, pisó el último peldaño, se volvió hacia la baranda de madera y se asomó buscando a esas dos personas que necesitaba encontrar. Pero ni su secretario ni Valeria permanecían a su alcance.

—¡Maldita sea! —gritó abriendo la puerta de su despacho con tanta fuerza que casi la arrancó.

—¡Señor Reform! —exclamó el anciano al encontrar la gran silueta frente a sus ojos. Rápidamente bajó las piernas de la mesa y se puso de pie.

—¿Qué hace aquí? —espetó sin bajar la voz—. ¡Le he hecho llamar hace un rato!

—Descansando... —dijo posando el vaso que tenía entre sus manos sobre la bandeja de plata.

—¿Descansando? —tronó pisando la alfombra como si quisiera atravesarla con las suelas de sus zapatos. De soslayo, observó la botella de *whisky* que su empleado había sacado del cajón, luego lo miró con los ojos entornados y le preguntó sin bajar el tono de su voz—: ¿Se ha bebido media botella?

—Trabajar para usted provoca una grandiosa sed... —respondió Berwin esperando averiguar qué lado de la mesa tomaría el señor Reform para regresar a su asiento y poder él tomar el contrario.

—¿Sed? ¿Y no pudo beber otra cosa? ¡Esa botella vale más de veinte libras! —exclamó furioso.

—Ya decía yo que estaba delicioso... —murmuró burlón.

Derecho, el señor Reform decidió tomar el lado derecho así que él eligió el izquierdo. Durante su leve andadura intentó controlar esos zarandeos que le causaba su estado de embriaguez, pero no fue muy hábil en tal proeza.

—¿Por qué me llamaba, señor Reform? —le preguntó una vez que se situó frente a Trevor.

—¿Por qué lo necesitaba? —enarcó él sus oscuras cejas—. Ya no le necesito y además no está en condiciones de hacer nada —le reprochó—. Lo único que se le puede pedir es que se retire a su alcoba.

—¡Oh, no! —respondió Berwin levantando los brazos—. ¡Soy inservible! ¡Qué desastre! —dramatizó—. ¿Qué será de mí? ¿De este pobre anciano que ha decidido calmar su sed con un licor que no podré pagar con mi sufrido trabajo? ¡Qué vida más injusta!

—Por favor, márchese. Hablaremos mañana —le pidió. Aunque su ira no había mermado, admitió que la situación era muy divertida. Su secretario jamás bebía tanto como para no ser consciente de lo que comentaba. Pero él se

lo recordaría al día siguiente, justo cuando el dolor de cabeza no le dejara pensar.

—Como usted desee... excelencia —dijo haciendo una exagerada genuflexión. Ese movimiento casi le hizo golpearse la frente con la mesa, pero inexplicablemente adelantó la mano para no sufrir ningún daño.

Después de ponerse derecho, acto que le costó bastante tiempo, caminó sobre la alfombra hacia la puerta, la abrió y, una vez que descubrió la presencia de una persona, la volvió a cerrar bruscamente.

—¿Qué sucede? —espetó Trevor frunciendo el ceño—. ¿No quiere concluir su noche?

—La mía sí, pero la suya no. He de informarle, señor Reform, que, si la vista no me falla, la señorita Barnes está detrás de esta puerta.

—¿Cómo? —preguntó levantándose del asiento.

—Que tiene usted a su antigua amante esperando ser recibida. ¿La hago pasar o la tiro por las escaleras?

—Mejor retírese —declaró dirigiéndose hacia la puerta—. Si hay que empujarla, quiero ser yo quien disfrute de ese momento.

—Buenas noches, señor —se despidió abriendo de nuevo—. Que Dios se apiade de usted.

—Felices sueños... —indicó cogiendo el pomo para cerrar justo en el momento que el secretario le daba la espalda. Pero no consiguió su objetivo. Jun empujó la puerta y accedió al interior del despacho con tanta fuerza que su vestido sacudió el aire del interior como si fuera un enorme abanico.

—No pretenderías dejarme ahí fuera, ¿verdad? —inquirió enojada.

—Eso mismo iba a hacer —refunfuñó girándose hacia ella. Sin moverse de la entrada, se cruzó de brazos y la miró con fiereza—. ¿Qué haces aquí? ¿No entendiste bien nuestra última conversación?

—Lo único que he entendido es que me has apartado de tu lado sin razones aparentes. He pasado horas preguntándome qué había sucedido entre los dos para que me despacharas de esa forma tan cruel, pero ahí abajo he hallado la respuesta —declaró con solemnidad—. ¿No soy lo suficientemente buena para convertirme en tu esposa? ¿Tienes que abrir las puertas de este miserable club

para hallar a una mujer que ansíe vestirse de seda? —clamó airada.

—Eso no te concierne —le respondió con aparente calma.

—¿Que no me concierne? —espetó colocando sus manos en las caderas—. Hemos mantenido una relación durante mucho tiempo, Trevor. ¿Eso no ha significado nada?

—No.

—¡Mientes! —gritó desesperada.

—Márchate, Jun. No quiero verte de nuevo en mi club —aseveró descruzando los brazos y dando un leve paso hacia delante.

—He visto cómo la mirabas... —murmuró entornando los ojos al tiempo que dibujaba una ligera sonrisa.

—He mirado a mucha gente. Así que lo que vayas a decir no...

—Es bonita la señorita Giesler y también una buena conversadora. Me ha gustado mantener una charla con ella —declaró mordaz.

—¿Qué diablos has hecho, Jun? ¿Cómo te atreves a acercarte a ella? —tronó.

—Al principio pensé que solo era otra diversión para ti... —comenzó a decir mientras caminaba de un lado a otro—. Tienes que admitir que era lógico que prestara atención en ella... ¡El gran señor Reform jugando con una mujer! —exclamó divertida—. Pero... ¿por qué motivo? Jamás me permitiste a mí participar en una de tus partidas. Entonces, ¿por qué a ella sí? Luego, cuando la mirabas, descubrí un extraño brillo en tus ojos. Te gusta, ¿verdad? Pero te informo que la señorita Giesler no está interesada en ti. Te odia. Bueno, ya te odiaba antes de confesarle que éramos amantes.

—¿Qué has hecho qué? —aulló acercándose a ella. La agarró de los brazos y la zarandó bruscamente—. ¡Olvídala! ¿Has escuchado bien? ¡Ni se te ocurra acercarte a ella!

—Es una desgraciada... —alegó enfureciéndolo aún más.

Con esa ira, con ese descontrol que se apoderaba de él, Trevor arrastró a Jun hasta la puerta. Sus manos seguían aferradas con fuerza a los brazos de la mujer, como si quisiera romperle los huesos.

—¡Maldita ramera! —soltó justo cuando pretendía empujarla para sacarla por la fuerza de la oficina. Pero en ese instante, se quedó inmóvil. Abrió los ojos como platos y la liberó como si le quemara.

Jun seguía sonriendo mientras miraba hacia el pasillo. Allí se encontraba, tal como había planeado. Pálida. Con los ojos expresando un miedo tan atroz que no le resultaría fácil borrar de su mente la imagen que estaba presenciando. El afamado señor Reform maltratando a una mujer...

—Señorita Giesler... —murmuró Trevor dando un paso hacia ella—. No es lo que se imagina... Puedo explicarle...

Pero ella no le escuchó. Bajó las escaleras con rapidez y se dirigió directamente hacia la salida. Reform avanzó hacia la baranda, inclinando medio cuerpo hacia fuera, como si quisiera lanzarse.

—Ahora... ve tras ella, querido —dijo Jun a su espalda—. E intenta explicarle que lo que han observado sus ojos no era real.

Cuando él se volvió para arrancarle la lengua, Jun ya no permanecía a su lado. Bajaba las escaleras despacio, tranquila, satisfecha. De pronto, soltó una gran carcajada que, pese al ruido, él pudo oír con claridad. Derrumbado, destrozado por el acto cruel de Jun, regresó al despacho. Aunque se paró antes de entrar. Algo en el suelo captó su atención. Era el papel que había escrito, el que le ofreció tras ganar la partida. «Solo te quiero a ti». Y ahora... ¿qué podía hacer después de presenciar tan terrible suceso?

## Capítulo XVII



Una vez que se tranquilizó y eliminó esa ira provocada al leer la nota, Valeria se esforzó en mostrar su mejor sonrisa mientras caminaba hacia la sala donde encontraría a los demás. Necesitaba con urgencia permanecer bajo la protección de dos de las personas que más amaba. Tal vez, hasta olvidaría la proposición del señor Reform y podría regresar al hogar sin verlo de nuevo. ¿Y si se lo contaba al señor Hill? Él era un hombre de ley y podría ayudarla. ¿No era ese el motivo que alegó para convertirse en un agente? ¿Servir a los desvalidos? Buscando en su mente la forma más acertada de explicarle lo sucedido, Valeria no levantó la mirada del suelo hasta que se encontró la punta de unos elegantes zapatos. Despacio, alzó la barbilla para averiguar quién era la dueña de ese bonito calzado.

—Disculpe, milady, no la había visto —se excusó al verla. Trató de esquivarla y continuar así el pequeño recorrido que la distanciaba de la sala, sin embargo, la extraña se colocó de nuevo en mitad de su camino impidiéndole avanzar.

—Buena jugada y soy la señorita Barnes, aunque todo el mundo me llama Jun —le dijo extendiendo la mano derecha hacia ella.

—Gracias —le contestó cortésmente aceptando el saludo—. Y yo Valeria Giesler.

—Siento que haya perdido. Ha jugado de manera intachable y hubiera sido justo que ganara. He de confesarle que nunca presencié a una jugadora tan voraz. Hasta el último instante creí que le vencería.

—La suerte no estaba esta noche de mi lado —apuntó un tanto esquiva. ¿Quién era ella y por qué deseaba mantener una conversación? ¿De verdad que solo se acercaba para alabarla?

—He de admitir que me ha sorprendido.

—¿Qué le ha sorprendido? ¿Contemplar a una mujer jugar de ese modo o que perdiera? —espetó con seriedad. Las facciones de su rostro, pese a mostrar amabilidad, escondían un trasfondo. Su instinto alemán, ese que brotaba cada vez que se encontraba en peligro, le dictaba que se alejase lo antes posible de allí. Pero... ¿por qué?

—¡No! —exclamó moviendo el abanico que sujetaba con la mano izquierda, como si la pregunta la alterase—. Me resulta increíble que Trevor haya decidido rebajarse a una actuación semejante.

—¿Perdone? No entiendo lo que pretende decirme, ni el motivo por el que se ha acercado a mí. ¿Quiere reprocharme haber jugado con el dueño de este club? ¿Por qué motivo? —se defendió, endureciendo los rasgos de su semblante y manteniendo la espalda tan recta como la de su conversadora.

—No me ha entendido bien... —dijo con tono amable—. Mi pregunta es: ¿cómo ha logrado que él se digne a jugar con usted?

—¿Acaso no he sido una *digna* rival? —inquirió malhumorada.

—No pretendo enojarla, señorita Giesler, tan solo necesito averiguar cómo ha...

—Pregúnteselo usted misma, señorita Barnes. Si tal como aprecio, al llamarlo por su nombre de pila, existe entre ambos una relación íntima, no malgaste su tiempo buscando quien conteste lo que tanto la perturba. ¿O es que no conserva tal relación? —le instó, notando cómo la sangre aumentaba de temperatura. Incluso sentía el recorrido de miles de burbujas bajo su piel.

—¿Y usted? —le preguntó fijando los ojos grises en ella como si quisiera leer lo que escondía su alma—. ¿Qué relación posee usted con Trevor?

—Ninguna. Jamás mantendría una amistad con un ser tan despreciable y, tal como advierto por su descarado, ese hombre solo puede sentir afinidad por mujeres de su calaña.

—¿Me está insultando? —soltó airada. ¿Cómo se atrevía aquella ordinaria a tratarla de ese modo? ¿Trevor no era capaz de ver que bajo aquella hermosa apariencia se escondía una mujer grosera? No sería ella a la que elegiría como esposa, ¿verdad?

—Tómeselo como desee... —dijo mientras avanzaba.

Pero justo en ese momento, la mano de Jun la agarró del brazo, parándola en seco.

—Ese hombre me pertenece —gruñó—. Y nadie se interpondrá entre nosotros.

—Puede quedárselo. No estoy interesada en relacionarme con ese tipo de escoria. Y ahora suélteme o le arrancaré ese laborioso moño. No creo que a... Trevor le agrade ver a su fulana con calvas en la cabeza.

—¡Maldita perra! —exclamó levantando la mano que sujetaba el abanico con la intención de golpearle el rostro.

—Cuide su lenguaje —declaró Valeria agarrando esa muñeca con tanta fuerza que la piel palideció aún más por esa zona—. Esta perra sabe defenderse muy bien y le aseguro que, como vuelva a ponerse en mi camino, no solo tendrá que ocultar su cabeza con una peluca, sino que también necesitará una dentadura nueva si quiere sonreír.

—No se acerque a él —pronunció mientras se liberaba de ese agarre tan vigoroso.

—Como le he dicho con anterioridad, no debe preocuparse. Jamás me rodearía de gente tan despreciable —alegó antes de continuar su camino.

Jun la miró enfurecida. Se había equivocado con ella. Ni era tan débil como aparentaba, ni tampoco tan tímida. Solo esperaba que no errara también al confabular su plan. Si todo salía como había planeado, buscaría a Trevor para averiguar quién era la mujer que la había asaltado y, en ese preciso instante, descubriría algo que no olvidaría jamás.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Kristel al verla aparecer tan azorada.

—Te lo contaré cuando regresemos a nuestro hogar —respondió sentándose a su lado.

Valeria observó la mesa donde jugaba su hermano. Los caballeros lo miraban con cierta diversión mientras que él no apartaba los ojos de las cartas. Desde donde se encontraba, advirtió que Philip extendía el labio superior ligeramente hacia arriba. Tenía una buena jugada entre manos y estaba ansioso por mostrarla.

—¿Cuándo empezaron? —quiso saber al contemplar las copas que había

sobre la mesa.

La de su hermano estaba repleta, sin embargo, las de los otros participantes permanecían vacías. Aquel gesto, para cualquier persona que no supiera deducir como lo hacía ella, sería irrelevante. Pero erraban. Habitualmente, aquellos caballeros que no poseían buenas cartas, bebían para asimilar la posible derrota mientras que el triunfador, en este caso su querido Philip, estaría tan entusiasmado que no pensaría en otra cosa salvo en presentar la jugada.

—Hace apenas veinte minutos. Aunque no creo que salga victorioso. Noto cómo duda al recibir las nuevas cartas.

—Te equivocas —dijo Valeria extendiendo los pliegues de la falda del vestido—. Tiene las mejores y solo espera el final.

—¿Estás segura? —preguntó incrédula.

—Segurísima. Por cierto... —dijo mirándola—. ¿Dónde está el señor Hill?

—Ha ido a buscar un refrigerio. Aquí hace demasiado calor y no me acordé de traerme un abanico, como recordaron las verdaderas damas —apuntó divertida—. ¿Siempre es así?

—¿El calor? —soltó clavando sus ojos en su hermano—. Sí. La gente respira y...

—No, me refiero al señor Reform. ¿Siempre se comporta de esa manera?

—Si te refieres a lo déspota, engreído y...

—¡No! —la zanjó con rapidez, al tiempo que le daba una leve palmadita en el hombro—. Es un hombre amable y correcto.

—¿Cuántas copas has bebido, Kristel? —inquirió entornando los ojos.

—Entiendo el motivo por el que te sientes atraída por él. Es muy apuesto. Hasta que conocí al señor Hill, no había visto un hombre tan alto, con hombros anchos y piernas musculadas, pero el señor... —intentó explicar.

—El señor Reform es alto y tiene hombros anchos —describió enojada—. Pero es un ser horrendo.

—Sigo sin comprender por qué no te dejas llevar por tus verdaderos

sentimientos —alegó con tono reflexivo.

—¿Sabes por qué he tardado en regresar? —dijo volviéndose hacia ella.

—No.

—Por culpa de su amante —expuso notando cómo los carrillos subían tanto de temperatura que le quemaba la piel.

—¿Su amante? ¿Por qué se ha acercado esa mujer a ti? ¿Qué pretendía? —solicitó atónita.

—Declararme una guerra.

—¿Una guerra? —continuó estupefacta Kristel.

—En efecto. La muy descarada se acercó a mí para ordenarme que me alejara de Trevor.

—¿Quién es Trevor? ¿No estábamos hablando del señor Reform? —dijo confundida.

—Son la misma persona —le aclaró. Trevor Reform, ese fue el nombre que sollozó cuando su padre lo pilló intentando robarle a su esposa—. ¿No te parece un nombre odioso?

—Pues no —aseveró—. ¿Qué le contestaste a esa mujer?

—Que no debía preocuparse porque no tengo ningún interés en ese hombre —manifestó firme.

—Pues te equivocas.

—No me equivoco —le reprochó.

—Sí que lo haces y como te dijo la señora Shoper, todo hombre que te interesa luchas por alejarlo. Además, si mi percepción no me falla, la atracción es mutua.

—Pues te engañas. Ese hombre no es bueno y jamás me propondría seducirlo porque...

—Si estuviese en tu lugar, no dudaría en hablar de nuevo con él —continuó hablando sin reparar en las objeciones de Valeria—. Las personas se conocen mejor cuando pueden conversar con tranquilidad. Quizá sea una opción a tener en cuenta, dado que...

—Su refrigerio, señorita Griffit —le ofreció Borshon al presentarse ante ellas—. Disculpe, no imaginé que regresaría tan pronto —añadió el agente mirando con suspicacia a Valeria.

—He venido a convencerla para marcharnos. En cuanto Philip gane la partida, sería apropiado alejarnos de aquí. Mi pobre hermano suele emocionarse demasiado cuando resulta triunfador y prefiero que regrese al hogar entusiasmado que llorando por haber perdido todo lo que guardaba en el bolsillo —explicó Valeria a Borshon.

Este miró a Kristel, esperando a que ella alegara algo a ese absurdo razonamiento. Apenas habían permanecido una hora y no había tenido tiempo suficiente para indicarle que deseaba recogerla en el mercado al día siguiente y llevarla a su hogar para que conociese a su madre.

—Creo que es la mejor opción —dijo Kristel después de unos instantes meditando la respuesta.

No le apetecía separarse tan pronto de aquel hombre que la trataba con tanta dulzura y mimo, pero si Valeria necesitaba regresar al hogar, antes de marcharse le recordaría, sutilmente, que al día siguiente podían encontrarse en el mercado.

—Entonces, las acompañaré hasta el carruaje cuando el joven finalice la partida —comentó el agente ocultando en su tono un enorme pesar.

Mientras finalizaba la partida, Valeria repasaba en su cabeza una y otra vez la conversación con la señorita Barnes. Solo una mujer amenazada podía actuar de esa manera tan inapropiada. Aunque no debía sentirse de tal manera. Ella no tenía ningún interés en el señor Reform. Lo único que la ataba a él era la deuda que debía saldar con el señor Hernández y tirarle a la cara el papel que todavía guardaba bajo su palma. «Solo te quiero a ti». ¿Cómo había sido tan hipócrita? ¿Desearla a ella cuando le aguardaba una mujer en su alcoba? ¿Por qué los hombres podían ser tan odiosos? ¿No tenían conciencia? ¿Actuaban por instinto? Cada pregunta y cada respuesta que ella misma se ofrecía, le causaba una ansiedad que no podía controlar.

Intentó respirar hondo, concentrarse en las muecas que realizaba Philip, pero le resultó imposible apartar aquellos pensamientos de su mente. Lo odiaba cada vez más. No solo por codiciar su cuerpo, sino porque la había traicionado. Sí. El hecho de que permaneciera calentando su lecho con otra

mujer mientras buscaba una sustituta le produjo un sentimiento de deslealtad más grande que el que podía realizar un esposo infiel. Su corazón, ese que había latido a un ritmo desenfrenado cuando él estaba a su lado, se había roto en mil pedazos y ninguna mujer reparaba una destrucción semejante...

—Caballeros... —comentó Philip extendiendo las cartas sobre la mesa—. Ha sido un honor participar en una partida tan interesante, pero, como pueden advertir, he ganado.

—¡Increíble! —comentó uno de los jugadores reclinándose en el asiento—. ¿Cuántos años dijo que tenía?

—Quince —respondió orgulloso el muchacho mientras esperaba a que los caballeros depositaran todas las ganancias.

—Pues recuérdeme este momento cuando alcance la veintena, jovencito. Le aseguro que no volveré a menospreciar a un imberbe.

—Ahora puede aparecer el problema —le susurró Valeria a Kristel—. Mira al caballero que Philip tiene a su izquierda. Frunce el ceño, aprieta con sus dientes el puro que sostiene en la boca y no se ha separado de sus fichas.

—¿Qué quieres decir? —espetó Kristel con miedo.

—Quiere decir que es un momento crítico —intervino Borshon atento a la conversación—. La honradez y el honor de un caballero aparece cuando es derrotado y mucho me temo que él no posee ese tipo de cualidades.

—Será mejor que me acerque —comentó Valeria—. Si ven que una mujer...

—No —la cortó el agente—. Eso podría humillarlo. Permitámosle que actúe como debe. ¿No le dijo la señora Shoper que se convertiría en un guerrero? Pues proporcionémosle esa opción.

—¿Y si quiere agredirle? —soltó Kristel atemorizada.

—Ni se le ocurrirá realizar tal insensatez delante de un agente —expuso el señor Hill levantándose de su asiento.

Ninguna apartó la vista de Philip. Por mucho que Borshon les había indicado que debían mantenerse en un segundo plano, estarían atentas por si necesitaba su ayuda. Aunque no sabían pelear, sí que se les daba bien montar un escándalo.

—Milord... —dijo el muchacho al notar que el caballero sentado a su izquierda no parecía convencido.

—Creo que ha hecho trampas —soltó enojado.

—¿Duda de mi honorabilidad? —espetó Philip sin moverse del asiento—. ¿O tal vez no es capaz de asumir la derrota?

—¡Quítese la chaqueta! ¡Muestre las mangas! —le ordenó el hombre—. Seguro que guarda bajo ellas alguna carta. Todos los de su calaña son unos trápalas.

—Entiendo... —comentó el muchacho. Apartó lentamente la silla con las corvas. Frente a la mirada de aquellos que le observaban, se quitó la chaqueta y la extendió sobre su asiento. A continuación, se desabrochó los botones de las mangas y se las remangó hasta el codo—. ¿Le parece correcto o desea que me desnude por completo? Tal vez lo único que pretendía era observar mi cuerpo juvenil puesto que el suyo ya ha sufrido el paso de los años.

—¡Maldito deslenguado! —gritó enojado levantándose bruscamente del asiento.

—Yo que usted me relajaría —le advirtió Borshon, que se colocó al lado del muchacho—. Y admitiría la derrota con honor.

—Ha de ser muy difícil asumir la pérdida de esa fortuna ante un joven... imberbe —agregó mordaz Philip estirando la camisa para abrocharla de nuevo—. Pero cuando me ofrecí a participar, ninguno de los presentes lo negó, pese a no tener una barba ruda como la que ustedes lucen esta noche.

—Ha ganado honradamente —comentó otro de los participantes. Este se levantó, extendió la mano hacia Philip y cuando se la aceptó, expuso—: Puede usted venir a mi oficina cuando le plazca, joven Giesler. Le ofreceré el mejor empleo que posea.

—Es usted muy amable, señor Thomarson. No dude que lo haré si mi hermana mayor ve oportuno que abandone mis estudios —comentó burlón.

—Ni se lo pregunte —le respondió—. Continúe con esos estudios y prosiga con la decisión de su hermana. Como he podido observar, ha sabido ofrecerle una educación y una sensatez muy poco habitual en muchachos de su edad. Buenas noches.

—Buenas noches —comentó.

Por supuesto, el único que no se despidió fue el caballero que intentó tacharle de mentiroso, pero a Philip no le importó esa recriminación. Estaba seguro de que algún día el destino les haría coincidir de nuevo y aprovecharía ese momento para recordarle el desprecio que le había ofrecido en el pasado.

—¿Feliz? —le preguntó Valeria una vez que todo se calmó.

—Bastante. Ha sido mejor de lo que pensé —indicó alegre.

—Bien, pues la noche ha terminado. Debemos marcharnos a nuestro hogar. No quiero que Martin pase la noche en la casa de la señora Shoper —dijo como excusa.

—Antes de salir de aquí, alguien debe canjearme las fichas. ¿Quién lo hace? —espetó mirando a la única persona que podía ayudarle: su hermana.

—El crupier —le respondió—. Él mismo hará ese cambio.

Mientras Philip abría los ojos como platos al ver la recaudación sobre el tapete, Borshon acompañaba a Kristel a la salida y Valeria observaba a su alrededor por si el señor Reform estaba cerca. No quería encontrárselo. No deseaba hablar con él. Solo pretendía salir de allí lo antes posible y que olvidara hasta su nombre, aunque ella siempre recordaría el suyo. ¿Quién es capaz de hacer desaparecer de su mente el nombre de la persona que le había roto el corazón? «Al final parece que sentías más de lo que asumías», se dijo con tristeza.

—Cien libras —le susurró el muchacho cuando estuvo a su lado—. ¡He ganado cien libras! —repitió eufórico.

—Me alegro, pero te advierto que no siempre se gana.

—No voy a dedicarme a esto —le dijo al tiempo que avanzaba hacia el *hall*—. Como bien sabes, me convertiré en un guerrero; este episodio de mi vida tan solo me ha servido para demostrarte que no soy tan niño como pensabas.

—Muy a mi pesar, tienes razón —comentó volviéndose hacia él—. Estás creciendo a pasos agigantados y me alegro de que en esa cabeza exista un hombre sensato.

—¿Crees que heredaste la sensatez de nuestro padre? Te equivocas,

Valeria. Martin y yo somos más parecidos a padre que tú. Lo único que debes hacer es asumir quién eres en realidad y abandonar esa personalidad en la que te ocultas. Algunas veces veo cómo luchas contra tus impulsos y cómo eso te hace daño. ¿Por qué te reprimes tanto? ¿Por nosotros? ¿Para que no nos olvidemos de quienes fueron nuestros padres? Pues no debes hacerlo más. Los dos sabemos muy bien de dónde venimos y qué nos aportó la mezcla de sangre. Abandona ya esa postura y deja fluir a la verdadera Valeria; Martin y yo necesitamos a nuestra hermana, no a una altiva institutriz —sentenció antes de dirigirse hacia Kristel para confesarle su ganancia.

Valeria suspiró hondo. Pese a ser un joven que apenas empezaba a vivir tenía razón en una cosa: desde que su madre murió no había sido ella misma. Olvidó sonreír y de disfrutar cada momento que la vida le ofrecía. Pero Philip no entendía que solo lo había hecho por ellos, para que no recordaran, como parecía suceder, aquellos días en los que no podía ofrecerles nada para comer. Era cierto que gracias a sus ganancias en las partidas todo había cambiado... menos ella. Debía empezar esa transformación. Dejar que la verdadera Valeria surgiera y para ello necesitaba zanjar algunos temas que no demoraría por más tiempo.

Fortalecida ante tal decisión, echó un vistazo a las zonas más próximas a ella y buscó a la única persona con la que hablaría. No le ocuparía mucho tiempo, el suficiente para desvelarle que ella era el señor Hernández, que le pedía la ganancia obtenida cuando jugó el viernes pasado y que se olvidara de lo que anotó en el papel porque ella no era ninguna cortesana sino una mujer honrada, tan decente que aún no había sido besada. Al no hallarlo en la planta baja, alzó la mirada y descubrió que la puerta del despacho permanecía abierta. Estaba allí. Se había retirado como siempre hacía, resguardándose en la habitación donde nadie podía alcanzarlo. Pero esta vez se equivocaba, ella invadiría su privacidad y hablaría hasta quedarse satisfecha.

Con un nudo en la garganta, con esa bola de papel oculta en la mano, subió los peldaños de dos en dos. Se paró al llegar, tomó aire, dio varios pasos y, cuando se encontró en la mismísima puerta, se quedó paralizada.

—¿Qué has hecho qué? —gritó el señor Reform mientras agarraba a la mujer y la zarandeaba bruscamente—. ¡Olvídala! ¿Has escuchado bien? ¡Ni se te ocurra acercarte a ella!

—Es una desgraciada... —escuchó decir a la señorita Barnes.

Entonces Valeria contuvo la respiración. Aquel hombre, convertido en un monstruo, apretaba sus grandes manos en los flacos brazos y la arrastraba hacia donde ella se encontraba.

—¡Maldita ramera! —exclamó justo en el momento que intentó empujarla.

En ese momento, sus ojos y los del señor Reform se cruzaron. Nunca había contemplado una mirada tan fría ni inhumana. Parecía que deseaba lanzarla por la baranda, aniquilarla. ¿Cómo podía comportarse de ese modo con su amante? ¿Por qué era tan cruel? Aturdida, abrió la mano, dejando caer el papel que guardaba en ella. Tenía que huir, pero no solo del club sino de la ciudad. Él conocía la dirección de su hogar y podía aparecer cuando se le antojara para tratarla tal como observaba.

Cuando advirtió que daba unos pasos hacia ella, se giró despavorida y bajó las escaleras. No, no podía permitirle que se acercara porque si no hacía lo que él le había escrito en el papel, posiblemente terminaría muerta en alguna calle de Londres.

## Capítulo XVIII



Se quedó parado en la puerta hasta que el carruaje desapareció de su campo de visión. Borshon se sentía feliz, a pesar de no haber charlado todo lo que deseaba con Kristel, pero habían programado verse al día siguiente y él le había sugerido que llevara consigo el libro que le regaló. Sonrió de oreja a oreja, complacido al observar su rostro cuando le besó la mano. Si el palpito que sentía en su corazón no lo confundía, podría haberla besado en los labios si hubiesen tenido algo de intimidad. Satisfecho al descubrir que sus sentimientos eran correspondidos, regresó al club. Como algo inusual, y rompiendo una de sus normas más acérrimas, tomaría una copa con el señor Reform mientras charlaban sobre la partida y el motivo por el que decidió apartar, tan descortésmente, a quienes deseaban ser testigos de dicha jugada.

Mientras caminaba por el gran recibidor, atisbó las salas. Estaban repletas. Nadie, salvo ellas, había abandonado el club, así que mucho se temía que la noche, para el dueño de tal acontecimiento, se alargaría hasta el amanecer. De pronto, entornó sus ojos. ¿Dónde se había metido? ¿Estaría entretenido jugando con otro contrincante? ¿Por qué no se había quedado detrás de la espalda de Valeria como proclamó? ¿Había cambiado de opinión con respecto a ella? ¿Ya no le interesaba? Justo en el momento que iba a pisar el primer peldaño, una risa demasiado estruendosa captó su atención. De forma pausada, se giró para visualizar a la persona que emitía un ruido tan atronador. «Señorita Barnes... —reflexionó al hallarla—. ¿Por qué se ríe de ese modo? ¿Qué le hace tan feliz?».

Aunque las ganas de averiguar qué estaba ocurriendo eran inmensas, las aplacó con rapidez. No debía importarle lo que hiciese aquella maestra del sexo. Sus días como amante del dueño del club habían terminado y era lógico que mantuviese una actitud risueña y cautivadora para buscar a otro iluso que pagara los caprichos de una mujer insatisfecha. Sin embargo, su agudeza policial le indicaba que se trataba de una mera apariencia, que bajo aquella

sonrisa coexistía una gran maldad. Pero... ¿qué habría hecho? Negando con la cabeza el impulso de averiguar qué se habría propuesto, terminó por subir.

La puerta del despacho de Reform estaba abierta y eso significaba que él permanecería en el interior revisando sus estimados papeles o contando la fortuna que se embolsaría de nuevo. «Tenías que haberle pedido un porcentaje —se dijo—. ¿No fue tu idea? Pues qué menos que obtener algo de beneficio a cambio...». Al subir, se giró hacia la barandilla, colocó las grandes palmas sobre el pasamanos y observó el movimiento de las personas. Iban de un lado para otro, buscando un lugar donde entretenerse, donde poder hablar con cierta privacidad o quizá más de un caballero ansiaba hallar a las empleadas que, habitualmente, trabajan en el local. Con una sonrisa que le abarcaba el rostro, se volvió hacia la entrada del despacho de Reform y, cuando sus ojos le desvelaron qué sucedía en el interior, esa sonrisa se esfumó. Con la majestuosidad de un titán y la agilidad de un pantera, Borshon corrió hacia Trevor quien permanecía tirado en el suelo, boca abajo y, según parecía, inconsciente.

—¡Señor Reform! —exclamó al tiempo que lo giraba para verle la cara—. ¿Me escucha? ¿Qué le ha sucedido? —espetó mientras buscaba alguna mancha de sangre, algo que le indicara que le habían disparado en alguna parte del cuerpo o golpeado en la cabeza. Pero no tenía nada. Lo único que percibió fue una horrenda pestilencia a *whisky*—. ¿Ha bebido, señor Reform? ¿Qué ha tomado? —Echó un rápido vistazo a la mesa, hallando dos botellas de igual tamaño. Una de agua, que seguía llena, y la otra vacía. Corrió hacia la botella que no albergaba nada en su interior, la olió e hizo una mueca de desagrado—. ¡Maldita sea! —gritó. Sin perder un solo instante, cogió la botella de agua, se dirigió hacia Trevor y se la vació desde la altura de su hombro—. ¡Despierte de una vez! —clamó con una mezcla de diversión y miedo.

Por desgracia, durante sus largas horas de trabajo fue testigo de un sinfín de casos en los que hombres embriagados habían perdido el conocimiento hasta el punto de asfixiarse con su propia lengua. Pero no metería sus dedos en aquella boca, ni se agacharía para comprobar que el pecho masculino subía y bajaba al ritmo de una pausada respiración. Por ahora, le bastaría aquella botella y, si no albergaba suficiente cantidad para despertarlo, ordenaría que le llevaran varios cubos.

—Le prometo que seguiré mojando la preciosa alfombra en la que

descansa hasta que abra los ojos —le amenazó—. ¡Maldita sea, Trevor Reform, abra de una vez los ojos!

—Déjeme en paz... —dijo al fin Trevor. Movi6 su mano derecha como si le pesara una tonelada en forma de semic6rculo—. ¡Váyase...!

—Habla usted como si fuera un ni6o de dos a6os —dijo satisfecho al ver que reaccionaba.

—¡Váyase! —insisti6—. ¡Déjeme morir tranquilo! —pidi6 girando con mucho esfuerzo su cuerpo hacia el lado contrario en el que permanecía el agente.

—Creo que voy a refrescar esa cabeza un poco m6s —declar6 Borshon caminando hacia la salida—. Sigue sin pensar con claridad.

—¡Ni se le ocurra mojarme de nuevo! —exclam6 sin mirarlo—. ¿Sabe cu6nta fortuna empeñ6 para adquirir esta alfombra? Tiene un valor incalculable... —balbuce6 antes de empezar a emitir unas grandes arcadas que terminaron con la expulsión de fluidos apestosos y repulsivos.

—Ahora mismo no tiene ning6n valor, se6or Reform. Ha vomitado todo lo que ha ingerido sobre ella —le dijo divertido.

—La lavar6n y recobrar6 su valor. En cambio, yo jam6s lograr6 ser el mismo... —indic6 mientras posaba sus manos sobre esta y se arrodillaba, como si intentara levantarse—. Esa hija de... Esa malnacida me ha arrebatado todo lo que deseaba...

—¿Qui6n? —pregunt6 eliminando la idea de pedir a cualquier empleado m6s agua.

—Jun —respondi6 mientras intentaba encontrar algo de dignidad. Pero ya no le quedaba nada, se había marchado detr6s de Valeria.

—La he visto abajo. Sonreía de forma descarada. Imagino que anda buscando otro protector —le inform6.

—Pues pobre del que ponga los ojos en ella. Va a sufrir la ira de una mujer sin escr6pulos.

No podía levantarse. Seguía con las manos sobre la alfombra y sus rodillas, pese a sostenerlo, temblaban, indic6ndole que tarde o temprano volvería a estamparse sobre el suelo.

—Jamás creí que su talón de Aquiles sería una mujer —reflexionó Borshon caminando hacia Trevor. Aunque no quería ayuda, le cogió del brazo y lo alzó—. Manténgase en pie, señor Reform. Recobre de una vez por todas su hombría y explíqueme qué ha sucedido —insistió.

—Una tragedia —empezó a decir al tiempo que apoyaba la palma derecha sobre su mesa—. Esa maldita arpía averiguó que la razón por la que no la quiero a mi lado es Valeria e ideó un plan.

—¿Cuál? —perseveró cruzándose de brazos sin alejarse de Trevor por si necesitaba ayuda de nuevo.

—Subió a mi despacho y fue testigo de cómo la agredí —respondió mostrando en su habla un enorme pesar.

—¿Quién fue la testigo y a quién agredió? —reiteró confuso.

—Jun apareció aquí, empeñada en que regresara con ella. Al negárselo, ella luchó para quedarse a mi lado. Entonces fue cuando la cogí de los brazos con tanta fuerza que pude haberle roto algún hueso. Pero deseaba, con todo mi corazón, apartarla lo antes posible. En el forcejeo, me poseyó una ira tan descomunal que solo pensaba en tirarla por las escaleras y fue justo en ese instante cuando Valeria observó todo lo que sucedía —añadió posando ambas manos sobre la mesa y colocando su cabeza entre ellas, avergonzándose de ese acto cruel.

—Se lo advertí —dijo sin moverse Borshon—. Hasta le comenté uno de los casos más horrendos que he vivido desde que soy agente.

—Ya... lo recuerdo. La dulce esposa, esa que ofreció como alimento a su marido —rememoró—. No dudo que lo hiciese, después de ver cómo actuó Jun, cualquier cosa me parece creíble.

—¿Qué pretende hacer ahora? No tendrá pensado resguardarse entre estas paredes llorando por lo que ha perdido, ¿verdad? —espetó Hill entornando los ojos.

—Si hubiese visto el rostro de Valeria... Esos ojos repletos de miedo y confusión... —apuntó, cerrando sus palmas, transformándolas en dos enormes puños sin vida.

—¿Quiere rendirse? ¿El gran señor Reform desea abandonar una batalla que acaba de iniciar? ¿Tan poco le interesa esa mujer? —le chinchó para

llamarlo de nuevo al orden y buscar, bajo aquel cuerpo hundido y humillado, al hombre que había conocido horas antes.

—¿Interesarme? —preguntó volviéndose hacia él con la poca energía que le quedaba—. ¡Daría mi vida por ella! —exclamó fuera de sí—. ¡Valeria es lo único que necesito para ser feliz! —claudicó.

—Entonces... ¿qué paso seguiremos, señor Reform?

—¿Seguiremos? —preguntó confuso.

—Le recuerdo que me contrató para un mes y apenas he trabajado unos días. Como comprenderá, no puedo abandonar un caso tan importante ni tan bien remunerado.

—Lo hace por dinero... —reflexionó Trevor un tanto decepcionado.

—Lo hago por eso, sí, porque necesito comprar un nuevo hogar a mi madre. ¿No le he dicho que está tumbada en la cama, que no puede mover las piernas? Lleva más de quince años postrada en el lecho y deseo adquirir un lugar donde pueda moverse con una de esas sillas que tienen ruedas —le confesó.

—Puedo pagarle ahora mismo la cuantía que le prometí —dijo, apoyando sus nalgas en la mesa, sin apartar las manos de esta—. Y me dejará en paz.

—¿Que le dejaré en paz? —repitió descruzándose de brazos—. ¡Ni lo sueñe! —clamó.

Era cierto que lo hacía por dinero, pero también le debía cierta lealtad, la que han de tener dos personas que entablan una amistad, aunque él no deseaba reconocer ese afecto todavía. Tras contemplarlo unos instantes y advertir ese pesar que solo un hombre enamorado podía mostrar, Borshon salió ordenando que alguien apareciese ante él.

Un joven, que había abandonado su mesa de juego para descansar, escuchó al agente y subió las escaleras como alma que desea llevarse el diablo.

—Señor Hill, ¿qué ocurre? ¿Qué necesita? —preguntó entrecortado, mostrando en su respiración que había llegado ante él corriendo.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Gilligan Thomas, señor —respondió el joven crupier.

—Bien, Gilligan. ¿En qué aposento descansa el señor Reform cuando no duerme en el sillón que tiene en el despacho?

—En esa —le indicó la puerta que había al final del largo pasillo.

—Perfecto. Busque a otro empleado y ordene en cocina que se prepare la tina del señor con agua helada. Necesita con urgencia un baño.

—¿El señor Reform se encuentra enfermo? —quiso saber.

—Demasiado, tanto que no es capaz de razonar con sensatez —expuso volviéndose hacia el interior de la oficina—. Señor Reform —indicó mirándolo sin pestañear—, tiene dos opciones: o se desnuda para no echar a perder ese traje tan sofisticado o lo baño con él puesto. Usted decide.

—¡Ni se le ocurra hacerme tal cosa! —clamó Trevor que había escuchado la conversación.

—Oh, sí que lo haré y mañana, usted y yo nos presentaremos en el mercado para acompañar a nuestras mujeres. No querrá ser informado de que el bastardo del señor Mayer apareció ante Valeria y, tras pedirle mil disculpas, ella cayó en sus brazos, ¿verdad?

—¡Antes prefiero morir! —clamó él.

—Eso es lo que necesitaba escuchar —apuntó antes de cogerlo nuevamente del brazo y arrastrarlo hacia la habitación.



—¿Aún sigues enfadada por haber perdido con el señor Reform? —le preguntó Kristel a Valeria mientras llenaba la tetera de agua.

Desde que salieron del club, ella no había dicho ni una sola palabra. Se mostraba distante, ausente. Imaginó que ese comportamiento desaparecería una vez que se encontrase a salvo en el hogar, pero no fue así. Durante la intensa conversación que ella mantuvo con Philip, reviviendo emocionado cada segundo de la partida que jugó, Valeria permaneció sentada frente al tocador, observándose con recelo mientras se quitaba, con una lentitud inaudita, las horquillas de su peinado.

—No estoy enfadada. Era normal que perdiese. Cuando tu rival ha jugado desde su más tierna infancia, uno debe ser consciente de que existe una alta probabilidad de fracasar —manifestó serena.

Había contemplado a sus hermanos descansar en muchas ocasiones, sin embargo, era la primera vez que se mantenía de pie frente a ellos y no reflexionaba sobre cómo pasaron el día. Su mente seguía en el club, evocando una y otra vez lo que hizo el señor Reform. Cansada consigo misma ante esa persistencia mental, se giró y caminó hacia la mesa, esperando que la charla que mantendría con Kristel, mientras tomaban el té, calmara su zozobra.

—Entonces, ¿qué te perturba? ¿Todo eso que percibo se debe a la inesperada presentación de la amante del señor Reform? ¿Lo que expresan tus ojos es decepción o rabia? —espetó sin mirarla.

No quería ver las muecas de desagrado que ella mostraría al sentirse atosigada con sus preguntas. Valeria era una persona que cambiaba bruscamente de conversación cuando se hallaba presionada. Era su único mecanismo de defensa: huir de la verdad.

—No sé si es decepción... —respondió mediante un suspiro—, pero sí que siento una presión enorme aquí —añadió colocando su mano derecha en el pecho—. ¿Te acuerdas del dolor que padeciste en el tórax cuando enfermaste la última vez? —le recordó.

—Sí, fue bastante desgarrador. Parecía que alguien me había partido en dos —respondió cogiendo con cuidado la tetera caliente. Caminó hasta la mesa, vertió agua en los vasos y echó unos sobrecitos de té que guardaban en el cajón para momentos especiales.

—Pues mi daño es muy semejante a ese —dijo aguantando las ganas de llorar.

Había deseado hacerlo desde el mismo instante que observó a Trevor agrediendo a aquella mujer. ¿Cómo pudo perder los nervios con tanta facilidad? ¿Por qué no supo controlarse? Aunque escuchó toda la conversación, aunque la señorita Barnes se merecía lo que le hizo, un hombre nunca debía dejarse llevar por la ira. Tenía que ser firme, respetuoso y, sobre todo, comprensivo. ¿Acaso no entendía que estaba enamorada de él y que solo quería conservar esa relación? Una mujer podía volverse loca sin el hombre al que amaba...

—Si llego a saber que esa mujer estaba conversando contigo, habría salido en tu búsqueda —apuntó Kristel tomando asiento—. Ha sido muy atrevida y descarada. Esa actitud no es propia de una mujer, pese a sentirse amenazada ante la presencia de otra. ¿Por qué diablos lo hizo? ¿Qué te dijo exactamente?

—Según entendí en sus palabras, me tomó como una rival y quiso dejarme claro que no tenía ninguna posibilidad de atraparlo —declaró sentándose despacio.

—¿Por qué llegó a esa conclusión tan insólita? ¿Percibió algo que nosotros no fuimos capaces de observar? Porque, si no me equivoco, el señor Reform se comportó como un buen anfitrión y en ningún momento hizo o dijo algo inapropiado —insistió sin mover ni una sola pestaña.

—Quizá no hacía falta que dijera o actuara...

—Necesito que hables con claridad, Valeria Giesler —la interrumpió—. Dime qué ha sucedido esta noche y por qué esa mujer se ha sentido amenazada por ti. Sé que me ocultas algo, llevas haciéndolo desde hace algún tiempo —comentó alargando sus manos hacia ella—. No te juzgaré, te lo prometo. Tan solo quiero ayudarte.

Valeria miró esas manos sobre las suyas y notó cómo empezaba a reconfortarse. Era el momento de hablar con esa sinceridad que ella le demandaba y que se merecía después de estar a su lado durante tantos años. No solo era una amiga, un ser que apreciaba, Kristel se había convertido en su pilar, en la única persona en quien podía confiar ese sentimiento que había crecido en ella con tanta fuerza que empezaba a dañar no solo su corazón sino también su cabeza.

—Esta noche no ha sido la primera vez que he jugado con el señor Reform. El viernes pasado ya participé en otra —declaró después de tomar aire.

—¿Ha sido la segunda? —espetó asombrada sin apartar sus manos.

—¿Recuerdas que te hablé sobre las inexplicables apariciones del señor Reform en las salas? —comentó fijando sus ojos en el agua que ya empezaba a tomar el color del sobre.

—Sí. Al igual que recuerdo las explicaciones que me ofreciste para ellas.

Según tú, era normal que el dueño del club se paseara de un lado para otro, confirmando que sus clientes estaban satisfechos.

—Pues el viernes pasado se acercó a la mesa donde jugaba y me ofreció una partida —manifestó cerrando los ojos, como si quisiera rememorar ese momento de nuevo. Y lo hizo. Percibió de nuevo su presencia, respiró otra vez ese perfume mezclado con el humo de su tabaco. Vio sus ojos oscuros, clavándose en los suyos con una intensidad inhumana.

—¿Por qué? ¿Suele jugar el señor Reform con los socios? ¿Es algo habitual en él?

—No —negó, no solo con ese monosílabo, sino también con la cabeza—. Nunca lo había hecho hasta ese momento —confesó.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué hiciste cuando lo descubriste a tu lado? ¿Por qué supones que rompió una de sus costumbres?

—No puedo responderte a eso porque no soy capaz de hallar las respuestas. Tan solo te diré que me encontraba bastante centrada en la jugada. Apenas me quedaban dos cartas para poder ganar y no supe de su aparición hasta que noté cómo el crupier se ponía tenso. Al principio, imaginé que se debía a mi futura victoria, pues el pobre ya estaba cansado de que desplumara una y otra vez a la banca, pero cuando le saludó, me quedé paralizada.

—Continúa... —la animó, apartando lentamente sus manos para poder coger su taza.

—Intenté levantarme, salir de allí lo antes posible. Sin embargo, él no me lo permitió.

—¿Te obligó a jugar? —preguntó alzando las cejas.

—Me ofreció una ganancia que no pude rechazar —declaró presionando su vaso con ambas manos.

—¿Cuánto?

—Mil seiscientas libras —reveló cerrando en ese momento los ojos.

—¿Las ganaste? —espetó asombrada.

—Sí... —dijo con un largo suspiro.

—Es mucho dinero, Valeria. ¿Dónde lo has ocultado? ¿Por qué no me lo

habías dicho antes? ¿Te avergonzabas? ¿Pensaste que te reprocharía una cosa así?

—No, jamás creí que me criticarías por alcanzar la cuantía que necesitábamos para lograr nuestros sueños, aunque ya me han dejado claro que solo era mi sueño, no el de ellos.

—¿Entonces? —perseveró sin poder tomar ni un solo sorbo del té—. ¿Qué hiciste con la fortuna, la invertiste?

—El señor Reform no me pagó la deuda. Pese a indicarme que me la daría si subía a su despacho, no cumplió su palabra —dijo con una mezcla de enfado e irritación—. Según él, no pudo saldarla en ese momento porque no había recaudado lo suficiente como para abonar antes el salario de sus empleados. No obstante, me ofreció la opción de recaudarla cada vez que apareciese. Aunque creo que seguirá mintiéndome...

—Ese hombre tiene una fortuna incontable —refunfuñó Kristel—. Mucho me temo que te engañó.

—Lo sé, pero como yo también le engañaba no quise enfrentarme a él. Ten en cuenta que la persona que apareció en el club era el señor Hernández no Valeria Giesler. Así que, pese a acceder a su despacho, siguiendo su extraña norma, no fue capaz de abonarme esa cantidad alegando esa calumnia.

—Posiblemente quería averiguar si utilizaste alguna patraña para ganarle. Ya sabes que en ese mundillo la honradez apenas existe —concluyó Kristel sin apartar los ojos de ella.

—¡Pero debió pagarme porque jugué honradamente! —exclamó enfadada. Al notar que uno de sus hermanos se movía en la cama ante su exaltado tono de voz, lo convirtió en un susurro—. Si hubiese sido un hombre de honor, me habría pagado. De ese modo, no tendría que pisar de nuevo su odioso club.

—Tal vez no quiera evitar tu presencia... —dedujo rápidamente—. Quizá desee que sigas acudiendo. Aunque me cuesta concretar el motivo. Seguro que cualquier dueño de un lugar así, preferiría hacer desaparecer al causante de las pérdidas de sus mesas que mantenerlo cerca.

—Mesa —aclaró Valeria.

—¿Mesa? ¡¿Cómo que mesa?! —espetó atónita. Al observar cómo volvían a moverse los muchachos, realizó la siguiente pregunta en voz baja—: ¿Has

sido tan insensata de jugar siempre en el mismo lugar?

—Sabes que soy una mujer de costumbres y como la primera noche recaudé más de doscientas libras en la mesa número siete, siempre he permanecido en ella —esclareció.

—¡Eso no es una costumbre, Valeria! —exclamó con fuerza a pesar de emitirlo en un susurro—. ¡Es una tragedia! ¿De verdad que no eres consciente de lo que has hecho durante estos meses? ¿Tan pertinaz eres?

—No he hecho nada... —se defendió estirando las fantasmales arrugas de su vestido—. Sabes que necesito una rutina para...

—No te mientas más. De verdad, no lo hagas —le recriminó—. Lo que has estado haciendo durante ese tiempo es despertar el interés del señor Reform y lo entiendo, te prometo que lo hago. Es un hombre muy atractivo, seductor y esa atracción peligrosa lo hace irresistible, pero lo que me parece impensable es que estés enamorada de él y no seas capaz de reconocerlo.

—No estoy enamorada. Y no lo repitas más —la regañó—. Mi único propósito era ganar lo suficiente para poder ofrecerles una buena vida —dijo alargando la mano derecha hacia el lecho donde descansaban sus hermanos—. No quiero volver a escuchar sus llantos ante la hambruna. ¿No recuerdas cómo lloraban?

—Lo recuerdo... —dijo Kristel con un enorme suspiro.

¿No era capaz de darse cuenta de que intentaba poner miles de excusas para no aceptar la realidad? ¡Estaba enamorada del señor Reform! Y si su percepción era correcta, él también correspondía a esa atracción. De repente, al pensar en la carta que le envió a ella precisamente, en cómo no le reprochó el pago de las facturas, el comportamiento cortés hacia ellas, esa inesperada apertura del club para las damas..., aparecieron en su mente como si fueran una lluvia de estrellas. Lo sabía. No había duda de ello. Trevor Reform sabía que el señor Hernández era Valeria Giesler. Entonces la voz de la señora Shoper apareció como si ella estuviese a su lado susurrándole: «Un hombre que sabe su secreto, que no tiene dudas de quién es en realidad. También veo amor, no solo por su parte, sino también por la suya, pero lo alejará, porque todo aquello que pueda debilitar su agrio carácter, lo aparta con rapidez». Y no podía haber descrito mejor aquello que estaba sucediendo. Por supuesto que conocía quién era en realidad el señor Hernández, pero quería ser testigo

de cómo ese muchacho delgaducho e imberbe se convertía en la mujer que escondía bajo esos harapos viejos. Y ofreció esa fiesta... en mitad de semana... Y Borshon fue quien las informó de ese acontecimiento...

«Señor Hill —pensó—, si todo esto es cierto... ¿dónde puedo situarlo a usted?».

—Valeria, quiero que respires hondo y me escuches atentamente —le indicó acercándose a ella de nuevo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué te has quedado callada durante tanto tiempo?

—Lo sabe. No sé cómo lo ha averiguado, pero el señor Reform sabe que eres el señor Hernández.

—¡Imposible! Ese hombre puede tener una cabeza muy atractiva, pero seguro que dentro de ella no tiene nada más que serrín —alegó enfadada.

—Quizá tuvo ayuda. La única que necesitaba...

—El señor Berwin es demasiado bueno para...

—¿Qué te parece un agente de Scotland Yard? —dijo mientras su corazón se partía en mil pedazos.

—¿Estás pensando que el señor Hill fue contratado para descubrirme? —inquirió llevándose las manos hacia la boca, como si quisiera hacerse callar.

—Sí y quizás aquella percepción que tuviste al verlo en el mercado era cierta. ¿Qué podía hacer un hombre como él en aquel lugar? —comentó sin apenas voz debido a esa aflicción que, para su pesar, se hacía cada vez más dolorosa.

—Tú misma me indicaste que deseaba comprar nuevos libros a su madre —le recordó.

—Hay muchos lugares donde poder comprar buenos libros, Valeria, pero el único en el que podía encontrarnos era en ese. —Le temblaban las piernas, su fuerza desaparecía con cada palabra que exponía. Todo había sido una farsa. Él había jugado con ella porque solo así permanecería al lado de Valeria. ¿Cómo había sido tan ilusa de creerse aquella tontería? ¿Cómo había soñado poder amar a un hombre como él? ¿Tan irracional había sido?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Valeria abalanzándose hacia Kristel para

abrazarla—. Lo siento mucho, cariño. De verdad que lo siento. Nunca imaginé que mi plan te haría daño. Si lo hubiera sabido antes... —le dijo entre un mar de lágrimas—. ¡Marchémonos! ¡Vayámonos hoy mismo de aquí! Tenemos dinero suficiente para salir de esta ciudad y buscarnos un lugar seguro. Si se lo explicamos a los chicos, ellos serán comprensivos —comentó sin apenas respirar.

—No —apuntó con firmeza—. Nosotras no hemos hecho nada malo, Valeria. Y no abandonaremos nuestro hogar como si fuésemos delincuentes. Tenemos algo de dignidad, pues mostrémosla.

—Yo no soy tan fuerte, Kristel. Pese a esta apariencia... —alegó retirándose de ella.

—No eres fuerte porque te has enamorado de él —manifestó solemne—. Al igual que yo me he dejado llevar por unos sentimientos que, según parece, han sido falsos.

—Y si estoy enamorada... ¿qué importa? ¿No recuerdas que esa amante lo ha reclamado? Además... ¡no quiero vivir con un hombre que es incapaz de mantener los pantalones en su sitio! —indicó airada.

—Por una vez déjame que disfrute de una venganza —pidió transformando su dulce rostro en uno tan maligno que Valeria se quedó sin habla—. Quiero saber hasta qué punto puedo convertirme en una mujer cruel.

—¿Tú? —espetó boquiabierta.

—¿Te sorprendes? Pues no deberías hacerlo. Tú misma has comentado al principio de esta conversación que una mujer puede volverse loca cuando no alcanza al hombre que ama y, si añadimos que también es engañada, creo que ninguna bestia maligna puede igualarnos.

—No me gusta cómo me miras... Es la primera vez que me das miedo...

—Tú no has de temerme, cariño. Solo aquellos que han querido jugar con nuestros sentimientos —dijo apretando los dientes—. Ahora, sentémonos y pensemos cómo podemos arrancar el corazón a dos hombres que no lo poseen... —expuso señalándole las sillas con la mano derecha.

## Capítulo XIX



Aphra observaba a su hijo cómo caminaba de un lado para otro buscando algo que, para su desgracia, no encontraba. Como cada mañana se había levantado muy temprano, le preparó el desayuno y mantuvieron una distendida tertulia. En esa ocasión, el tema de conversación fue la señorita Griffit, esa joven que había conquistado el enorme corazón de Borshon. Durante la charla no cesaba de elogiarla y de resaltar lo educada, respetuosa y atenta que era. «No hay maldad en ella», reiteró en varias ocasiones. Pero Aphra dudaba de que existiese en el mundo una mujer tan cándida, tan sencilla y adorable. Por ese motivo no paraba de insistirle que debía conocerla. Quizás, una vez que charlara con la joven, descubriría si era tal como la describía o su adorado hijo se había cegado con ella.

—¿Qué es lo que buscas? —decidió preguntarle al fin.

—El alfiler de mi corbata. Ese que me regaló el inspector cuando atrapé a la dulce esposa —le dijo.

—Está en el joyero que tienes sobre la repisa. Tú mismo lo guardaste ahí después de esa celebración privada —le informó—. ¿Tan nervioso te encuentras que no eres capaz de recordar un detalle tan simple?

—Lo estoy —expuso dibujando una enorme sonrisa—. ¿No lo estaría en mi lugar? —espetó mientras caminaba hacia ese joyero. Después de abrirlo con cuidado, por si sus grandes manos rompían sin querer el único recuerdo que poseía su madre de sus antepasados, cogió el alfiler y se lo colocó en la corbata.

—Vas demasiado apuesto para aparecer en el mercado. La gente no tardará en averiguar el motivo por el que te presentas tan elegante —indicó acomodándose en la cama.

—No me preocupa. Tal vez sea lo mejor, así todos sabrán que la señorita Griffit ha de ser respetada como se merece o caerá sobre ellos el gran peso de

la ley —señaló con mofa.

—Un enorme peso... —añadió Aphra divertida—. Borshon... ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Muy seguro —declaró con firmeza—. Ella es la elegida —continuó con ese tono de voz—. Hasta que no puse mis ojos en Kristel, no había sopesado la idea de vivir con una mujer, de convertirla en mi esposa. Pero desde ese momento, no ha habido hora que no lo desee.

—Entonces, solo queda su aceptación —reflexionó la madre.

—¿Qué aceptación? —preguntó al tiempo que se dirigía hacia ella para darle su acostumbrado beso antes de marcharse.

—La de ser consciente de que vuestro matrimonio no será como el de todos los demás. Salvo que hayas decidido abandonarme...

—¿Abandonarla? ¿Por qué ha pensado semejante sandez? Está por encima de mí, madre, y de todo lo que he hecho hasta ahora. ¿No le he demostrado una y otra vez el amor que le profeso?

—¿Y si ella no admite la vida que le ofreces? ¿Y si, tras el matrimonio, te convence para que me alejes de tu lado? —persistió.

—Cuando la conozca, cuando hable con ella, todas esas dudas absurdas desaparecerán de su mente. Se lo prometo —comentó acercando sus labios en la mejilla—. No tardaremos en aparecer.

—Os esperaré sin moverme —le dijo acariciándole las mejillas.

—Señor Hill, hay un hombre en la puerta que desea verle —le informó Giselle.

—¿Esperabas visita? —preguntó Aphra.

—No —respondió Borshon caminado a grandes zancadas hacia la puerta.

Fuera quien fuese la persona que había dado con su dirección permanecía fuera, porque Giselle no le había permitido acceder al interior de su casa. Intrigado por averiguar quién osaba presentarse ante él, la abrió de golpe.

—¡Señor Berwin! —exclamó sorprendido—. ¿Qué le ha traído hasta aquí?

—Buenos días, señor Hill, por favor, le pido encarecidamente que no alce la voz. Esta mañana me he levantado con un terrible dolor de cabeza.

—Eso tiene beber más de lo acostumbrado —apuntó Borshon chistoso.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez que mi mano soporte un vaso de exquisito licor —dijo Berwin llevándose la punta de los dedos hacia las sienes.

—¿Ha venido de parte del señor Reform? ¿Ha decidido no acudir al mercado? —le preguntó al tiempo que le concedía el suficiente espacio para entrar en su hogar.

—El señor Reform está despierto desde las cinco de la mañana y no ha parado de dar órdenes a todos los que estamos bajo su mismo techo. Hasta el cocinero ha tenido que ingerir varios litros de café antes de prepararle el desayuno.

—Pero no debería quejarse, un hombre como él ha de ser el primero que se levante de su lecho.

—¿El primero? —espetó Berwin enarcando las cejas—. ¡Jamás ha puesto un pie en el suelo antes de la llegada del crepúsculo! ¿Qué diablos le ha hecho?

—Nada... Yo no he hecho nada —indicó divertido—. El motivo por el que se ha levantado tan temprano es la señorita Giesler.

—Lo sé. Al igual que he sido informado de que la muchacha era en verdad el señor Hernández. Le aseguro que me he convertido en piedra cuando me lo ha desvelado el señor Reform. ¿Por qué haría una cosa así?

—Para sobrevivir —apuntó el agente sin quitarle la vista de encima—. Perdone que sea irrespetuoso, señor Berwin, pero me disponía a salir y necesito saber, lo antes posible, el motivo de su visita.

—Tiene que ayudar al mozo.

—¿Qué mozo?

—El que hay aguardándole en la calle, al lado del carruaje. El señor Reform me ha ordenado buscar algo que usted requiere con urgencia —declaró al fin.

—¿Yo? —inquirió asombrado—. Yo no necesito...

—¡Salga fuera de una vez! —le indicó el secretario con impaciencia—. Ni

usted ni yo podemos perder nuestro valioso tiempo intercambiando palabras carentes de sentido.

Con muchísima curiosidad, Borshon salió a la calle y, cuando advirtió que había sobre el carruaje, se quedó helado.

—Si es tan amable de ayudarme —pidió un hombre que desenredó las cuerdas que la silla tenía alrededor—. Esto pesa demasiado para bajarlo yo solo.

Con una emoción tan grande que le impidió hablar, el agente ayudó al empleado a bajar con mucho cuidado aquel acertado regalo. Una vez que lo puso sobre el suelo, lo hizo rodar hasta la entrada. No había duda, su madre por fin podría abandonar esa cárcel en la que llevaba cautiva demasiado tiempo. Feliz, atravesó el salón sin acordarse de que el señor Berwin había permanecido en él momentos antes. Pero justo en el instante que la pregunta pasó por la cabeza, escuchó en la habitación de su madre la voz del administrador.

—Nunca lo imaginé —decía Berwin a Aphra—. Aunque he de admitir que ya he encontrado el motivo por el que su hijo es un hombre tan apuesto.

—¡Me ruboriza, señor Berwin! —exclamó ella apocando ese sonrojo con un leve movimiento de su mano derecha.

—De verdad que me siento muy dichoso y encantado de haberla conoci...

—Madre —les interrumpió Borshon que al escucharlos coquetear como dos adolescentes se quedó petrificado—, mire lo que le ha regalado el señor Reform.

—Espero que le guste —intervino Berwin—. Como no supe de su existencia hasta esta misma mañana, elegí la más pequeña. Aunque creo que he acertado. Tiene usted las medidas propias de la diosa Afrodita.

—Me halaga de nuevo, señor —respondió presumida Aphra que no cesaba de atusarse el pelo.

—Si es tan amable, señor Berwin, he de posar a mi madre sobre la silla y nos gustaría cierta intimidad —apuntó el hijo un tanto malhumorado.

—¡Por supuesto! ¡Disculpe mi osadía! —dijo apartándose de la cama para alejarse—. Señora...

—Aphra, me llamo Aphra —señaló con rapidez ella—. Y si no es ningún inconveniente, me agradecería que, una vez que mi hijo me haya colocado en ese magnífico regalo, sea el primero en acompañarme hasta la calle. Llevo mucho tiempo sin poder admirar qué hay fuera de estas paredes.

—Será un honor —señaló el administrador antes de hacer un leve cabeceo y salir de la habitación.

—Es encantador —comentó Aphra extendiendo sus brazos alrededor del cuello de Borshon.

—Es demasiado mayor... —refunfuñó él.

—Pero se mantiene atlético —apuntó.

—El señor Reform lo requiere todo el tiempo —señaló cogiéndola en brazos.

—Imagino que por eso no es un hombre obeso.

—Habrá superado los sesenta —perseveró en hacerla comprender que no debía mostrar tanto interés en un hombre tan longevo.

—No pretendo buscarme un joven acompañante para compartir mis horas de cama, cariño. Solo busco un amigo con quien poder hablar y el señor Berwin parece un hombre sensato y atento.

—¿Recuerda que hoy tengo que centrarme en la señorita Griffit? Pues no me ofrezca más temas por los que preocuparme —masculló.

—Puedes hacerlo en cuanto me acomode a esa silla, pero que el señor Berwin espere en el salón. Quiero charlar con él después de que Giselle me adecente.

—¡Pero, madre! —exclamó Borshon atónito al tiempo que la miraba con incredulidad.

—Cariño, busca tu felicidad que yo hallaré la mía —dijo sonriente.

Una vez que colocó las piernas en su lugar, se arregló el vestido y que Giselle la peinara tal como ella deseaba, Borshon le ofreció un chal para que se lo echara sobre los hombros y la condujo, a regañadientes, hasta donde se encontraba el señor Berwin. Quien permanecía de pie, mirando hacia la puerta por donde aparecerían.

—¿Estoy en el cielo? —preguntó el anciano al verla—. Porque acaba de aparecer un ángel.

Tras un gruñido del agente, decidió salir de su hogar lo antes posible. Respetaba demasiado al señor Berwin como para echarlo de allí a patadas. Aunque mucho se temía que el siguiente en salir de su hogar sería él para pedirle mil disculpas por su atroz comportamiento.

—La veré luego —dijo antes de cerrar la puerta.

Pero su madre no le respondió como siempre, estaba tan distraída con la conversación que había iniciado con el anciano, que ni se había dado cuenta de que él se había marchado.

—En fin... —suspiró Borshon—. Pondré rumbo hacia el mercado. A ver si logro besar a Kristel antes que Berwin a mi madre.



La noche fue muy larga... Kristel era incapaz de quedarse dormida después de encontrar el motivo por el que el señor Hill se había acercado a ella. Aguantó las lágrimas que deseaba derramar hasta que Valeria se quedó profundamente dormida. «Debí suponerlo —se dijo levantándose de la cama por quinta vez—. ¿Cómo imaginé que un hombre como él sentiría algo por mí? ¡Imposible!».

Dejándose llevar por la tristeza, terminó por sentarse en el pequeño butacón que había frente al espejo. Allí vio reflejada la imagen de una mujer desolada, afligida, dolida por haber suspirado ante la aparición de un sentimiento tan valioso como era el amor. Y, muy a su pesar, en ese instante vivía la otra cara de la moneda... la tristeza, la crueldad, el desamor... Hasta pensó en el señor Mayer, el único que se había comportado con honestidad. Pese a cómo la trató, no halló en él ni un solo resquicio de falsedad.

Cansada de tanto llorar y de pensar, finalizó el resto de la velada mirándose en ese espejo, recordando la primera vez que lo vio, el momento vivido en el botánico y cómo había actuado con ella durante la fiesta. Aunque era consciente del engaño, su corazón, ese que se había roto en mil pedazos, insistía en que no todo era falso, que las miradas, los roces y la calidez de sus

palabras desvelaban algo que, debido al enfado, no deseaba admitir. Pero Kristel luchaba contra esos pensamientos con todas sus fuerzas. Deseaba hallar de nuevo a la mujer esquiva, implacable y real que fue antes de que Borshon apareciera en su vida.

No fue hasta la llegada del alba cuando se levantó del asiento y lo hizo porque escuchó el enorme bostezo del pequeño Martin. Dibujando su mejor sonrisa y aparentando que se había levantado justo en ese momento, comenzó a preparar los desayunos. Pero ella no probó bocado alguno. No tenía hambre...

—¿De verdad que hemos de ir? La señora Shoper puede quedarse con nosotros —intentó persuadir el niño porque odiaba rodearse de tanta gente. Su carácter, introvertido y tímido, le hacía recluirse cada vez que tenía la ocasión. Sin embargo, Kristel y su hermana no parecían aceptar la idea de Martin.

—Hemos de comprar algunas viandas, si deseas llenar tu estómago esta noche —alegó Valeria que, después de lavar los platos, comenzó a prepararse para salir.

—Philip puede ayudaros con la carga. Tal como dice, ya es lo suficientemente mayor para comportarse como un hombre —refunfuñó el muchacho.

—No —negó con rotundidad Kristel—. Y ahora ponte la chaqueta, peina ese cabello y no nos hagas retrasarnos por más tiempo. Si llegamos pronto, podremos comprar las mejores viandas.

—¡Esto es injusto! —exclamó Martin dando un enorme pisotón al suelo.

—La vida es injusta —manifestó Valeria mientras terminaba de peinarse.

Después de un buen rato, más de lo que supusieron en un primer momento, los cuatro salieron del hogar. Philip seguía emocionado por la experiencia que obtuvo la noche anterior y no cesaba de hablar sobre ella. Mientras que las dos permanecían calladas, intentando asumir el nuevo rumbo que les ofrecía la vida.

—¿Estás segura? —le preguntó Valeria a Kristel justo cuando entraban en la plaza.

—Lo estoy —determinó caminando erguida.

Había una gran afluencia de personas por los puestos. Los mercaderes anunciaban a voces aquello que habían adquirido esa misma mañana al atracar en el puerto los navíos de mercancías. Los campesinos vociferaban la frescura de sus verduras y los comerciantes más osados sesgaban allí mismo la vida de los animales que deseaban vender. Gente con atuendos respetables, otros con míseros harapos que pedían limosna, agentes que aseguraban un ambiente tranquilo... Aquello era un hervidero de actividad.

—¿Judías? ¿No les apetece unas sabrosas judías? Han sido transportadas durante semanas hasta llegar a nuestra amada ciudad para deleitar a los comensales más exigentes —anunció a viva voz uno de los vendedores.

—¿Lo has visto? —preguntó a Kristel refiriéndose al señor Hill.

—No, pero sabré cuándo llegará.

—¿Cómo? Aquí hay demasiada gente y casi no alcanzo a averiguar dónde se han metido mis hermanos.

—Él hará sombra a todos los que nos rodeen —declaró segura.

Entonces, justo en ese preciso momento, la duda se adueñó de ella. Tal vez fueron sus palabras o la manera de expresarlas las que le indicaron que, pese a todo, el orgullo que sentía por Borshon era mayor que la decepción. Sin embargo, ¿cómo podía actuar sin engañarse a sí misma? ¿Realmente deseaba verlo humillado, destrozado delante de toda la gente que les rodeaba? ¿Cómo le afectaría eso en su trabajo? ¿Y su madre? ¿Qué le sucedería si arruinaba la vida de su hijo? Y ella... ¿qué haría ella cuando regresara a su hogar? ¿Seguir llorando?

—La gente parece alterada —comentó Valeria fijando los ojos hacia un grupo de personas que rodeaban una de las entradas a la plaza—. ¿Estarán vendiendo algo interesante?

—¿Quieres acercarte? Yo puedo esperarte aquí, vigilando a tus hermanos.

—¿No te importará quedarte sola? —preguntó sin poder apartar la mirada de ese lugar.

—No me pasará nada —la calmó—. Tan solo me harán esperar en la cola el tiempo suficiente para que me salgan arrugas de vieja —añadió con sarcasmo.

—No tardaré, te lo prometo —dijo Valeria acelerando el paso hacia esa zona.

Kristel continuó andando hacia el puesto de aves. No le apetecían faisanes, ni pavos, ni una minúscula codorniz. Tenía el estómago tan cerrado que nada de lo que encontrase le parecería apetitoso para cocinar. Sin embargo, aquellos dos muchachos no se conformarían con un plato repleto de guisantes y zanahorias. Se pondrían a llorar desolados si no acompañaba a esas hortalizas una buena pieza de carne. Después de resoplar, se colocó frente al puesto, esperando a que el excelentísimo vendedor decidiera atenderla. Pero mucho se temía que, como siempre, la dejaría allí esperando una eternidad...

—¡Señorita Griffit! —exclamó el carnicero al verla aparecer—. ¿Qué desea esta mañana? He traído unos pavos de buenísima calidad. Aunque no puedo menospreciar este hermoso pollo que ha matado mi esposa hace apenas unos minutos. ¡Ve! —le mostró el cadáver con plumas—. Seguro que su corazón aún late.

—Buenos días... —le respondió Kristel asombrada ante el trato tan amable que le ofrecía—. Sí, en efecto, parece bastante bueno...

¿Por qué la trataba con tanta gentileza? ¿Qué había ocurrido? ¿Le habrían golpeado en la cabeza y no recordaba las mofas que le soltaba cada vez que ella se presentaba en su puesto?

—Si lo desea, se lo vendo despellejado. Mi esposa es una experta desplumando y puede pelarlo en menos de diez minutos —agregó el vendedor extendiendo hacia la sonriente mujer ese pollo que se movía al compás de su brazo.

—Si no le parece inapropiado —dijo con una mezcla de miedo y asombro.

—¡Para nada! —exclamó moviendo la otra mano con un gesto tranquilizador—. Será un placer atenderla como se merece.

—¿Cuánto le debo? —preguntó clavando sus ojos en el monedero. No podía mirar al tendero, se sentía tan abochornada por ese inesperado afecto que no era capaz ni de articular palabra.

—Para cualquier otra dama serían una libra, pero para usted, solo le costará una corona —comentó como si se tratase de un secreto.

¿Dama? ¿Aquel hombre la estaba llamando dama? Si antes pensaba que algo extraño le pasaba al vendedor, ahora no le cabía duda de que estaba en lo cierto. ¿Dónde había dejado sus habituales burlas? ¿Y esa mirada repulsiva? Porque no había nada de eso en él. Al contrario, la trataba con tanta simpatía que Kristel se sintió incómoda.

—Aquí tiene —dijo sacando la moneda del bolsito. La mano le temblaba y el estado de ansiedad crecía por segundos. Lo único que deseaba era marcharse de allí lo antes posible con ese pollo con o sin plumas.

—Dese un paseo, señorita Griffit. Cuando regrese, el ave no tendrá ni una sola pluma —indicó con una enorme sonrisa en su rudo rostro.

Asombrada, confusa, atónita e incluso temerosa, Kristel asintió y, sin añadir nada más, avanzó despacio hasta el puesto siguiente, mirando de reojo al vendedor por si en cualquier momento soltaba alguna burla sobre ella. Pero no. Ni se mofó a sus espaldas ni murmuró algo hiriente. Tan solo continuó atendiendo a los demás clientes mientras su esposa desplumaba con gran destreza el ave.

—¿Señorita Griffit! —le llamó la atención el señor Adams, el tendero de verduras. Ese que permanecía con la boca abierta cuando aparecía Valeria. Sin embargo, esta vez, la que mantenía la boca exageradamente abierta era ella. ¿Cómo sabía su apellido si ni siquiera conocía su existencia?—. Buenos días, qué placer verla por aquí. ¿Nadie le ha dicho lo hermosa que luce hoy con ese vestido?

—Buenos días, señor Adams... —le contestó después de confirmar que la prenda a la que hacía referencia el vendedor era la misma que vestía cada vez que aparecía en el mercado—. ¿Gracias? —espetó perpleja.

—¿Qué buscaba esta mañana? ¿Zanahorias, guisantes o tal vez desee acompañar sus deliciosos guisos con estas patatas? —Le señaló con la mano una montaña de dichos tubérculos—. Han sido recogidas durante el amanecer y aún guardan el agua que tomaron de la tierra antes de ser recolectadas —le informó.

—Parecen muy apetecibles —comentó con timidez.

—¡Lo son! —afirmó el comerciante orgulloso—. ¿Cuántas desea?

No sabía qué contestar. Ese estado de aturdimiento aumentaba en cada

momento. ¿Por qué la gente se comportaba de esa manera con ella? ¿Qué había sucedido para que todo el mundo cambiara su actitud? De repente, cuando sus ojos se habían clavado en las manos del vendedor, que no paraba de buscar aquellas patatas que no poseyeran brotes de raíces, una gran sombra abarcó el puesto. El corazón de Kristel latió deprisa, emocionado por la presencia de la única persona que podía provocarla: Borshon. Pero no quería darse la vuelta y enfrentarse a él manteniendo esa confusión que había crecido en ella ante el trato afable de los vendedores. Necesitaba hacer llamar a esa mujer triste, despechada y enfurecida que no había podido dormir pensando en la trampa que él le había hecho.

—Buenos días, señor Hill —le saludó el verdulero cuando lo descubrió frente a su puesto, justo detrás de la espalda de la clienta.

—Buenos días, señor Adams. Veo que hoy su puesto está más delicioso que de costumbre —apuntó con su típica voz ruda.

—No será por mis verduras, ¿verdad? —espetó sarcástico el vendedor, que había captado con rapidez el motivo por el que el agente exponía tal afirmación—. Señorita Griffit, aquí tiene sus patatas. ¿Desea algo más?

—No. —Negó con un suave movimiento de cabeza—. ¿Cuánto le debo? —Notaba su cercanía, esa proximidad que no debía mantener en un lugar tan concurrido. ¿Cómo osaba comportarse de ese modo? ¿Qué pretendía mostrar? ¿O solo quería proseguir con la farsa?

El vendedor miró al agente, luego a Kristel. Le sonrió y con mucha amabilidad le dijo:

—Acéptelo como un obsequio, señorita Griffit. Es lo mínimo que puedo hacer por una mujer como usted.

—¡No! —exclamó Kristel azorada—. No puedo aceptarlo, señor Adams. Usted y su familia sobreviven de las ventas y no sería justo que...

—Tenga —le ofreció Borshon al amable vendedor una moneda—. Quédese con el cambio. —Al extender el brazo para efectuar el pago, tocó suavemente el cabello de Kristel y esta, ante ese leve contacto, contrajo el cuerpo. Extrañado por ese repentino encogimiento, Borshon dio un paso hacia atrás, permitiéndole algo más de espacio.

—Gracias, señor Hill, es usted un hombre bondadoso —respondió el

señor Adams metiendo esa moneda en el bolsillo del sucio delantal.

Mientras el vendedor alababa al agente por su buena obra, Kristel metió en el cesto las patatas, que, debido a los nervios, rodaron en el interior de este y golpearon el libro que guardaba. Agarró con fuerza el asa e intentó encontrar un hueco para salir huyendo. Porque eso era lo que ansiaba, escurrirse de aquel gran cuerpo que la ponía muy nerviosa. En ese acto, una fragancia a jabón de afeitar llegó hasta su nariz. ¿Por qué olía tan bien? ¿Por qué solo deseaba darse la vuelta y observar a ese hombre que, por desgracia, era el poseedor de su corazón?

—Buenos días, señorita Griffit —le susurró al oído—. ¿Busca una forma de escapar de mí? —espetó burlón.

—Así es —respondió con firmeza, clavando la mirada en el suelo.

—¿Y por qué horrible motivo desea evadir mi presencia? —perseveró, abandonando esa mofa en el tono de voz y exhibiendo en sus palabras cierta preocupación—. ¿Acaso he hecho algo que la ha incomodado?

—Que usted esté aquí, haciéndome sombra, evitando que pueda disfrutar del escaso sol que aparece en Londres es motivo suficiente para ello, ¿no le parece? —dijo enfadada.

—¿No sabe usted que los rayos solares pueden dañar su delicada piel? Debería sentirse feliz al comprender que me preocupo por su seguridad.

¿Qué diablos le sucedía? ¿Estaba bajo el encantamiento de algún hechizo maligno? Porque no era normal que la noche anterior se comportara como una tierna y delicada mujer y, sin embargo, en ese momento pudiera sesgarle el cuello con su lengua afilada. ¿No le había dicho su madre que una mujer no podía ser tan encantadora? Pues de nuevo tenía razón, pero no le iba a permitir que se marchara sin averiguar qué le ocurría.

—Dejémonos de sandeces, señor Hill —declaró con solemnidad levantando al fin su mirada para clavarla en aquellos ojos azulados que la observaban perplejo—. No soy una niña a la que pueda engatusar con absurda palabrería.

—¿Disculpe? Creo que la he confundido con otra persona. Venía buscando a la encantadora señorita Griffit y usted no tiene nada de afable —dijo con una mezcla de enfado y sorpresa.

—¿Afable? ¿Cómo puede requerir algo de afabilidad después de comprender que todo su comportamiento ha sido falso? ¡Déjese de tanta cortesía, señor Hill, no la necesito! —exclamó frente al puesto de verduras del señor Adams, quien estaba más desconcertado que el propio Borshon.

—¿Que mi comportamiento ha sido falso? ¡Explíquese! —insistió cruzándose de brazos y mirándola de una forma que dejó a Kristel congelada. Ahora entendía la razón por la que todo el mundo le temía. Borshon podía transformarse en un monstruo, en una horrible bestia, tan solo entornando sus ojos.

—Sé el motivo por el que usted me persigue —dijo después de serenarse.

—¿Cuál? —demandó el agente sin mover ni los labios para hablar.

—Lo descubrí ayer, justo después de regresar a mi hogar.

—¿El cochero no las llevó directamente hacia su casa? ¿O es que decidieron parar en alguna taberna para deleitarse con licores envenenados? —gruñó.

—¡Déjese de estupideces! —le gritó—. ¡Me ha engañado! ¡Solo se ha acercado a mí porque debía vigilar a la señorita Giesler!

—¿Cómo?! —soltó Borshon descruzando los brazos con rapidez—. ¿Cómo ha llegado a tal conclusión?

Mientras hacía la pregunta, recopilaba en su mente cualquier dato que le indicara lo que ella le echaba en cara con tanto despecho. Y un nombre apareció en su mente: Jun. La muy bastarda, al descubrir que el señor Reform tenía cierto interés en Valeria, habría preguntado a los empleados de este hasta averiguarlo todo. ¿No le había dicho Trevor que le había arruinado la vida? Pues si intentaba arruinarle la suya, flotaría un lindo cadáver en el Támesis, y no era una amenaza, sino un hecho.

—Ha sido muy fácil... —comentó riendo con los dientes apretados—. Hasta una mujer carente de raciocinio podría entender que un hombre como usted no se interesaría por una mujer como yo sin un buen motivo.

—Por supuesto —afirmó solemne—. Una mujer sin raciocinio deduciría con rapidez que no podría interesarme por una mujer como la que observan en este momento mis ojos. Yo busco a la señorita Griffit, una encantadora muchacha que me ha robado el corazón —refunfuñó.

—¡No mienta más! ¿No entiende que ya le he descubierto? ¿Que ya no puede engatusarme con sus galantes palabras? —vociferó, perdiendo la compostura, notando cómo sus piernas temblaban y percibiendo un extraño mareo. ¿Dónde estaba Valeria? ¿Por qué tardaba tanto?

—¡Está bien! —claudicó Borshon sintiéndose acorralado—. Tiene razón. Es cierto que mi primera labor era vigilar a la señorita Giesler porque el señor Reform descubrió qué hacía cada vez que aparecía en su club. Sin embargo, también he de indicar que cuando la vi bajando las escaleras de su hogar, acompañando a la mujer que debía proteger, ese trabajo finalizó para mí, porque no era capaz de apartar mis ojos de usted —manifestó serio, para que ella no tuviese duda de lo que estaba diciendo—. Puede recriminarme el hecho de que le mintiese cuando hablamos la primera vez, pero no puede reprocharme los sentimientos que han crecido hacia usted.

—Sigue mintiendo... —dijo Kristel mediante un susurro. La fuerza había desaparecido de su cuerpo, su corazón había dejado de latir, solo deseaba salir de allí, regresar a su hogar y llorar la pérdida del hombre que amaba.

—¡Míreme, señorita Griffit! —le ordenó enfadado—. ¡Míreme! —reiteró con el mismo tono de voz.

—¡No! —negó al tiempo que comenzaba a andar hacia el frente. Necesitaba apartarse de él, le urgía crear entre ellos una gran distancia. Porque no era bueno seguir engañándose albergando la esperanza de que al fin decía la verdad.

Pero Borshon la agarró del brazo, impidiendo esa huida. Kristel agachó el rostro, avergonzada aún más. Podía escuchar los rumores de las personas que había a su alrededor. ¿Qué pensarían? ¿Imaginarían que había robado y que el agente la estaba deteniendo?

—Míreme, se lo suplico —murmuró Hill sin mermar su desconcierto.

Y lo miró. Muy despacio levantó el rostro para observar el de él. Sus ojos, vidriosos como si quisiera llorar, sus labios apretados, como si quisiera dejar de gritar y la mandíbula encajada con tanta fuerza que podía romperse alguna pieza dental.

—¿Qué ve, Kristel? ¿Observa engaño, burla o mofa? No, claro que no, porque no puedo tener nada de eso hacia usted, porque sería imposible sentir algo tan absurdo.

—Señor Hill... —tartamudeó.

—Señorita Griffit, aunque usted no pueda creer mis palabras he de confesarle que la amo. La amo desde el primer instante que puse mis ojos en usted, la amo desde la primera vez que escuché su voz. La amo tanto que no sería capaz de continuar viviendo si no está a mi lado. No quiero despertarme cada mañana sin verla a mi lado, sin notar su presencia, sin confirmar que la mujer por quien daría mi vida duda de ese amor que expresa mi corazón. —La mano de Borshon seguía agarrando su brazo, en un desesperado intento de que no se alejara sin ser consciente de cuánto la quería. Pero ella temblaba. Como si aún le costara asumir la veracidad que emanaba de su boca—. ¿Nota alguna mentira en mis palabras, Kristel? —insistió—. ¿No es suficiente lo que ve? ¿Quiere alguna prueba más?

—No hay prueba alguna que...

—¿Que no hay prueba? —preguntó atrayéndola con fuerza hacia él—. Espero que esto sea la prueba que necesita...

Y la besó delante de todo el mundo. Pero no fue un beso casto o tímido. Borshon le ofreció una muestra tan apasionada que Kristel tuvo que alargar sus manos y aferrarse a aquel fuerte cuello para no caer arrodillada al suelo. ¿Qué le había dicho la señora Shoper? ¿Que el primer beso no lo olvidaría? Pues no, no lo olvidaría jamás. Al igual que no perdería de su mente cómo las grandes manos de él se enredaron en su cintura, cómo su lengua, posesiva, voraz y caliente, recorrió cada rincón de su boca y tampoco eliminaría esa sensación de placer que le causó el escalofrío más intenso de su vida.

—¿Ha sido suficiente para usted?

Kristel escuchó la pregunta lejana, como si entre ellos hubiese más de dos leguas. Tenía los ojos cerrados, para no ser testigo de la expectación que provocaron a su alrededor.

—Dime, Kristel, ¿no es suficiente prueba lo que acabo de hacer? ¿Deseas que me arrodille y te pida que no me abandones? No podría vivir sin ti —le dijo mientras empezaba a inclinarse hacia el suelo.

—¡No! —exclamó ella evitando ese arrodillamiento—. Le creo. Te creo... —se corrigió.

—Eres el ser más maravilloso del mundo, Kristel. Y me da igual cómo te

conocí. Te compensaré con creces el engaño que he realizado. Pero no te marches, quédate conmigo el resto de mi vida —continuó hablando al tiempo que le acariciaba el cabello.

—Borshon... —susurró.

Las lágrimas de emoción vagaron por su rostro despacio, perezosas. Su pecho, agitado por la vivencia, se extendía hacia él anhelándolo pese a tenerlo tan cerca.

—Kristel... —le respondió apartando algunas de esas lágrimas con los pulgares—. Acéptame, te lo suplico —rogó.

—Solo si me prometes que no habrá más mentiras entre nosotros. No quiero vivir un matrimonio repleto de agonías ni de triste...

No terminó. Las grandes manos de Borshon se colocaron en ambos lados de su cadera y la alzaron para besarla de nuevo. Entonces se escucharon vitos, exclamaciones y un sinfín de suspiros femeninos.

—Te lo prometo, amor mío —declaró después de ese beso que fue aún más apasionado que el anterior—. Te juro por mi vida que no volveré a mentirte —reiteró solemne.

—Bueno... —dijo Kristel dando un paso hacia atrás, deshaciendo las arrugas de su vestido y sin poder observar a toda esa gente convertida en espectadores—. El paso siguiente es visitar a tu madre.

—¿Trajiste el libro? —le preguntó Borshon feliz mientras enredaba su mano con la de ella.

—Sí. Lo tengo aquí. —Señaló la cesta que, en algún momento, había rodado por su brazo y había caído al suelo—. Pero antes de marcharnos he de hablar con Valeria. Se había alejado para... —empezó a decir tirando de su futuro marido hacia el lugar donde se encontraba su amiga, pero no caminó mucho tras averiguar que la joven no estaba sola. El señor Reform mantenía una conversación con ella.

—No se puede evitar el destino —le comentó al oído—. Ni ellos ni nosotros podemos huir de aquellos sentimientos que han crecido en nuestro interior.

—Pero ella... Los niños... Y... ¡tengo un pollo que recoger! —comentó

volviéndose hacia él.

—Valeria está acompañada y te aseguro que no le sucederá nada. Los niños pueden regresar a vuestro hogar, les pediré a uno de esos agentes que los acerque y sobre ese pollo...

—¡No se preocupe! —exclamó el vendedor que había escuchado y presenciado todo—. Mi esposa se lo llevará esta misma mañana.

—¿Tienes algo más que hacer antes de acompañarme a nuestro futuro hogar? —preguntó Hill después de besar la mano que entrelazaba.

—No —respondió tras suspirar.

—Pues entonces, amor mío, marchémonos de aquí —manifestó feliz mientras caminaba despacio para que ella no se sintiese ruborizada por su forma de andar.

## Capítulo XX



No tardaría en regresar. Se acercaría, observaría lo que estaba sucediendo y acudiría lo antes posible hacia Kristel. No quería dejarla sola durante mucho tiempo porque no se encontraría cómoda ante el trato que le dedicarían los vendedores. Además, quería estar presente cuando abofeteara al gran señor Hill. ¿Se sorprendería al ser rechazado de esa manera tan humillante? ¿Permanecería perplejo ante la severa actuación? Valeria soltó una leve carcajada. ¡Por supuesto que sí! Ningún hombre que se presentara ante los demás de esa manera tan grandiosa asimilaría con honor el ser afrentado por una mujer como Kristel.

Mientras se dirigía hacia esa zona del mercado, reflexionando sobre el plan de su amiga, contempló cómo la muchedumbre se agolpaba alrededor de ese lugar en concreto. Tuvo que esquivar, empujar y escuchar ciertos insultos hacia su persona hasta que logró colocarse en primera fila y, al hallar qué era aquello tan importante que nadie quería perderse, hizo una mueca de desagrado. Dos hombres, sentados uno frente al otro, separados por una pequeña mesa de madera, divertían a los espectadores realizando un juego para medir sus fuerzas. El participante que miraba hacia ella tenía aspecto de bucanero. No solo por su rudo rostro, sino por la corpulencia de su cuerpo y el tono tostado de la piel. Exhibía sin pudor el torso desnudo y toda persona que clavase los ojos en su figura era testigo de la gran musculatura. Sin embargo, el hombre que le daba la espalda no parecía tan nervudo, aunque su espalda, pese a estar oculta bajo una camisa blanca y un chaleco gris, parecía ancha y atlética. Valeria clavó sus ojos en la nuca de aquel extraño. Su piel parecía suave, delicada. ¿De verdad que podía haber en el mundo un hombre que pudiera tener una piel más cuidada que la de una mujer?

Sin poder borrar la sonrisa burlona que apareció en su rostro, echó un vistazo a las personas que había a su lado. Aplaudían y animaban a los jugadores entre vítores, silbidos y gritos de aliento. «Claxton», así se llamaba

aquel titán musculado y, según parecía, era el favorito de todos los que alentaban aquel juego infantil. Tras resoplar, por lo absurdo que le parecía tal diversión, Valeria clavó sus ojos en una joven que sujetaba la chaqueta del misterioso participante. Al suponer que todas las miradas se centrarían en ellos, la muchacha acercó la prenda a su nariz e inspiró con fuerza. En ese instante, Valeria soltó el aire abruptamente. ¿Por qué las jóvenes se comportaban de esa manera tan irracional? ¿Estaría perfumada y no pudo evitar inspirarla? ¿Aquel extraño, que mostraba suavidad en la piel de su cuello, utilizaría una fragancia tan hipnotizante que ninguna mujer podría dejar de olerla? O quizá no era su olor, sino que este sería tan apuesto como acaudalado y rompía el corazón de las muchachas casaderas.

Enfadada por el irracional comportamiento de las jóvenes desesperadas por hallar al esposo perfecto, centró su mirada en los dos participantes. Sus manos se agarraban con fuerza, se mantenían firmes, sin caer hacia un lado o hacia el otro. Quiso girarse, para marcharse de allí, pero alguien gritó un apellido que la dejó paralizada en mitad de ese semicírculo. Despacio, como si su cuerpo pesara cuatro veces más, se volvió y clavó sus ojos en la espalda de aquel misterioso hombre. El chaleco gris, su camisa blanca remangada hasta los codos, el cuello, ese pelo oscuro como la noche y esa chaqueta que la joven había olido como si fuera un perro sabueso... No, no podía ser él. ¡Imposible!

—¡Maldito hijo de perra! —gritó el de apariencia bucanera cuando al fin se dobló.

Valeria se llevó una mano a la boca y la otra al abdomen. Parecía que el espectáculo terminaría en una pelea. Una disputa en la que Trevor saldría malherido. ¿Qué diablos hacía allí? ¿Buscaba que le destrozaran esa piel suave y aterciopelada? ¿Por qué había abandonado la protección que le proporcionaba el club? Echó un paso hacia atrás, para alejarse de allí y no presenciar cómo sería golpeado sin piedad, pero la congregación que rodeaba aquel acto le impedía marcharse.

—¡Te lo advertí! —exclamó Trevor levantándose del asiento con rapidez.

Y justo cuando ella cerró los ojos para no ver el inicio de esa trifulca escuchó a la gente aplaudir. Al abrirlos, encontró lo que no se había esperado: un abrazo. Los dos se abrazaban como si se conocieran de toda la vida.

—Me alegro de verte por aquí, Trevor —comentó el hombre palmeando la espalda de Reform—. ¿Cuántos años han pasado? ¿Dos, tres?

—Seis.

—Pues han transcurrido muy rápido —declaró ofreciéndole un apretón en el hombro—. ¿Qué? ¿Cómo te sientes al regresar a la calle donde naciste?

—Si deseas averiguar si he extrañado el lugar donde tuve que sobrevivir, no, no lo he hecho —respondió mientras se acercaba a la joven que le sostenía la chaqueta—. Gracias.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Busco a una persona, aunque con tanta gente a nuestro alrededor, será difícil encontrarla —expuso metiendo los brazos en la chaqueta.

—¿Encontrarla? —preguntó extrañado el hombre—. Nunca imaginé que regresarías para hallar una mujer cuando albergas bajo ese club una docena de descaradas e insaciables diablasas.

—Ella es especial... —apuntó al tiempo que se abrochaba los botones de la prenda.

—Y esa mujer especial... ¿luce un bonito cabello negro, tiene unos grandes ojos azules y es terriblemente hermosa? —espetó divertido el bucanero.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —respondió desconcertado Reform.

—Porque está justo enfrente de nosotros. Gírate y contéplala por ti mismo. Aunque si estuviera en tu lugar, no tardaría en correr tras ella porque mucho me temo que no desea verte —apuntó mordaz.

Raudo, Trevor se volvió y la halló allí, a menos de cuatro pasos de donde se encontraba. Con los ojos abiertos como platos, una mano ocultando su dulce boca y la otra presionándose el abdomen. Pero lo que dejó a Trevor sin aire fue el rostro desencajado que ella exhibía. Ni se despidió de su viejo camarada. No había tiempo que perder. Tal como le anunció, ella estaba desesperada por marcharse. Caminó hacia Valeria, haciendo que las personas que había detrás de la joven retrocediesen al igual que aleja una ola brava a quienes contemplan el mar desde la orilla.

—Señorita Giesler —la saludó una vez que apenas restaba un paso de

distancia entre ellos—. Me alegro de verla. Ha sido una magnífica coincidencia el que...

—¡Váyase al cuerno! —exclamó Valeria girándose con rapidez y dando pasos de gigante.

—¡Creo que lo vas a tener difícil! —vociferó Claxton entre sonoras carcajadas—. ¡Es mejor que regreses a los cálidos brazos de tus empleadas!

No respondió al inoportuno comentario, persiguió a la joven hasta que le dio alcance. Sin pensárselo dos veces y desesperado, le agarró el antebrazo izquierdo y la volvió hacia él.

—No huya de mí, señorita Giesler —refunfuñó—. Le aseguro que no habrá un rincón en esta maldita ciudad en el que pueda ocultarse de mí.

—¿Es una amenaza? —espetó encarándose. Levantó el mentón y lo miró desafiante—. ¿Piensa agredirme como hizo a su amante? ¿Así es cómo el grandioso señor Reform trata a las mujeres? ¡Qué vergüenza! ¡Es usted un miserable! —vociferó.

La mano de Trevor se abrió despacio mientras daba un paso hacia atrás. Aturdido, clavó sus ojos oscuros en el lugar donde la agarró y se regañó al ver su palma impresa en la piel de ella. Se lo merecía. Aquel ataque hacia su persona debía asumirlo con entereza. Sin embargo, no se daría por vencido, estaba dispuesto a luchar contra esa ofensiva. Ella debía escuchar su versión de los hechos. Necesitaba confesarle que todo lo que observó desde la puerta había sido un plan ideado por Jun al ser consciente de que ya no había nada entre ellos.

—Está confundida... —le dijo, aplacando despacio ese malestar al que se enfrentaba.

—¿Me está diciendo que sufro de alucinaciones? ¿Que aquello que presencié ayer fue falso? —perseveró airada.

¿Cómo podía encontrarse tan encolerizada? ¿Eran sus palabras o el hecho de tenerlo frente a ella lo que le causaba tanta ira? ¿Por qué era tan seductor? ¿Por qué era incapaz de pegarle el bofetón que Kristel había pensado propiciar al agente? ¿No debía sentirse humillada, ultrajada, después de averiguar que todo lo que había sucedido en el club era un mísero juego para él porque sabía la verdad?

—No —negó con firmeza.

—Aléjese de mí, señor Reform. ¡Váyase al cuerno! —repitió antes de dar un paso más.

—Valeria... —le susurró él con un tono tan desgarrador que ella frenó al escucharlo.

Oír su nombre en aquella voz la descompuso. Era la primera vez que se hallaba en una encrucijada sin igual. Por un lado, deseaba conocer aquello que sospechaba que le iba a decir, pero por otro... debía ser fuerte y olvidarlo porque ella no era el juguete de nadie.

—No vuelva a dirigirse a mí de esa forma —apuntó levantando el dedo inquisidor—. No se atreva a pronunciar de nuevo mi nombre. Usted no es digno de tal honor. Y, como siga persiguiéndome, iré a Scotland Yard para informar de su insistencia en...

No le dio tiempo a terminar esa airada exposición. Reform caminó hacia ella, seguro, firme, imperturbable, demoledor. Le cogió ese dedo que lo señalaba y, pese a los esfuerzos de Valeria, se lo colocó en la espalda, haciendo que aquel cuerpo tembloroso se aproximara al suyo. Los movimientos de sus respiraciones, agitadas ante la vivencia de miles de sensaciones contradictorias, ocasionaron unos leves roces entre ambos torsos. Roces cargados de electricidad. El aliento cálido de Reform calentó los labios de Valeria que, anonadada, los separó para tomar ese aire que él desprendía. Olía bien, demasiado bien. Una mezcla entre el aroma de jabón de afeitarse y el perfume con el que se rociaba se adentró en su cuerpo haciéndola suya en el recorrido.

Trevor la miró sin pestañear, advirtiéndole con esa firme mirada lo próximo que iba a realizar y, asustada, intentó apartar su rostro, retirarse para hacer desaparecer esa neblina que apareció ante sus ojos. Sin embargo, no logró distanciarse ni un solo milímetro. Despacio, tomándose todo el tiempo del mundo, acercó su boca a la de ella para... besarla.

Quemazón. Eso fue lo que notó Valeria al sentir el contacto de aquellos voluptuosos y sensuales labios sobre los suyos. El ínfimo beso le causó la mayor calentura que podría tener en su larga vida. Con los ojos abiertos, observó ese rostro masculino, varonil y esos iris tan oscuros como una noche sin luna. Intentó apartarse, distanciarse de él antes de que aquella presión en

sus labios se tornara en una más apasionada. Pero se hallaba tan desconcertada que no era capaz de echar un paso hacia atrás. Solo cuando sintió cómo el aire fresco volvía a introducirse por su boca, pudo echar una leve zancada para separarse.

—No debió... —tartamudeó ella.

—Nunca en mi vida he tratado mal a una mujer y jamás haría tal atrocidad a la persona que ha conquistado mi corazón —declaró con firmeza.

—¿Corazón? —gritó recomponiéndose del *shock*—. ¿Cómo puede alguien alcanzar algo que no se posee?

—Valeria... —repitió con suavidad.

—¡Le he dicho que no vuelva a llamarme así! —clamó girándose sobre sí misma.

Le urgía salir de allí, retirarse hacia un lugar donde permanecer a salvo de todas las emociones que el beso había despertado en ella. Kristel tenía razón, estaba enamorada, muy enamorada. Porque si no fuera así... ¿por qué su corazón se había paralizado? ¿Por qué sus manos no dejaban de temblar? ¿Por qué deseó que ese beso se convirtiera en uno más apasionado? ¿Por qué odió a la joven que inspiró el olor de la chaqueta de Trevor? Despavorida, asustada, cobarde después de claudicar a su verdadero sentimiento hacia el odioso hombre, corrió tan deprisa que no advirtió la presencia de las dos pequeñas figuras que, como ella, se habían quedado pétreas al ser testigos del beso.

—Señor Reform... —expresó Philip caminando hacia él con altivez—. No ha obrado bien. Se ha comportado de manera osada —añadió intentando mostrar un tono severo, masculino, adulto.

—Tiene razón, joven Giesler —le respondió apartando la mirada de Valeria para centrarla en el muchacho que le hablaba.

—Es mi obligación velar por la honradez de mi hermana —continuó discurrendo el joven—. Y, como tal, ha de aceptarme un duelo.

—¿Un duelo? —le preguntó con una mezcla de asombro e incredulidad—. Jovencito, debería meditar mejor aquello que expone con tanta ligereza. Le puedo asegurar que no merece la pena...

—¿No es suficiente caballero para aceptármelo? —le increpó.

—Lo soy —afirmó dando un paso firme hacia el muchacho—. Por eso, y por el afecto que les profeso, le ofreceré otra alternativa menos peligrosa.

Philip, pese a ser tan joven, no se amedrentó ante la cercanía de Trevor, se quedó inmóvil y continuó mirándolo de manera desafiante. ¿No le había dicho la señora Shoper que se convertiría en un guerrero? Pues comenzaría en ese mismo momento a tomar dicha actitud.

—¿Cuál? —dijo al fin.

—Reestableceré el honor de su hermana casándome con ella —expuso categóricamente.

—¿Casarse con Valeria? —preguntó el tímido Martin—. ¡Imposible! ¡Ella jamás se casará con nadie!

—Yo sí lo haré —afirmó rotundo—. ¿Hay pacto? —insistió tendiendo la mano hacia el mayor de los hermanos eludiendo las conjeturas del pequeño.

—¿Y si ella no le acepta? —perseveró Philip.

—Les obsequiaré con una renta vitalicia. De ese modo podrán marcharse de Londres y vivir la vida que tanto ansían —manifestó sin dudar. ¿No era eso lo que ella había escrito en la hoja? Sí, eso mismo fue lo que leyó cuando sacó el papel de su bolsillo, justo antes de la aparición de Jun en su despacho.

—No... no queremos marcharnos de aquí —señaló Martin escondiéndose detrás de la espalda de su hermano—. Me gusta Londres...

—Pues hagan lo que más deseen —indicó Trevor.

—¡Está bien! —claudicó Philip. Extendió la mano que, pese a ser más pequeña que la de Trevor, apretó con fuerza para sellar el pacto—. Tiene un plazo de una semana para cumplir su promesa, señor Reform. A partir de ese día hará que el señor Berwin nos haga llegar la renta que, por supuesto, alcanzará un valor superior a doscientas libras mensuales.

—Su oferta es generosa, joven Giesler, aunque me gustaría que ampliara el plazo del cortejo porque, como bien sabe, su hermana no es fácil de conquis...

En el momento en el que Trevor estuvo a punto de concluir la propuesta, apareció detrás de los jóvenes una figura masculina que no reconoció. Atento a esa nueva presencia, colocó sus manos sobre la espalda y observó el

comportamiento del extraño hacia ellos que, por cómo apretaba la mandíbula, parecía enfadado. ¿Qué habrían hecho los muchachos mientras nadie los custodiaba? Fuera lo que fuese, él actuaría como el tutor de los hermanos de la mujer con la que se había propuesto casarse.

—¿Señor Mayer! —exclamó sobresaltado Martin al hallarlo a su lado.

—Jovencitos... ¿qué hacen aquí? ¿Dónde se halla su hermana? —preguntó echando un leve vistazo por los alrededores.

Lógicamente, Trevor captó con claridad el nombre del caballero que contemplaba a los niños como si quisiera darles una paliza por permanecer solos. Sin pensárselo dos veces caminó sereno hasta que se quedó delante de los niños, a menos de dos palmos del hombre que había soñado encontrar. Sonrió de oreja a oreja de manera sardónica y esperó a que el notable señor Mayer preguntara quién era él.

—¿Quién es usted? —exigió saber con una inapropiada autoridad—. ¿Qué hace con los hermanos de la señorita Giesler? ¿Por qué ella no está aquí? ¿Se los ha dejado bajo su responsabilidad? ¿Es usted el nuevo profesor?

—Demasiadas preguntas, señor Mayer, que no pienso responder, por supuesto —masculló.

¿Podía ser Dios más generoso con él? ¿Podía darle, en un solo día, más satisfacciones? No solo había besado a Valeria y había prometido que se casaría con ella, sino que también tenía frente a sus ojos al hombre que no había cesado de buscar desde que descubrió que intentaba arrebatarse a la mujer que amaba.

—¿Que no me va a responder? —vociferó Mayer de manera soberbia—. ¿Cómo osa...?

Sin imaginarse la razón por la que aquel caballero sonreía de manera punzante, Mayer zanjó la pregunta en el mismo instante en el que notó un fuerte golpe sobre su mejilla izquierda.

—Como vuelva a presentarse delante de la señorita Giesler o de sus hermanos, juro por Dios que no volverá a respirar —amenazó después de asestarle el puñetazo.

—¿Quién diablos es usted? —exigió saber con una mezcla de asombro y desconcierto mientras intentaba calmar el dolor colocando sus manos sobre

ese carrillo que no cesaba de palpar.

—Es el futuro marido de mi hermana —respondió Martin con inocencia.

—¿Su qué?! —clamó Mayer confundido.

—Muchachos, si son tan amables de conducirme hasta su hogar, estaré encantados de escoltarlos. Como pueden apreciar, las calles de esta ciudad están repletas de escoria —alegó Trevor permitiéndoles que avanzaran delante de él—. Vuelva a respirar al lado de mi prometida y le juro que no habrá nada en el mundo que evite su muerte —sentenció Reform antes de emprender la caminata detrás de los chicos.



Nerviosa. Kristel no era capaz de calmarse. ¿Quién lo haría cuándo conocería a la madre del hombre que próximamente se convertiría en su esposo? Lo miró de reojo, buscando alguna mueca en su rostro que expresara la emoción que sentía. No halló nada. Aquel semblante exhibía seguridad, serenidad y firmeza. ¿Él no tenía dudas? ¿Tan convencido estaba? Esa confianza tan severa le causó más inquietud, hasta el punto que notó una leve presión en su garganta. Respiró hondo para que esa bola de saliva bajara por su esófago despacio mientras meditaba sobre la transformación que había dado su vida en unos miserables días.

Años... Durante más de veinte años se aferró a la idea de que nadie se interesaría por ella, que no existiría en el mundo un hombre que se fijara en la pobre e inútil coja de quien todos se burlaban, pero erró. No solo lo tenía a su lado, sino que el comportamiento de los demás había cambiado hacia ella. En ese momento, rememoró la atención que había tenido en el mercado. Ese repentino cambio de actitud se debía a él. Sí, no le cabía duda de que el librero corrió la voz en el mercado sobre el interés que el señor Hill tenía por ella y, para no hacerlo enfadar, porque nadie desearía tener a un hercúleo agente airado frente a su puesto, la trataron con tanto respeto que se sintió abrumada. Una leve sonrisa curvó sus labios. ¡¡Hasta el miserable vendedor de hortalizas le había dicho que estaba hermosa!! Aguantó una carcajada al recordar la actitud del tendero y la manera que miró a Borshon, como si le pidiera perdón por todas las mofas que le hizo durante los años pasados. Sin

duda alguna, sus apariciones por el mercado sufrirían un agradable cambio...

—¿Y esa sonrisa? —le preguntó él sin mirarla.

—¿Cómo sabes que estoy sonriendo si no apartas tus ojos de la calle? — espetó intrigada.

—Noto todo lo que haces. No necesito mirarte para saber que estás inquieta y que has pensado en algo que te ha hecho sonreír —le dijo parándose en mitad de la vía—. ¿Qué te ha hecho gracia?

—El trato que los vendedores han tenido esta mañana hacia mí —le respondió cesando su paso al igual que él.

—Lo habrán hecho con respeto. —No era una pregunta sino una afirmación que no admitía negativa alguna.

—¡Por supuesto! —le aclaró colocando sus palmas sobre el duro torso—. ¿Crees que alguien tomaría una elección equivocada? ¡Hasta el señor Adams me ha dicho que estaba hermosa!

—¿Tengo que regresar y afrentarme a ese vendedor de hierbas? —gruñó enarcando las cejas.

—De verduras —le corrigió—. Y no, no tienes que hacer nada de eso. Todo el mundo ha sido testigo de quién es la persona que me ha robado el corazón —añadió antes de empujarse y darle un tierno beso.

—De todas formas, lo vigilaré de cerca... —refunfuñó tras ese leve roce de labios.

¿Celoso? ¿Borshon también era un hombre celoso? «Vale, Dios mío, no me hace falta que me envíes más señales para confirmar que es el hombre de mi vida, lo admito», pensó divertida.

—No sé si te comenté que mi madre lleva tiempo postrada en una cama —comenzó a decir mientras reanudaban la caminata.

—Sí, me lo dijiste. ¿Qué le ocurrió?

—Hace quince años tuvo un dolor muy fuerte en la cabeza. Según nos informó el doctor algo en su cerebro no funcionaba bien, pero le restó importancia porque no halló ninguna secuela inmediata, pero la tuvo semanas después. Al principio, fue un leve hormigueo en las piernas, continuó con

torpes caídas y, de repente, un día le dejaron de funcionar —explicó—. Fue muy duro para ella asimilar ese golpe del destino... —Suspiró—. Jamás había visto a mi madre descansando en una cama algo más de cuatro horas. Era una mujer muy vital y se movía de un lado para otro sin cesar.

—¿Cómo lo superó? —preguntó aferrando con más fuerza esa mano que se enredaba entre la suya.

—Leyendo... Primero fueron libros sobre medicina. Deduzco que intentaba averiguar qué le había sucedido y si había algún remedio para mermarlo. Con el tiempo desistió en su empeño y me hizo buscarle otro tipo de...

—Lecturas —terminó ella.

—Sí.

—Los libros son una buena forma de evadirse del mundo en el que vivimos —reflexionó Kristel.

—Eso parece... —murmuró mirando hacia el cielo—. ¿Quién te enseñó a leer? —quiso saber. Era un buen comienzo para indagar sobre el pasado de la mujer con quien iba a vivir el resto de su vida.

—Mi padre —dijo con un suspiro—. Fue lo único bueno que hizo conmigo hasta que me abandonó en casa de mi tía.

—Lo siento... —se disculpó por hacerla recordar un momento tan triste.

—No tienes por qué sentirlo. Fui feliz con ella, siempre se portó muy correcta y me enseñó cosas que escandalizaría a cualquier dama —agregó con tono jocoso.

—¿Cosas escandalosas? —Volvió a arquear las cejas, intrigado por el significado de esas palabras.

—Tenía doce años cuando descubrí ciertas cosas... —dijo con un halo de misterio—. Desde los siete, edad que aparecí en su hogar, ella se escondía en su dormitorio, cogía algo del cajón y lo volvía a meter antes de marcharse. Una noche no echó la llave y, cuando confirmé que tardaría en volver, busqué lo que guardaba con tanto secreto.

—¿Qué era? —insistió mirando hacia el final de la calle. Se estaban acercando a su hogar y toda esa serenidad que había mantenido empezaba a

disiparse. ¿Le gustaría? ¿Le parecería comfortable? ¿Cómo actuarían al conocerse?

—Libros —respondió un tanto abochornada.

—¿Qué tipo de libros guarda una mujer en un cajón? —espetó entornando los ojos.

—Bueno... —expresó dudosa al tiempo que sus mejillas se sonrojaron con rapidez—. Ten en cuenta que mi tía se ganaba la vida de una manera peculiar...

—Kristel... —le instó.

—Narraban cómo dar placer a los hombres en cada acto sexual —dijo al fin, notando cómo ese rubor crecía con tanta intensidad que le quemaba la piel.

—¡Dios Santo! —exclamó Borshon asombrado.

—Lo sé... —murmuró ella agachando la cabeza, avergonzada—. No debí leerlos, pero la curiosidad...

—¿Recuerdas cómo se titulaban? —le susurró al oído—. Voy a pedírselos al señor Daft en cuanto nos casemos porque voy practicar contigo todo lo que encontremos en esos libros...

—Bors... Borshon —tartamudeó levantando suavemente el rostro.

—Cada día, cada noche, no te dejaré que cierres los ojos sin saber cuánto te deseo —afirmó antes de colocar un dedo bajo su barbilla y propiciarle un fuerte beso en los labios.

Kristel vivió en aquel instante su primer beso apasionado. Abrió la boca al sentir la lengua de Borshon tocando sus labios. Fue tan abrumador, tan seductor, tan ardiente que notó cómo le temblaban las piernas y cómo el deseo se apoderaba de ella.

—Hemos llegado —comentó al separarse de ella—. Este será nuestro hogar hasta que pueda adquirir otro.

Aturdida, confundida y excitada por lo vivido, Kristel se giró hacia la puerta de la casa. Un hogar pequeño, de una planta. ¿En qué barrio se encontraban? Había estado tan ensimismada en sus pensamientos y en la

conversación que no conocía el lugar.

—Estamos en Petticoat Lane —comentó como si leyera su pensamiento—. Es tranquilo, pese a estar plagado de comercios.

—De ropa femenina... —puntualizó.

—Desde hace algunos años... —aclaró un tanto molesto—. Pero tengo la intención de salir de aquí —señaló con firmeza—. Pronto abandonaremos este lugar para poder vivir en una zona más respetable.

—Ajá —respondió con una enorme sonrisa—. Aunque antes de marcharnos podríamos visitar alguna de esas tiendas —añadió maliciosa.

—Todas las que desees... —le murmuró antes de empujarla hacia la entrada de su, por ahora, hogar.

Le abrió la puerta para que entrase primero. Ella solo dio dos pasos hacia el interior. No podía apartar la mirada de todo lo que encontraba. Era un hogar humilde, sin apenas lujos, pero muy ordenado y limpio. Lo primero que halló fue un pequeño salón que daba acceso a la cocina. La mesa, rodeada de seis sillas, era cuadrada y de madera oscura. Sobre las paredes encontró unas estanterías altas, repletas de libros. Sin duda alguna la madre de Borshon era una lectora voraz. Sobre el techo colgaba una pequeña lámpara de cuatro brazos, en el que podría apreciarse unas velas algo gastadas. Después miró hacia la ventana, una cortina traslúcida de color ámbar permitía el paso de la luz sin que nadie observara qué había en el interior.

—Continúa —le animó el agente acercándose a su espalda.

Y obedeció aquel suave mandato. Avanzó hacia la mitad del salón, apoyó la punta de los dedos sobre esa mesa y siguió admirando.

—¿No te gusta? —preguntó Borshon al verla tan callada.

—Es muy bonita, acogedora y limpia... —dijo sin pensar.

—Giselle se ocupa del mantenimiento, además de ayudar a mi madre —le informó.

—¿Viven dos mujeres contigo? —espetó asombrada.

—No me ha quedado otra alternativa —apuntó acariciándose la cabeza, como si sintiese avergonzado—. Esas dos puertas dan a los dormitorios —

expuso señalándolas—. En la izquierda descansan mi madre y Giselle y en la derecha, yo —aclaró para que comprendiese que él tenía su propia intimidad a pesar de vivir con ellas.

—Eres una buena persona... —comentó volviéndose hacia él.

—Solo soy un hijo que desea lo mejor para su madre —reveló cogiéndola de la cintura y posando la barbilla sobre el cabello dorado de Kristel—. ¿Estás preparada? ¿Quieres conocerla?

—Sí —afirmó con una tranquilidad extraña.

Sin apartar sus manos de la cintura, Borshon caminó hacia la puerta de la alcoba de su madre. Emitió un leve gruñido cuando retiró una palma del vientre de Kristel, pero si no lo hacía... ¿cómo iba a tocar la puerta?

—¿Madre? —preguntó antes de abrir.

—¡Pasad! —declaró Aphra como si ya hubiera notado la presencia de ellos en el hogar.

Al entrar, Borshon se sintió aliviado al no ver la figura de Berwin. Solo se encontraban ellas dos, aunque por la forma de cuchichear y de reír, comprendió que el centro de la conversación era el anciano administrador y no la visita de su futura esposa.

—Señora Hill —dijo Kristel cuando ambas miradas se cruzaron.

—Señorita Griffit —respondió ella tendiendo las manos hacia la joven—. Pase, no se quede ahí parada.

Kristel caminó hacia la mujer extrañada al no verla, como le había anunciado Borshon antes de llegar, en la cama sino en una silla con dos grandes ruedas a ambos lados. Le llamó la atención lo hermosa que era. Sus ojos, el color del cabello e incluso la forma de la nariz eran muy parecidas a las de su hijo, pero existía entre ellos una gran diferencia. Seguramente porque la herencia masculina del padre provocó esa desigualdad. Despacio y temblorosa alargó las manos para coger las de ella. Suaves, muy suaves y no tan grandes como las de Borshon...

—Gracias por invitarme —comentó Kristel con timidez.

—Ha sido un placer, aunque he de aclarar que este encuentro lo ha ideado él —señaló con un leve giro de su rostro hacia Borshon.

—Si no le parece oportuno...

—¡No! —exclamó Aphra—. ¡Al contrario! Estaba ansiosa por conocerla. Mi hijo me ha hablado mucho de usted.

—¿Cuándo se ha marchado? —soltó Hill al no parar de rondarle por la cabeza esa pregunta.

—¿El señor Berwin? Hará unos diez minutos más o menos... —respondió la madre intentando calmar ese rubor infantil que apareció en sus mejillas—. Pero no es adecuado que la señorita Griffit se sienta desplazada por cambiar el tema de conversación —alegó Aphra moviendo ligeramente una mano para hacer callar a su hijo. Ya hablarían del administrador en otro momento—. Quiero saber sobre usted —la advirtió con una cálida mirada—. Por favor, tome asiento. No es cortés que permanezca todo el tiempo de pie.

Mientras Kristel andaba hacia el asiento que había decidido tomar, Aphra confirmó lo que le había dicho su hijo sobre ella, que era una mujer muy hermosa y que la leve cojera no ensombrecía esa hermosura.

—¿Nació aquí? —preguntó al tiempo que hacía girar las ruedas para volverse hacia la joven. «Despacio, ha de moverlas muy despacio y logrará su propósito», Aphra pensó en el consejo del señor Berwin.

—Sí, señora —respondió mientras entrelazaba sus manos y las posaba sobre su regazo.

—¿A qué se dedicaban sus padres? —perseveró al ver que la joven se hallaba tan cohibida que no era capaz de extenderse en sus respuestas.

—Mi padre era profesor y mi madre una doncella —comentó al fin. ¿No había aparecido allí para hablar de su pasado? ¿A que la madre de Borshon conociera quién era la mujer con la que viviría el resto de su vida? Pues, aunque le doliese hablar de ellos, no le quedaba otra opción si quería salir de allí agradando a su futura suegra—. Ambos trabajaban en la misma residencia y... se enamoraron. Poco después de las nupcias, mi madre quedó embarazada.

—De usted, imagino —matizó Aphra alisando una arruga de la manta que ocultaba las piernas.

—Sí —dijo con tristeza—. Todo les fue maravilloso hasta la hora del parto.

En ese momento, sin hacer apenas ruido, Borshon cogió del respaldo la silla que tenía a su derecha y la transportó hasta donde se encontraba Kristel. Deseaba escuchar esa historia, su historia.

—Fue complicado... —suspiró—. Venía de nalgas y, por muchos esfuerzos que realizó la partera, tuvo que sacarme del interior de mi madre a tirones.

—De ahí que usted tenga una leve cojera —volvió a intervenir Aphra.

—Sí, pero lo doloroso no fue lo que produjo en mí el nacimiento, sino lo que le sucedió a mi madre. Ella no lo resistió...

—Lo siento —manifestó la madre colocando sus manos sobre las de Kristel.

Borshon suspiró hondo, controlando el deseo de abrazarla, de consolarla. Ya tendría tiempo de borrar con sus caricias la pesadumbre de ese miserable pasado y le ofrecería todos los nacimientos que su ardor por ella le causara.

—Durante los primeros cinco años de vida, mi padre se hizo cargo de mí. Pero conoció a otra mujer y a esta no le agradaba tener bajo su cuidado una niña con este defecto. Así que él decidió ofrecer mi tutela a su única hermana, mi tía Stacy.

—¿Cómo vivió ese día, señorita Griffit? —se interesó Aphra.

—Recuerdo que aguardaba su regreso. A veces permanecía durante horas sentada detrás de la entrada. Pero terminé deduciendo que no regresaría a por mí, que su nueva familia le había hecho olvidarme.

—¿Cómo fue su vivencia con su tía? —insistió.

—Tranquila. Ella era una mujer muy cariñosa y jovial e intentó cuidarme como si fuera mi propia madre. Pero cuando alcancé la edad de los quince, ella enfermó y... murió.

—¡Santo Dios! —exclamó horrorizada Aphra—. ¿Cómo ha sobrevivido durante estos años?

—Gracias a una amistad —desveló borrando ese rostro triste—. La señorita Giesler y yo nos conocemos desde que ambas teníamos diez años. Era la única persona que no observaba mi imperfección y la única que me acogió cuando me quedé sola. Ella y sus dos hermanos se han convertido en la familia

que necesitaba —aclaró.

—Esa joven a la que hace mención... ¿es la misma mujer que mi hijo ha tenido que vigilar? —preguntó mirando a Borshon.

—Sí, gracias a ese empleo nos hemos conocido —manifestó orgullosa y sonriente.

—¿Cómo fueron capaces de salir adelante? —insistió Aphra.

—Mi madre tiene la absurda idea de que la señorita Giesler es una *professionnel* —intervino él sarcástico.

—¿*Professionnel*? ¿A qué se refiere? —pidió.

—A una prostituta —apuntó Borshon divertido.

—¡No, por Dios! —exclamó Kristel horrorizada—. Valeria sería incapaz de ejercer tal oficio. Ella utiliza el don que posee para... —paró de hablar y miró a Borshon, este afirmó con la cabeza, dándole permiso a hablar porque lo que iba a exponer ya lo sabía—. Desde muy niña ha tenido una habilidad increíble con los números. Con el tiempo, y empujada por la necesidad, esa maestría la empleó en las cartas.

—¿Es una jugadora? —Ahora la asombrada era ella.

—La mejor. Descubrió que en el club del señor Reform podía jugar sin ser descubierta y acudía una vez a la semana para ganar la cantidad que necesitábamos para sobrevivir. Gracias a ella, desde ese día, no nos faltó ni un techo donde acobijarnos ni alimento con el que llenar nuestros estómagos.

—¿Cuál es su función en esa familia, señorita Griffit? —espató intrigada Aphra.

—Velar por ellos —declaró con firmeza.

—Bien... —dijo reflexiva—. Imagino que cuidar a dos jóvenes y a una muchacha que gana el sustento mediante el juego no ha sido tarea fácil —apostilló.

—No quiero dar la impresión de que gracias a mí se ha salvado esa pequeña familia, ni tampoco quiero que piense que Valeria no habría salido adelante por sí misma. Es una mujer de valía. Lo único que deseo...

—No tiene por qué excusarla ni disculparse. ¿Piensa que soy la más

indicada en juzgar a los demás? —habló dibujando una enorme sonrisa—. Solo he ansiado saber qué pasado ha tenido la mujer que se convertirá en la esposa de mi único hijo. Tenga en cuenta que su decisión no solo le afectará a él.

—Si alberga alguna duda sobre mí... —comentó Kristel arrugando con sus manos algunas partes de la falda del vestido.

—Debo explicarme mejor —continuó sonriente Aphra—. ¿Sabe usted que mi hijo pretende que viva con él después de las nupcias?

—Sí.

—¿Sabe la vida que tendrá si se convierte en su esposa? ¿Las noches en vela, la angustia, las lágrimas que aparecerán si retrasa su llegada? ¿Quiere padecer la vida que le ofrecerá un obstinado agente de Scotland Yard?

—Sí.

—¿Y está dispuesta a sacrificar su vida por él? —perseveró.

—Estoy dispuesta a vivir con el hombre que amo, señora Hill. Me da igual lo que él aporte a nuestra unión —sentenció con firmeza mientras se levantaba del asiento—. Lo único que deseo es que me quiera.

—¡Te amo más que a mi propia vida! —clamó Borshon alzándose del asiento con rapidez. Frente a los ojos de su madre cogió a Kristel de la cintura, la atrajo hacia él y la besó con más pasión que en la calle.

—Ante esto, creo que no he de añadir nada más —dijo Aphra sin apartar la mirada de los dos—. Bienvenida a la familia, Kristel.

# Capítulo XXI



La suerte lo había abandonado. Él imaginó que durante el camino los muchachos hablarían sin cesar de Valeria, pero no fue así. No solo se mantuvieron alejados de él, sino que ni hablaron entre ellos. Permanecían tan callados que Trevor empezó a pensar que no había sido buena idea llevarlos hasta su hogar. Quizá les molestara su compañía o tal vez meditarían sobre la regañina que les echaría su hermana al verlos aparecer con él. Fuera lo que fuese, nada parecía despertarlos del hermetismo en el que se habían introducido.

—Entonces... —empezó a decir para entablar una conversación, pero ni siquiera lo miraron—. Está bien, vosotros ganáis —murmuró enfadado.

Tras respirar hondo, dándose por vencido al ser ignorado con tanto descaro, dejó que los niños continuaran avanzando hasta que, de repente, detuvieron el paso. Al ver el lugar donde pararon, Trevor sonrió de oreja a oreja, probablemente aún tenía una oportunidad...

—¿Les apetece un helado? —les dijo al pasar por su lado para dirigirse hacia el puesto—. Recuerdo que la última vez que tomé uno era de fresa y me encantó sentir en mi boca la mezcla del sabor y del frío —añadió caminando hacia el vendedor.

Y como si tuviese un imán en la espalda, los jóvenes le siguieron.

—Buenos días, señor. ¿Cuántos desea? —comentó el hombre con amabilidad.

—Uno grande de fresa...

—¡Dos! —exclamó el más pequeño—. A mí también me gusta ese sabor —aclaró.

—¿Y usted? —espetó Reform al mayor.

El muchacho fijó su mirada azul en los helados e hizo una mueca de desagrado. Trevor dedujo que aquel dulce infantil no sería suficiente para conquistar al hermano de Valeria, pero tampoco debía invitarlo a un trago... ¡No tenía edad para emborracharlo!

—De limón —respondió después de un largo silencio.

—Gracias —señaló el vendedor después de que Reform pagara los tres helados.

Durante un buen rato, el mutismo continuó reinando, pero cuando el pequeño estaba a punto de terminarlo, él solito empezó a hablar.

—A mi hermana le gusta el de vainilla, por eso siempre nos trae uno bien grande. A mí no me gusta —declaró—. Pero no quiero que se ponga triste, así que me lo como y le sonrío.

—¡Martin! —le regañó Philip por desvelar el pequeño secreto—. No debes decir esas cosas. A Valeria no le agrada saber que hemos hablado de ella durante el trayecto.

—Si quiere casarse con nuestra hermana tendrá que conocer sus gustos, ¿no crees? —apuntó el pequeño entornando los ojos.

—Ella no lo aceptará. Le odia —manifestó.

—¿Por qué me odia? No he hecho nada para que sienta algo tan espantoso por mí —intervino Trevor suspicaz.

—Dice que no entiende cómo un hombre que se crio en la pobreza se ha convertido en un ser tan cruel, absurdo y déspota —le informó de nuevo Martin.

—Ya veo... —comentó reflexivo Reform—. Bueno, en parte tiene algo de razón, pero en mi defensa he de explicar que es muy duro ser el dueño de un club como el mío.

—¿Por qué? —participó al fin Philip—. ¿No tiene suficiente gente a su cargo para que se ocupen de él?

—Para que algo funcione correctamente, joven Giesler, no basta con contratar a empleados eficientes, siempre debe haber una persona que observe, ordene y participe donde los trabajadores no pueden —manifestó solemne—. Los hombres que acuden a lugares como el mío son muy

especiales...

—¿Cómo de especiales? —insistió Philip.

Trevor lo miró detenidamente al tiempo que buscaba las palabras adecuadas para responderle. Si Valeria le odiaba, como le habían anunciado, aumentaría ese odio si ellos le contaban que había hecho referencia a las necesidades sexuales masculinas, a las borracheras de los clientes y al sinfín de disputas que había tenido que zanjar.

—Casi todos los clientes del club Reform son aristócratas y ustedes ya saben cómo se comporta la burguesía. —¿Era suficiente explicación? Esperaba que sí...

—¿Por qué decidió levantar ese club si tantos problemas le causan? —preguntó Martin aminorando su paso para colocarse al lado de Trevor.

—Fue mi salvación —declaró con nostalgia—. No deseaba pasar el resto de mi vida en la calle donde nací.

—¿Tan malo era? —espetó Philip—. ¿No tuvo una infancia feliz? ¿Por eso deseaba salir de los suburbios? He leído que sufrió bastante en el pasado...

—Ustedes tuvieron unos padres que les cuidaron hasta que fallecieron, mi madre, en cambio, aún sigue viva, pero no ha querido saber nada de mí. Creo que se olvidó de que me tuvo cuando me abandonó en mitad de la noche, envuelto en unas viejas mantas, en la entrada de un prostí... de un hogar poco aconsejable —rectificó.

—Pero le cuidó esa familia —dijo con inocencia Martin.

—Sí —respondió sonriendo de oreja a oreja Trevor—. Esa familia me cuidó muy bien. Aunque también me ensañaron cosas que no debía hacer.

—¿Cómo cuáles? —insistió el pequeño.

—Como jugar —determinó.

Eso era suficiente para ellos. No podía confesarles que pasó su primera infancia escondido bajo la cama de las prostitutas para robar a los clientes mientras ellas fornicaban.

—Mi hermana también juega muy bien y nunca nos ha dicho que eso sea malo, solo que hay que jugar con sensatez, ¿verdad, Philip? —señaló el

chiquillo esperando la aceptación de este.

—¿Quién la enseñó? —aprovechó el comentario del niño para encauzar la conversación que deseaba.

—Nació con una mente privilegiada para los números y la observación. Madre siempre le dijo que utilizara esos dones para sobrevivir cuando ella muriese y lo hizo —expuso Philip orgulloso.

—¿Eran muy jóvenes cuando perdieron a sus padres? —quiso saber.

—Yo no los conocí... —dijo Martin con tristeza. Reform sin saber por qué motivo, alargó la mano hacia la cabeza rubia del muchacho y le acarició con ternura.

—Mi madre murió dos meses después que mi padre. Martin tenía esa edad... —aclaró—. Valeria había cumplido los quince y yo ocho.

«¡Maldita sea! —gritó Trevor en su cabeza tras averiguar los años en los que ella había permanecido sola, buscándose la vida para alimentar a unos niños tan pequeños—. Has sido una luchadora, Valeria. Ahora entiendo el motivo por el que te has expuesto durante tanto tiempo».

—Al principio fue muy difícil. Martin lloraba y lloraba porque Valeria no podía pagar a una mujer que lo alimentara a todas horas. Pero ocurrió un milagro...

—¿Cuál? —preguntó parando su caminata, notando cómo la expectación por averiguar el pasado de Valeria lo dejaba sin aire en los pulmones.

—Un matrimonio que vivía cuatro calles al oeste de nuestro hogar tuvo dos bebés. Uno de ellos murió y cuando mi hermana supo del fallecimiento corrió con Martin en brazos para que ella lo alimentara. El matrimonio aceptó la propuesta, pero a cambio le pidieron ciertos servicios... —apuntó Philip compungido.

—¿Servicios? ¿Qué servicios? —espetó enarcando las cejas oscuras, gruñendo en silencio, rogando a ese Dios que se mostraba piadoso con él que no se tratase de aquello que se imaginaba.

—No sé si... Creo que no debería... —dudó el joven.

—No tiene por qué avergonzarse, joven Giesler. Le puedo asegurar que nada de lo que me cuente me sorprenderá —le alentó colocando su mano sobre

el hombro del joven.

—Eran unos estafadores —declaró al fin—. Ese hombre necesitaba un acompañante para seguir timando a los demás y, como su mujer no podía asistir tras el parto, enseñó a Valeria a jugar a las cartas para continuar engañando. Sin embargo, cambió de estrategia cuando descubrió su don con los números. Así que le hizo estudiar, durante interminables horas, cada jugada y cada carta que colocaba sobre la mesa. Finalmente, Valeria terminó por deducir todas las que iban a aparecer, como si fuera una adivina... —respiró hondo, roto de dolor—. La obligó a vestir de hombre y tuvo que acompañarlo a lugares que ella jamás quiso describir... —Su tono de voz se fue a pagando como si fuese una vela acabada.

Trevor comprendió su dolor, pero aún más la ira que guardaba en su interior. Aquellas arrugas en la frente y las que aparecieron en las sienes le indicaban lo culpable que se sentía por haberla hecho padecer durante aquel tiempo.

—¿Cómo lograsteis alejaros de ellos? —exigió saber con una mezcla de rabia y asombro. Su joven amada había estado bajo el cruel mandato de un estafador. Ahora entendía por qué odiaba tanto que se le acusara de hacer trampas... No podía soportar vivir de nuevo aquella etapa de su vida.

—No lo recuerdo muy bien —dijo Philip entornando los ojos—. Algo sucedió para que el matrimonio Page se marchara de un día para otro. Aunque me alegro de ello porque desde ese día mi hermana pudo dormir sin sobresaltos.

—Creo que Valeria se enfadará más al descubrir que tú le has contado esa historia a que yo le haya revelado el sabor preferido de su helado —comentó Martin mirando a su hermano con recelo.

—Pero ella no tiene por qué enterarse de la conversación que han mantenido tres caballeros —señaló Trevor con un tono tan severo que dejó al pequeño inmóvil.

—No, no debe saber nada —dijo Martin de manera automática.

—Imagino que ya no está interesado en casarse con ella —expresó Philip con temor—. No le agrada ser el esposo de una mujer que tuvo ese tipo de vida...

—Está confundido, joven Giesler, mi interés por ella ha crecido tanto que nada ni nadie evitará que se case conmigo —sentenció sin dudar.



Loca. Estaba loca, desquiciada, perturbada y sobre todo irritada consigo misma. ¿Cómo había salido de allí corriendo de esa forma? ¿Cómo había olvidado a sus hermanos y a Kristel? No pensó en ellos hasta que llegó a su hogar y lo encontró vacío. Intentó regresar después de tomarse un vaso de agua, para mermar esa sed que le había producido la desesperada carrera, pero justo cuando abrió la puerta encontró a la esposa del carnicero con un pollo desplumando en la mano.

—No ha de pagarme, señorita Giesler —comentó cuando Valeria buscó su monedero en el bolsillo—. Ya lo ha hecho la señorita Griffit antes de marcharse con el agente Hill —añadió ruborizándose.

—¿Sabe hacia dónde se marchó? —preguntó con inquietud.

—No me gusta escuchar las conversaciones de los demás... —apuntó agachando levemente la cabeza, avergonzada—, pero después de ese beso tan apasionado se habrán dirigido hacia la primera iglesia que hayan encontrado o a la casa del respetable señor Hill.

—¿Beso apasionado? —espetó confusa. ¿En qué momento de la conversación Kristel le dijo que pretendía besarlo? En ninguno. Su plan era abofetearlo frente a todos, no besarlo apasionadamente. ¿Qué habría ocurrido? ¿Hacia dónde se habría marchado? Y lo más importante... ¿dónde estaban sus hermanos?

—¡Oh, sí! —respondió ruborizada—. El señor Hill la besó impetuosamente frente al puesto del señor Adams. Todo el mundo fue testigo de la suposición que realizó el señor Daft el sábado: está enamorado de ella.

—Gracias por haberme traído la compra y por la información —dijo a modo de despedida.

—Ha sido un placer, señorita Giesler. Que tenga un buen día —añadió antes de colocarse frente a la puerta de salida y avanzar hacia el exterior.

Si antes estaba asustada, ahora sentía cómo el pavor se adueñaba de ella. Por su culpa los dos pequeños andarían buscándola, atemorizados al verse solos, sin nadie que les ayudase a regresar a su hogar. Con rapidez, depositó el pollo dentro de la pila, lo tapó con una tela blanca, para que las moscas no revolotearan sobre él, y se dirigió hacia la puerta. Tenía que buscarlos y explicarles que no los había abandonado, que todo se debió a un estado de locura causada por la aparición del señor Reform. Justo cuando pensó en él, tuvo que pararse y apoyarse en el respaldo de una de las sillas que había frente a la mesa. Agachó la cabeza y respiró hondo. ¿Por qué había ido al mercado? ¿Para verla? ¿Con qué motivo? ¿Qué le importaba a él lo que ella hiciera?

Valeria apoyó la frente sobre sus manos, procurando aplacar esos latidos desenfrenados de su corazón. Aquel hombre le provocaba más trastorno del que deseaba admitir y todo porque estaba enamorada. Sí, lo estaba desde el primer día que accedió al club y lo observó en la planta superior, contemplando su alrededor con tanta solemnidad que parecía la reencarnación del mismísimo Dios. Despacio, con una lentitud pesarosa, rememoró las palabras de su amiga y concluyó que llevaba razón. Cada vez que aparecía en el club ofrecía alguna queja para que los empleados hablaran de ella al señor Reform. Pero jamás le preguntó, en sus inesperadas apariciones por las salas, qué necesidades podía solventar para que su estancia fuera agradable. Solo paseaba... como si fuera un depredador buscando una deliciosa presa. «¡Maldito seas, Trevor Reform! —gritó pasando de la aflicción a la ira—. ¡Maldito engreído pretencioso! ¿Por qué me has besado? ¿Qué deseabas obtener? ¿Mi rendición? ¡Pues no la tendrás!».

Y después de ese episodio de cólera, caminó de nuevo hacia la salida para buscar a sus hermanos, pero se encontró con otra persona, una que estaba a punto de llamar a su puerta.

—No puedo atenderla en estos momentos, señora Shoper —le dijo nada más verla—. He de buscar a Philip y a Martin.

—No tardaré mucho... —comentó, ignorando sus palabras. Apartó con suavidad a Valeria y accedió al interior del hogar—. Apenas la entretendré dos minutos —añadió.

—De verdad que no puedo —reiteró.

—Quiero dejarle claro que no me iré de aquí hasta que zanjemos el tema que tenemos pendiente —señaló la mujer parándose en mitad de la habitación—. Estoy cansada de que me mire por encima del hombro.

—No hay nada de qué hablar... —murmuró volviéndose hacia la mujer después de cerrar nuevamente la puerta.

—Miente fatal —comentó sonriendo—. Y sabe muy bien a lo que me refiero.

Sí que lo sabía. Llevaba siete años pensando en ello. En más de una ocasión la tentación de preguntar sobre lo que había ocurrido en realidad la asaltó con tanta fuerza que la dejó arrodillada en el mismo lugar donde Doina se encontraba. Pero renunció a ello cada vez que su mente perseveraba en saber la verdad. Prefería concluir que su madre había muerto por una enfermedad rara a ser consciente de que ella misma había cometido tal atrocidad.

—De verdad que he de salir. Mis hermanos están en el mercado y no me gustaría...

—¿No tiene fe en Philip? —espetó enarcando las cejas para enfatizar la pregunta.

—¿Cómo dice? —solicitó perpleja.

—¿Qué pensará el joven cuando aparezca su hermana aterrorizada? ¿Que no confía en él? ¿Que no tiene edad suficiente para cuidar de su hermano durante siete míseras calles? —perseveró.

—Dígame cuál es el motivo por el que ha decidido presentarse en mi hogar —refunfuñó. ¿Cómo podía ella cuestionar la manera que tenía de educar y cuidar a sus hermanos? ¿Acaso había permanecido ciega durante los siete años?

—Hágame la pregunta, señorita Giesler —le dijo con tono suave y relajado—. Le responderé con sinceridad.

Valeria caminó hacia ella mientras cogía un mechón de su pelo entre los dedos. No podía hacérsela, no quería descubrir qué le había pasado con certeza a su madre y terminar odiándola por abandonarlos.

—No. —Negó moviendo lentamente la cabeza—. No quiero saberlo. No

es justo que emita falsos testimonios sobre ella.

—No tiene por qué juzgarla. Cada persona toma sus propias decisiones y ella eligió la suya... —apuntó con tranquilidad—. ¿Me ofrece un té? El que me preparó el otro día la señorita Griffit estaba delicioso.

—Como le he dicho...

—Confíe en su hermano, él aparecerá en cuanto yo salga por esa puerta —agregó tomando asiento.

—¿También lo ha visto en las líneas de su mano? —preguntó mordaz Valeria.

—No —contestó antes de soltar una carcajada—. No se ven ese tipo de cosas, solo confió en él.

Después de resoplar, decidió prepararle ese té que mencionaba. Aunque le obligaría a tomárselo con rapidez para despacharla lo antes posible de su casa. Por mucho que ella tuviera plena confianza en Philip, podía sucederle cualquier altercado durante el trayecto que no pudiera solventar por sí mismo.

—¿Me hará la pregunta? —repitió Doina cuando colocó sus manos alrededor de la taza templada—. ¿O le da pavor conocer lo que realmente sucedió?

—Ella se marchó y me dejó al cargo de mis hermanos, eso fue lo único que sucedió —habló con fiereza, como si contraatacara un golpe en el pecho.

—El amor de sus padres fue maravilloso —comenzó a decir clavando su mirada en el líquido—. Muy pocos *freiher*<sup>(2)</sup> renuncian a su título nobiliario por amor...

—Mi madre lo valía —la defendió.

—Por supuesto, no estoy opinando sobre la decisión de su padre, sino que...

—¿Puede ser más concreta? Como le he dicho, no tengo mucho tiempo.

—¿Sabe qué suscita el verdadero amor? Un estado de frenesí constante. Llega a ser tan adictivo que nadie puede superar la desaparición de ese sentimiento tan sublime. Ellos lo poseían, tenían la magia que muy pocas parejas llegan a alcanzar. Su padre lo supo en cuanto la vio frente a sus ojos,

intentándole vender una rosa que ella misma había recolectado del jardín donde permanecían.

—Sé la historia de cómo se conocieron. Ambos me la repitieron miles de veces —agregó al tiempo que se reclinaba en el asiento y cruzaba sus manos por el pecho.

—Entonces entenderá que el día que su padre falleció, ella también lo hizo.

—Murió de noche, a su lado. Pero ni mi hermano ni yo lo supimos hasta que el médico apareció al día siguiente para verlo. Tras confirmar el fallecimiento, mi madre gritó desesperada que solo tenía frío y que su cuerpo lo mantendría en calor. Sin embargo... —Notó cómo las lágrimas vagaban por su rostro, despacio se las retiró con la mano. No quería mostrar vulnerabilidad ante nadie.

—Ella murió en el mismo momento en el que su padre dejó de respirar —prosiguió Doina al percibir la tristeza de la muchacha—. Después de su entierro, mientras vosotros dormíais en esa cama —señaló hacia el lecho donde ahora descansaban Kristel y ella— apareció en mi hogar rogándome que le hiciera desaparecer el dolor que sentía al perder a la única persona por la que deseaba vivir. —La señora Shoper esperó a que la joven le hiciera algún tipo de pregunta, pero no lo hizo. Se mantuvo seria, mirándola sin pestañear. Por mucho que ella tuviese la apariencia de su madre, en su interior vivía la solemnidad del padre—. Le pedí clemencia por vosotros y por el hijo que crecía en sus entrañas. Le rogué que buscara en vosotros el apoyo que necesitaba para que olvidara esa terrible idea, pero como puede advertir, no lo logré. No sé en qué momento ella cogió esa hierba, ni si fue en mi hogar o en otro, ni tampoco puedo asegurarle que esperase el nacimiento de Martin para empezar a ingerirlo, lo único que puedo decirle es que no fue culpa mía. Yo me negué en rotundo a que os dejara desamparados.

—¿Está intentándome decir que su amor por mi padre fue más fuerte que el que podíamos darle sus tres hijos? ¿Hijos nacido de ese amor? —espetó levantándose del asiento de golpe.

—Una mujer enamorada puede cometer locuras, muchas... Cuando usted encuentre el hombre que le robe el corazón, entenderá a su madre —replicó alzándose también.

—¡Jamás entenderé una atrocidad semejante! —exclamó airada.

—No todo el mundo tiene su fuerza, señorita Giesler.

—¡Ella la tenía! —declaró apretando los dientes.

—Se equivoca. El único que tenía la fuerza en ese matrimonio fue su padre. ¿No es capaz de verlo? ¿Tan ciega ha estado durante estos años? ¡Él fingió en Alemania su propia muerte para huir con ella!

—¡Miente! —gritó—. ¡Mi padre escribió una nota a mi tío para cederle el título!

—No... —dijo con un suspiro—. No fue así. Él solo podía delegar el título de *freiher* fingiendo su muerte... Una que, finalmente, apareció antes de tiempo.

—Márchese, se lo ruego. No quiero escuchar más tontería. Necesito centrarme en buscar a mis hermanos. Ellos son lo único que me importa en este momento —declaró con firmeza, una que solo intentaba aparentar.

—Si estuviera en su lugar, buscaría cómo acceder a ese título y dejaría que...

—¡Fuera! —tronó—. ¡Fuera de aquí! —repitió señalando con el dedo la puerta.

Y en completo silencio, Doina salió del hogar. Había cumplido su promesa, aquella que le pidió Luisa antes de morir y, aunque la respuesta de Valeria era la esperada, sentía una increíble calma en su interior. Solo esperaba que la muchacha entrara en razón y luchara por encontrar el destino que, por sangre, se merecía.

## Capítulo XXII



Todo era mentira. Aquello que le había contado la señora Shoper no podía ser cierto. Pese a que había tenido sus sospechas, una madre no podía desentenderse de sus hijos y ni mucho menos con uno recién nacido en los brazos. Había sido mala suerte, solo eso. Una horrible coincidencia... Valeria, después de calmarse y consolidar su postura, decidió salir del hogar para buscar, de una vez por todas, a los niños. Con la tela de su vestido se limpió el rostro mojado por el llanto, caminó hacia la salida y, justo cuando abrió la puerta, los halló subiendo los escasos peldaños que había entre la calle y su casa.

—¡Lo siento! —exclamó mientras los abrazaba con desesperación—. ¡Lo siento mucho!

—No has debido preocuparte por nosotros —comentó Philip con cierta altanería—. Ya sabes que soy lo suficientemente mayor para regresar a nuestro hogar sin sufrir ningún altercado.

—Lo sé —dijo Valeria apartándose las nuevas lágrimas surgidas por la emoción—, pero estaba preocupada... Todavía no me acostumbro a tener un hombrecito en casa —añadió dibujando una pequeña sonrisa.

—Bueno, pero también debes admitir que caminar bajo la protección del señor Reform ha impedido que nos asalte cualquier criminal —añadió Martin con su acostumbrada inocencia.

—¿El señor Reform?! —preguntó ella notando cómo su corazón se hacía tan pequeño como una mota de polvo.

—Señorita Giesler —dijo el aludido apareciendo detrás de los niños. Esa figura alta, hercúlea y vestida de forma impecable se colocó frente a ella dibujando una sonrisa tan seductora que la hizo tiritar—. De nuevo, buenos días.

Valeria se paralizó debido a que regresaron esas incontrolables emociones que la azoraban al tenerlo tan cerca, contemplándola como si quisiera devorarla con la mirada; le resultó imposible evitar que su mente no evocara la sensación tan placentera que obtuvo al ser besada por unos labios tan expertos. Pero... no podía amedrentarse. Su parte racional le gritaba que lo despachara con rapidez. Cuanto antes desapareciera la tentación, antes regresaría la calma.

—¿Los ha acompañado usted? —le interrumpió con un grito—. ¿Usted? ¿No había nadie más que se apiadara de mis hermanos?

Optó por la segunda opción. La más fácil para ella. Tal como le había dicho la señora Shoper, le resultaba más cómodo apartar de su lado al hombre que le hacía perder el control antes que enfrentarse a la verdad: el amor es un acto de pasión y no de razonamiento.

—Si los hubo no lo sé —dijo ligeramente enojado—. Me preocupé más por traerlos sanos y salvos que preguntar si alguien se ofrecía a acompañarlos. Además, después de admitir que la causa por la que corrió enloquecida por el mercado fui yo, me sentí con la obligación de hacerle un favor —apuntó mordaz.

—¿Un favor? —tronó poniendo los ojos en blanco. Indudablemente, la alternativa de alejarlo había sido la correcta.

—El señor Reform le ha dado un puñetazo al señor Mayer —intervino el pequeño creyendo que si cambiaba la conversación su hermana dejaría de enfadarse con el hombre que les había prometido casarse con ella. ¿Cómo iba a sentir aprecio por una mujer desquiciada?

—Que hizo, ¡¿qué?! —vociferó Valeria mirándolo con una ira demencial—. ¿Cómo se atrevió a hacer solemne tontería delante de mis hermanos? ¿Qué diablos estaba pensando?

—El señor Mayer y yo teníamos un asunto pendiente... —refunfuñó—, y lo hemos zanjado como han de hacerlo dos hombres.

—¿Un asunto pendiente? ¿Acaso sus garras son tan largas que no hay nadie en esta maldita ciudad que pueda librarse de usted? —prosiguió fuera de sí.

—No tengo garras, pero sí dos grandes y fuertes manos que pueden poner en su lugar a un hombre descarriado —continuó airado.

—¿Descarriado?! ¿Usted es capaz de emitir por su boca una palabra así? ¡Menuda diversión! ¿Cómo puede idolatrarse tanto?

Trevor metió las manos en los bolsillos para que los niños no advirtiesen que se habían convertido en dos férreos puños. ¿Por qué se enfadaba por poner en su lugar al señor Mayer? ¿No recordaba todo lo que aquel engendro había hecho a su amiga o a ella misma? ¡Debía darle las gracias por dejarle claro a aquel engreído que no debía acercarse ni a ella ni a su familia!

—¿Sí, señora Shoper? ¡Claro! Ahora mismo vamos —exclamó Philip colocándose la mano en la oreja, como si de esta forma escuchara mejor las palabras de una mujer que ni siquiera se había asomado a la ventana—. ¡Venga, Martin! —dijo agarrándolo del brazo—. Nos llama la señora Shoper, creo que ha dicho que tiene algo de fruta para nosotros.

—¡Pues yo no he oído nada! —respondió el niño sacudiéndose la oreja con el dedo—. ¿Estás seguro? Con los gritos que está dando Valeria puedes confundirte...

—No, no estoy confundido. Nos ha llamado —insistió Philip tirando de él hacia la puerta de la mujer.

Mientras los jóvenes se alejaban, Trevor subió los peldaños que tenía bajo sus pies hasta que no hubo diferencia de altura entre ellos. Sus ojos negros permanecieron al mismo nivel que los azules de ella y ambas bocas podían sentir el calor de los dos alientos. Observó el rostro enojado de Valeria; ese ceño fruncido y ese labio superior ligeramente alzado no le indicaban nada bueno... No quiso parpadear. No debía hacerlo porque si lo hacía, ella aprovecharía ese descuido para...

—No es así como esperaba ser recibido —comentó tras cogerle la muñeca para evitar lo que ya se imaginó: un bofetón—. Con un... *gracias, es usted muy amable* habría tenido suficiente. Aunque, como puedo observar, el hecho de haberle asestado un puñetazo a su *querido profesor* le ha hecho olvidar cómo actuar correctamente —apostilló.

El roce de esos dedos sobre su piel le generó de nuevo un sinfín de descargas eléctricas. Valeria miró sin pestañear a Reform, memorizando cada arruga y cada mueca que hallaba en el rostro. Aquella cuidada barba tan oscura como la luz de sus ojos y los labios ligeramente extendidos, formando una sensual sonrisa, le hacían más seductor si cabía. Se sorprendió al

descubrir que tras intentar abofetearle no había rencor en aquel semblante viril, sino complacencia. ¿Le alegraba haber pronosticado que iba a pegarle o que le debía un favor por ayudarla con sus hermanos?

Ese estado de supremacía que lo caracterizaba empezaba a retorcerle las entrañas. No podía comportarse de ese modo, no si tenía alguna pretensión afectiva hacia ella. Y, por mucho que le doliera, por mucho que se le rompiera el corazón, no se arrojaría a los pies de un hombre como él. Ella había soñado con vivir junto a un esposo tan atento y cariñoso como su padre... Un marido que siempre la tratara de igual a igual y que jamás encontraría en sus palabras o en sus hechos una dominación hacia su esposa.

Tomó aire, intentando recomponerse de todas las emociones que sentía al tenerlo tan cerca, al sentir ese roce en su piel, al hallar una mirada lobuna en aquellos ojos negros...

—¡Es usted un hombre despreciable! —clamó desesperada.

No podía soportarlo más, debía alejarlo lo antes posible de ella. Aquel vaivén de emociones la estaban debilitando tanto, que apenas podía pensar en otra cosa que no fuera en notar sus labios sobre su boca. ¿Tanto hipnotismo podía causar un beso? ¿Las mujeres que fueron besadas por Trevor habían sentido lo mismo que ella? Si era así, entendía por qué lo describían como un buen amante. Nunca imaginó que un acto tan ínfimo como un beso pudiera causar el mismo aleteo que mil alas de mariposas en su estómago.

—Más bien un hombre solidario que ha socorrido a dos niños pequeños —murmuró acercándose aún más a ella y manteniendo esos fuertes dedos alrededor de su muñeca—. ¿No me ofrece un refrigerio? Hace un calor terrible y la caminata ha sido muy larga...

Valeria desvió la mirada hacia el cielo y arrugó la frente al descubrir que las nubes ocultaban el sol. Tenía que haber recorrido de punta a punta Londres para estar exhausto.

—¡Váyase ahora mismo! —clamó tras liberarse de aquel fuerte agarre que, para su desgracia, la conmocionaba. ¿Cómo sería sentir esas yemas por otras zonas de su cuerpo que no fueran los brazos? ¿Todo su ser reaccionaría de esa forma tan desesperada ante sus caricias?

—Al cuerno —añadió Trevor suspicaz—. Es lo que usted me gritó en el mercado, ¿recuerda? —Enarcó las cejas.

Valeria retrocedió. No debía permanecer allí, necesitaba liberarse de aquella presión que sentía en su pecho, de esa locura que perturbaba su mente y del deseo que, por desgracia, aquel hombre le causaba cada vez que permanecía a su lado. Seguía admitiendo que sus sentimientos por él siempre habían estado en su corazón, pero rechazaba categóricamente su comportamiento. ¿No podía convertirse en un caballero amable, humilde y respetuoso? No, claro que no. Si él cambiaba esa actitud desaparecería el lobo en el que se había convertido y dejaría de ser Trevor Reform, el dueño del club de caballeros más importante de Londres.

Intentó cerrar la puerta de un golpe, pero antes de poder encajarla, la mano, esa que había agarrado su muñeca, se aferró a la gran lámina de madera evitando que cerrara. Valeria echó unos pasos hacia atrás cuando él la abrió de par en par.

—Gracias, con mucho gusto acepto ese vaso de agua —comentó burlón.

Una vez que accedió al interior, frunció el ceño. Una sola habitación. ¿Así era cómo subsistían? En el pequeño habitáculo encontró dos camas a su izquierda y a su derecha, una mesa con cuatro sillas frente a la diminuta cocina. ¿Cómo podían vivir de aquella manera? ¿No había ganado lo suficiente para buscar un hogar más digno?

—¿No le basta con haberme humillado en el mercado que también quiere hacerlo en mi propia casa? —espetó Valeria mirándolo con rabia.

—Solo he aceptado la invitación de una hermana que, tras comprender que sus dos seres queridos han estado bajo la tutela de un hombre como yo, ha decidido obsequiarme con un refresco —dijo clavando su oscura mirada en los dos vasos que había sobre la mesa.

¿Quién había ido a verla? ¿Por eso no se marchó antes de que llegaran? ¿Habría aparecido el maldito Mayer para contarle que había sido agredido con la esperanza de que ella sintiera tanta lástima que cayera en sus brazos? Los celos, ese sentimiento que solo poseía por ella, aumentaron a un nivel inimaginable.

—Veo que ha estado ocupada... —murmuró apretando la mandíbula—. ¿Ha aparecido su querido maestro? Quizá deseaba hablarle de lo ocurrido en el mercado... ¿Lo ha consolado? ¿Ha dejado que lllore sobre su hombro? ¿O tal vez lo ha reconfortado de otra forma más... placentera? —Cada palabra

que soltaba por su boca, cada alusión que exponía, provocaba una mueca en su rostro aterradora y transformaba la oscuridad de sus ojos en un abismo de cólera. Si aquel petimetre había osado verla después de la advertencia, no habría un rincón de la ciudad en el que pudiera refugiarse y, en cuanto lo encontrara, no se conformaría con otro puñetazo, sino con algo más doloroso.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma? —espetó alzando la barbilla de manera desafiante—. ¿Qué derecho tiene para aparecer en mi hogar e insinuar tal aberración? ¿Quién se cree que soy, una de sus fulanas?

—Si fuera una de mis fulanas no se apartaría de mi lecho ni de día ni de noche —expuso con un brillo erótico en sus ojos, como si su mente le ofreciera esa perversa imagen. Aunque en esa ensoñación ella no era su concubina, sino su mujer, su esposa, la madre de sus hijos—. Y me veo en la obligación de velar por usted, señorita Giesler, después de todo lo que he descubierto sobre su persona... —pronunció dando otro paso hacia ella.

—¿Velar por mí? —preguntó de manera sardónica—. ¡Eso sí que es una sandez!

No podía dejar de temblar por la afirmación que le había dicho. ¿La deseaba? ¿Ese era el motivo de su terrible insistencia? ¿Por eso la besó en el mercado? ¡Dios, estaba hecha un lío! Por una parte, se sentía feliz por ser deseada, pero por otra, no. Ella había soñado en convertirse en algo más que en la amante del hombre por quien suspiraba.

—¿Sandez? —contestó enarcando la ceja derecha—. ¿Por qué denomina un acto solidario de forma tan horrenda? ¿Acaso no puedo preocuparme por usted? ¿No puedo ayudarla? —perseveró cruzándose de brazos.

—¿Velar por mí? —repitió—. ¿Usted? ¿Un hombre que agrade a sus amantes?

Trevor notó el suplicio más arduo de su vida. Estaba seguro que un puñal atravesando su corazón no sería tan lacerante como aquellas palabras. Jamás se había sentido más dolido y ultrajado. El plan de Jun, si consistía en alejarlos, parecía marchar por buen camino. Porque allí se encontraba, frente a la mujer que amaba y a la que pretendía declararse, siendo reprochado por apartar al único obstáculo que le impedía alcanzarla.

—No atendió a razones. Ella quería continuar una relación que había terminado... —intentó defenderse mientras clavaba los ojos en el suelo.

—¡Por supuesto! —bramó Valeria—. ¿Cómo iba a dar por finalizada una aventura con el gran señor Reform? ¡Si es usted toda una joya! —le atacó mordaz.

—No me considero de esa forma, pero si usted me tiene en tan alta estima, he de decirle que es un hermoso cumplido —contraatacó.

Por un instante, solo por un breve espacio de tiempo, pudo ver en esos ojos oscuros la vergüenza que padecía por haber hecho aquel terrible acto, pero él se recompuso con rapidez, como siempre hacía. No. El grandioso Reform no podía admitir que se había equivocado, él tenía que explicar todo de forma que, quien lo escuchara, tuviese la certeza de que él estaba en posesión de la verdad. Eso enfureció aún más a Valeria. No podía soportar aquel carácter endiosado y tampoco permitiría a su corazón que continuase enamorado de un hombre así.

—¿Cómo puedo hacer que se marche y me deje tranquila? —preguntó levantando orgullosa el mentón.

—Ofreciéndome un vaso de agua... —murmuró con más calma—. Solo quiero apaciguar esta sed, salvo que ya no tenga nada que ofrecerme después de esa misteriosa visita —reiteró suspicaz.

—¿Se marchará si le doy lo que me pide? —soltó sin responder a la insistencia por averiguar quién la había visitado antes que él.

Aquella pregunta, expuesta de manera inocente, le causó a Trevor una emoción tan grande que se le ensanchó el pecho. Se marcharía, claro que sí, pero una vez que le permitiera hablar con calma y le explicara qué clase de sentimientos habían crecido por ella. No iba a dejar escapar la única posibilidad que tenía.

—Pruebe... —la animó.

Se giró sobre sus talones, caminó erguida hasta la jarra, llenó un vaso de agua y regresó hacia donde él permanecía inmóvil.

—¡Aquí tiene! —Le ofreció el vaso extendiendo la mano tanto que le dolieron los tendones—. ¡Bébasela y márchese!

Trevor aceptó el vaso, como siempre, dibujando una leve sonrisa. La fiereza de Valeria lo dejaba tan ensimismado que no podía articular palabra. Esa había sido la clave para sobrevivir; su agresividad, su tenacidad y su

valía le daban la fuerza para enfrentarse al mundo que la rodeaba. En el fondo no eran tan diferentes como ella pensaba.

Dio un pequeño sorbo, uno tan minúsculo que apenas tuvo que mover la garganta para facilitar el paso del líquido por su tráquea.

—¿Ha acabado? ¿Ha saciado ya su desmesurada sed? ¿Regresará ya de una vez por todas a su amado club? —preguntó colocando las manos en la cintura y adoptando una postura defensiva.

¿Por qué le flaqueaban las piernas? ¿Por qué debía hablar despacio para que no descubriese el temblor que le azotaba la boca? ¿Tanto desquicio podía causarle un mísero sorbo de agua? Sí. El leve desplazamiento de esa protuberante nuez en el interior de su garganta la dejó ensimismada, aunque fue peor contemplar cómo su lengua recogía las leves gotas que habían quedado sobre la comisura de sus labios. ¿Por qué era tan seductor? ¿Por qué sus ojos no podían clavarse en el suelo y seguían fijos en aquel hombre? Si ella fuera una retratista, no le haría falta tenerlo enfrente para dibujarlo sobre un lienzo, sus ojos habían recopilado cada minúsculo detalle de aquel rostro varonil... Seis meses... seis meses habían pasado desde que entró por las puertas del club y lo encontró oculto entre las sombras. Y justo desde ese momento no pudo mirar a otro lado que no estuviese él...

—¿Por qué me odia tanto, Valeria? —preguntó después de colocar el vaso sobre la mesa, en medio de los otros dos—. ¿La he ofendido en algún momento?

Era una forma de comenzar la conversación que había meditado mientras caminaba hacia el hogar. Primero, intentaría averiguar el motivo por el que lo despreciaba y, después de hallarlo, lucharía contra él para que entendiese que no era tan malo como ella quería creer.

—¿Ofendido? —soltó poniendo los ojos en blanco y apretando con más fuerza sus manos en la cintura—. ¿Cómo puede preguntarme esa tontería?

—¿Entonces...? —Se giró sobre sí mismo, apoyó las caderas en el canto de la mesa y se cruzó de brazos. Esperaba que con ese gesto ella entendiese que el agua no sería suficiente para salir de allí. Necesitaba conversar con ella hasta que, después de exponerle sus sentimientos, ella le confesara que sentía lo mismo y cayese en sus brazos como tantas veces había imaginado... ¿Sería apasionada? ¿Bajo aquella mirada colérica se encontraba una mujer capaz de

amarlo sin trabas ni reproches? «No corras, Trevor —se dijo—. Por ahora solo ha querido darte una bofetada y un vaso de agua...».

—¿Cómo se sentiría usted en mi lugar? —le preguntó desafiante—. ¿Feliz? ¿Entusiasmado?

—No creo que le haya hecho daño, al contrario. Todas mis decisiones la han beneficiado.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Si resulta que es usted un santo! ¿Quiere que me postre a sus pies, señor Reform? —soltó mordaz haciendo una exagerada reverencia.

—Cualquier persona en mi lugar la habría denunciado —empezó a decir de manera adusta—. Pero yo no lo hice. Pese a poner en peligro la reputación de mi club, le permití que continuara con esa farsa para...

—¡Bobadas! ¡Usted solo quería tener un juguete con el que distraerse durante sus amargadas noches! —le recriminó—. Actuó como un depredador frente a una presa. Todos esos paseos por las salas, esa presencia fantasmal... ¡Lo hacía para intimidarme!

—No pretendía atemorizarla, tan solo quería observarla desde la cercanía —manifestó solemne.

—¡Claro, hasta que consiguió lo que pretendía! ¿Por qué me ofreció la partida, señor Reform? ¿Para reírse de mí? ¿Para ver cómo me hacía temblar de miedo?

—¡Esa no era mi intención! —exclamó en voz alta—. Solo quería saber si hacía trampas —desveló sin bajar el tono de su voz—. Hasta que la conocí, no pensé que una mujer pudiera ser tan inteligente.

«¡Maldita sea!», se dijo cuanto terminó aquella inoportuna frase.

—¿Disculpe? —soltó enfureciéndose aún más—. ¿Está diciendo que las mujeres no tienen nada en la cabeza? ¡Lo que me faltaba por escuchar! ¡Salga ahora mismo de mi hogar si no quiere que una mujer con la cabeza hueca lo eche a patadas! —tronó realizando aspavientos como si le atacara un enjambre de avispas.

—No me he explicado bien... —alegó sin mover ni un solo músculo—. Quiero decir que, hasta que la conocí, ninguna mujer había actuado con una

templanza e inteligencia como las suyas.

—¿Espera que me tome eso como un cumplido? —inquirió enarcando las cejas y colocando de nuevo las manos en la cintura—. Porque no lo aceptaré como tal.

—Desde mi más tierna infancia, todas aquellas mujeres que me han rodeado actuaban con astucia, pero jamás con... —intentó decir.

—¡No me evoque su horrible pasado, señor Reform! ¡No voy a sentir misericordia por usted porque sé cómo fue! —clamó sofocada.

—Pero lo que ha leído en los periódicos sobre mí...

—¿Leído? —preguntó con una sonrisa sombría—. No he tenido que leer nada para saber quién fue. Lo único que he encontrado en los periódicos es la descripción del hombre en quien se ha convertido —confesó.

—¡Usted no sabe nada de mi pasado para despreciarme de ese modo! —se defendió Trevor alzando la voz y descruzándose de brazos.

Desesperado cogió el vaso de agua y bebió un gran sorbo. La conversación no estaba saliendo como esperaba ni tampoco se imaginaba que su idea de declararse iba a ser tan difícil. Quizá porque se había equivocado al besarla. Por mucho que le destrozara el corazón admitir la verdad, Valeria no albergaba ningún sentimiento afectivo hacia él. Lo único que tenía que hacer era salir de allí con su orgullo intacto y emborracharse hasta caer muerto cuando cerrara la puerta de su despacho. Quizá, pasada una década, el sentimiento hacia Valeria habría desaparecido. Sin embargo, después de dar varios pasos hacia la salida, paró al escuchar que ella continuaba hablando.

—El que no recuerda quién fue es usted —dijo entornando los ojos.

—No he olvidado cada segundo, cada minuto, cada año que he vivido antes de adquirir el club —masculló.

—¿De verdad? —espetó desafiante.

—¡Póngame a prueba! —le retó.

Valeria sonrió ampliamente. Era un buen momento para hacer lo que había pensado durante tanto tiempo, pero no estaba segura del motivo por el que necesitaba contarle lo ocurrido aquel día. Lo mejor era que saliera de su hogar, que se apartara de su vida y de la de sus hermanos, esos que ya habían

empezado a encariñarse con él. Pero si quería verlo escapar, como hizo ella horas antes, era la mejor ocasión.

—Estábamos en el mercado —comenzó a decir con los ojos cerrados—, mi padre había decidido comprar algunos caramelos para recompensar a Philip cuando aprendía una palabra. Mi madre permanecía sola, frente al puesto de verduras, mientras buscábamos las golosinas de su color preferido. De repente, como si mi padre intuyera que algo andaba mal, se apartó de nosotros y se dirigió hacia donde se encontraba mi madre. Y no erraba, ella discutía con un joven de unos dieciséis años que le había intentado robar el monedero. ¿Sabe quién era ese pequeño ladronzuelo? —preguntó mirándolo sin parpadear.

Trevor caminó hacia atrás hasta que sus caderas volvieron a tocar la mesa, se apoyó en esta y clavó la mirada en el suelo.

—Sí que lo recuerda... —declaró satisfecha Valeria—. Mi padre debió propiciarle una bofetada por haberle intentado robar lo poco que tenía su esposa, pero en vez de eso le dio un penique, le regaló una manzana porque no paraba de llorar balbuceando su nombre y explicando que robaba porque tenía hambre. Finalmente, el pequeño ladrón mantuvo una conversación con él sobre el bien y el mal —dijo antes de tomar aire y que la nostalgia se apoderara de ella—. Le regañó como si fuera su propio hijo e insistió en que, si le volvía a ver rondando a su esposa, no se comportaría con tanta piedad, sino que le atizaría una reprimenda que no olvidaría jamás. Usted salió corriendo, sollozando como un bebé, pero durante su huida pude ver cómo se escondía detrás de un muro y se comía la manzana mientras nos miraba extrañado.

—Burke... —murmuró.

—Sí, así se llamaba mi padre. Burke Albrecht Giesler —dijo orgullosa—. ¿Nunca le desveló su apellido? —Trevor lo negó con un suave murmullo—. No solía hacerlo... —dijo ella con pesar—. Lógicamente, cuando regresamos a nuestro hogar le pregunté por qué había actuado de esa forma con un niño que había intentado robar a mi madre, no éramos muy pudientes y un penique era una fortuna para nosotros. ¿Sabe que me respondió? —le preguntó alzando la voz.

Trevor contestó negando con la cabeza tras levantar por fin la mirada del suelo. El brillo de sus ojos lo causaron esas lágrimas que brotaron ante la

mención de aquel hombre. El único a quien recordaba de aquel horrendo pasado.

—Que todo el mundo se merecía una oportunidad y que como mostró humildad en su mirada, él dedujo que su situación era peor que la nuestra si se atrevía asaltar a una mujer con una apariencia pobre. Pero se equivocó, aquel niño no era humilde, sino un pilluelo que sabía encontrar las palabras adecuadas cuando le atrapaban robando. Si él estuviera vivo se arrepentiría de no haberle asestado esa buena tunda.

—¡Miente! —exclamó después de escucharla—. El hombre a quien hace referencia era un inglés y su padre era alemán.

Valeria soltó una enorme carcajada después de escucharlo. Se cruzó de brazos y, sin poder borrar la sonrisa de su rostro le dijo:

—No miento, aquel hombre era mi padre y, como bien sabe, era alemán. Sin embargo, ocultó su procedencia porque no deseaba que la gente hablase del motivo por el que un hombre de su origen se había casado con una gitana española. Aunque después de la visita que he tenido hace un rato, albergo ciertas dudas sobre eso. Quizá su verdadero motivo fue esconderse de aquellos que podían estar buscándolo para obligarle a regresar a Alemania, y ocupar la baronía, que por sangre, le correspondía.

—¿Una baronía? ¿Su padre era un barón? —espetó asombrado.

—Sí. —Afirmó con un leve movimiento de cabeza—. Pese a ese aspecto de plebeyo, mi padre era un barón. Pero la única manera que encontró para casarse con mi madre fue fingir su propia muerte y huir de su tierra natal. Aunque años después, halló esa muerte convirtiendo la mentira en una realidad... —expuso afligida.

Era la primera vez que no sabía cómo actuar ni qué decir. Las palabras de Valeria parecían tan sinceras, tan convincentes, que no admitían réplica. Recordó aquellos días y no encontró en el hombre piadoso una actitud típica de la aristocracia, sino todo lo contrario, era tan modesto, tan respetuoso, que jamás habría imaginado una cosa así.

La miró sin pestañear, buscando qué responder ante eso. Ella, la pícara que había irrumpido en su club y había ganado no solo un sinfín de partidas, sino también su corazón, era la hija del hombre que, con sus palabras y ternura, le ayudó a encauzar su camino. Además, aquella diosa de cabello

oscuro sería algún día una elegante dama de la aristocracia. Por mucho dolor que le causara tal revelación, su decisión de confesarle lo que sentía había quedado en un segundo plano. Debía centrarse en ayudarla, como hizo Burke con sus pacientes charlas y si para eso tenía que viajar hasta Alemania y presentarse ante la familia de ella, lo haría sin dudarle un solo segundo.

—¿No tienen posibilidad de reclamar esa posición? ¿No piensa que su padre desearía otro porvenir para sus queridos hijos? —preguntó de repente.

—¿Perdone? —espetó confundida.

—No pueden pasarse toda la vida viviendo de esta forma... —explicó mirando a su alrededor—. Su padre no lo hubiera aceptado.

—¿Qué sabe de mi padre? ¿No lo conocía lo suficiente para declarar algo así! —le gritó—. Él descansa tranquilo sabiendo que educó a su hija...

—Sí que lo conocí... —la interrumpió—. No solo coincidimos aquel día, Valeria. Nos encontramos algunas veces más en el mercado —desveló.

—¿Cómo? —soltó atónita.

—Creo que se interesó por mí o tal vez quería confirmar que debió darme aquella solemne paliza, pero días después apareció en la plaza.

—¿Para qué? ¿Con qué propósito?

—Como le he dicho anteriormente no lo sé con certeza, pero he de reconocer que las conversaciones que mantuvimos despertaron en mí algo que permanecía dormido.

Las lágrimas regresaron a los ojos de Valeria. Siempre había sabido que su padre era un hombre bondadoso, pero nunca imaginó el alcance de esa bondad.

—«Todo el mundo es dueño de su destino. Lo único que hay que hacer...».

—«...es averiguar cuál es el mejor camino para llegar hasta él» —terminó Valeria entre sollozos.

Era cierto. El señor Reform no le mentía. Su padre había hablado con él y le expresó la frase que también les declaraba a sus hijos cada día que amanecía. ¿Por qué? ¿Por qué había reparado en un joven ladrón? ¿Acaso vio en él algo que nadie más pudo encontrar? Pero... ¿el qué?

—Y tenía razón —sentenció irguiendo su cuerpo—. Todos somos dueños de nuestro destino. Siento si la he molestado, señorita Giesler —agregó colocándose frente a ella—. No era mi intención asaltarla de esa forma, le pido mil perdones.

—Y... ¿cuál podía ser la intención de un hombre que aparece en el hogar de una mujer y rechaza sus deseos? —preguntó apartándose las lágrimas de la cara para verlo con algo más de claridad.

Estaba tenso, demasiado. Su espalda permanecía más recta que una tabla, sus manos se habían transformado en dos duros puños y apretaba la mandíbula con tanta fuerza, que sus mejillas parecían dos mástiles de un barco.

—No veo adecuado hablar sobre el tema que me ha traído hasta aquí. Quizá en otro momento... —dijo tras respirar hondo.

—¿En otro momento? ¿De verdad alberga la esperanza de que, una vez que cierre esa puerta, vaya a abrísela de nuevo?

¿Por qué actuaba de ese modo? ¿Por qué no le dejaba marchar? ¿No era eso lo que deseaba? Pero al verlo tan afligido, tan desconcertado después de hablar sobre su padre, necesitaba averiguar el motivo de su aparición. No le valía que le pusiera por excusa el haber traído a sus hermanos, él podía haber enviado a otra persona por un módico precio. Entonces... ¿por qué estaba allí? ¿Quería pedirle disculpas por haberla besado en mitad de la calle?

—Como le he dicho, no es adecuado conversar sobre eso —reiteró caminando hacia la puerta.

—¡Por el amor de Dios! ¿Una mujer ha bajado los grandes humos del señor Reform? ¡Qué hazaña más heroica! —exclamó con mofa.

—Piense lo que quiera —respondió él cogiendo el pomo de la puerta—. Espero verla pronto, señorita Giesler. Hasta entonces, cuídese. —Salió a la entrada y, justo cuando iba a dar un paso hacia el exterior, escuchó cómo ella se dirigía hacia él a grandes zancadas. La miró por encima del hombro y, tras observar su rostro, Trevor notó cómo su corazón empezaba a latir con fuerza.

—¡Es un miserable! —bramó—. ¡Váyase, aléjese de mi vida para siempre!

Las lágrimas brillaban mientras se desplazaban por su rostro. La desesperación, el torbellino de sentimientos que la azotaban la tenían tan

desquiciada que solo podía llorar y gritar. Pero era lo mejor... ¿no?

—Valeria... —susurró Reform notando un nudo en la garganta que no le dejaba ni respirar.

—¡Márchese! ¡Olvídese de mí! —insistió.

Trevor se giró, encajando la puerta con su espalda. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué lloraba? ¿Le hizo daño al recordar a su padre? O tal vez... su dolor era por él. ¿Había esperanza para ellos? ¿Lo amaba? Eso debía de ser porque si no albergaba ningún sentimiento hacia su persona, no se sentiría tan desdichada ante su partida.

—Valeria... —susurró al contemplar cómo ella se cubría el rostro con las manos para que no siguiera advirtiéndole ese dolor por la despedida—. Cariño, mi amor... —le declaró caminando hacia ella. Pese a los forcejeos, pese a que ella intentó no recibir ese cálido abrazo, Trevor la obligó a sentir su cuerpo próximo al suyo. Besó su cabello, la frente, sus mejillas mojadas—. El único motivo por el que un hombre se presenta ante una mujer después de realizar miles de locuras como las que he hecho es para declararle su amor —manifestó sin dudar.

—¿Amor? —preguntó ella apoyando la frente sobre el duro torso, percibiendo esos grandes y fuertes brazos enredándose por su cuerpo—. Usted no puede amar, lo sabe todo el mundo... —sollozó.

—¿Que no puedo...? —empezó a decir mientras apartaba una mano de la cintura para colocarla con suavidad bajo su barbilla. La levantó lentamente hasta que ambas miradas se cruzaron—. Sí que puedo amar y lo hago. ¿Cómo definirías mi obsesión por ti? —habló con cariño y afecto—. ¿Cómo denominarías el hecho de que no pueda eliminarte de mi cabeza, de que te vea a mi lado el resto de mi vida, amor mío? ¿Qué opinión te merece el hecho de haberte protegido cada vez que has aparecido en el club y de contratar al señor Hill para que él continuara velándote mientras yo maldecía las horas que debía pasar en el interior de mi despacho? ¿O qué piensas sobre el día que abrí las puertas para esas damas estiradas de la alta sociedad? Todo el mundo pensó que buscaba una esposa y me asediaron... —expuso con calma—. ¿Y sabes cuál fue el verdadero motivo por el que hice una locura así? ¡Tú! ¡Sí, tú! Hice una locura sin precedentes porque deseaba tenerte a mi lado algo más que un mísero día a la semana. Y sí, en efecto, la noche que subiste a mi

despacho haciéndote pasar por el señor Hernández tenía en el cajón el dinero que me ganaste, pero solo imaginar que te alejarías de Londres, que ya no podría verte más, me causó tal dolor que me resultó imposible darte un mísero chelín. ¿Y sabes por qué? ¡Porque te quiero! Sí, pese a no entender la razón de ese sentimiento que ha crecido en mi corazón, te quiero tanto que daría mi vida si así salvo la tuya. Quiero que esta boca sea mía, que este cuerpo cubra mi desnudez cada noche, cada día, cada instante en el que pueda respirar. ¿Cómo defines eso, Valeria? —reiteró con firmeza.

—Deseo —declaró tambaleándose. Podía caer al suelo por la fragilidad que le causaron sus palabras, pero gracias a esa fuerza que él mantenía sobre ella con una sola mano, ni se movió.

—Deseo... —murmuró acercando su boca a la de ella—. No niego que lo tengo... —Rozó esos labios con los suyos delicadamente—. Te deseo tanto... que no puedo concebir la idea de no poder hacerte mía lo antes posible. Eres mi obsesión, el motivo por el que respiro, mi alimento y mi anhelo. Te has convertido en mi mundo... Por eso, mi amor, fuiste testigo de un acto despreciable. Cuando mi antigua amante declaró que había hablado contigo, que había intentado alejarte de mí, enloquecí hasta el punto de convertirme en un monstruo, un irracional... —confesó.

Valeria no podía hablar. Estaba tan embriagada que solo tenía fuerzas para continuar abrazada a aquel cuerpo. La amaba... Aquel hombre sentía lo mismo que ella... Entonces... ¿por qué se marchaba? ¿Qué era tan importante para apartarse de su lado? ¿Debía gritarle que ella sentía un amor profundo antes de que él descubriese quién era la persona que se escondía bajo las ropas de un caballero?

—Ardo en deseos de besarte de nuevo, de acariciarte, de tenerte desnuda en mi lecho y de hacerte el amor tantas veces que te resulte imposible imaginar que mi amor ha mermado un mísero ápice —declaró colocando la barbilla sobre el sedoso cabello—. Pero después de tus palabras, después de averiguar quién eres y quién podrás llegar a ser, no puedo tenerte siendo quien soy... —expuso con sus palabras la tristeza que soportaba—. Te mereces algo mejor. Dudo mucho que tu padre me permitiese pedirle tu mano si aún respirase. Estoy seguro de que no aspiraría ver a su amada hija viviendo en un club de caballeros, rodeada de cortesanas, borrachos, peleas y noches inseguras. ¿Qué vida tendrían nuestros hijos? ¿Qué representación paternal tendrían tus

hermanos a mi lado? Burke se levantaría de la tumba y me ofrecería ese bofetón que no me dio en su tiempo.

—Trevor... no me importa esa vida... —murmuró Valeria mientras colocaba sus manos sobre los fuertes hombros—. Yo también te quiero y te deseo... —Esa confesión lo dejó sin habla—. ¿Por qué crees que siempre he jugado en la misma mesa? ¿Por qué me he quejado a tus empleados cada vez que aparecía en el club? Quería que te fijaras en mí, pese a ir vestida como un hombre... Podría haber obtenido una gran fortuna en el club de Hondherton, pero no era capaz de eliminarte de mi mente...

—Y me alegro de que fueras tan tenaz, cariño. Gracias a eso, he sido un explorador buscando el descubrimiento de su vida —afirmó abrazándola con fuerza—. He estado tan pendiente de ti, te he observado tanto que sé que sueles tamborear los dedos cuando estás pensando, que te tocas levemente la nariz cuando algo te preocupa, sé cada expresión de tu rostro y lo que significa... Lo único que me faltaba averiguar es si, las miradas que me ofrecías cada vez que me acercaba eran de repulsión o de atracción porque estaba tan confundido que cuando me decidía a acercarme, retrocedía para no espantarte.

—Atracción —le confirmó.

—Mi querida pícara... —murmuró bajando lentamente la barbilla hasta que sus bocas volvieron a rozarse—. Eres lo único que necesito para ser el hombre más afortunado del mundo...

Valeria colocó las manos sobre su torso, notando la respiración agitada y el latir desenfrenado del corazón. Lo miró asombrada, maravillada y tan hechizada que no podía contener las lágrimas. Allí, a su lado, tenía al niño que su padre descubrió, no al hombre del que hablaban los periódicos. Con timidez, apoyó las puntas de sus dedos sobre el suelo y se alzó lo justo para que volvieran a rozarse los labios. En ese momento, los brazos de Trevor la aferraron con más fuerza hacia él y tras volver a susurrarle que la amaba la besó con tanta desesperación que ella no tuvo dudas de la veracidad de sus palabras.

Su lengua, dominante, fuerte y cálida se apoderó de su interior, hasta causarle un zarandeo tan intenso que dio gracias a esas grandes y poderosas manos que la sujetaban de la cintura. Dejándose llevar por ese erotismo,

alargó sus brazos hasta enredarlos en aquel cuello que había contemplado en el mercado. Suave, su piel era muy suave. De repente, escuchó cómo ella misma emitía un pequeño gemido. No era un lamento de tristeza, sino de lujuria. Necesitaba eso que él le estaba ofreciendo y que calmara la inquietud que empezaba a recorrerle el cuerpo. ¿No era suficiente prueba de amor su respuesta? ¿Tenía que alejarse de ella de nuevo?

—Eres tan hermosa, tan maravillosa... —comentó Trevor apartando ligeramente sus labios.

—No me dejes... No ahora —pidió entre sollozos.

Estaba enamorada de él. Tal vez lo había estado desde que observó la misteriosa mirada de aquel joven. Quizás ese había sido el motivo por el que ningún hombre le pareció adecuado para ella. Ninguno podía transmitir tanto en una mirada ni la podía dejar con el corazón latiendo a mil.

—¿Me esperarás? ¿Me concederás el tiempo necesario para convertirme en el esposo que te mereces? —le preguntó conduciendo su boca hacia la frente para besársela con delicadeza—. Dime que lo harás, amor mío —le suplicó.

—Sí, lo haré —claudicó con la esperanza de que el tiempo que le pedía no fueran otros doce años—. Porque no sería capaz de perder a la persona que amo...

Ante esa afirmación, ante esa preciosa revelación, Trevor volvió a besarla, aunque esta vez con más pasión, más lujuria y más deseo. Sus manos, esas que se habían quedado pegadas en la cintura, bajaron despacio para sentir aquel cuerpo que tanto adoraba. Agarró con fuerza sus nalgas y, perdiendo el poco autocontrol que le quedaba y que le gritaba que debía salir de allí lo antes posible, la alzó para colocarla sobre la mesa, tirando esos vasos de cristal al suelo. De repente, notó un inquietante frío en la nuca. Valeria, arrastrada por el mismo fervor que el suyo, abandonaba esa parte de su cuerpo para colocar sus manos bajo la chaqueta. Ese contacto, esas pequeñas palmas recorriendo su abdomen, lo excitó hasta el punto de tener que aplacar un gruñido de placer sobre la boca de ella. Después, cuando pensó que la tortura a la que estaba siendo sometido iba a amainar, descubrió que la intención de Valeria era quitarle la chaqueta y ese gesto lo dejó noqueado. Gruñó de satisfacción, pero también lo hizo por desesperación.

No podía tomarla siendo la persona que era, ella se merecía un marido mejor, uno en quien no tardaría de convertirse... Pero antes de marcharse, antes de dejar que el tiempo transcurriera entre ellos, necesitaba tocarla, saber cómo reaccionaba su cuerpo cuando sus grandes manos la recorrieran, saciarse del sabor de su boca e inspirar con fuerza ese delicioso perfume a canela. Despacio, le acarició el cuello, los hombros, las manos... llegando hasta su busto. El que, pese a estar cubierto, reconoció que albergaba el tamaño suficiente para atraparlo entre sus palmas.

En mitad de ese beso, Trevor mordió el labio inferior de Valeria, clavándole los dientes, marcando esa boca como suya y, cuando escuchó el pequeño gemido que ella emitió al sentir el leve mordisco, su sexo se endureció como si se preparara para una posesión completa. Inconscientemente, se acopló entre sus piernas, perdiéndose entre esos jadeos de frenesí que ella emitía. Eran cantos de sirena, o la melodía más hermosa que podía escuchar alguna vez en su vida. Se entregaba a él. Sí, su felina había sacado las uñas para arañarle sobre la camisa, señalando su espalda como él marcaba su boca.

—Trevor... —susurró inclinando levemente la cabeza hacia atrás, permitiendo que sus labios recorrieran aquella suave piel.

Aceptó la propuesta, aunque sabía que después de saborear aquella garganta, aquel escote, su decisión de marcharse sería más angustiada.

—Trevor... —repitió entre jadeos. Sus manos, esas que había colocado en la gran espalda, ascendieron lentamente por ella hasta que alcanzaron su cabello. Grueso, fuerte y a la vez sedoso.

—Valeria... —le respondió fuera de sí. Notando cómo cada partícula de su ser se tranquilizaba ante las caricias que ella le ofrecía.

Aproximó indebidamente su sexo hacia el de ella y el diminuto roce que se creó, pese a estar refugiados entre ropas, hizo que Trevor se sobresaltara. ¿Cuándo había estado tan excitado? ¿Cuándo su deseo por poseer a una mujer había sido tan mayúsculo? Nunca, se dijo. Con las manos temblorosas, fue descendiendo con torpeza, como si fuera la primera vez que acariciaba a una mujer. Al tocar el bajo del vestido dudó si debía continuar sintiendo la suavidad de su piel por las piernas. Esas largas piernas que se entrelazaban en su espalda como dos grilletes.

—Valeria... Amor... —le susurró.

Ella lo miró con ojos vidriosos, repletos de deseo.

—No puedo... —murmuró intentando apartarse. Pero ella no le permitió alejarse, continuó entrelazando sus piernas para que no se escapara, para que siempre permaneciera unido a ella.

Ante ese desesperado gesto, al ser consciente de que le pedía más, Trevor se desbrochó el chaleco y la camisa, exhibiendo aquel torso que ella había palpado sobre la ropa. Las pupilas se dilataron, como si necesitara toda esa amplitud para adaptarse a la oscuridad que le causaba aquella desnudez.

—Tócame... —rogó—. Pon tus manos sobre mí...

Valeria no dudó ni un segundo en hacerlo. Con una decisión impropia en una mujer inocente, posó sus pequeñas palmas sobre aquel pecho agitado por la respiración. Las descargas regresaron, pero esta vez la intensidad era tan grande que se olvidó hasta de tomar aliento al sentir aquella piel, al percibir el calor y la aspereza de ese vello oscuro que había crecido en el tórax.

—Así... Tócame así... —la animó.

Mientras ella se deleitaba con él, Trevor hacía lo mismo con ella. Colocó las manos en los tobillos, desnudos, sin medias y fue subiendo lentamente, contemplando a su vez cómo el brillo de la mirada de Valeria se convertía en algo más espectacular que una lluvia de estrellas.

—Trevor... —musitó Valeria al notar cómo los dedos de ambas manos habían llegado a sus ingles y cómo buscaban la forma de entrar para tocar su sexo—. Yo... jamás...

—¿Qué? —le preguntó al oído antes de recorrer con su lengua aquella zona tan erógena.

—Nadie me ha tocado antes... —declaró percibiendo la subida de su temperatura, más por vergüenza que por lujuria.

—Y yo no te poseeré aquí, mi amor —le respondió mientras recorría con su boca la mejilla hasta llegar a los labios—. Solo quiero que, cuando cierre esa puerta, no tengas ni una sola duda de lo mucho que te amo y que todo lo que voy a hacer desde ahora en adelante es para tenerte a mi lado para siempre...

—No me dejes... No me abandones... —le pidió entre sollozos.

—¡Nunca! —contestó antes de reclinarla sobre la mesa, tumbándose sobre ella, para continuar besándola, para seguir tocándola...

En el momento en el que su mano derecha accedió apartando su ropa interior, se impregnó de esa esencia que ella emanaba debido a la pasión. Trevor apaciguó un alarido de placer con el beso. ¿Cómo podía parar? ¿Cómo podía hacer llamar a su razón para salir de aquella habitación sin poseerla, sin sentir el alivio de marcarla como suya? Despacio y regañándose de nuevo por haber empezado algo que no debía, bajó despacio esa mano, pero antes de que llegara a la rodilla, Valeria lo instó a subir.

—Voy a morir... —desveló él ahogado por la pasión.

—Muere conmigo, Trevor, pero no te apartes de mí —sollozó.

—No me digas eso... —le pidió—. No me digas eso... —repitió perdido.

Valeria atrapó aquel rostro que adoraba entre sus manos y lo acercó hacia ella.

—Hazme tuya, Trevor Reform. Quiero sentirte dentro de mí... —dijo antes de besarlo de nuevo.

Toda la fuerza que podía sostener se esfumó como los leños dentro de una grandiosa hoguera. Aquellas palabras acorralaron su corazón, al igual que le causaron un deseo indebido. ¿Sería prudente llegar hasta el final? ¿No se arrepentiría de lo que se proponía hacer después de que él cerrara la puerta? «Deseo... —pensó—. Mi amada pícara arde en deseos por mí». El orgullo masculino, el anhelo de posesión fue aumentando durante el apasionado beso que ella le ofrecía. Trevor abrió levemente los ojos y se quedó prendado de la imagen que tenía frente a él. ¿Alguna vez lo habían deseado tanto? ¿Alguna vez contempló un precioso ángel con mejillas rojas? No y el motivo era muy simple: en ella había amor, en las demás solo ambición. Tras darse por vencido, su mano regresó a ese lugar que lo reclamaba. Volvió a retirar la prenda que ocultaba su sexo y, con la mano abierta, lo acarició de arriba abajo.

—Sí... —murmuró Valeria ante ese roce tan erótico.

¿Cómo podía negarse a darle el placer que ella ansiaba alcanzar? No podía... Sin dejar de besarla, pese a sentir las vibraciones de sus gemidos en

el interior de su boca, Trevor continuó tocando cada rincón del sexo de ella. Lo notaba hinchado, como una flor abierta en primavera... Tras introducir la punta de su dedo corazón, para no hacerle demasiado daño a su vaginal abertura, ella se arqueó y elevó sus caderas.

—¡Dios! —exclamó fuera de sí—. ¿Por qué me haces esto, cariño?

—Porque te quiero —le respondió levantando levemente su rostro para que continuara besándola.

Un alarido, más propio de un lobo que de un hombre, brotó desde lo más profundo de su garganta cuando la penetró con el dedo. Estaba tan estrecha, que sus paredes uterinas se unieron a su piel como si fueran ventosas. ¿Cómo podía ofrecerse de ese modo? ¿Por qué Dios le otorgaba ese privilegio? Nunca había desflorado a una mujer, siempre había yacido con expertas. Pero allí estaba, notando cómo la diosa virtuosa que amaba se entregaba a él con tanta pasión y deseo que no podía compararla con nadie.

—Voy a beber de ti... —le informó cuando apartó sus labios de ella—. Necesito tener en mi boca tu sabor, tu esencia, tu perfume de mujer...

Valeria lo miró desconcertada al no saber a qué se estaba refiriendo. Entonces, observó cómo los ojos de Trevor exhibieron una oscuridad tan profunda que podía perderse en ellos.

—Bajaré a tu sexo y lameré con mi lengua cada rincón que halle —le explicó—. Así es cómo saciarás mi sed. ¿Quieres que lo haga? ¿Estás dispuesta a darme eso que te pido y por lo que soy capaz de morir?

Ella solo pudo asentir.

Despacio, Trevor recorrió el abdomen de su amada inspirando su perfume cada vez que necesitaba respirar. Levantó aún más la falda de su vestido, aplastando ese muro de tela que se había creado entre ambos. Le colocó las plantas de los pies sobre la mesa, creando unas preciosas uves con ellas y, antes de dirigirse hacia ese sexo mojado, le echó una leve mirada. Su curiosidad se notaba en aquel rostro sonrojado al igual que podía contemplar el brillo del deseo. Lentamente, se acercó a esa prenda húmeda por el flujo de ella, aproximó su nariz y, tras respirar, estuvo a punto de arrodillarse y adorarla como a una diosa. Era tan embriagador, tan hipnotizante, que le temblaron las manos al tocarla.

—Me estas convirtiendo en un amante torpe —dijo.

Ante ese divertido comentario, Valeria soltó una gran carcajada de satisfacción. Que el hombre más aplaudido por las mujeres expusiera una ocurrencia así, era de lo más halagador. Pero esa sonrisa, esa mofa que había aparecido en ella se alejó al notar el calor de la lengua en su sexo. Ese roce le causó tal agitación que echó la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que creyó romperla. ¿Qué era eso? Otro escalofrío, otro zarandeo, otro temblor comenzó a sacudirla cada vez que Trevor mordía sus gruesos labios vaginales, cada vez que recorría con su lengua el rincón prohibido... hasta ahora.

Notó cierta presión ahí abajo... No solo utilizaba su boca, sino que se ayudaba de sus dedos. De repente, palpó una zona que la llevó a una locura tan sublime que tuvo que colocar las manos sobre su boca para que la señora Shoper no la escuchara gritar. ¡Santo Dios! ¿Qué le estaba haciendo? ¿No le había dicho que iba a calmarle la sed? Pues con la intensidad que él absorbía de ella, ni el agua del océano podría satisfacerlo.

—Trevor... Trevor... —suspiró su nombre al notar cómo su cuerpo temblaba.

—Sí, cariño... Hazlo por mí —le respondió sin mermar esas embestidas que hacía sobre ella con los dedos—. Disfruta, ámame, deséame...

Valeria presiono aún más las manos sobre su boca cuando un extraño relámpago atravesó su cuerpo. La dejó jadeando, buscando aire para llenar sus pulmones.

—Eso, mi amor, se llama orgasmo y me alegro muchísimo de ser el primero que te muestre cómo puedo hacerte disfrutar —manifestó mientras se levantaba hacia ella para colocarse de nuevo entre sus piernas y besarla.

—Hum... —murmuró ella al percibir ese sabor del que hablaba en su propia boca.

Trevor sonrió al escucharla.

—Valeria, cariño... —empezó a besarle las mejillas, la barbilla, los labios—. Te prometo que cuando regrese terminaré lo que hoy he empezado.

Ante esa aclaración, ella se puso tensa.

—¡No! —exclamó alargando sus manos hacia el cuello de él para atraerlo

de nuevo—. ¡No! —repitió.

—¿Y si te arrepientes? ¿Y si todo esto solo ha sido un arrebató de pasión? —intentó persuadirla.

—¡No! —perseveró mientras aproximaba sus labios a los de él—. ¡No pares!

Por un momento, solo por un instante, Trevor meditó sobre las consecuencias que aquel acto podían tener en ella. Sería el principio del fin. ¿Cuántas mujeres habían ofrecido su virtud a un hombre que habían creído amar y luego no era así? ¿Y si él no podía lograr convertirse en el hombre respetable que ella se merecía? Podía condenarla para siempre y, por desgracia, sabía cómo terminaban las mujeres condenadas.

—¿Me quieres? —le preguntó clavando esa mirada oscura como el carbón en ella.

—Sí —respondió sin tener que pensarlo.

—Yo también te quiero, amor mío, y te juro que esto es más difícil para mí de lo que pueda parecerte. Pero te prometo que cuando alcance mi propósito no apartaré mis manos, mi cuerpo, ni mis labios de ti. Te lo prometo. —Y la besó de nuevo para calmar cualquier duda despertada en ella.

Una vez que finalizó ese beso, se apartó levemente de Valeria, le bajó el vestido, la sentó sobre la mesa y empezó a abrocharse los botones de la camisa y el chaleco.

—Prométeme que me esperarás y que no desconfiarás de mí —le dijo besándole con suavidad los labios.

—Trevor, te lo suplico, no debes cambiar por mí. Soy la misma mujer que conociste en tu club, jugando a las cartas vestida de hombre —manifestó con tristeza mientras colocaba sus manos sobre aquel frío chaleco.

—Te mereces algo mejor, cariño, y te lo voy a dar. Ahora que sé quién eres en realidad no podría mirarte a los ojos sin ofrecerte lo que realmente te corresponde —dijo con una solemnidad tan increíble que Valeria palideció.

Se apartó de ella, cogió la chaqueta, se la puso, la besó cómo si llevara años sin verla, colocó su frente sobre la de Valeria y le dijo:

—Te quiero, mi amada pícara, y me alegro de haberte encontrado.

—Te quiero, mi pícaro ladronzuelo, y me alegro de haberte buscado.

Le dio un suave y casto beso en los labios y se marchó sin mirar atrás porque, si lo hacía, se perdería en ella y olvidaría su promesa.

Cuando cerró la puerta, Trevor apoyó la espalda en ella y suspiró. El destino le había puesto en su vida el tesoro más hermoso que podía buscar: la hija de aquel bondadoso hombre. Miró hacia el cielo y sonrió. ¿Acaso aquel misterioso salvador tenía la premonición de que su hija terminaría con el pilluelo que intentó robar a su esposa? ¿Por eso regresó, para encauzarlo por el buen camino? Negando tal sandez, Trevor empezó a bajar las escaleras hasta que una voz apareció tras su espalda.

—Señor Reform... ¿Olvidará a mi hermana? ¿Nos va a abandonar? — preguntó Martin al ver cómo se marchaba sin tan siquiera despedirse.

Trevor se giró hacia los muchachos, respiró profundo y alargó la mano para tocar aquel cabello rubio con ternura.

—No voy a abandonar a nadie, Martin, tu hermana me pertenece, es mía y será mi esposa lo antes posible. Solo necesito unos días para arreglar ciertos asuntos antes de casarme con ella.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —intervino Philip.

—El suficiente, pero no se preocupe, joven Giesler, me encargaré personalmente de que nada les falte hasta que regrese.

—Creo que es una despedida... —murmuró Martin agachando la cabeza—. Todo el mundo termina por alejarse de nosotros... —agregó apenado—. ¿Hemos hecho algo malo?

—No habéis hecho nada malo —le dijo arrodillándose frente al pequeño—. ¿Qué maldad puede haber en dos muchachos que han sido criados por una mujer como Valeria?

—Eso suena a despedida —dijo Philip intentando no mostrar la misma tristeza que Martin.

—No, no lo es. Y como prueba, os daré una cosa... —Se levantó, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un penique que colocó sobre su palma para que ellos la vieses—. Esta moneda ha permanecido a mi lado desde que tenía dieciséis años. Hoy os la ofrezco como prueba de mis palabras. Pero

cuando regrese a por vosotros os la pediré y no pretendáis engañarme dándome otra, porque lo sabré.

—¿Por qué lo sabrá? —preguntó Martin entusiasmado.

—Porque esta moneda tiene una hendidura en el lado derecho. Es única... —La colocó entre el pulgar y el índice para que la observaran con claridad.

—¿Por qué la ha guardado durante tanto tiempo? —quiso saber el pequeño.

—Porque es una moneda mágica. Ella me salvó la vida y pude alejarme del mal camino —explicó mientras se la ofrecía al mayor.

—Le esperaremos —comentó Philip aceptándola—. Y ella —agregó mirando hacia la puerta—, también lo hará.

—Lo sé —afirmó mirando hacia el joven—. Necesito encomendarte una misión muy importante —le dijo a Philip colocando con firmeza su mano derecha sobre el hombro juvenil.

—¿Qué desea? —espetó él adoptando una pose varonil.

—Quiero que la protejas hasta que regrese. Si ese miserable de Mayer aparece por aquí requiriendo verla, corre al club en mi búsqueda —comentó apretando los dientes.

—¿Le dará otro puñetazo? —preguntó Martin abriendo los ojos como platos—. A Valeria no le ha parecido correcto que le golpee...

—Lo mantendré informado, señor Reform, y nadie se acercará a mi hermana hasta que usted regrese —intervino Philip ofreciéndole la mano para sellar el acuerdo.

Trevor sonrió levemente y aceptó esa ofrenda tan masculina.

—Confío en tus palabras. Buenas tardes, caballeros —dijo antes de salir hacia la calle.

—Buenas tardes —respondieron al unísono.

—¿Crees que lo hará? —espetó dudoso Martin a su hermano—. ¿Vendrá de verdad a por nosotros?

—Sí —afirmó mirando con los ojos entornados la misteriosa muesca de la moneda.



Media hora después, Trevor aparecía en el club. Abrió la puerta, caminó por el *hall* y se dirigió directamente hacia el despacho sin tan siquiera advertir cómo le miraban los empleados. Una vez que se colocó detrás de su mesa y antes de sentarse llamó a la única persona que podía ayudarle a lograr su nuevo objetivo.

—¿Sí, señor Reform? —preguntó desde la puerta Berwin.

—Necesito que concierte una cita con Hondherton lo antes posible — declaró mientras abría el cajón de su derecha y sacaba del interior unos documentos que no había mirado desde el día que se los entregaron—. También ha de presentarse en la residencia del señor Lawford, dígame que requiero su presencia en el club antes de que finalice el día.

—¿Hondherton? ¿Lawford? —repitió Berwin asombrado.

—Sí, los mismos, y envíe a Gilligan a la imprenta del conde Crowner, también he de hablar con él —agregó mientras tomaba asiento.

—¿Está seguro de lo que va a hacer? —espetó Berwin con los ojos abiertos de par en par—. Es una decisión que debería...

—Es la decisión más adecuada —le respondió sin gritos, algo que dejó anonadado al administrador—. Si todo sale según lo planeado, antes de un mes abandonaremos este maldito club.

—Y... ¿qué hará con todos los empleados? ¿Los despedirá? Señor, tenga misericordia, muchos de ellos tienen familia que alimentar... —indicó Berwin más asombrado si cabía.

—Si es cierto lo que he leído sobre el conde, podrá orientarme para invertir el dinero que obtendré de este club en fábricas y ellos trabajarán en todas las que adquiera si así lo desean —determinó.

—¿Fábricas? —La conversación estaba a punto de generarle un infarto. ¿Quién era aquel hombre y por qué deseaba desprenderse de todo por lo que había luchado durante tantos años?

—Se lo explicaré todo cuando regrese. Hemos de salir esta misma tarde hacia Mayfair. Quiero buscar un nuevo hogar, este me provoca escalofríos.

—¿Ha tomado algo mientras regresaba al club? —se aventuró a preguntar.

—Agua —le respondió. «Y el elixir que me ha ofrecido mi futura esposa», pensó.

—Pues creo que el agua no le está sentando muy bien. Le recomiendo, encarecidamente, que vuelva a beber *whisky* —declaró mordaz.

—Gracias por el consejo —dijo antes de soltar una sonora carcajada—. Ahora váyase y cierre al salir. Por cierto... que ese viejo gruñón no descubra mi deseo por vender el club. No quiero que me ofrezca menos que la última vez.

—¡Por supuesto! Le prometo que pondré esta cara —comentó señalándose el rostro con un dedo—. La misma que se me ha quedado tras escucharle. ¿Le parece adecuada?

—Sí, gracias.

—Pues sin mover un solo músculo, me marchó —declaró antes de salir de la oficina.

Trevor sonrió al escuchar las exclamaciones que soltaba su fiel empleado mientras bajaba las escaleras, se cruzó de brazos y cerró los ojos. Pronto, muy pronto regresaría a por ella y, en ese momento, nada ni nadie le impediría que la hiciera suya para siempre.

## Capítulo XXIII



### Tres semanas más tarde...

—Estás preciosa —le dijo Valeria a Kristel después de realizarle un laborioso peinado. El vestido blanco de muselina, con un precioso corsé con perlas grises, le realzaba la hermosa figura. Pero lo que verdaderamente embellecía a su amiga era el rostro de felicidad que mostraba—. Borshon se quedará sin palabras cuando te vea aparecer en la iglesia.

—Borshon ya está sin palabras, pero no por mí, sino por su madre —comentó entre risas.

Se giró hacia el espejo y se quedó atónita al verse tan espléndida. ¿Se veía así por el vestido o era el brillo de sus ojos lo que la embellecía? ¿La mirada que mostraba desde lo ocurrido la noche anterior con su futuro esposo le causaría tal belleza? ¿Se daría cuenta Valeria de que su virtuosa amiga ya no lo era? Esperaba que no porque esa duda la inquietaría tanto que no podría dar un paso hacia el altar sin evitar su terrible cojera. Lo intentaron, el mantener la honradez de ella hasta el matrimonio.

Ambos habían permanecido alejados para no sucumbir a la pasión que brotaba en sus interiores, pero la tarde anterior, Borshon pidió verla para zanjar cierto tema y, una vez que la recogió en la puerta de su, hasta ahora hogar, supo qué motivo urgente requería... No tenía remedio, su amado era tan pasional que no pudo esperar a la noche de bodas y, siendo realistas, ella tampoco podía alargar unas horas más para averiguar cómo sería un acto tan íntimo entre ellos. «La primera vez duele —le susurró mientras subía por su cuerpo tras hacerla gritar al besarla en su sexo—, pero te prometo que después de esta noche ambos disfrutaremos muchísimo».

Sintió cómo el calor de sus mejillas aumentaba. Se llevó las manos hacia

el rostro e intentó fingir que se palmeaba para atenuar el sonroje. No debía pensar en eso... ¡No debía hacerlo!

—Bueno, es normal que ellos quieran casarse tan pronto, el señor Berwin no tiene tiempo que perder —alegó divertida.

—Pero... ¿te imaginas la cara que puso cuando Aphra le dijo que iban a contraer matrimonio el mismo día que nosotros? Creo que, si no llega a alcanzar la silla se cae al suelo. —Bien, hablar de la madre de su esposo era un tema bastante aconsejable para hacerla olvidar lo que habían hecho horas antes—. Aunque en el fondo se siente feliz porque ella está todo el día sonriente y más animada que nunca. Imagino que jamás esperó, después de quedarse postrada en la cama, que encontraría un hombre que la amara como lo hace el señor Berwin.

—El amor es imprevisible... —murmuró Valeria con tristeza—. Y se ha de tomar cuando llega.

—Lo siento... No debí... —señaló Kristel levantándose del butacón para consolar a su amiga.

Después de lo ocurrido tres semanas antes, nadie había visto al señor Reform salvo Borshon, y cuando ella le preguntaba qué estaba haciendo para no ir en busca de Valeria, él le comentaba que no acudiría hasta que zanjara ciertos asuntos. Pero... ¿tantos temas debía terminar para que no diera señales de vida durante veintiún días? Kristel miró a Valeria y percibió que, con el paso del tiempo, la esperanza empezaba a desaparecer, llenándola de dudas y aceptando que la declaración que él le ofreció no fue verdadera. Sin embargo, ella sabía que él se presentaría porque, si no fuera así, su futuro marido ya la habría avisado.

—Vivirás muy feliz —indicó Valeria abrazándola con fuerza—. Él es el hombre adecuado para ti —añadió.

—Lo sé... —afirmó Kristel sin separarse de su amiga.

Habían permanecido durante muchos años juntas, habían vivido demasiadas aventuras y, en cuanto saliera por la puerta, todo eso quedaría atrás para emprender una nueva vida. Solo rezaba para que la de Valeria comenzara antes de terminar el año.

Justo en el momento en el que Kristel apartaba las lágrimas aparecidas por

la emoción, la puerta del hogar se abrió con brusquedad causándoles un grandioso susto.

—¡Ha llegado! —exclamó Martin dando pequeños saltitos—. ¡El carruaje ha llegado!

—Bueno... —murmuró Kristel palmeándose el vestido de novia—. Es la hora...

—Sí —convino Valeria—. Es la hora...

Con un pellizco en el estómago, ambas salieron de la casa para introducirse en el carruaje. Philip se acomodó al lado de su hermana y Martin, con la futura esposa. Cuando el cochero emprendió el camino, Kristel alargó la mano hacia su amiga y se la apretó con fuerza.

—Todo saldrá bien... —le susurró Valeria.

—Es un privilegio que tu padrino de bodas sea el inspector O'Brian —comentó Philip sin apartar la mirada de la ventana—. El señor Hill estará muy orgulloso.

—Lo está —respondió Kristel—. Ha sido todo un honor que un hombre tan respetable haya aceptado ese ofrecimiento.

—No solo es respetable —dijo mirándola anonadado—. Es un héroe para Londres —añadió.

—Creo que deberías dejar de leer esos periódicos que traes a casa —refunfuñó Valeria—. No necesitas llenar tu cabeza con historias de ese tipo. Tienes que centrarte en buscar un nuevo profesor para que os instruya tanto a ti como a Martin.

—¿Quieres que busque al señor Mayer? Quizá desee impartirnos clase de nuevo... —apuntó mordaz.

—Es mejor que no —intervino Martin—. Después del puñetazo que el señor Reform le dio en el mercado, mucho me temo que no quiera saber nada de nosotros...

Valeria ahogó un sollozo al oír el nombre de Reform. Había evitado escuchar nada de él desde que se marchó. Le había pedido tiempo y habían pasado tres semanas... Tres largas y angustiosas semanas sin tener ni una mísera noticia. La esperanza de verlo de nuevo se desvanecía, llegando a

pensar que todo lo que le había prometido había sido solo una treta para alejarse de ella. Quizás, en algún momento de esa mañana, él descubrió que no era la mujer que esperaba, pese a declararle su amor de aquella forma tan apasionada.

—¡Están en la puerta! —gritó Martin entusiasmado—. ¡El señor Hill está muy elegante! ¿Quién es la mujer que permanece sentada? ¿Por qué su silla tiene ruedas? —expuso sin apenas respirar.

—Es la madre de Borshon y no puede andar, por eso utiliza esa silla —aclaró Kristel dibujando una enorme sonrisa al ver lo elegante y apuesto que estaba su futuro esposo.

Si antes tenía dudas de cómo un hombre como él se había fijado en ella, ahora esas inquietudes se multiplicaron por mil. ¿Qué había hecho ella para que un ser tan divino y tierno quisiera vivir a su lado el resto de su vida?

—¿Estáis preparadas? —preguntó Philip, quien estaba tan nervioso que no dejó que el sirviente les abriese la puerta. Él mismo saltó al suelo, tendió la mano y esperó a que ellas la aceptaran.

—Kristel, te echaré de menos —le confesó Valeria mientras Martin abandonaba el interior del vehículo—, pero me siento feliz porque has encontrado al hombre de tu vida. —Le dio un grandioso abrazo y, aguantando esas lágrimas de felicidad que deseaban brotar, cogió la mano de su hermano y bajó con suavidad.

Como era tradición, la novia salió en el último lugar, haciendo que su elegante y deseoso prometido permaneciera intranquilo hasta que ella apareció. Borshon, al verla tan hermosa, dibujó una sonrisa tan grande que le cruzó la cara y se le ensanchó tanto el pecho, que percibía cómo los botones de su traje intentaban estallar.

—Ha sido idea de April —le murmuró O'Brian—. Nadie puede hacerla parar cuando quiere ir de compras.

—Pues ha sido una elección muy acertada —se defendió ella al escuchar las palabras de su esposo—. A tu prometida le costaba decidir qué lucir en un día tan especial, así que tomé la decisión por ella. Por cierto, Borshon, es una mujer encantadora y ningún caballero pudo apartar la mirada de ella. Espero que hayas endurecido tus puños porque mucho me temo que los utilizarás más de una vez —apuntó pícaro.

—Si algún atrevido se acerca a mi esposa... —gruñó de manera posesiva —, se quedará sin sus joyas masculinas.

Ante esa respuesta, el señor y la señora O'Brian soltaron una carcajada. No había dudas de que nadie se atrevería ni tan siquiera a saludarla por el temor a las represalias del gigante.

Con una paciencia increíble, Hill esperó a que Kristel llegara ante él y le tendiera el brazo. Ella así se lo había pedido, porque solo su futuro marido la hacía caminar de una forma tan tranquila que no mostraba la cojera.

—Estás preciosa —le susurró al oído.

—¿Te gusta el vestido? La señora O'Brian... —intentó decir.

—Me gustará más cuando lo tire al suelo y me vuelva a introducir dentro de ti —señaló pícaro.

Los mofletes de Kristel se sonrojaron tanto, que O'Brian volvió a reír. No había duda de lo que acababa de declarar su agente a la novia, él le dijo lo mismo a April cuando la vio aparecer frente a la iglesia. Hombres como ellos, apasionados y con la sangre tan ardiente, no podían albergar en la cabeza otra idea que no fuera amar y poseer a la mujer con quien vivirían el resto de sus vidas.

Despacio y con ese paso que Borshon acostumbraba a llevar, caminaron hacia la entrada seguidos de los jóvenes Giesler, su hermana y, por mucho que le costara asumir, Berwin y su madre. Parecían dos adolescentes. No paraban de susurrarse al oído alguna que otra tontería que los tenía alterados. El agente solo esperaba, por su bien, que no se le ocurriera a su futuro padrastro declararle palabras como las que él le decía a Kristel, porque podía aceptar una boda, pero le costaría una barbaridad descubrir que un día la vida le pondría en su camino un hermanastro.

El párroco, ataviado con sus mejores galas, primero celebró el enlace de Borshon y Kristel, luego, bajo la atenta mirada del agente, vio cómo su madre consentía convertirse en la esposa del secretario del señor Reform. No gruñó, se lo había prohibido su esposa antes de aquel día, pero no se sentía cómodo al ver las sonrisitas que ellos se consagraban.

—Puede besarla —manifestó el cura.

En ese momento, Hill dio un paso hacia delante, pero su amada Kristel lo

retuvo.

—Ni se te ocurra —le amenazó—. Si estropeas el día más feliz de tu madre, pasarás la noche de bodas en otra habitación.

—Todo sea por eso... —refunfuñó Borshon.

Durante las dos ceremonias, Valeria había permanecido sentada en el primer banco, contemplando la felicidad de ambas novias. Nada podía hacer sombra a un estado sin igual. Lloró. Lloró por saber que su amiga viviría con un hombre que la amaría hasta la llegada de su muerte y que, según la señora Shoper, con quien mantenía una amistad algo más cordial desde que apareció en su hogar, le daría tres hermosos hijos. Pero... ¿y ella? ¿Qué le depararía el futuro? Miró de reojo a sus hermanos y sonrió levemente. La respuesta estaba en ellos. Debía velar por aquellos futuros hombres que lucharían por hacerse un hueco en una sociedad cada vez más deshumanizada.

—¿Podemos comer ahora, tía Kristel? —preguntó Martin cuando ella se acercó para darles un beso.

—¡Por supuesto! En nuestra nueva casa han preparado un gran banquete y podrás comer todo lo que desees.

—¿Habrá pasteles? ¡Me encantan los pasteles! —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Sí, los habrá, pero te estaré vigilando. No quiero que enfermes antes de terminar el convite, tía Kristel me ha prometido que esta noche tendré una recompensa por mi buen comportamiento —respondió Borshon despeinando ese relamido cabello rubio.

—¿Puedo tener yo también otra recompensa si me porto bien? —espetó el pequeño.

Borshon soltó una gran carcajada que no cesó hasta que el codo de su esposa le golpeó en el costado.

—Cariño, tú tendrás muchas recompensas cuando seas mayor —señaló Kristel mientras miraba a su marido como si quisiera matarlo.

Esperó a que todos caminaran por el largo pasillo hacia la salida. No deseaba acompañarlos tan cerca. Se merecían algo de espacio, aunque esa distancia la mantendría no solo unas horas, sino toda la vida. Antes de alzarse

y dirigirse hacia donde se habían colocado Valeria miró hacia el altar y suspiró. ¿Cuánto tiempo le quedaba a Trevor para ir a buscarla? Si es que seguía con la idea de aparecer alguna vez. Cogió el pañuelo, con el que se había secado las lágrimas, y se lo pasó de nuevo bajo los párpados. Si el destino los había unido doce años después de aquel día, esperaba que lo hiciera de nuevo porque ahora sus sentimientos hacia Trevor estaban más consolidados que nunca.

Apoyó las manos en el banco para levantarse y, en ese momento, notó que alguien la cogía del brazo. Por el rabillo del ojo descubrió a Philip. Estaba increíblemente elegante con ese traje azul oscuro y ese chaleco gris perla. Se parecía muchísimo a su padre. Solo esperaba que el parecido no solo fuera físico, sino que en su interior también hubiera algo del hombre compasivo y bondadoso que lo engendró.

—Vamos —la animó—. Martin nos espera y como tardemos demasiado es capaz de montarse sobre las piernas de la señora Berwin para que lo lleve sobre ese cacharro con ruedas.

Ese comentario divertido la hizo sonreír. ¿Cuántos días llevaba sin alargar sus labios para realizar una mueca tan sencilla? Veintiuno.

Una vez que salieron al exterior, los tres hermanos se montaron en el carruaje que les había traído. Ya no estaba Kristel, ahora estaban solos...

—¿Es verdad que la casa donde vivirá tía Kristel ha sido un regalo del señor Reform? —espetó Martin cuando el vehículo llevaba algo más de diez minutos dirigiéndose hacia la nueva residencia del matrimonio Hill. En ese momento, Philip le pegó un pisotón por hacer la inoportuna pregunta—. ¡Ay! —exclamó—. ¿Por qué me pisas?

—¿Puedes repetir lo que acabas de decir? —dijo Valeria entornando los ojos.

—No, porque entonces Philip me volverá a pisar y no quiero que me duelan los pies —contestó el pequeño con su habitual inocencia.

—¡Philip! —le regañó—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué me ocultas, Philip Giesler? —tronó.

—Yo no te oculto nada, Valeria. Tú misma no has querido saber nada del señor Reform desde que se marchó —apuntó el muchacho cruzándose de

brazos, adoptando una actitud esquivada, huraña.

—¿Y qué es lo que no he querido saber, hermano? —espetó con un tono tan duro y cruel que Martin se echó hacia atrás en el asiento.

—Te he dejado todos los periódicos en nuestro hogar, apilados sobre la mesa. ¿Los has visto? ¡No! Aunque claro... si para ti solo narran temas tan absurdos como la forma que tiene el inspector de luchar contra el crimen que asalta nuestra ciudad...

—¿Qué evitas explicarme? ¿Qué hay en esos dichosos periódicos? —tronó de nuevo.

—En los periódicos hay noticias interesantes... —dijo Martin con timidez. Al ver la mirada que su hermana le dirigió, el joven se reclinó todavía más en el asiento, como si quisiera introducirse en la acolchada pared, y cerró la boca.

—Todo lo que ha hecho el señor Reform desde aquel día ha salido publicado en los noticieros —señaló Philip con tranquilidad.

—¿Y qué ha hecho tan importante como para que se hable de él? —espetó fuera de sí.

—Pues vendió el club al señor Hondherton, ha comprado una residencia en Mayfair, ha adquirido varias empresas mercantiles y...

—¿Y? —perseveró, enarcando las oscuras cejas.

—Y le ha regalado una bonita casa al señor Hill, entre otras cosas... —terminó.

Valeria se quedó sin aire en los pulmones. No sabía qué decir ante esa revelación. ¿Todo eso había hecho Trevor desde que se marchó? ¿Qué le quedaba por arreglar antes de que apareciera en su hogar? De repente, esa duda que la atormentaba se hizo más intensa, más dura, más dolorosa; se había olvidado de ella. Esa era la razón por la que no se presentaba. Ya no la quería.

—¿Esa es la casa? —inquirió Martin mirando por la ventana y esperando a que su pregunta no enfureciera de nuevo a Valeria.

—Sí —afirmó Philip.

Cuando el cochero paró, notó cómo un nudo en la garganta le impedía tragar ni una mísera gota de saliva. ¿Qué iba hacer ella? ¿Cómo podía comportarse después de averiguar todo lo que Trevor había hecho? Agachó la mirada, clavándola en la falda del vestido que había decidido ponerse. Era el mismo que llevó al club, el que él le había regalado...

El carruaje estacionó frente al nuevo hogar de Kristel, el cochero, al ser consciente de que uno de sus pasajeros abría la puerta sin su ayuda, saltó y se adelantó al joven impertinente. Primero apareció el pequeño, un niño con el cabello rubio y unos ojos más azules que el cielo. Le dio las gracias al lacayo y corrió escaleras arriba. Luego apareció el hermano mayor, quien bajó con una actitud muy típica entre los aristócratas y muy poco usual para un joven con origen humilde. Después de hacerle una leve reverencia, el sirviente dejó solos al muchacho y a su hermana, quien permanecía en el interior dudando qué hacer.

—Si estuviera en tu lugar, no saldría de aquí —le dijo Philip desde el exterior.

—Él... Él... —murmuró sin levantar el rostro.

—Él ha hecho todo eso por ti, Valeria, y si no eres capaz de admitirlo, me defraudas. Pensé que eras más lista —le instó.

—Pero... yo... —titubeó estupefacta por el tono que utilizó su hermano para hablarle.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Bajar y permanecer amargada el día más feliz de tu amiga o averiguar si es cierto lo que digo? —continuó con firmeza.

—Philip... Las cosas no son así... —intentó explicar.

—Las cosas son como quieras verlas, hermana. Si yo encontrase a la mujer de mi vida, la única por quien podría morir, no permanecería sentado esperando que el tiempo pasara. Lucharía, con todas las armas que tuviera a mi alcance, para tenerla a mi lado cada día que me despierte —declaró con una madurez que dejó a Valeria pétrea—. ¿Qué vas a hacer? —quiso saber mientras agarraba la puerta—. ¿Te quedas o te vas? —insistió.

Valeria volvió a mirar su vestido, como si este, en algún momento, pudiera ofrecerle la respuesta. Respiró hondo. Necesitaba pensar durante unos instantes la respuesta correcta...

—¡Te vas! —decidió Philip antes de dar un fuerte golpe para cerrar la puerta.

Bajo la asombrada mirada de ella, caminó hacia el cochero, le gritó una dirección y el carruaje emprendió la nueva marcha.

## Capítulo XXIV



No fue capaz de apartar los ojos del vestido desde que el carruaje salió de la residencia de los Hill. Retorcía sus manos enguantadas con tanta fuerza, que comenzaron a sudar. Desesperada, se quitó los guantes, los dejó sobre el asiento y observó el sonrojo que causó ese angustioso frote en la piel. Tanta inquietud, tanta incertidumbre no eran buenas para ella, pero no podía mostrarse tranquila cuando estaba a punto de averiguar la verdad.

Respiró hondo, echó la cabeza levemente hacia atrás, apoyándose en la acolchada pared, y cerró los ojos. No era correcta la decisión que había tomado Philip. Debía continuar esperando como le había prometido y, cuando apareciera en su hogar, si es que decidía ir a buscarla, saltaría sobre él, rodearía su cuello con los brazos y se dejaría llevar por la pasión que le despertaba cada vez que la besaba. De repente, mientras fantaseaba con ese momento, una pregunta irrumpió en su cabeza con la fuerza de un corcel desbocado: ¿por qué Trevor no había acudido a la iglesia? Si, tal como le indicó su hermano, entre ellos había crecido una sólida amistad hasta el punto de regalarle por las nupcias la casa donde iban a vivir, ¿por qué no había hecho acto de presencia?

«Porque no quería verte...», le contestó una voz en su cabeza. Esa horrible conjetura la perturbó todavía más. Debía haberlo sopesado cuando, después de mirar en varias ocasiones hacia la entrada de la iglesia, no lo vio llegar. Aterrorizada por cometer otro gran error en su vida, puesto que el primero fue declararle que lo amaba y dejarse llevar por la pasión, Valeria se inclinó en el asiento y levantó la mano. Deseaba avisar al cochero para que se diera la vuelta y evitar ese enfrentamiento. Pero ya era tarde... Antes de que los dedos tocaran el techo, el cochero comenzó a disminuir la velocidad haciéndola entender que estaban llegando al hogar de Trevor y que ya no había vuelta atrás.

Los labios le temblaban como si se encontrara en mitad de una nevada sin

abrigo que la protegiera del frío. El pulso de su corazón lo notaba en la garganta y empezó a sudar como si el sol se hallara justo detrás de la ventana. Nunca se había sentido tan aturdida, ni tan siquiera el día que tuvo que enterrar a su querida madre y hacer frente a su nuevo futuro. En aquel entonces, solo pensó en sacar adelante a sus hermanos, sin embargo, el presente era diferente. Una vez que hablara con Trevor, su vida daría un giro de ciento ochenta grados. Solo esperaba que ese giro fuera el que ella deseaba...

Tras recorrer la extensa valla de hierro forjado, el carruaje accedió al interior de la propiedad. Valeria abrió los ojos como platos al contemplar el lugar que él había decidido comprar. Allí, en mitad de la famosa calle, había un paraíso, el de Reform. Un hermoso y cuidado jardín les daba la bienvenida. Debido a la época en la que se encontraban, a ambos lados del camino que les conducían hasta la entrada principal de la vivienda, lucían preciosos mantos de colores. Flores de tonos rojos, amarillos, violetas, blancos y rosas brotaban sobre el terreno como si quisieran ofrecer un arcoíris vegetal. «Precioso...», murmuró colocando su mano izquierda sobre los labios.

Fijó la vista en las fuentes de mármol que habían sido construidas en mitad de las dos amplias zonas ajardinadas. En una de ellas había esculpida la figura de una mujer, con un vestido tan largo que se perdía bajo el agua. Sus manos, de donde brotaban los caños, estaban abiertas, como si invitaran a los pájaros a beber de ellas. Pero lo que dejó a Valeria conmocionada fueron los ojos de esa fría escultura marmolada. Rápidamente contempló la otra, esperando hallar al caballero por el que aquella dama de alabastro suspiraba. Se conmocionó al verlo...

Habían cincelado a un hombre vestido de uniforme. El escultor había sido tan minucioso que no parecía una figura, sino una persona. En la mano derecha sostenía una espada que alzaba hacia el cielo y la otra la dirigía hacia su amada de blanco alabastro. A Valeria, en mitad de sus observaciones, le surgió una historia romántica entre ellos, una que empezaba con la separación de dos amantes ante la guerra y terminaba con ese momento, justo cuando ella espera su glorioso regreso. Suspiró emocionada ante esa posible historia de amor, hasta había dejado de pensar en lo que sucedería al ver a Trevor. Pero regresó a la realidad al notar el brusco zarandeo que hizo el carruaje al parar.

Con la nariz aún pegada en la ventana observó la vivienda donde lo encontraría. Sonrió levemente al ver el edificio. Tres plantas. Aquella casa

tenía tres anchas y enormes plantas con quince ventanas en cada una. Sobre el tejado, en ambos extremos, habían construido dos torreones. Como era normal en él no podía adquirir una casa típica londinense, sino la más extravagante...

Al escuchar que el cochero bajaba y caminaba hacia ella, toda esa zozobra que había desaparecido mientras contemplaba la residencia regresó. Valeria se apartó de la ventana, se acomodó de manera correcta en el asiento y esperó a que el lacayo abriera la puerta para ayudarla a bajar.

—Señorita Giesler —le dijo este extendiendo su mano.

Valeria empezó a respirar arrítmicamente. Notó cómo un gran nudo en la garganta le impedía tragar la poca saliva que su boca producía y cómo todas esas dudas que arrastraba se hacían tan pesadas que la impedían moverse. Pero debía finalizar su agonía lo antes posible... Una vez que pisó aquel impoluto suelo, colocó su mano sobre la frente, para evitar los leves rayos de sol y miró a su alrededor. Grandiosa, poderosa y por supuesto ostentosa. Cualidades muy típicas en Trevor. Ahora entendía por qué la había adquirido en tan breve espacio de tiempo. Estaba segura de que en cuanto la vio, sin tener que dar varios pasos hacia el interior se había dado la vuelta sobre sí mismo, miró al pobre señor Berwin y le gritó que le diese la señal que pedían antes de que sus zapatos continuaran avanzando.

Valeria sonrió al pasarle esa imagen por su mente. El pobre secretario podría sufrir algún día un infarto con las determinaciones de su jefe. Solo esperaba que la última decisión fuera estar con ella. Caminó despacio, como si sus pies pesaran un quintal. Lo que todo el mundo recorrería en un minuto, ella tardó diez. Antes de subir las escaleras que la conducirían al enorme balcón en el que se encontraba la entrada principal, miró por encima de su hombro hacia atrás descubriendo que, en el idílico jardín, había una zona en la que la hierba estaba minuciosamente cortada. Los árboles que la rodeaban le aportaban la sombra necesaria para poder disfrutar de unos preciosos días soleados. Valeria sonrió al imaginarse algo que, hasta el momento, no se le había pasado por la cabeza. ¿Cómo sería tener media docena de pequeños Reform correteando por aquella placentera zona de la mansión? ¿Jugaría Trevor con sus hijos o se mantendría distante? ¿Sería un padre cariñoso y tierno?

Un dolor en el abdomen la hizo centrarse. Lo primero era averiguar qué decisión había tomado Trevor antes de asaltarle con su deseo de convertirse

en madre lo antes posible. Levantó suavemente la falda de su vestido y subió con entereza los escalones que la conducían hacia esa entrada, esa realidad...

Para contemplar el marco superior de aquella puerta tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás. Desmesurado... Esa era la palabra que mejor definía todo lo que observaba. Con una aparente serenidad dirigió su mano hacia la aldaba para llamar y frunció el ceño al ver que se había olvidado los guantes sobre el asiento. Se volvió sobre sí misma, sopesando si debía regresar a por ellos. «No pongas más excusas absurdas —se dijo—. Afronta de una vez por todas la verdad». Alzó el mentón, llamó a la puerta y esperó a que alguien la atendiera.

—Buenos días. —Con una rapidez inusual, un hombre de unos cincuenta años de edad, canoso, alto y ataviado con un impoluto uniforme, la saludó tras abrir.

—Buenos días —respondió Valeria fingiendo serenidad. Sin embargo, temblaba. La imagen de aquel mayordomo no le ofreció ninguna paz. La miraba con recelo, como si en vez de lucir un hermoso vestido cubriera su cuerpo con harapos. Cerró la boca, esperando a que él dijera algo, pero se mantuvo callado. Durante la breve inspiración que tomó para explicarle el motivo por el que se había presentado, comparó al empleado con el bravucón del mercado, aquel con quien Trevor jugó con sus manos y al que derrotó. ¿Habría sido capaz de contratar a antiguos piratas para que custodiaran su hogar? Viniendo de él, de ese hombre que había fingido no saber cuál era su verdadera identidad y quien la instó a jugar aquella partida de cartas, se esperaba cualquier cosa—. Necesito hablar con el señor Reform. Dígame que la señorita Giesler lo espera —dijo al fin.

—El señor no admite visitas femeninas —le respondió con rudeza a la vez que entornaba los ojos—. Si quiere hacerle llegar algún mensaje le recomiendo que se dirija a su secretario, el señor Berwin, pero le informo de que no acudirá a la residencia hasta dentro de diez días —añadió tosco.

Tras la información, Valeria sintió un colosal gozo. Su amado había construido una fortaleza infranqueable para cualquier mujer y eso la llenó de amor. No obstante, debía haberle explicado al viejo bucanero que no podía impedirle la entrada a su futura esposa. Porque... ¿cómo podía acceder hasta donde se encontraba si aquel corsario jubilado le negaba la entrada? ¿Tendría que trepar por los balcones como una vulgar ladrona?

—¿Puede decirle quién soy, por favor? —perseveró—. Seguro que...

—¡No! —le respondió con firmeza—. ¡Márchese ahora mismo! —continuó al tiempo que agarraba la puerta para cerrársela en las narices.

En ese momento, una de las sirvientas apareció por detrás, llamando la atención de aquel espécimen y Valeria, armándose de valor, aprovechó el oportuno descuido para acceder al interior.

—¡Trevor! ¡Trevor! ¿Dónde estás? —clamó desesperada corriendo de un lado a otro.

—¡Señorita! —tronó el empleado detrás de ella, intentando darle alcance—. ¡Salga ahora mismo de este respetuoso hogar! ¡El señor no se encuentra en estos momentos!

—¡Trevor! ¡Trevor! —continuó llamándolo mientras evitaba que aquel hombre tocara cualquier parte de su cuerpo para sacarla de allí. Después de decidir enfrentarse a la verdad, un pirata retirado no le impediría lograr su objetivo.

Entonces, cuando pensaba que no conseguiría hacerlo aparecer con sus gritos, una puerta se abrió al final del pasillo por el que corría y se presentó la grandiosa figura de Trevor. Valeria frenó la carrera, se quedó parada, mirándolo sin pestañear y contemplando la cara de cólera que exhibía.

—¿Qué diablos está pasando aquí, señor Butler? —vociferó enojado, pero cuando vio a la mujer que había frente a él, esa ira se disipó en una milésima de segundo—. ¿Valeria? —preguntó desconcertado.

—Sí —respondió ella agachando la mirada para no seguir observando la expresión de aquel rostro que amaba y que, por cómo la contemplaba, dedujo que no había sido buena idea presentarse...



Trevor leyó de nuevo la carta y tras lanzarla sobre su escritorio de caoba oscura maldijo por decimosexta vez. Había hecho todo lo que aquel estirado barón le había indicado y volvía a negar lo evidente. Desesperado, acarició su mata de cabello oscuro, posó los codos sobre la mesa y suspiró. Ya no sabía

qué otras alternativas le quedaban para lograr que Philip fuera reconocido como hijo de Burke. Había buscado, junto con el señor Lawford, el mejor administrador de Londres y el único que podía hallar una aguja en un pajar, la manera de hacerle entender al excelentísimo Edgar Albrecht Freiherr von Giesler que decía la verdad. Hasta le pidió al conde Crouner que realizara la mejor copia que podía ofrecer en su imprenta para hacerle llegar la partida de nacimiento de Philip. En ella descubrió que ambos hermanos escondían un segundo nombre, el de su padre y abuelo. Uno que les unía al título.

Burke fue muy astuto, más de lo que nadie pudo imaginar. Pese a él rechazar la baronía, les daba la oportunidad a su primogénito varón o al pequeño Martin en el caso de que Philip falleciese, a aceptar su única herencia cuando quisieran. Pero ni por esas el barón alemán daba su brazo a torcer. Se negaba en rotundo a admitir que su querido hijo había abandonado una vida repleta de opulencia y poder para vivir de manera humilde en Londres y, para más inri, casado con una gitana española. «*Lüge! Du lügst!*», repetía sin cesar en las pocas líneas que escribía de su puño y letra.

Por suerte, su fiel mayordomo Butler, a quién contrató porque era alemán y enseñaría a los hermanos de Valeria su idioma y sus costumbres, le dijo que no le insultaba, como él creía, sino que repetía sin cesar que mentía. Pero no era así... Quizá, si aceptaba algún día la visita que le había ofrecido para que lo conociera personalmente, no le cabría ninguna duda de que era su nieto legítimo. «¡Maldita aristocracia!», gritó al tiempo que se levantaba del asiento con brusquedad. Había esperado aquella miserable carta para aparecer frente a Valeria ese mismo día, hasta se perdió la ceremonia de Borshon para que el mensajero no se demorara en hacérsela llegar y, ¿para qué? ¡Para nada!

Airado, caminó hacia el mueble bar, cogió la botella de agua fresca y se llenó el vaso. No podía esperar más tiempo. Aquellas tres semanas, a pesar de no haber parado ni un solo minuto, se habían hecho interminables. Todas las noches, cuando caía rendido sobre su lecho, recordaba a Valeria. La añoraba, la extrañaba y cada vez era más difícil concluir su juramento. Con el vaso en la mano derecha se dirigió de nuevo hacia la mesa del escritorio y observó los papeles que tenía recopilados bajo una carpeta. Entre ellos estaba el contrato de compra de la casa donde vivía, el lugar en el que había decidido crear su familia una vez que Valeria se convirtiese en su esposa. Fue amor a primera vista, como le sucedió al posar los ojos sobre el pequeño cuerpo de su amada. «Si apartara los ojos de sus empleadas descubriría que ella...», recordó la

frase del inspector O'Brian.

En ese instante, justo cuando fijó la mirada oscura sobre la pequeña pícara, brotó desde el interior de sus entrañas un instinto de posesión y protección que le impidieron apartarse de Valeria. La espiaba, la seguía e intentaba buscar la forma de llegar hasta ella y no paró hasta alcanzarla. ¿Qué le había dicho el inspector sobre proteger su corazón? No le hizo falta protegerlo porque, desde el momento en el que Valeria subió a su despacho y, pese a lucir un traje de hombre quiso besarla, supo que su corazón ya no le pertenecía, este había cambiado de dueño...

Tras dar varios pasos, miró a su alrededor. Albergaba la esperanza de que Valeria sintiera aquella vivienda como su hogar. Había comprado casi todo lo necesario para vivir tranquilamente, aunque no le cabía la menor duda de que ella le daría ese toque femenino que necesitaba. Continuó andando hacia la ventana que había detrás de su mesa. Desde ese punto de la habitación podía contemplar a esos enamorados de alabastro. Ella de color blanco, él de ámbar. Trevor sonrió y evocó en su mente lo ocurrido quince días antes, justo el momento en el que un comerciante, tras escuchar el rumor de que buscaba una vivienda para comprarla, apareció en el club y lo condujo hasta allí.

*Se encontraban en el interior del carruaje, Berwin, él y el antiguo propietario. Este, durante todo el trayecto no cesaba de explicarles las grandes inversiones que había realizado para construirla y la pena que le daba tener que venderla. Hablaba y hablaba sin cesar, como todo buen tratante que se preciara, pero Trevor no escuchó nada de lo que decía. Después de rechazar siete mansiones, estaba seguro que aquella sería la octava. Sin embargo, cuando puso el pie sobre el suelo, alzó el rostro y la contempló, una sonrisa trémula se dibujó en su cara. Se giró hacia su administrador, quien todavía ni había podido salir del carruaje y le gritó que hiciera callar de una vez por todas a aquel parlanchín dándole la reserva que le pedía.*

—¿Señor, está seguro? —le preguntó Berwin asombrado—. ¿No cree que deberíamos confirmar cómo se encuentra el interior de esa vivienda?

—¿Cómo se encuentra? —espetó Trevor al antiguo propietario quien se había quedado pálido ante su inesperada decisión. Como no le había

*prestado atención durante todo el trayecto, no confiaba en esa venta.*

*—Como le he dicho, apenas he vivido en ella. Ni la planta superior ni la de en medio están amuebladas y en la baja encontrará alguna muesca de uso en la cocina. La única vez que decidí pernoctar en ella, me quedé dormido en el diván de la biblioteca —le explicó.*

*—¿Por qué construyó esos torreones? ¿Tenía pensado encerrar en su interior a los lacayos desobedientes? —espetó Trevor mirándolos con expectación.*

*—Mi esposa es irlandesa, señor Reform —empezó a decir con una extraña aflicción—, y le prometí al casarnos que no añoraría sus tierras. Por eso, como le he dicho durante el trayecto, utilicé un arquitecto irlandés para su construcción.*

*—¿Y esas fuentes? —preguntó mirando primero a la figura femenina y luego a la masculina.*

*—He deseado destrozalas con mis propias manos —comentó el comerciante frunciendo el ceño—, pero no he tenido la fuerza necesaria para hacerlo.*

*—¿Por qué motivo? —inquirió volviéndose hacia él.*

*—Porque es una burla hacia mi persona, señor Reform. —Al ver que este enarcaba la ceja derecha en señal de pregunta, respiró hondo y se decidió desvelar el motivo por el que necesitaba desprenderse de aquella casa—. El arquitecto que viajó desde Irlanda hasta aquí había tenido una amada y la guerra los separó. Con el tiempo, perdió la esperanza de hallarla, puesto que al regresar descubrió que ella se había casado con un inglés.*

*—Ya veo... —murmuró Trevor acariciándose la barbilla—. Así que tuvo la mala suerte de escoger al antiguo amor de su esposa y ella, una vez que lo reconoció...*

*—Sí, señor. Se marchó con él...*

*—¿Cuánto ha dicho que pide por ella? —preguntó girándose de nuevo hacia el hogar.*

*—Veinte mil. Solo pido lo que invertí. Necesito desprenderme de este maldito lugar —agregó mientras observaba cómo su posible comprador*

*aceleraba el paso por el camino.*

*Durante el trayecto hacia la entrada principal, Trevor se giró para contemplar una pequeña zona del jardín donde el césped no alcanzaba la altura de una pulgada. Era el lugar perfecto para hacer un picnic los días en los que el sol brillara sobre Londres. Volvió a sonreír al imaginarse tirado sobre una manta, jugando con todos los hijos que su amada Valeria pudiera ofrecerle mientras ella le reñía por malcriarlos. De repente, sus ojos se oscurecieron aún más. El pensamiento de crear una gran familia lo dejó aturdido. ¿Su futura esposa querría ser la madre de media docena de hijos o se contentaría con uno para que heredara el legado de sus padres? Esperaba que ella no quisiera tener solo un vástago porque él necesitaba como mínimo cuatro machos Reform para destruir la ciudad que yacía bajo sus pies.*

*—Entonces... ¿hay trato? —La voz del vendedor interrumpió sus divagaciones.*

*—Debe esperar a que el señor Reform entre, ¿no le parece? —intercedió Berwin—. Todavía no hemos visto nada de lo que...*

*—Si acepta diecisiete, lo hay —señaló Trevor sin mirarlo.*

*—Diecisiete... —murmuró el vendedor—. ¡De acuerdo! —dijo después de meditar durante unos instantes.*

*Trevor estrechó la mano para consolidar el pacto y acto seguido caminó hacia el interior de su nuevo hogar.*

Después de mirar los documentos que lo nombraban propietario, observó el sobre que había bajo estos. Los habían aceptado. Era de esperar después de haberle añadido a la solicitud un fajo con mil libras. Pero el dinero no importaba si aquellos dos mocosos continuaban sus estudios en un buen colegio y no bajo la péfida mirada de un maestro como el señor Mayer.

Terminó de beber el contenido de su vaso, lo apoyó sobre la mesa, cogió los papeles que había agrupado para mostrarle a Valeria qué había hecho durante su ausencia y caminó hacia la salida. En mitad del despacho se acordó que no llevaba puesta la chaqueta. Una sonrisa le cruzó el rostro. Se encontraba tan ansioso por verla que podía ir desvestido por la calle sin ser

consciente de dicha desnudez. Dio dos grandes zancadas para llegar al perchero y, justo en el momento en el que extendió la mano para coger la prenda, un increíble alboroto se formó en la entrada de su hogar. Desde donde se encontraba podía escuchar a una mujer gritando su nombre y la ruda voz de su mayordomo. ¿Qué diablos sucedía? ¿Quién osaba invadir su hogar?

Enfurecido al imaginar que Jun continuaba con la locura de conseguirlo, abrió la puerta con tanta brusquedad que las bisagras crujieron. Avanzó un paso hacia el pasillo y gritó como un demente. Sin embargo, al contemplar la pequeña figura de su amada, luciendo el vestido que le regaló, toda esa cólera se esfumó como el humo de un buen habano.

—¿Valeria? —preguntó confundido. Tal vez el deseo de tenerla a su lado, de verla de nuevo le estaba causando una grandísima alucinación.

—Sí —respondió agachando la cabeza.

—¡Mi amor! —exclamó avanzando hacia ella. La atrajo hacia él, la abrazó con fuerza e intentó calmar ese miedo que había sentido al verla de aquella forma—. ¿Estás bien? ¿Ha sucedido algo? —espetó alejándola despacio para observar aquel pálido rostro.

Ella no podía hablar, aún seguía conmocionada por esa aparición endemoniada y lo único que pudo hacer fue negar con la cabeza.

—¡Señor Butler! —tronó buscando con la mirada al sirviente.

—¿Sí, señor? —respondió este notablemente asombrado.

—¿Qué diablos ha sucedido? ¿Por qué la perseguía? —Al tener el rostro pegado a su torso, Valeria escuchó el latir agitado de su corazón. Estaba enfadado, colérico, mucho más de lo que debía estar con aquel fiel empleado que tan solo intentó acatar una orden suya.

—Trevor... —le susurró para apaciguarlo.

—¿Y bien? —insistió él sin hacer caso al murmullo de Valeria.

—Señor, tan solo deseaba cumplir su principal mandato —contestó agachando la cabeza.

—Y lo ha hecho muy bien, señor Butler —saltó en su defensa. No podía permitir que Trevor lo regañara o lo despidiera por su culpa. Se apartó ligeramente de ese abrazo protector y se giró hacia el sirviente—. No se

preocupe, usted ha hecho una labor inmejorable. He sido yo quien no le ha escuchado y he accedido al interior omitiendo su deseo.

—*Danke, fräulein Giesler. Du bist sehr nett* —le respondió en alemán.

Al escuchar cómo le daba las gracias de esa forma, se giró lentamente hacia Trevor con los ojos como platos. Se había relajado, lo percibió al contemplar cómo su mandíbula se ablandaba. Sonrió al verla tan perpleja, encogió los hombros y respondió a la pregunta que ella le emitía con esa mirada.

—Pensé que sería conveniente que no perdierais vuestras raíces — comentó restando importancia a un hecho que la dejó tan llena de amor, que podía saltar por todo el pasillo gritando lo feliz que se sentía.

Sin embargo, decidió no mostrar ese entusiasmo todavía... Se giró hacia el sirviente, quien permanecía frente a ellos y, dibujando una leve sonrisa, se atrevió a contestarle.

—*Danke ihnen, sir Butler. Du bist ein guter mann*<sup>(3)</sup> —le agradeció.

El mayordomo no mostró ningún asombro al escuchar cómo le respondía. No obstante, bajo aquella coraza gélida, su corazón daba saltos de alegría. Por fin podía expresarse con libertad sin ser observado por la gente como si fuera un intruso en el país.

—Puede retirarse —le pidió Trevor mientras alargaba su mano para coger la de ella.

—Sir... —le dijo haciendo una leve reverencia a Reform—. *Fräulein Giesler* —indicó mirándola y dibujando una minúscula y casi imperceptible sonrisa.

Butler se giró sobre sí mismo y agrandó esa pequeña sonrisa cuando nadie le observaba. «¡Por supuesto! —exclamó para sí—. Solo una mujer con sangre alemana posee el valor suficiente para hacerme frente». Y sintiendo una inmensa alegría por la decisión de su nuevo señor, se dirigió hacia la cocina para revisar lo que preparaba la cocinera.

Trevor se llevó la mano que sostenía de Valeria hacia su boca y la besó con suavidad. Ella apartó la mirada del sirviente y la fijó en él. Esos iris oscuros le desvelaron tantas emociones que se quedó sin aire. ¿Cómo había podido dudar de su palabra? Conmovida por esos sentimientos que él

expresaba en sus ojos, caminó hacia él y lo abrazó de nuevo.

—Gracias... —susurró después de permanecer en silencio durante unos instantes.

—No tienes por qué dármelas... —le respondió abrazándola de nuevo con fuerza—. Te dije que buscaría la forma de convertirme en un hombre adecuado para ti.

—Siempre has sido el adecuado —afirmó Valeria alzando con suavidad el mentón.

—Mi querida Valeria... —murmuró acercando los labios hacia esa boca que había añorado durante tanto tiempo.

La pasión que le despertaba cada vez que la besaba retornó, haciendo que se estremeciera cada centímetro de su piel. ¿Cómo había soportado tantos días sin sentir esa apasionada caricia? Lentamente, Valeria colocó sus brazos alrededor de su cuello, aproximándolo más a ella. El calor que emitía la gran figura de Trevor sobrepasó las prendas que vestían y alcanzó su cuerpo. Calor, pasión, necesidad, amor... todo eso le mostraba él en un solo beso.

—Te he echado de menos... —le confesó sin apartar los labios de su boca.

—Y yo... —le respondió bajando con suavidad sus manos por la ancha espalda.

—¿Por qué has venido, mi amor? ¿Necesitas mi ayuda? ¿Tus hermanos están bien? —preguntó sin respirar mientras posaba su barbilla sobre el sedoso cabello oscuro. Inspiró ese perfume a canela, uno que llevaba añorando desde que cerró la puerta del hogar de ella.

Valeria negó con la cabeza frotándose la frente con el torso firme y aún levemente agitado. Le dio vergüenza levantar el rostro y dejar que contemplara el sonrojo de sus mejillas. Se sentía como una niña pequeña a quien no le daban su chuchería preferida y, después de robarla, le explican que estaban a punto de dársela por su buen comportamiento.

—Cariño... —Trevor atrapó su barbilla y la alzó con suavidad—. ¿Dudabas de mí? —perseveró con un hilo de voz.

Las lágrimas brotaron sin querer de sus ojos, Reform acunó su rostro entre

sus palmas, le apartó esas gotas salinas de su rostro y le ofreció el beso más tierno que podía regalarle.

—Te dije que deseaba convertirme en un hombre digno —le susurró—. Y te prometí que no regresaría hasta que lo lograra —añadió, aproximando su nariz a la de ella.

—Pero el tiempo pasaba y no sabía nada de ti... —le expuso dudosa—. Pensé que al final te habías arrepentido...

—¿Arrepentirme? —espetó sorprendido—. ¡Jamás haría tal locura, Valeria! —Le volvió a besar la frente—. ¿Quieres saber qué he hecho durante todos estos días? —La ilusión que Trevor reflejó en sus ojos causó que el corazón de Valeria diese un enorme vuelco.

—Sí —le respondió sonriendo al fin.

Con rapidez, entrelazó los dedos de su mano izquierda con los de ella y la condujo hasta su nuevo despacho.

Cuando Valeria accedió al interior se quedó boquiabierta. Era tan parecido al que tenía en el club que por un momento tuvo que meditar sobre el lugar en el que se encontraba. Miró a su izquierda, allí estaba el enorme sofá oscuro.

—Me lo traje. No podía abandonar un sillón tan cómodo ni tampoco deseaba comprarme otro, este ya tiene la forma de mi cuerpo —dijo a modo de excusa—. Pero todo lo demás te prometo que es nuevo...

Valeria empezó a relajarse, hasta dibujó una leve sonrisa por esa disculpa. Para que él entendiese que no le importaba aquel acto inocente, se dirigió hacia el sofá y se sentó en él.

—Es cómodo... bastante —señaló al tiempo que alisaba los pliegues de su falda.

Trevor quiso correr hacia ella y tumbarla sobre aquel gran diván de tela oscura, pero se contuvo. Antes de asaltarla de nuevo y cubrir su cuerpo de besos desesperados tenía el deber de explicarle todo lo que había realizado durante su ausencia.

—Pude vender el club —empezó a relatar mientras caminaba hacia la mesa del escritorio y cogía los papeles que había recopilado—. Ese viejo gruñón intentó regatear el precio, pero al final conseguí la suma que deseaba

—le informó caminando hacia ella. Se sentó a su lado y posó sobre sus rodillas el documento de venta—. ¡Por fin me libré de él! —exclamó entusiasmado—. Se acabaron las noches en vela, los sobresaltos y las jaquecas —agregó.

—¿Y los empleados? ¿Qué has hecho con ellos? —preguntó mientras ojeaba los papeles.

—Todos tienen nuevos empleos en las fábricas que he adquirido gracias al asesoramiento del conde Crouner. ¿Sabes de quién te hablo? —preguntó mostrándole los cuatro acuerdos que había adquirido. Cuatro empresas que, según el conde, le darían tanta rentabilidad que no necesitaría invertir en otras compañías el resto de su vida.

Valeria asintió. Todo el mundo sabía quién era Leopold Spencer, el antiguo vizconde de Dankwourth, que, tras la muerte de su tío, el conde Crouner, heredó dicho título. Pero el escándalo por el que todo el mundo le conocía fue porque, meses después de ese fallecimiento, él se casó con la viuda de su tío, lady April Appelton.

—Con los beneficios que obtendremos hasta nuestros nietos podrán vivir cómodamente —añadió dibujando una sonrisa satisfactoria.

Ese comentario le causó a Valeria una emoción tan inmensa que se le enrojecieron las mejillas puesto que esas palabras afirmaban que seguiría con ella y que además tendrían hijos.

—¿Y esta casa? —espetó mirando a su alrededor.

—Fue amor a primera vista —desveló—. No tuve que caminar mucho para saber que deseaba vivir aquí. ¿Has visto las fuentes de la entrada? —le dijo volviéndose hacia ella. Valeria asintió—. Pues son dos enamorados; el arquitecto de esta casa y la esposa del antiguo propietario. Por cosas del destino, el anterior pretendiente se marchó a la guerra y cuando regresó, su amada se había casado con un inglés. Él continuó trabajando en el oficio que realizaba antes de alistarse y casualmente se hizo bastante famoso hasta el punto de que requirieron su presencia para construir esta casa. Cuando descubrió que la esposa del hombre que lo contrató era la mujer de su vida, quiso mostrarle que aún la amaba añadiendo a la mansión esas dos figuras. Fascinante, ¿verdad?

—Así que ella se marchó con él... —reflexionó.

—Sí, y el despechado marido deseó desprenderse de este regalo lo antes posible —comentó divertido—. Yo habría matado al arquitecto... —alegó entornando los ojos maliciosamente.

Ante ese comentario, Valeria le dio una leve palmada en el hombro mientras ella los abría como platos.

—Yo no permitiría que te marcharas... —señaló atrayéndola hacia él.

—Yo no tengo que alejarme de este hogar para encontrar a la persona que amo —respondió sonrojándose de nuevo. Al percibir que Trevor estaba a punto de tirar el resto de papeles al suelo y saltar sobre ella, colocó sus manos en el ancho torso y lo retiró—. ¿Qué es eso? —quiso saber al ver una carta con un escudo que le resultaba familiar.

—Tus hermanos han sido admitidos en Westminster —anunció colocando la misiva del barón bajo la admisión de los Giesler—. A partir del próximo otoño ellos podrán estudiar allí, si así lo deseas.

—¡Trevor! —exclamó emocionada. Sus ojos mostraron un brillo hipnotizante. ¡No podía creerlo, él también velaba por el futuro de sus hermanos!—. ¡Martin enloquecerá cuando se lo digamos! —soltó emocionada.

—¿Y Philip? —espetó enarcando las cejas.

—A él no le quedará más remedio que acatar mis órdenes hasta que cumpla la mayoría de edad —dijo con firmeza—. Él ha de ser consciente de lo que puede suceder en el futuro...

—Este es el motivo por el que no había aparecido antes... —Trevor cogió el sobre que le envió el barón y se lo ofreció a ella—. He intentado todo para hacerle comprender que sois hijos de Burke y que le pertenece a Philip continuar con la sucesión del título, pero sigue en sus trece.

—Trevor... —Valeria acogió el sobre entre sus manos temblorosas, emocionada al saber que él también había pensado en el porvenir del muchacho. Aunque se mostraba triste por no haber logrado tal hazaña, ella no lo estaba. El hecho de saber que lo intentó era más que suficiente para comprender el amor y la protección que sentía, no solo por ella, sino también por sus hermanos. Arrojó el sobre al suelo y se lazó hacia él.

—Cariño... —murmuró atónito—. Me hubiera encantado lograr que diera su brazo a torcer...

—No me importa que ese gruñón haya negado nuestra existencia —expuso acomodándose sobre su pecho.

—Pero tal vez Philip... —intentó decir abriendo los brazos para que ella se enroscara en su cuerpo.

—Él vivirá feliz aquí, con nosotros. Londres es nuestro hogar, Trevor —recalcó.

—Como desees, mi amor. Tus deseos son órdenes para mí —dijo acariciando con sus labios los de ella.

—¿Todos? —espetó traviesa.

—Todos... —claudicó él expectante.

—Pues empezaré a ordenarte... —le susurró mientras dirigía su boca hacia la oreja izquierda—, que me hagas el amor. La última vez que permanecimos a solas me prometiste que no apartarías tus manos y tus labios de mí...

Trevor cerró los ojos, dejándose acariciar con el suave y cálido aliento que Valeria expulsaba al hablar. Notó cómo todo su cuerpo se quedó tenso y se le erizó el vello. ¿Cómo podía perturbarlo de esa forma? ¿Cómo podía convertirlo en un hombre inexperto con tan solo escuchar su voz? Tragó saliva y, muy lentamente, se apartó de ella.

—Valeria... Antes de ese momento, que, te juro, deseo tanto como tú, necesito preguntarte una cosa. —Le cogió las manos, se las llevó a la boca para calmar aquella inquietud que había emergido en ella con un beso y se levantó del sofá.

Con los ojos clavados en la ancha espalda, Valeria notaba cómo su corazón latía a un ritmo desenfrenado, aunque le costaba determinar la causa de tal agitación. ¿Sería por haberla rechazado o por averiguar qué se proponía hacer?

Trevor, después de coger una pequeña cajita del bolsillo de la chaqueta, regresó hacia su amada, se puso de rodillas ante ella y le mostró el estuche de terciopelo negro.

—Mi querida Valeria Giesler, hija de Burke Albrecht Freiherr von Giesler, ¿quieres ser mi esposa?

En ese instante los ojos de Valeria se llenaron de lágrimas y cubrió su boca con las manos. Intentó deslizarse por el sofá, para arrodillarse a su lado, pero Trevor no se lo permitió, la levantó al tiempo que él mismo lo hacía.

—Espero que todo lo que he hecho hasta el momento te haya convencido de lo mucho que te quiero y que deseo convertirme en un esposo digno de ti — señaló ahogado por la emoción.

—Sí —respondió al fin ella extendiendo su mano izquierda para que Trevor le pusiera el anillo—. Te acepto Trevor Reform porque, aunque no hubieras hecho nada de todo eso —le miró a los ojos—, seguirías siendo el hombre adecuado para mí.

—Te quiero —le repitió después de encajarle la sortija de oro blanco con dos preciosos diamantes rojos.

—¡Yo también te quiero! —dijo antes de saltar sobre él para terminar su confesión de amor con un largo y apasionado beso.

Trevor la rodeó con los brazos, la alzó del suelo y, en mitad de ese frenesí, la condujo de nuevo hacia el sofá. Por fin había llegado el momento de hacerla suya, de entrar en su cuerpo y recorrer cada milímetro de su piel con sus labios.

—Pequeña... —le susurró posándola sobre el gran diván—. Por fin puedo estar contigo... como te prometí. No apartaré mis labios de tu boca, ni mis manos de tu cuerpo.

Las pupilas de Valeria se dilataron, ansiosa por alcanzar lo que había deseado desde aquella tarde.

—¿Aquí? —preguntó después de tragar saliva.

—Aquí, arriba, abajo, en todas las habitaciones... —le respondió con una mirada tan ardiente que la dejó sin respiración.

—¿Me lo juras? —insistió extendiendo sus brazos para que él se tendiese sobre ella.

—Te lo juro —respondió antes de besarla.

Ya no había nada que lo frenase, Valeria se convertiría en breve en su querida esposa, le daría la vida que se merecía y cuidaría de sus hermanos como si fueran hijos suyos. Así que, antes de que ella pudiera tomar aire para

respirar tras ese apasionado beso, Reform acarició lentamente las piernas de su futura esposa hasta que llegó a sus ingles. Mientras la convertía en una amante sedienta de placer, él tocó con suavidad el sexo húmedo, cálido y esponjoso de ella.

—No puedes imaginar cómo he añorado el tacto de tu piel... —le susurró al tiempo que bajaba con su boca hasta llegar a su escote. Con la agilidad de un hábil amante, sacó del corsé los duros y oscuros pezones y se los lamió despacio, saboreándolos con una desesperante lentitud mientras sus dedos comenzaban a introducirse en el interior de ella—. Me tienes hipnotizado, cariño. Desde el instante en el que puse mis ojos en ti te pertenezco.

—Trevor... —susurró echando la cabeza hacia atrás, dejándose llevar por la lujuria y desesperación que él le causaba—. Yo también te pertenezco..., por completo...

—Repítemelo, amor mío. Repite esas palabras que tanto he deseado escuchar durante estos días —le pidió al tiempo que le subía la falda. Preciosa, para él, era la mujer más hermosa que podía existir en el mundo y, ¡condenada su suerte que era solo suya!

—Te pertenezco... Te... —empezó a decir, pero la frase se quedó en un suspiro al notar cómo la boca de Trevor bebía de su sexo. Apretó los puños, arqueó las caderas hacia él y se dejó llevar.

—Mi fuente de vida..., mi adicción..., mi deseo... —apuntaba Reform cada vez que su lengua recorría el sexo y obtenía el sabor de su jugo femenino.

Cuando notó que su erección era tan grande que empezaba a temblarle el cuerpo por el dolor, condujo sus manos hacia el botón y se lo desabrochó. Esa liberación, esa libertad, lo dejó sin habla. Nunca había deseado de esa forma tan instintiva a una mujer... Necesitaba adentrarse, poseerla y marcar su interior con su semen. ¿Había algo más primitivo que el sentimiento de amor? No.

Tras ser consciente del alcance de ese deseo, fue subiendo lentamente sobre ella.

—No será fácil..., pero una vez que el dolor amaine, todo lo que obtendrás cada vez que mi sexo entre en ti será placer.

—Lo acepto... Acepto todo lo que me ofreces... —confesó entre delirios de lascivia.

Reform la volvió a besar, sin dejar que su sexo se relajara. Una vez que escuchó el chasqueo que se producía al penetrarla con los dedos, se bajó lentamente el pantalón y dirigió su sexo hacia el de ella.

—¿Estás segura, mi amor? Aunque muera si me lo niegas, puedo contentarme con lo que tengo hasta nuestra noche de bodas... —dijo antes de suspirar hondo.

—En nuestra noche de bodas... —le respondió ella acunando el viril rostro entre sus manos—, habrá mucho más.

Trevor se rindió ante esas palabras tan eróticas y sensuales. Acomodó mejor su cuerpo sobre ella y con una lentitud agoniosa empezó a penetrarla mientras le susurraba al oído lo mucho que la quería y acompañaba a esa declaración un sinfín de besos.

Valeria se tensó al notar un terrible dolor. Era semejante a la punzada de un puñal. Cerró los ojos y empezó a respirar de manera entrecortada.

—Mi vida..., mi amor... relájate. Todo pasará... —comentó besándole la frente al tiempo que se quedaba quieto—. Te lo prometo...

Cuando ella asintió, él le regaló un beso lleno de consuelo, de aceptación y de inmensa ternura. Su amada pícara, la mujer de su vida, dejaba que la poseyera, que la convirtiera en una parte de él. Emocionado por lo que estaba viviendo, Trevor notó cómo las lágrimas recorrían su duro rostro. Amor... todo lo que necesitaba un hombre para ser feliz era encontrar a una mujer a quien poder amar y Valeria era la suya. Alzó lentamente el rostro, para retener en su memoria un momento tan deseado, endureció las piernas y continuó penetrándola. Tras atravesar la barrera de la virtud, notó cómo su sexo empezaba a escurrirse en ella con menos esfuerzo.

—Valeria, Valeria... —murmuró agónico, extasiado, excitado y fuera de sí. Con suaves vaivenes entraba y salía de ella—. Mi vida, mi alma, mi todo —repetía mientras su corazón latía desenfrenado, sus labios requerían el contacto de los de ella y cada partícula de su cuerpo emanaba gotas masculinas de sudor—. Te quiero...

—Yo también te quiero —le repitió una y mil veces hasta que un zarandeo,

acompañado a un grito desgarrador, hizo temblar el gran cuerpo de Trevor.

Con la respiración agitada, con un brillo acuoso en su frente, Reform apoyó su cabeza en la de Valeria mientras su simiente se adentraba en ella.

—Eres mía, Valeria Giesler. Eres mía para siempre... —susurró orgulloso.

—Lo he sido siempre —declaró ella besándole con suavidad los labios.

# Epílogo



**Londres, 20 de mayo de 1880.**

Valeria retiró, después de quince minutos, el rostro de la ventanilla del vehículo y se reclinó hacia atrás. Suspiró hondo y miró a su marido de reojo. Como cada día que permanecía a su lado, no apartaba la vista de ella, estudiando cada movimiento, cada gesto que realizaba para anticiparse a sus deseos.

—Hay dos alternativas —dijo él muy serio—. Que lo tome o que finja su muerte para que el título pase a Martin. Estoy seguro que...

—¡Trevor, por favor! —exclamó de manera cansada ante el disparate que acababa de indicar su esposo.

—Valeria... —murmuró levantándose del asiento para sentarse a su lado. Le cogió las manos, las colocó en su regazo y le dio un tierno beso en el rostro—. Debes comprender que ya no es un niño. Ninguno de los dos lo son... —alegó para que su ira empezara a calmarse.

—Pero es la oportunidad de su vida —apuntó después de girar levemente el rostro hacia su marido—. Lo sabe desde hace doce años... ¿por qué rechaza lo que le pertenece por sangre?

—Philip siempre ha sabido muy bien lo que desea hacer con su vida. Tú misma has sido testigo de ello. ¿Recuerdas el día que nos informó que trabajaría bajo las órdenes de Borshon?

—¿Cómo iba a olvidar una cosa así? ¡Casi tengo a nuestro pequeño antes de tiempo! —volvió a decir con tono desesperado.

Pese a sufrir un patatús cuando su hermano le informó que abandonaba los estudios para convertirse en un agente de Scotland Yard, daba a gracias a Dios

por haberle indicado a Philip el buen camino. Durante su adolescencia, en más de una ocasión, perdió la esperanza de convertirlo en un hombre de provecho. Las docenas de cartas mensuales que les enviaba el director insistían en que el joven no tendría una vida afortunada si continuaba con aquella actitud tan rebelde. Pero gracias a Borshon, todo su pesar desapareció. Desde el día que Philip fue nombrado agente, su vida cambió radicalmente. Se convirtió en uno de los policías más temerarios, luchando contra el crimen cuerpo a cuerpo. Aunque se enfrentaba cada día a la muerte, cada vez que la visitaba y jugaba con sus sobrinos, Valeria entendía que eso era lo que le hacía feliz y que no deseaba cambiar su vida. Por eso, la noticia que le llevaban no la aceptaría. Nadie podía hacer cambiar una decisión de Philip Giesler, ni tan siquiera su hija Sina, la sobrina que tanto adoraba su hermano y que utilizaban de mensajera cada vez que necesitaban hablar con el terco agente.

—Y... ¿le ha ido mal? ¿Su decisión no fue acertada? —perseveró Trevor agarrando esas manos con más fuerza. Entendía la posición de su esposa, pero también apoyaba la determinación de su cuñado. Aunque por aquel grandioso cuerpo corría sangre aristócrata, él se negaba con ferocidad aceptar ese cargo. Vivía feliz siendo un agente de Scotland Yard y, por la información que Borshon le ofrecía cada vez que se reunían, tenía la esperanza de que finalizara su carrera policial ostentando el cargo que él abandonaría en unos años. Pero... ¿aceptaría Valeria que su hermano se convirtiera en una persona semejante?

—Todo el día lucha contra la muerte... —añadió ella de manera reflexiva —. ¡Eso no es vida ni para él ni para los que le amamos!

—No podemos obligarle... —dijo con suavidad.

—Prométeme, Trevor Reform, que, cuando estemos frente a él, me apoyarás fervientemente —le pidió.

—¿Alguna vez he actuado de manera contraria a la tuya? —espetó enarcando las cejas.

—Esto no será tan fácil como convencer a Martin para que abandone el hogar que ha comprado y aparezca en alguna de las fiestas a las que es invitado, Philip tiene un carácter muy tenaz. Como tenga un no por respuesta, nada ni nadie le hará cambiar de idea —señaló mirándolo a los ojos sin parpadear.

—Bueno, tal vez hoy tenga un buen día y pueda reflexionar sobre la noticia que le llevamos —la animó dándole otro grandioso beso, pero esta vez en los labios.

—Trevor... —le advirtió al ver cómo él empezaba a levantarle el vestido.

—Solo quiero averiguar qué ligas tienes puestas hoy... ¿rojas o blancas? —espetó enarcando las cejas y sin dejar de acariciar las finas prendas—. Además, es bueno para apaciguar tu inquietud...—le dijo al tiempo que su lengua acariciaba con suavidad el lóbulo izquierdo—. Reconoce que después de consumir nuestras pasiones eres un mar en calma...

—No es adecuado, Trevor. Recuerda que nos hemos convertido en dos padres respetables y que este tipo de actos deben realizarlos los jovencitos... —comentó entornando los ojos.

—Yo me siento muy joven... —le ronroneó cogiéndole la mano izquierda para posarla sobre su erección—. ¿Lo notas? Muy, pero que muy, joven... —apuntó subiendo despacio la mano bajo el vestido—. ¿Y tú? ¿Eres joven, mi amor?

Una vez que esa gran palma llegó hasta el lugar que anhelaba tocar, ella gimió, Trevor sonrió y le susurró al oído:

—El tiempo no pasa por nosotros, querida. Tendremos cien años y continuaremos reclamando este amor...

—Trevor... —murmuró reclinando la cabeza hacia atrás, sintiendo los toques de su esposo en el sexo. Rápidos, ágiles y sobre todo eróticos. Él sabía cómo encenderla con unas leves caricias.

—Valeria... —le respondió sin mermar ni un ápice el deseo que sentía por ella—. Relájate... Abandona todo lo que tienes en esa cabecita y deja que tu marido te calme...

Ella respiró hondo al notar cómo los largos dedos se introducían en su interior. Colocó ambas palmas a ambos lados del asiento, cerró los ojos y olvidó todo lo que la inquietaba.

Pronto llegó el primer espasmo de placer... Valeria intentó apretar los labios para que sus gemidos no salieran de su boca. No era correcto que la madre de cuatro hijos varones y una preciosa niña, esposa y hermana ejemplar

se comportara como una joven alocada. Pero él siempre la volvía loca de deseo y con sus hábiles artimañas la hacía olvidar qué significaba la palabra decencia.

—Mi pequeña pícara... —le susurró Trevor cuando observó el sonroje de sus mejillas—. Mi amada pícara... —continuó diciendo mientras la alzaba sin dificultad para colocarla sobre sus piernas.

—Trevor... eres... una... mala... influencia —musitó Valeria al notar la posesión de su marido sobre ella.

—¿Muy mala? —preguntó tras rodearla entre sus brazos para encajarla mejor a él.

—Demasiado... —susurró antes de posar sus manos sobre los fuertes hombros y comenzar a sentir ese placer que su esposo le ofrecía cada vez que la asaltaba.

—Mi amada Valeria... —cuchicheó él antes de atrapar esos labios que adoraba entre los suyos.

Notó cómo las inmensas manos recorrieron su cuerpo hasta que se clavaron en sus caderas. Abrió los ojos, para contemplar aquel brillo oscuro que Trevor exhibía cada vez que le asaltaba la pasión. Años... Doce años llevaba observando aquella lobuna mirada y cada día era diferente para ella.

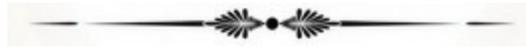
Percibió cómo los dedos de él se clavaban más en su cuerpo, cómo el deseo aumentaba hasta el punto de agitarla como si pesara menos que una pluma... Cómo el éxtasis los envolvía de nuevo para afianzar lo que ya admitían: eran uno solo.

Después de que ambos llegaran a ese éxtasis, aplacando los gemidos finales con sus propias bocas, Trevor colocó ambas manos sobre las mejillas de su esposa y sonrió.

—Te quiero, Valeria Reform. Te quiero y te querré siempre.

—Te quiero, Trevor Reform. Te quiero y, como vuelvas a seducirme en un carruaje, olvidaré la promesa de hacerlo —le amenazó con aparente seriedad.

Trevor soltó una enorme carcajada, la atrajo hacia él y la abrazó. Por mucho que ella declarase lo contrario, por las venas de su amada pícara corría la sangre apasionada de su adorado padre...



Philip se tocaba la barba mientras observaba el documento que su hermana le había puesto sobre la mesa. No había dudas, después de tanto tiempo, aquel viejo gruñón declaraba, al fin, que él era su nieto y que como tal, pedía que viajara hasta Alemania para hacerse cargo del título antes de que falleciera. Clavó la mirada en el techo a modo de reflexión. ¿Debía explicarle a Valeria lo que había ocurrido la noche anterior? No, por supuesto que no. Si le contaba que se había jugado a los dados su nuevo trabajo, lo cogería de la oreja y lo arrastraría ella misma hasta la gran Alemania. Así que, por su bien y por el de su nuevo jefe, lo mejor era omitir ciertos aspectos de la velada pasada.

—¡Philip! —exclamó impaciente—. ¿No vas a respondernos?

Giesler se levantó del asiento, caminó hacia ellos, que habían ocupado los dos sillones que tenía frente a la mesa, y se sentó sobre el borde de esta.

Valeria lo miró sin parpadear. No le dio buena espina la actitud que él mantenía, sin duda alguna la balanza se inclinaba hacia la opción negativa.

—Ayer me propusieron un nuevo trabajo —comenzó a decir Philip cruzándose de brazos. La camisa blanca, remangada hasta el codo, presionaba los antebrazos como si quisiera empequeñecerlos. Valeria entornó los ojos esperando a que, en cualquier momento, se le abrieran las costuras debido a esa fuerte presión.

—¿Qué trabajo? —intervino Trevor extendiendo la mano hacia su esposa para evitar que, después de la exposición, no se levantara del asiento y comenzara a arañar la cara de su hermano.

—¿Conoces a Logan Bennett?

Reform afirmó con la cabeza. Conocía a la perfección a su hermano, Roger Bennett. En el pasado, ambos habían acabado tirados sobre el suelo de su despacho tras ingerir varias botellas de licor y haber sido complacidos por hermosas mujeres. Pero ese tiempo de su pasado ya desapareció para ambos. Así que no iba a explicarle a su cuñado, delante de su amada esposa, hasta qué punto conocía a los Bennett.

—Lleva algo más de dos años surcando los mares en su barco y, después del último incidente en alta mar, ha buscado personal nuevo —continuó explicando Philip.

—¿Qué clase de personal? —espetó Valeria mirando a uno y luego a otro—. ¿Marineros? ¿Quieres dejar Scotland Yard para convertirte en un miserable marino?

—Seré su mano derecha —respondió mirando a Trevor.

—¿Cuál es tu cometido? —continuó preguntando Reform a pesar de escuchar cómo su mujer soltaba el aire por la nariz de manera abrupta.

—Cuidar sus espaldas. Como bien sabes, Logan es el único hermano que tiene el marqués de Riderland y este no desea que le suceda nada para que el día de mañana ostente el título y no lo reclame la corona —explicó—. Tal vez así continúen con ese hospicio que han construido y no dejen a esos pequeños huérfanos en la calle.

—¿Cómo lo harás? —perseveró levantándose del asiento. Colocó las manos en la espalda y se quedó inmóvil frente a él.

—Como he hecho siempre —alegó—. Borshon me ha preparado para afrontar un puesto de esa envergadura y no tengo dudas de que lo haré satisfactoriamente.

—Estoy seguro de eso, hasta ahora, Borshon solo ha tenido palabras de gloria para ti, pero si estuviera en tu situación estudiaría con más detenimiento lo que acabamos de mostrarte. Esto cambiaría tu vida...

—¿Con más detenimiento? —intervino Valeria mirando a ambos encolerizada—. ¡Por el amor de Dios! ¡Debes admitir quién eres en realidad! ¿Un pirata? ¿Un agente? ¿Algún día acudirás a nosotros porque desearás convertirte en el forzudo de un circo? ¡Santo Dios, Philip! ¡Eres un barón! ¡El hijo de nuestro amado padre!

—Querida... —Trevor posó las manos sobre los hombros de su esposa para calmarla. No había nada que hacer con Philip. Si este había tomado una determinación, nadie podía hacerle cambiar de parecer.

—Quizás, en alguno de esos viajes, atraquemos en tierras alemanas e invierte algo de mi preciado tiempo en visitar al viejo —comentó divertido. Reform le regañó con la mirada, pero Valeria intentó matarlo con la suya.

—Entonces... ¿qué quieres que le responda a nuestro abuelo? —exigió saber ella después de un rato en silencio.

—No hace falta que intercedas por mí. Tengo la edad suficiente para escribirle una misiva al estirado barón y explicarle qué voy a hacer con ese maldito título —refunfuñó.

—Philip, ella solo quiere ayudar —intercedió Trevor para defender a su esposa. Aunque fuera su hermano, como continuara con ese tono, le asestaría un puñetazo.

—¡Está bien! —claudicó Valeria levantándose del asiento—. ¡Te dejaré en paz si es lo que deseas! Pero entiende una cosa, Phillip Albrecht Freiherr von Giesler —añadió su segundo nombre y el cargo que debía ostentar pese a negarse—, llegará un día en el que aparezcas por mi puerta y me pidas consejo y yo, claro está...

—Te lo dará gustosamente, como ha hecho hasta el momento —terminó la frase Trevor antes de que su esposa soltara algo que le provocase dolor en un futuro—. Buenas tardes, Philip, espero que ese nuevo cargo sea beneficioso para ti.

—Valeria... —dijo Philip tras descruzar los brazos y tenderlos hacia ella—. ¿Serás capaz de marcharte sin darme un beso? ¿Y si me asaltan los piratas y muero luchando por la vida de otro?

—¡Philip! —le regañó Trevor.

Valeria se volvió hacia él con ganas de gritarle un par de cosas, pero al verlo allí, exhibiendo un grandioso pesar en su rostro, extendiendo las manos hacia ella, toda esa ira se disipó.

—Te daré un beso si me prometes una cosa —le dijo levantando el dedo inquisidor.

—¿El qué? —espetó abriendo los ojos como platos.

—Que aceptarás el título antes de que nuestro abuelo muera.

—¿Cuántos años estipulas que pueden quedarle al viejo? —preguntó a su cuñado.

—Cinco, seis como mucho —exageró Trevor. Dada la edad y el estado de salud del viejo barón, si llegaba a los tres sería todo un milagro.

—Te lo prometo —respondió al fin.

Y en ese momento, Valeria saltó a los brazos de su hermano, sellando de esa forma el pacto.

## Nota de la autora

Espero que esta novela haya sido de vuestro agrado. Yo me he divertido mucho escribiéndola y asimilando el carácter de cada personaje.

Quiero hacer hincapié en varias cosas...

La primera es que Aphra, el nombre de la madre de Borshon, lo elegí porque, si lo buscáis en internet, descubriréis que la primera escritora profesional de Inglaterra se llamaba Aphra Behn (finales del siglo XVII) y me pareció un bonito detalle nombrar de este modo a una mujer tan especial y con una actitud tan rebelde, pese a no poderse mover de la cama.

La segunda es que Sophia Jane Craine fue la madre de Emmeline Pankhurst, una activista política británica y líder del movimiento sufragista. Por ese motivo hice que apareciera en la pequeña manifestación que describo frente al Kew Gardens. Me pareció precioso hacer una mención a la madre de una revolucionaria, una mujer que luchó a viva voz por darnos aquello que no teníamos, voto y decisión. En el año que está narrada esta novela, 1867, Emmeline contaba con doce años y mucho me temo que la familia Goulden, que así se apellidaba el padre y esposo, no habrían viajado hasta Londres desde Manchester, localidad en la que vivieron.

Por último, advertiros que en el segundo y tercer libro de las Hermanas Moore los personajes masculinos que se volverán locos de amor por Mary y Elisabeth serán Philip y Martin Giesler... ¿A que ahora tienes ganas de matarme? A mí me pasa lo mismo cuando me miro al espejo.

Sin más que explicar, espero que sigáis con la próxima saga histórica romántica: Las hermanas Moore, que, como ya indiqué en *La tristeza del barón*, se llamará *La maldición de Anne*.

Un besito a todos/as y gracias por continuar a mi lado.

Dama Beltrán

# Agradecimientos

Como siempre he de agradecer la paciencia que tiene mi familia; para mi placer, ya se están acostumbrando a esta nueva vida y no se enfadan cuando no les cojo el teléfono, no les visito o me ausento durante varios días.

A mis amigas, por estar siempre apoyándome.

A mis lectoras cero, por esa labor tan tierna y cariñosa que realizan.

Y, por supuesto, a ti lector/a que has decidido leer esta novela de entre el millar que se publican hoy día.

Besos de vuestra damita que os desea lo mejor.

# Biografía de la autora

Sin lugar a dudas soy una escritora de brújula. Aunque intento estructurar mis novelas, no lo consigo. No sé cómo, pero mis personajes toman el control y finalmente son ellos quiénes me indican qué debo escribir y en qué momento.

Mi afición a este mundo de locos se remonta a mi niñez. Me encantaba escuchar a mis profesores eso de inventa un cuento, aunque en mi caso era una novela entera... En mi adolescencia dejé aparcadas mis historias para intentar ser yo la protagonista. No me quejo, pero descubrí que todo lo que brilla no es oro. Encontré una persona maravillosa, con quien tengo dos diablillos y que, en contadas ocasiones, puede llegar a comprender mi afición.

Escribí mi primera novela en el 2013 y, aunque pensé que sería la única, os prometo que hay Dama para años.

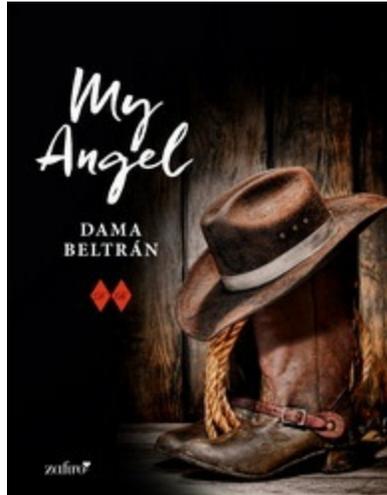
Puedes seguirme en:

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/autoradamabeltran/>

TWITTER: <https://twitter.com/EscritDamaBeltr>

INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/dama.escritora/>

## Otros títulos



Thomas Sanders y Virginia Wallace quedaron unidos en el pasado por una apuesta, pero cada uno siguió su camino imaginando que lo sucedido no alteraría sus vidas.

Sin embargo, cinco años después se reencuentran en un remoto pueblo cerca de Texas. Durante este tiempo, Thomas ha intentado rehacerse de las secuelas que le produjo una ruptura matrimonial que lo llevó a la autodestrucción. Virginia, por su parte, observa cómo su mundo laboral se trunca y es apartada, sin poder remediarlo, a un lugar cuya existencia desconoce y donde se reencontrará de nuevo con el hombre que la dejó marcada para siempre.

Con el paso de los días, las vivencias entre ellos se hacen más intensas, fuertes e íntimas. Sin embargo, justo cuando Tom cree que puede conseguirla y alcanzar la ansiada felicidad, Virginia se aleja de él de nuevo.

¿Podemos huir de nuestro destino? ¿Será capaz Virginia de vivir apartada de ese cowboy rudo, dominante y enigmático?

[Cómpralo](#)



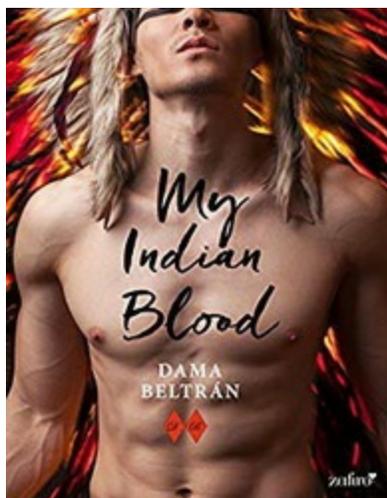
Mathew Thompson desea vivir feliz en Old-Quarter, pero lo único que le falta para lograrlo es conseguir que Miah se entregue a él por completo. Sin embargo, él no es el único que desea alcanzar el amor de la joven.

Bruce Malone no se dará por vencido y hará lo que sea, por muy terrorífico que pueda parecer, para no dejarlos disfrutar de su amor secreto.

Pero ellos no van a ser los únicos que verán cómo sus vidas se alteran en un pueblo de apenas cincuenta habitantes... ¿Es posible encontrar la felicidad cuando se huye de un pasado que se desea olvidar?

Amor, ternura y, sobre todo, pasión llenan las páginas del segundo libro de la serie «Old-Quarter».

[Cómpralo](#)



Maldito... Ésa es la palabra que Gerald Kenston utiliza para describirse.

Pese a sentirse solo, la mezcla de su sangre y la tragedia que vivieron sus padres hacen que no intente buscar a la mujer que pueda liberarlo de esa maldición.

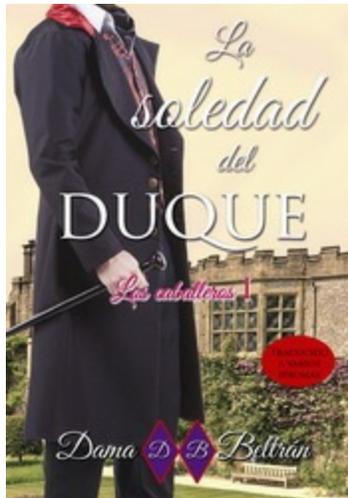
Sin embargo, el destino es bondadoso con él y, cuando menos se lo espera, encuentra a una joven que lo deja tan aturdido que le resulta imposible apartarse de ella.

«Cuando los sentimientos de posesión, territorialidad, protección y el espíritu de ese indio salvaje que una vez fuimos aparecen, son señales inequívocas de que ella es la destinada para vivir a tu lado.»

¿Tendría razón su abuelo paterno? ¿Brotarán en Gerald esos sentimientos hacia la sobrina de Kathy? ¿Será la mujer que esperaba? ¿Aceptaré Emma vivir con el hombre que se culpa de la muerte de sus padres?

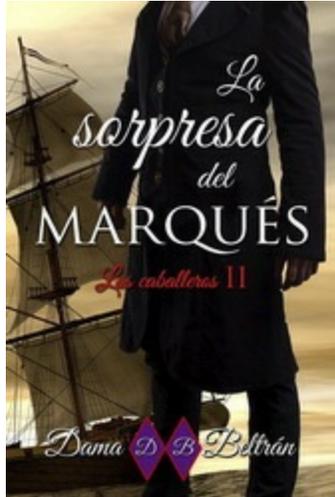
No te quedes sin conocer las respuestas y adéntrate en My Indian Blood.

[Cómpralo](#)



La vida libertina del futuro duque de Rutland finaliza tras batirse en un duelo de honor con un marido engañado. Avergonzado por las secuelas de dicho desafío, decide abandonar Londres y marcharse a Haddon Hall, el apacible lugar donde creció, albergando la esperanza de encontrar la paz que tanto le urge obtener; sin embargo, la llegada de una noticia inesperada altera esa supuesta calma y provoca que el duque se emborrache. Pese a los consejos de sus allegados, decide montar a caballo y galopar por sus dominios. Cuando abre los ojos tras una desafortunada caída, descubre que una mujer lo ha estado cuidando en algún lugar apartado y escondido de sus tierras. Su nombre, Beatrice, y su único deseo, vivir en soledad el resto de su vida.

[Cómpralo](#)



Roger Bennett, el futuro marqués de Riderland, se define a sí mismo como un caballero dispuesto a ayudar a las pobres infelices carentes de placeres sexuales. Le gusta tanto su vida que desea continuar así hasta el final de sus días. Sin embargo, una persona truncará esa vida de libertinaje que tanto ansía mantener. Resignado por tener que vivir con una esposa a la que no conoce ni ama, decide enfrentarse con entereza a su futuro. Aunque cuando sus azulados ojos se clavan en Evelyn, descubre que todo aquello que deseó se ha evaporado. Pero el amor hay que trabajarlo y para un hombre al que le ha sido fácil romper corazones, le resultará increíble ver cómo el suyo se hace añicos como el cristal.

[Cómpralo](#)



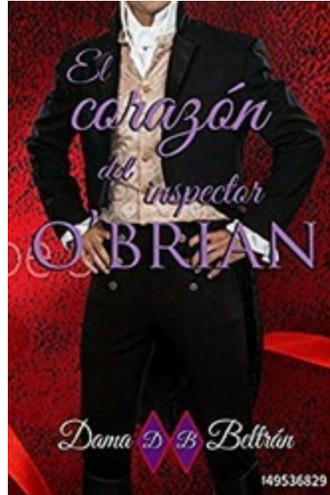
Dicen que el enamoramiento juvenil nunca se olvida, tal vez porque es lo suficientemente puro y real.

Después de años buscando a Anais Price, soñando con tenerla de nuevo a su lado, Federith Cooper ha de casarse con lady Caroline, puesto que lleva en sus entrañas al hijo de ambos, o eso piensa él. Pero su vida matrimonial es un infierno; su esposa rechaza su presencia, su ternura e incluso siente repulsión por él, el hombre más educado y respetuoso de Londres.

Federith intenta asimilar la vida que le ha tocado, aunque...¿durante cuánto tiempo podrá mantener ese comportamiento frío y aristocrático que sus padres le inculcaron desde niño, cuándo el amor de su vida reaparezca años después?

Un verdadero amor no desaparece con el tiempo, y la promesa que hizo de protegerla, cuidarla y amarla, tampoco.

[Cómpralo](#)



Nunca abandonó una batalla sin tan siquiera luchar, pero ella le dejó bien claro que no había nacido para estar con él. Hundido, humillado y con el corazón roto, O'Brian se propuso destruir ese sentimiento que tenía hacia su gran amor.

Sin embargo, cuando por fin ha logrado no pensar tanto en ella, la vida le brinda otra oportunidad y, en esta ocasión, no permitirá que April Campbell, viuda del vizconde Gremont, lo rechace de nuevo.

¿Superará April el engaño y la traición de su difunto marido? ¿Será capaz de darle una oportunidad al hombre que nunca la olvidó?

Quien sabe...

[Cómpralo](#)

(1) El botón, *button* o *dealer* es una ficha normalmente de plástico o cerámica que se usa en las partidas para conocer quien reparte los naipes.

(2) Barón en alemán

(3) Gracias a usted, señor Butler. Es muy amable.